





B. BOSSCHER

DISCURSO
HISTORICO
UNIVERSAL
2

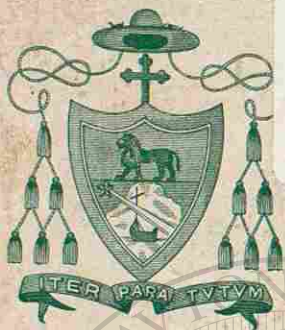


D21

B6

v. 2

006289



1080016913

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



DISCURSO

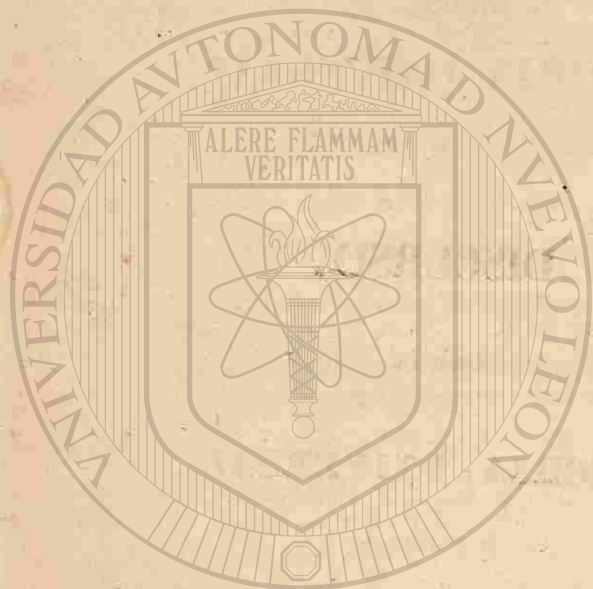
SOBRE LA

HISTORIA UNIVERSAL.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





DISCURSO

SOBRE LA

HISTORIA UNIVERSAL,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL ILLMO. SR.

JACOBO BENIGNO BOSSUET,

OBISPO DE MEAUX.

Edición aumentada con nuevas adiciones
y con variantes del testo.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL PRESBITERO

D. JUAN MANUEL CALLEJA.

TOMO SEGUNDO.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Compañía General de Impresores y Libreros.
1842.

43269

D21
B6
v.2

DISCURSO

SOBRE LA

HISTORIA UNIVERSAL

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Esta obra es propiedad de su editor D. M. D., por lo que perseguirá con todo el rigor de las leyes á cualquiera que la reimprima sin su permiso, y tendrá por furtivo todo ejemplar que no lleve su rúbrica.



Biblioteca Universitaria
Capilla Altonay

FCM
VALVERDE Y TELLEZ

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO XV.

De la esperanza del Mesías; en qué se fundaba; preparacion para su reinado y para la conversion de los gentiles.

CUALQUIERA que fuera el estado en que se encontrase el pueblo, vivia siempre aguardando el tiempo de la llegada del Mesías, de la que esperaba nuevas y mayores gracias que todas las que habia recibido hasta entonces; ninguno habia que no viese que la fé del Mesías y de sus maravillas, que aun hoy dia se conserva entre los judíos, les venia de sus patriarcas y de sus profetas desde el origen de su nacion. En esta larga série de años, en que ellos mismos reconocian que por un decreto de la divina Providencia no aparecia ya entre ellos ningun profeta, y que Dios no les hacia ni nuevas predicciones ni nuevas promesas, era y debia ser mas viva que nunca la fé que tenian de su llegada. Se encontró ésta tan bien establecida luego que

TOMO II.

006289

fué edificado el segundo templo, que no fué ya necesario profeta ninguno para confirmar en ellas al pueblo. Vivía tan cierto en la fé de las antiguas profecías, cuanto que habia presenciado cumplirse cuanto les fuera anunciado con una precision tal que no le dejaba lugar á dudar: desde aquel tiempo todo lo demas no le pareció jamas dudoso, y no tenia dificultad en creer que Dios, tan fiel en todo, llevase tambien á cumplimiento en su tiempo cuanto concernia al Mesías, es decir, la principal de sus promesas, y el fundamento de todas las demas.

Efectivamente, toda su historia, todo lo que les iba sucediendo de día en día, no era mas que un perpétuo desarrollo de los oráculos que el Espíritu Santo les habia dejado. Porque si restablecidos en su país despues de la cautividad, gozaron durante 300 años de una profunda paz; si fué reverenciado su templo y honrada su religion en todo el Oriente; si en fin, su paz fué turbada por sus disensiones; si el soberbio rey de Siria hizo inauditos esfuerzos para destruirlos; si prevaleció por algun tiempo su poder; si á poco despues recibió el castigo; si la religion judáica y todo el pueblo de Dios fueron restablecidos con un esplendor todavía mas maravilloso que nunca, y el reino de Juda se acrecentó al fin de los tiempos con nuevas conquistas: hemos visto que todo esto se encontraba escrito en sus profecías. Si, todo es-

taba en ellas anunciado y señalado hasta el tiempo que debian durar las persecuciones, hasta los lugares en que habian de darse los combates, y hasta los países que debian ser conquistados.

Os he referido por mayor alguna cosa de estas profecías; el por menor servirá de materia para un discurso mas largo; pero en lo referido ya, vemos lo bastante para quedar convencidos de las famosas predicciones que forman el fundamento de nuestra creencia: cuanto mas se les examina y profundiza, mas verdades se encuentran en ellas; y las profecías del pueblo de Dios tuvieron durante todos aquellos tiempos un tan manifiesto cumplimiento que despues cuando los mismos paganos, cuando un Porfirio, cuando un Juliano el Apóstata, enemigos por otra parte de las escrituras, han querido dar ejemplos de predicciones proféticas, los han ido á buscar entre los judíos.

Y aun puedo deciros con verdad que si durante 500 años no hubo profeta en el pueblo de Dios, todo el estado de aquellos tiempos era profético, la obra de Dios se encaminaba y preparábase insensiblemente las vías para el entero cumplimiento de los antiguos oráculos.

El regreso de la cautividad de Babilonia no era mas que una sombra de la libertad, mayor y mas necesaria que el Mesías debia traer consigo á los hombres cautivos del pecado. Disper-

sado el pueblo por diversos puntos en el Asia mayor y menor, en el Egipto y en la Grecia empezaba á brillar entre los gentiles el nombre y la gloria del Dios de Israel. Las escrituras, que debian llegar á ser algun dia la luz del mundo, fueron traducidas á la lengua mas conocida del universo, cuya antigüedad es reconocida por tanto. Mientras que el templo fué reverenciado y las escrituras difundidas entre los gentiles, Dios dió alguna idea de su conversion, y echó para ella de muy lejos los fundamentos.

Lo mismo que pasaba entre los griegos era una especie de preparacion para el conocimiento de la verdad. Sus filósofos conocieron que el mundo era regido por un Dios muy diferente de los que el vulgo adoraba, y á quien ellos mismos servian con el vulgo. Las historias griegas dan fé de que aquella bella filosofía traia su origen del Oriente y de los parages en donde los judíos habian sido dispersados; pero de cualquiera punto que haya venido una verdad tan importante difundida entre los gentiles, aunque impugnada, aunque mal seguida por los mismos que la enseñaron, empezaba á despertar al género humano y suministraba de antemano pruebas ciertas á los que debian algun dia sacarle de su ignorancia.

CAPÍTULO XVI.

De la prodigiosa ceguedad de la idolatría antes de la venida del Mesías.

Como sin embargo la conversion del gentilismo era una obra reservada al Mesías y el carácter propio de su venida, la impiedad y el error prevalecian por todas partes. Las naciones mas ilustradas y mas sábias, los caldeos, los egipcios, los fenicios, los griegos y los romanos eran los mas ignorantes y mas ciegos en materia de religion: tan cierto es que para conocerla es menester ser movido por una gracia particular y por una sabiduría mas que humana. ¿Quién se atreveria á referir las ceremonias de los dioses inmortales y sus impuros misterios? Sus amores, sus crueldades, sus celos y todos los demas excesos que les eran comunes, formaban el motivo de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos que se les cantaban, y de las pinturas que se consagraban en sus templos. De aquí nacia que al crimen se le prestaba adoracion, y era reconocido necesario al culto de los dioses. El mas grave de los filósofos prohibe beber con exceso no siendo en las fiestas de Baco y en honor de este dios. Otro, despues de haber severamente reprobado todas las imágenes obscenas, exceptúa las de los dioses que querian ser honrados con estas infamias. No pueden leerse sin vergüenza y asombro los honores

que era necesario tributar á Venus, y las prostituciones que se hallaban establecidas para adorarla. La Grecia, tan culta y sábia como era, recibió aquellos abominables misterios. En las grandes necesidades, los particulares y las repúblicas ofrecían á Venus cortesanas, y la Grecia no se avergonzaba de atribuir su salvacion á las plegarias que hacían á su diosa. Despues de la derrota de Xerxes y de sus formidables ejércitos, se puso en el templo un cuadro, en el que se hallaban representados sus votos y sus procesiones, con esta inscripcion del famoso poeta Simónides: «Estas han rogado á la diosa »Venus, quien por amor á éllas ha salvado á »la Grecia.»

Si hubiese de adorarse al amor debería ser al menos al amor honesto; pero allí no era así. Solon, ¿quién podría creerlo, y quién podría esperar de un hombre tan eminente una infamia tan grande! Solon, repito, estableció en Atenas el templo de Venus la prostituta, ó del amor impúdico. Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados á este dios, y el amor conyugal no tenía uno solo en todo el país.

Sin embargo, detestaban el adulterio en los hombres y en las mugeres; la sociedad conyugal era sagrada entre ellos. Pero cuando se ocupaban de la religion, parecían estar como poseídos de un espíritu estravagante, y hasta parecían que sus luces naturales les abandonaban.

La gravedad romana no trató la religion con mas seriedad, pues consagraba al honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores, es decir, todo lo que puede imaginarse de mas corrompido y de mas bárbaro.

Pero yo no sé si las ridículas locuras que se mezclaban en la religion no les eran todavía mas perniciosas, atrayéndola, como la atraian, mayor desprecio; porque efectivamente, ¿puede guardarse el respeto que es debido á las cosas divinas en medio de las impertinencias que contaban las fábulas, cuya representacion ó recuerdo formaba una tan gran parte del culto divino? Todo el servicio público no era mas que una continua profanacion, ó mas bien una derision del nombre de Dios; y fué muy necesario que existiese alguna potencia enemiga de este nombre sagrado que, tomando á su cargo envilecerle mas, impeliese á los hombres á usar de él en cosas tan despreciables, y aun á prodigarle asuntos tan indignos.

Es verdad que los filósofos reconocieron al fin que había otro Dios distinto de aquel que el vulgo adoraba; pero no se atrevían á confesarlo. Por el contrario, Sócrates establecía por máxima que era necesario que cada uno siguiese la religion de su país. Su discípulo Platon, que veía á la Grecia y á todos los países del mundo profesando un culto insensato y escandaloso,

no deja por eso de sentar como un fundamento de su república, "que no se debe jamas hacer mudanza alguna en la religion que se encuentra establecida, y que es menester haber perdido la razon para pensar solo en ello." Filósofos tan respetables y que han dicho tan bellas cosas acerca de la naturaleza divina, no osaron oponerse al error público, y desesperraron de poderle vencer. Cuando Sócrates fue acusado de negar la existencia de los dioses que el público adoraba, defendióse de la acusacion como si fuese un crimen; y Platon, hablando del Dios que habia formado el universo, dijo que era difícil encontrarle, y que estaba prohibido declarársele al pueblo. Protesta no hablar jamas de él mas que en enigmas por temor de esponer una tan gran verdad á la burla y al ridículo.

¡ En qué abismos se hallaba el género humano, que ni aun podia soportar la menor idea del verdadero Dios! Atenas, la mas culta y la mas sábia de todas las ciudades griegas, tenia por atéos á los que hablaban de las cosas intelectuales; y esta fué una de las razones que tuvieron para condenar á Sócrates. Si algunos filósofos se atrevieron á enseñar que las estatuas no eran dioses como lo entendia el vulgo, viéronse obligados á desdecirse; y aun despues de esto eran desterrados como impíos por sentencia del Areópago.

Toda la tierra estaba poseida del mismo error; la verdad no podia presentarse. El Dios criador del mundo no tenia templo ni cultomas que en Jerusalem. Cuando los gentiles enviaban á él sus ofrendas, el honor que prestaban al Dios de Israel era el de contarle en el número de los otros dioses que ellos adoraban. Solo la Judea conocia su santidad y que era el único á quien debiera prestarse adoracion, y sabia que dar culto á él y á otros dioses, ó admitir á éstos en la participacion de su religion, era destruirla.

De la corrupcion y de las supersticiones que reinaban entre los judíos; y de las falsas doctrinas de los fariseos.

Sin embargo, al fin de los tiempos los mismos judíos que conocian á Dios y que eran los depositarios de la religion, comenzaron no á olvidar al Dios de sus padres, sino á mezclar en la religion supersticiones indignas de él: ¡tales son los hombres que siempre van debilitando la verdad! Bajo el reinado de los Asmoneos y en tiempo de Jonatás fué cuando apareció entre los judíos la secta de los fariseos. Se adquirieron desde luego un gran crédito por la pureza de su doctrina y por la exacta observancia de la ley: uniéndose á esto que tenian una conducta suave y regular, y que vivian entre sí muy unidos. Las recompensas y los castigos de la vida futura, de que eran unos celosos predicadores, atrajéronles mucho honor y fama, pero al fin insinuóse la ambicion entre ellos. Quisieron gobernar, y en efecto, apropiáronse un poder absoluto sobre el pueblo: hicieron los árbitros de la doctrina y de la religion, las que insensiblemente fueron reduciendo á prácticas supersticiosas, provechosas á su interés y á la dominacion que querian establecer sobre las conciencias, al mismo tiempo que su verdadero espíritu iba haciéndose desconocido hasta el punto de estar próximo á desaparecer del todo.

A estos males juntóse otro mayor, el orgullo y la presuncion; pero una presuncion tal que llegaba hasta atribuirse á sí misma el don de Dios. Acostumbrados los judíos á sus beneficios, é ilustrados despues de tantos siglos de su conocimiento, olvidaron que solo su bondad era la que les habia separado de los otros pueblos, y miraron su gracia como una deuda. Estirpe escogida y siempre bendita por espacio de dos mil años, juzgáronse solo dignos de conocer á Dios, y creyéronse de otra especie distinta de los demas hombres á quienes veian privados de su conocimiento. Fundados sobre este falso principio, miraron á los gentiles con menosprecio y desden. Ser descendiente de Abraham segun la carne, parecíales una distincion que les colocaba naturalmente en una esfera superior á todos los demas hombres; y engreidos de descender de tan noble prosapia, creíanse santos por naturaleza y no por la gracia; error que todavía dura entre ellos. Los fariseos fueron los que, procurando distinguirse por sus luces y por la exacta observancia de las ceremonias de la ley, introdujeron esta opinion hácia el fin de los tiempos. Como su prurito era distinguirse de los demas hombres, multiplicaron hasta lo infinito las prácticas exteriores, y sus pensamientos, por contrarios que fuesen á la ley de Dios, hicieronlos pasar y los acreditaron como si fuesen tradiciones auténticas.

CAPÍTULO XVIII.

Auméntase la corrupción entre los judíos: señal de su decadencia segun el profeta Zacarías lo predijo.

No obstante que los sentimientos é ideas de los fariseos no hubiesen pasado por decreto público de la sinagoga á erigirse en dogmas, íbanse insensiblemente estableciendo entre la creencia del pueblo, el cual de día en día íbase haciendo mas inquieto, turbulento y sedicioso. En fin, las divisiones que, segun los profetas, debian ser las que diesen principio á su decadencia, introdujéronse con ocasion de las desavenencias sobrevenidas en la casa de los Asmoneos. Apenas faltarian ya sesenta años para que se verificase la venida de Jesucristo, cuando Hircano y Aristóbulo, hijos de Alejandro Janeo, principiaron á hacerse la guerra, ambicionando cada uno de por sí apropiarse el supremo sacerdocio á que estaba anejo el trono. He aquí el momento fatal que señala la historia como la primera causa de la ruina de los judíos. Pompeyo, á quien los dos hermanos nombraron por árbitro, les sujetó á los dos, al mismo tiempo que desposeyó á Antioco, por sobrenombre el Asiático, último rey de Siria. Destronados estos tres príncipes á un mismo tiempo y de un golpe, fueron la señal de la decadencia marcada en términos precisos por el pro-

feta Zacarías. Es cierto, segun la historia, que el trastorno y mudanza acaecidos en la Siria y en la Judea fueron hechos al mismo tiempo por Pompeyo, cuando despues de haber acabado la guerra contra Mitridates, dispuesto á volverse á Roma, arregló los negocios del Oriente. El profeta ha expresado lo concerniente á la ruina de los judíos, quienes de dos hermanos que vieran reyes, vieron al uno prisionero servir de trofeo al triunfo de Pompeyo, y al otro (es decir al débil Hircano), á quien el mismo Pompeyo quitó con la diadema una gran parte de sus estados, no quedarle mas que un vano título de autoridad que tampoco tardó mucho en perder. Entonces fué cuando los judíos fueron hechos tributarios de los romanos, y la ruina de la Siria trajo en pos de sí la suya, porque aquel gran reino confinante con la Judea, reducido á provincia romana, aumentó de tal manera el poder de los romanos en el pais, que no le quedaba á éste otro medio de salvarse mas que someterse á su obediencia. Los gobernadores de Siria acometieron continuas empresas sobre la Judea: los romanos al fin se hicieron dueños absolutos de ella, y debilitaron su gobierno en muchas cosas. Por ellos, en fin, el reino de Judá pasó de las manos de los Asmoneos que le regian, á las de Herodes, extranjero é idumeo. La politica cruel y ambiciosa de este rey, que solo en apariencia profesaba la religion

judáica, cambió las máximas del antiguo gobierno. Ya no fueron aquellos judíos dueños de su suerte bajo el vasto imperio de los persas y de los primeros Seleucidas y bajo cuyo mando disfrutaron de una profunda paz; Herodes, que los tenía de cerca esclavizados bajo su poder, todo lo embrolló; alteró á su voluntad el orden de sucesion de los pontífices; menoscabó la autoridad del pontificado haciéndola arbitraria; enervó la autoridad del consejo de la nacion, al que dejó sin facultades: todo el poder público pasó á las manos de Herodes y de los romanos, de quienes éste era esclavo, y conmovió los fundamentos de la república judáica.

Los fariseos y el pueblo, que solo prestaban oídos á sus propios sentimientos y deseos, sufrían este estado con mucha impaciencia. Quanto mas gravados se sentían con el peso del yugo que les impusieran los gentiles, mas desden y enojo concibieron contra ellos. Ya no quisieron otro Mesías que no fuese guerrero y temible á las potencias que los tenían reducidos á la esclavitud. Así fué que echando en olvido tantas profecías como les hablaban tan espresa y terminantemente de las humillaciones que habían de sufrir, ni tuvieron ojos para ver ni oídos para oír mas que aquellas que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que ellos apetecían.

CAPÍTULO XIX.

De Jesucristo y de su doctrina.

En esta decadencia de la religion y del estado del pueblo judío al fin del reinado de Herodes, y en tiempo que los fariseos introducían tantos abusos, fué cuando Jesucristo fué enviado á la tierra para restablecer en ella el reino en la casa de David de una manera mas grande que la que los judíos carnales entendían, y para predicar la doctrina que Dios había decretado que se anunciase en todo el universo. Este admirable niño, llamado por Isaías el Dios fuerte, el padre del siglo futuro, y el autor de la paz, nace de una virgen en Belén, á donde viene á reconocer el origen de su estirpe. Concebido por obra del Espíritu Santo, santo por su nacimiento, y digno él solo de reparar los vicios del nuestro, recibe el nombre de Salvador, porque venia á salvarnos de nuestros pecados. A muy luego que se verificó su nacimiento, aparece una nueva estrella en el Oriente, figura de la luz que debía alumbrar á los gentiles, y sirve de guía para que la gentilidad convertida vaya á ofrecer al Salvador, todavía niño, las primicias de su reconocimiento. Un poco despues este Señor tan deseado entra en su santo templo, en donde Simeon le mira no solo como *la gloria de Israel*, sino tambien como *la luz de las naciones infieles*. Luego que

judáica, cambió las máximas del antiguo gobierno. Ya no fueron aquellos judíos dueños de su suerte bajo el vasto imperio de los persas y de los primeros Seleucidas y bajo cuyo mando disfrutaron de una profunda paz; Herodes, que los tenía de cerca esclavizados bajo su poder, todo lo embrolló; alteró á su voluntad el orden de sucesion de los pontífices; menoscabó la autoridad del pontificado haciéndola arbitraria; enervó la autoridad del consejo de la nacion, al que dejó sin facultades: todo el poder público pasó á las manos de Herodes y de los romanos, de quienes éste era esclavo, y conmovió los fundamentos de la república judáica.

Los fariseos y el pueblo, que solo prestaban oídos á sus propios sentimientos y deseos, sufrían este estado con mucha impaciencia. Quanto mas gravados se sentían con el peso del yugo que les impusieran los gentiles, mas desden y enojo concibieron contra ellos. Ya no quisieron otro Mesías que no fuese guerrero y temible á las potencias que los tenían reducidos á la esclavitud. Así fué que echando en olvido tantas profecías como les hablaban tan espresa y terminantemente de las humillaciones que habían de sufrir, ni tuvieron ojos para ver ni oídos para oír mas que aquellas que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que ellos apetecían.

CAPÍTULO XIX.

De Jesucristo y de su doctrina.

En esta decadencia de la religion y del estado del pueblo judío al fin del reinado de Herodes, y en tiempo que los fariseos introducían tantos abusos, fué cuando Jesucristo fué enviado á la tierra para restablecer en ella el reino en la casa de David de una manera mas grande que la que los judíos carnales entendían, y para predicar la doctrina que Dios había decretado que se anunciase en todo el universo. Este admirable niño, llamado por Isaías el Dios fuerte, el padre del siglo futuro, y el autor de la paz, nace de una virgen en Belén, á donde viene á reconocer el origen de su estirpe. Concebido por obra del Espíritu Santo, santo por su nacimiento, y digno él solo de reparar los vicios del nuestro, recibe el nombre de Salvador, porque venia á salvarnos de nuestros pecados. A muy luego que se verificó su nacimiento, aparece una nueva estrella en el Oriente; figura de la luz que debía alumbrar á los gentiles, y sirve de guía para que la gentilidad convertida vaya á ofrecer al Salvador, todavía niño, las primicias de su reconocimiento. Un poco despues este Señor tan deseado entra en su santo templo, en donde Simeon le mira no solo como *la gloria de Israel*, sino tambien como *la luz de las naciones infieles*. Luego que

se acercó el tiempo de predicar su evangelio, san Juan Bautista, que debía prepararle los caminos, llamó á todos los pecadores á la penitencia, haciendo resonar los acentos de su voz en todo el desierto donde habia vivido desde sus primeros años con tanta austeridad como inocencia. El pueblo, que hacia ya 500 años que no habia visto profetas, reconoció á este nuevo Elías, á quien creyó por su Salvador, porque tan admirable le pareció su santidad; pero él mismo desengañó al pueblo mostrándole aquel de quien no se consideraba *digno de desatar las correas de sus sandalias*. En fin, Jesucristo empieza á predicar su evangelio, y á revelar los secretos que habia visto en toda la eternidad en el seno de su Padre. Sienta los fundamentos de su Iglesia llamando cerca de sí á doce pescadores, y pone á san Pedro á la cabeza de todo el rebaño, con una prerogativa tan manifiesta que los evangelistas, que en la enumeracion que hacen de los apóstoles no guardan ningun orden cierto en nombrarlos, están acordes solo en nombrar á san Pedro, antes que á todos los demas, como el primero. Jesucristo recorre toda la Judea colmándola de beneficios; compasivo para con los enfermos; misericordioso con los pecadores, de quienes se constituye el verdadero médico por el acceso que les da cerca de sí, haciendo sentir á los hombres una autoridad á la par que una mansedumbre que ja-

mas vieran en persona alguna. Anuncia sublimes, misterios confirmándolos con grandes milagros: recomienda grandes virtudes, dando al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Por esto pareció tambien "lleno de gracia y de verdad, y nosotros la recibimos todos de su plenitud."

Todo guarda unidad en su persona, su vida, su doctrina y sus milagros. La misma verdad resplandece en ella por todas partes: y todo concurre á hacer ver en él el señor del género humano y el modelo de la perfeccion.

Él solo, viviendo entre los hombres y á la vista de todo el mundo, pudo decir sin temor de ser desmentido: "¿quién de vosotros me acusará de pecado?"; y tambien: "yo soy la luz del mundo; mi comida es hacer la voluntad de mi Padre: el que me ha enviado está conmigo y no me deja solo, porque yo hago siempre su voluntad."

Sus milagros son de un orden particular y de un carácter enteramente nuevo. No son aquellas *señales en el cielo* tales como los judíos las pedian: hácelos casi todos sobre los hombres mismos y para curarles de sus enfermedades. Todos sus milagros son mas bien productos de su bondad que de su poder, y no sorprenden tanto á los espectadores como continúen su corazon. Los hace con imperio: los demonios y las enfermedades le obedecen: con

solo su palabra los ciegos de nacimiento adquieren la vista, los muertos resucitan, y los pecados son perdonados. Su principio reside en sí mismo, y nace de él como de su origen: "Yo siento, dice él, que una virtud ha salido de mí." Nadie habia hecho tan grandes milagros ni en tan gran número; y sin embargo, promete que sus discípulos harán en su nombre todavía *mas grandes maravillas*: tan fecunda é inagotable era la virtud que llevaba consigo.

¿Quién puede dejar de admirar la condescendencia con la cual sabia acomodar la sublimidad de su doctrina al alcance de los mas rudos? Era una leche para los niños al mismo tiempo que pan para los robustos. Lleno de los secretos de Dios no se le ve engreido ni admirado como á los demas mortales á quienes Dios se comunica: habla con naturalidad: como nacido en este secreto y en esta gloria; y *lo que posee sin medida*, repártelo con ella para que nuestra debilidad pueda soportarlo.

No obstante de haber sido enviado para todo el mundo, él no se dirige desde luego mas que á las ovejas perdidas de la casa de Israel, para las que principalmente habia sido enviado; pero prepara el camino para la conversion de los samaritanos y de los gentiles. Una samaritana le reconoce por el Cristo á quien su nacion aguardaba, asi como la de los judíos, y

aprende de él el misterio del nuevo culto que en adelante no habia de tributársele en un lugar determinado. Una muger cananea é idólatra le arranca, por decirlo así, con su importunidad la gracia de la curacion de su hija. Reconoce en diversos parajes á los hijos de Abraham en los gentiles, y habla de su doctrina, de la que predice que ha de ser predicada, combatida y recibida en toda la tierra. Jamas el mundo habia visto una cosa semejante, y sus apóstoles se hallaban asombrados al oirle y presenciar sus maravillas. No oculta á los suyos las duras pruebas por las que han de pasar. Háceles ver las violencias y la seducion que han de ejercerse contra ellos, las persecuciones, las falsas doctrinas, los falsos hermanos, la guerra interior y exterior que han de sufrir, por cuyo medio y por cuyas pruebas ha de acrisolarse su fé; y al fin de los tiempos la decadencia de esta fé y la tibieza de la caridad entre sus discípulos; y predíceles que en medio de tantos peligros, su iglesia y la verdad serán siempre invencibles.

He aquí, pues, una nueva conducta y un nuevo orden de cosas: ya no se habla á los hijos de Dios de recompensas temporales; Jesucristo manifiéstales una vida futura; y teniéndoles suspensos con esta esperanza, enséñales á desapegarse de todas las cosas terrestres. La cruz y la paciencia, díceles, que será

á su patrimonio en la tierra, añadiendo que *el cielo ha de conquistarse con violencia*. Jesucristo, que muestra á los hombres esta nueva senda, entra el primero por ella: predica verdades puras que aturden á los hombres groseros no obstante su soberbia; pone de manifiesto el orgullo oculto y la hipocresía de los fariseos y de los doctores de la ley que la corrompian con sus interpretaciones. Al vituperar su conducta, honra su ministerio *y la cátedra de Moisés en donde están sentados*. Frecuenta el templo, cuya santidad respeta, remitiendo los leprosos, á quienes ha curado, á los sacerdotes para que los purifiquen. Por este medio enseña á los hombres el modo con que deben reprender y reprimir los abusos, sin perjuicio del ministerio establecido por Dios, y muestra tambien con esto que el cuerpo de la Sinagoga subsistia á pesar de la corrupcion de los particulares; empero, no obstante, propendia á su ruina. Los pontífices y los fariseos enconaban contra Jesucristo al pueblo judío, cuya religion iba convirtiéndose en una supersticion completa. Este pueblo no puede ya tolerar al Salvador del mundo porque le reprende y le llama á la práctica de unas virtudes mas sólidas y difíciles. El mas santo y el mejor de todos los hombres, la santidad y la bondad mismas, se hace el mas envidiado y mas aborrecido; pero por esto ni se desalienta ni cesa de hacer bien

á sus conciudadanos; mas él ve su ingratitud; predicéles, derramando lágrimas, el castigo que les ha de sobrevenir, y anuncia á Jerusalem su próxima ruina. Predice tambien que los judíos, enemigos de la verdad que les anunciaba, serían entregados al error, y se harian el juguete de los falsos profetas. Sin embargo, la envidia de los fariseos y de los sacerdotes le conduce á un suplicio infame; sus discípulos le abandonan; uno de ellos le vende traidoramente; y el primero y mas celoso de todos reniega de él tres veces. Acusado ante el consejo honra hasta el fin el ministerio de los sacerdotes, y responde en términos precisos al pontífice que le interrogaba jurídicamente. Mas era llegado el momento en que la Sinagoga debia ser reprobada. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque se decia el Cristo hijo de Dios: es entregado á Poncio Pilato, presidente romano: fué reconocida su inocencia por su juez, á quien la política y el interés le hicieron obrar contra su conciencia: el justo es condenado á muerte: el mayor de todos los crímenes da lugar á la mas perfecta obediencia que se conoció jamas; Jesus, soberano de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los protervos, y ofrece un sacrificio que debia ser la espacion del género humano. Pendiente en la cruz mira en las profecías lo que le quedaba que ha-

cer: lo cumple y dice en fin: *todo se ha consumado*. Al acabar de proferir esta palabra todo cambió en el mundo, cesa la ley, pasan sus figuras, y son abolidos sus sacrificios para una oblation mas perfecta. Hecho esto, Jesucristo espira dando un gran ay; toda la naturaleza se conmueve: el centurion que le miraba, lleno de asombro al presenciar una muerte tal, esclama y dice: *verdaderamente es el hijo de Dios*; y los espectadores se vuelven dándose golpes de pechos. Al tercer dia resucita; aparece á los suyos que le habian abandonado y que se obstinaban en no creer su resurreccion: le ven, le hablan, le tocan, y quedan convencidos. Para confirmar la fé de su resurreccion muéstrase diversas veces y en diversas circunstancias. Sus discípulos le ven en particular, y le ven tambien todos juntos. Se aparece una vez á mas de 500 hombres reunidos. El apóstol que lo ha escrito asegura que la mayor parte de ellos vivian todavía cuando él lo escribia. Jesucristo resucitado da á sus apóstoles todo el tiempo que quieren para que le contemplen bien; y despues de haberse puesto entre sus manos, dejándose tocar de la manera que quisieron hasta que no les quedase ya la menor duda de la verdad, les ordena que den testimonio de lo que han visto, de lo que han oido, y de lo que han palpado, y á fin de que no pueda quedar duda de su buena fé, así co-

mo de su persuasion, les obliga á que sellen con su sangre su testimonio. Así su predicacion es inalterable; su fundamento es un hecho positivo, atestiguado unánimemente por los que le presenciaron. Su sinceridad está justificada por la prueba mas fuerte que puede darse, cual es la de los tormentos y la de la misma muerte. Tales son las instrucciones que recibieron los apóstoles. Sobre este fundamento, doce pescadores emprenden la mision de convertir al mundo entero, tan opuesto á las leyes que tenían que prescribirle y á las verdades que tenían que anunciarle. Reciben orden de comenzar por Jerusalem, y desde allí estenderse por toda la tierra para "instruir á todas las naciones y bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Jesucristo les promete "estar con ellos todos los dias y hasta la consumacion de los siglos", y asegura con esta promesa la perpétua duracion del ministerio eclesiástico. Dicho esto, súbese á los cielos en su presencia. Las promesas van á recibir su cumplimiento; y las profecías á tener su último esclarecimiento. Los gentiles son llamados al conocimiento de Dios por las órdenes de Jesucristo resucitado; institúyese una nueva ceremonia para la regeneracion del nuevo pueblo; y los fieles aprenden que el verdadero Dios, el Dios de Israel, este Dios uno é indivisible al cual

son consagrados por el bautismo, es todo junto Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aquí nos fueron propuestos los profundos é incomprensibles misterios de la esencia divina, la inefable grandeza de su unidad, y las infinitas riquezas de aquella naturaleza mas fecunda todavía en lo interior que en lo exterior, capaz de comunicarse sin dividirse á tres personas iguales.

Aquí nos fueron esplicados los misterios que aun se hallaban envueltos en la oscuridad, y como sellados en las antiguas escrituras. Nosotros entendemos ahora el secreto de esta palabra: "hagamos al hombre á nuestra imagen;" y la Trinidad, designada en la creacion del hombre, quedó espresamente declarada en su regeneracion.

Sabemos lo que es aquella sabiduría *concebida*, segun Salomon, *antes de todos los tiempos en el seno de Dios*; sabiduría que forma todas sus delicias, y por quien son ordenadas todas sus obras. Sabemos quién es aquel á quien David vió *engendrar antes de salir la aurora*; y el nuevo testamento nos enseña que es el Verbo la palabra interior de Dios, y su eterno pensamiento, que existe siempre en su seno, y por el que han sido hechas todas las cosas.

Por aquí respondemos á la misteriosa cuestion que se halla propuesta en los Proverbios:

"decidme el nombre de Dios y el nombre de su Hijo, si lo sabeis." Porque nosotros sabemos que este nombre de Dios, tan misterioso y tan oculto, es el nombre de Padre, entendido en este sentido profundo que le hace concebir en la eternidad Padre y un Hijo igual á él, y que el nombre de su hijo es el nombre de Verbo; Verbo á quien engendra eternamente contemplándose á sí mismo, que es la espresion perfecta de su verdad, su imagen, su hijo único, *el resplandor de su claridad, y el retrato de su sustancia.*

Con el Padre y el Hijo conocemos tambien al Espíritu Santo, el amor del uno y del otro, y su eterna union. Este Espíritu es quien inspira á los profetas, y el que reside en ellos para manifestarles los secretos consejos de Dios acerca de las cosas futuras; este Espíritu es del que se ha escrito: "El Señor me ha enviado, y su espíritu" es cosa distinta del Señor, y que al mismo tiempo es el Señor, en razon de que él le envia á los profetas y les revela las cosas futuras. Este Espíritu que habla á los profetas, y que habla por los profetas, está unido al Padre y al Hijo, é interviene con ellos en la consagracion del nuevo hombre. Así que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, forman el misterio de la Trinidad, manifestado con oscuridad á nuestros padres, pero

claramente revelado en la nueva alianza. Instruidos de tan sublime misterio, y admirados de su incomprensible profundidad, nos cubrimos nuestra cara ante Dios como los serafines que vió Isaias, y adoramos con ellos al que es tres veces santo.

Al Hijo único *que existia en el seno del Padre*, y que sin salir de él se venia con nosotros, era á quien tocaba descubrirnos enteramente estos admirables secretos de la naturaleza divina que Moisés y los profetas no habian hecho mas que insinuarnos.

A él era á quien tocaba hacernos entender de dónde nace que el Mesias, prometido como un hombre que debía salvar á todos los demas, era mostrado al mismo tiempo como Dios en número singular, y de la manera absoluta con que el Creador nos es designado; y así es como lo ha hecho, enseñándonos que aunque hijo de Abraham, *existia antes que Abraham fuese concebido; que ha bajado del cielo; y sin embargo, que está en el cielo; que él es Dios, hijo de Dios, y al mismo tiempo hombre, hijo del hombre, el verdadero Emmanuel, Dios con nosotros; en una palabra, el Verbo encarnado, uniendo en su persona la naturaleza humana con la divina, á fin de reconciliar en sí mismo todas las cosas.*

Así nos han sido revelados los dos principales misterios, el de la Trinidad y el de la

Encarnacion. Pero el que nos los ha revelado nos ha hecho encontrar su imágen en nosotros mismos, para que los tengamos siempre presentes, y reconozcamos la dignidad de nuestra naturaleza.

En efecto, si imponemos silencio á nuestros sentidos, y nos encerramos por un poco de tiempo dentro del círculo de nuestra alma, es decir, en esta parte en que la verdad se hace entender, veremos en ella una imágen de la Trinidad á quien nosotros adoramos. El pensamiento, que sentimos nacer como el gérmen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos da alguna idea del Hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Es por lo que este Hijo de Dios toma el nombre de Verbo, para que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace nuestra alma, aquella palabra interior que sentimos en ella cuando contemplamos la verdad.

Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imágen de la verdad que se forma en nosotros. Nosotros amamos á esta palabra interior y al espíritu en donde nace, amándola sentimos en nosotros una cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento; que es el fruto del uno y del otro, que les une, que se

une á ellos, y no forma con ellos mas que una misma vida.

Así, en cuanto puede encontrarse relacion entre Dios y el hombre, así, repito, se produce en Dios el amor eterno que nace del Padre que piensa, y del Hijo que es su pensamiento, para formar con él y su pensamiento una misma naturaleza igualmente dichosa y perfecta.

En una palabra, Dios es perfecto; y su Verbo, imágen viva de una verdad infinita, no es menos perfecto que él; y su amor, que saliendo de la fuente inagotable del bien y teniendo toda su plenitud, no puede dejar de poseer una perfeccion infinita; y mediante á que nosotros no tenemos otra idea de Dios que la de la perfeccion, cada una de estas tres cosas, considerada en sí misma, merece ser llamada Dios; pero porque estas tres cosas convienen necesariamente á una misma naturaleza, todas tres no son mas que un solo Dios.

No puede concebirse nada de desigual ni de separado en esta Trinidad adorable, y por incomprendible que nos sea esta igualdad, si escuchamos á nuestra alma, élla nos dirá alguna cosa.

Ella existe; y cuando sabe perfectamente lo que es, ó lo que es su existencia, su inteligencia responde á la verdad de su ser; cuando ama á su ser conjuntamente con su inteligencia tanto como merecen ser amados, su

amor iguala la perfeccion del uno y del otro. Estas tres cosas no se separan jamas, y se hallan contenidas la una en la otra: nosotros entendemos que nosotros existimos, y que nosotros amamos; y nosotros amamos á la existencia y á la inteligencia. ¿Quién puede negar que existe, que piensa y que ama cuando tiene el sentimiento de su propia existencia, de su inteligencia y de su amor? Y no solo una de estas cosas no es mejor que la otra, sino que tampoco las tres juntas son mejores que una de ellas en particular, porque cada una encierra el todo, y porque en las tres consiste la felicidad y la dignidad de la naturaleza racional. Así la Trinidad, á quien servimos y á la cual nos consagramos por nuestro bautismo, es no solo perfecta é inseparable, sino infinitamente mas perfecta, una en su esencia, y en fin, igual en todo y por todo.

Pero nosotros, que somos la imágen de la Trinidad, somos bajo otro aspecto tambien la imágen de la Encarnacion.

Nuestra alma, de una naturaleza espiritual é incorruptible, tiene un cuerpo corruptible al cual está unida, y de esta union resulta un todo, que es el hombre, espíritu y cuerpo á la vez, incorruptible y corruptible, inteligente y puramente animal. Estos atributos convienen al todo por relacion á cada una de sus dos partes: así el Verbo divino, cuya virtud sostiene el

todo, se une de una manera particular, ó mas bien se hace el mismo por una perfecta union, el Jesucristo hijo de María, lo que hace que sea Dios y hombre al mismo tiempo, engendrado en la eternidad y engendrado en el tiempo; siempre viviendo en el seno del Padre, y muerto en la cruz para salvarnos.

Pero en donde quiera que tengamos que mezclar el nombre de Dios, siempre las comparaciones sacadas de las cosas humanas serán imperfectas. Nuestra alma no existe antes que nuestro cuerpo, y le falta alguna cosa cuando está separada de él. El Verbo, perfecto en sí mismo desde la eternidad, no se une á nuestra naturaleza mas que para honrarla. El alma que preside al cuerpo, y que le modifica de diversas maneras, ella misma á su turno es modificada por él. Si el cuerpo es movido por el imperio y segun la voluntad del alma, el alma es turbada, afligida y agitada de mil maneras diferentes, agradable ó desagradablemente, segun las disposiciones del cuerpo; de manera que así como el alma eleva el cuerpo á su esfera dirigiéndole, así élla queda subordinada á él por quanto algunas veces se le somete. Pero en Jesucristo, el Verbo preside á todo y todo lo tiene bajo su mano. Así es que la parte humana es realzada por el Verbo, y el Verbo nunca, ni bajo aspecto ninguno está subordinado á ella: inmutable é inalterable,

domina en todo y por todo á la naturaleza que le está unida.

De aquí nace que en Jesucristo, el hombre absolutamente sometido á la direccion íntima del Verbo que le eleva hasta sí, no tiene mas que pensamientos y movimientos divinos. Todo lo que él piensa, lo que él quiere, lo que él dice, lo que él se reserva en su interior, lo que él quiere manifestar, es animado por el Verbo, dirigido por el Verbo y digno del Verbo, es decir, digno de la razon misma, de la sabiduría misma y de la verdad misma. Es por lo que todo es luz en Jesucristo; su conducta es una regla; sus milagros unas instrucciones; y sus palabras son espíritu y vida.

No es dado á todos comprender bien estas sublimes verdades, ni ver perfectamente en sí mismos esta maravillosa imágen de las cosas divinas que San Agustin y los demas Padres han creído tan cierta. Los sentidos nos dominan demasiado; y nuestra imaginacion que se mezcla en todos nuestros pensamientos, no nos permite siempre pararnos á contemplar una luz tan pura. No nos conocemos á nosotros mismos; desconocemos las riquezas que llevamos en el fondo de nuestra naturaleza, y solo una vista muy perspicaz y purificada puede percibir las. Pero por poco que nosotros penetrásemos este secreto, y por poco que supiésemos observar en nosotros la imágen de los dos misterios que

forman el fundamento de nuestra fé, sería bastante para elevarnos á una esfera superior á todo, en donde lo mortal no tendria parte ninguna.

Tambien Jesucristo nos llama á una gloria inmortal, fruto de la fé que prestamos á los misterios.

Este Dios hombre, esta verdad y esta sabiduría encarnada que nos obliga á la creencia de tan grandes misterios, por solo su palabra nos promete en la eternidad la clara y bienaventurada vision como la recompensa cierta de nuestra fé.

De esta manera vemos que la mision de Jesucristo es infinitamente superior á la de Moisés.

Moisés tuvo la mision de escitar por recompensas temporales á los hombres sensuales y embrutecidos: porque habiéndose vuelto todo cuerpo y todo carne, érales necesario cautivarles por los sentidos é inculcarles por este medio el conocimiento de Dios y el horror á la idolatría á que el género humano se hallaba tan prodigiosamente propenso.

Tal fué el ministerio de Moisés: estaba reservado á Jesucristo inspirar al hombre pensamientos mas sublimes, y hacerle conocer con una plena evidencia la divinidad; la inmortalidad y la eterna felicidad de su alma.

Durante los tiempos de ignorancia, es de-

cir, durante los tiempos que precedieron á Jesucristo, lo que el alma conocia de su venida y de su inmortalidad, le inducia frecuentemente al error. El culto de los hombres muertos formaba casi todo el fondo de la idolatría: casi todos los hombres hacian sacrificios á los manes, ó sea á las almas de los difuntos. Tan antiguos errores hácennos ver á la verdad cuán antigua era la creencia de la inmortalidad del alma, y nos manifiestan que debe ser una de las primeras tradiciones del género humano. Pero el hombre que corrompe cuanto toca, abusó extraordinariamente de esta verdad cuando le inclinó y le escitó á hacer sacrificios á los muertos. Se llegó hasta el exceso de sacrificarles hombres vivos: mataban á sus esclavos, y aun á sus propias mugeres para que les fuesen á servir al otro mundo. Los galos y otros muchos pueblos practicaban esto; y los indios, señalados por los autores paganos entre los primeros defensores de la inmortalidad del alma, fueron tambien los primeros que introdujeron en la tierra bajo pretexto de religion estos abominables asesinatos. Los indios se suicidaban para gozar mas pronto de la felicidad de la vida futura; y este deplorable fanatismo dura todavía hoy dia entre aquellos pueblos: tan peligroso es enseñar la verdad en otro órden distinto de aquel que Dios ha seguido, y explicar claramente al hombre todo lo que él es antes que

haya conocido á Dios perfectamente.

Por no conocer á Dios es por lo que la mayor parte de los filósofos no han podido creer la inmortalidad del alma sin creerla á esta una porcion de la divinidad, una divinidad en sí misma, un ser eterno increado al mismo tiempo que incorruptible, y que no tenia tampoco ni principio ni fin. ¡Y qué diremos de los que creian en la transmigracion de las almas, haciéndolas correr de un lado á otro, del cielo á la tierra, de la tierra al cielo; pasar de los animales á los hombres, y de éstos á aquellos; de la prosperidad á la miseria, y de la miseria á la prosperidad, sin que tales revoluciones tuviesen jamas orden ni término ciertos! ¡Cuán obscurecidas se hallaban la justicia, la providencia y la bondad de Dios entre tal cúmulo de errores! ¡Y cuán necesario era conocer á Dios y las reglas de su sabiduría antes de conocer al alma y su inmortal naturaleza!

Todo esto nació de que la ley de Moisés no dió al hombre mas que una primera nocion de la naturaleza del alma y de su felicidad. Nosotros hemos visto al alma formada al principio por el poder de Dios lo mismo que todas las demas criaturas; pero con esta circunstancia particular que el alma fué creada á su imagen y por su soplo, para que entendiéndose con quien tenia relacion por su esencia y á quien debia su existencia, y para que no se creyera

jamás de la misma naturaleza que el cuerpo, ni formada con su concurso. Pero las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura, no fueron por entonces universalmente desenvueltas y descubiertas; y estaba reservado al tiempo del Mesías poner esta gran luz de manifiesto.

Dios habia esparcido algunos destellos de esta luz en las antiguas escrituras. Salomon habia dicho: "que así como el cuerpo volvia á la tierra de donde habia salido, así el alma volvia á manos de su Criador." Los patriarcas y los profetas vivieron con esta esperanza; y Daniel habia predicho que llegaria un tiempo "en que los que duermen en el polvo se despertaran, unos para la vida eterna, y otros para ser cubiertos de una eterna confusion, la cual tendrán siempre delante de sí." Pero al mismo tiempo que le fueron reveladas estas cosas, fué le mandado "sellar el libro y tenerle cerrado hasta el tiempo mandado por Dios;" para hacernos entender con esto que el pleno descubrimiento de estas verdades estaba reservado para otra época y para otro siglo.

No obstante que los judíos tuviesen en sus escrituras hechas algunas promesas de bienes eternos y de que hácia los tiempos del Mesías, en que debian ser declaradas, hablasen muchas de ellas, segun se ve por los libros de la Sabiduría y de los Macabeos, sin embargo, esta

verdad no era tenida como un dogma formal y universal del antiguo pueblo, y prueba de ello es que los saduceos, sin reconocerla ni confesarla, no solo eran admitidos en la sinagoga, sino que tambien eran promovidos al sacerdocio. Uno de los caracteres del nuevo pueblo fué sentar por fundamento de la religion la fé de la vida futura; y éste debia ser el fruto de la venida del Mesías.

Es por lo que no contento con habernos dicho que una vida eternamente bienaventurada estaba reservada á los hijos de Dios, nos ha dicho tambien en qué consistia esta bienaventuranza. Consiste en permanecer con él en la gloria del Dios su Padre; en ver la gloria de que goza él en el seno del Padre desde el origen del mundo; consiste en que Jesucristo esté en nosotros como en sus miembros, y en que el amor eterno que el Padre tiene á su Hijo, estendiéndose á nosotros, nos colme de los mismos dones; en una palabra, consiste en conocer al solo verdadero Dios y al Jesucristo á quien ha enviado, pero en conocerle de aquella manera que se llama clara vision, en *verle cara á cara* y al descubierto, vision que en nosotros reforma y perfecciona la imágen de Dios, como dice san Juan: "que seremos semejantes á él porque le veremos tal como es."

Esta vision será seguida de un amor inmenso, de una alegría inesplicable, y de un

triufo que no tendrá fin. Una eterna *alleluya* y un eterno *amen* que oiremos resonar en las vóbedas de la celestial Jerusalem haránnos ver desterradas todas las miserias y satisfechos todos los deseos; y nada nos quedará que hacer mas que alabar incesantemente la bondad divina.

Con tan nuevas recompensas, menester era que Jesucristo propusiese tambien nuevas ideas de virtud y prácticas mas perfectas y mas puras. El fin de la religion, el alma de las virtudes y el compendio de la ley, es la caridad. Pero puede decirse que la perfeccion y los efectos de esta virtud no habian sido enteramente conocidos hasta la venida de Jesucristo. Jesucristo es quien propiamente nos ha enseñado á contentarnos con Dios solo. Para establecer el reinado de la caridad, y para descubrirnos todas las obligaciones que emanan de ella, nos ha propuesto el amor de Dios hasta el punto de aborrecernos á nosotros mismos, combatiendo sin descanso ni tregua el principio de corrupcion de que está viciado nuestro corazon. Nos ha propuesto tambien el amor del prójimo, mandándonos estender esta inclinacion benéfica á todos los hombres, sin exceptuar á nuestros enemigos: hanos propuesto la moderacion de los apetitos sensuales hasta el punto de mutilar nuestros propios miembros, es decir, de desposeernos y desapegarnos de todos aquellos

afectos mas vivos y mas íntimos de nuestro corazon; nos ha propuesto la entera sumision á las órdenes de Dios, hasta el punto de regocijarnos de los padecimientos que él nos envia; la humildad, complaciéndonos en los oprobios por la gloria de Dios, y creyendo que ninguna injuria puede envilecernos tanto ante los hombres como nos envilecen y humillan nuestros pecados ante Dios á quien hemos ofendido. Sobre este fundamento de la caridad perfecciona todos los estados de la vida humana. Por este medio el matrimonio ha quedado reducido á su forma primitiva; el amor conyugal no puede ser compartido; haciendo esta sociedad indisoluble sin otro término que el de la vida, con lo que los hijos no volverán á ver mas repudiar á su madre para que ocupe una madrastra su lugar. El celibato se nos ha presentado como una imitacion de la vida de los ángeles, ocupados únicamente de su Dios y de las castas delicias de su amor. Los superiores han aprendido que deben ser servidores de sus súbditos y consagrarse á su bienestar; los súbditos á reconocer el orden de Dios en las potestades legítimas, aun cuando abusen de su autoridad: este pensamiento dulcifica la repugnancia que lleva consigo la dependencia; y bajo superiores impertinentes y molestos, la obediencia no es ya pesada al verdadero cristiano.

A estos preceptos une consejos de eminente

perfeccion, cuales son: renunciar á todo placer; vivir en el cuerpo como si tal cuerpo no existiese; abandonarlo todo, dando las riquezas á los pobres para no poseer mas que á solo Dios; vivir con poco y casi de nada, y aguardar esto poco de la divina Providencia.

Pero la ley mas propia del Evangelio es aquella por la cual se manda á cada uno que cargue con su cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fé, el verdadero fundamento de la esperanza, la perfecta purificacion de la caridad, en una palabra, el camino del cielo. Jesucristo murió en la cruz; llevó la cruz toda su vida, y en la cruz es donde quiere que se le siga, poniendo la vida eterna á este precio. El primero á quien prometió en particular el descanso del siglo futuro, fué á un compañero de su cruz: "hoy estarás conmigo, le dijo, en el paraíso." Tan luego como estuvo pendiente de la cruz, rasgóse de arriba á abajo el velo que cubria el santuario, y se abrió el cielo para las almas santas. Al salir de la cruz y de los horrores de su suplicio, fué cuando se apareció á sus apóstoles glorioso y vencedor de la muerte, para que comprendiesen que era por la cruz por donde él debia entrar en su gloria, y que este era el único camino que debian seguir sus hijos.

En la persona de Jesucristo fué dada al mundo la imágen de una virtud perfecta, que

ni tuvo ni aguardó nada sobre la tierra, á la cual los hombres solo recompensaron con continuas persecuciones; y la que no cesando de hacerles bien, recibió en pago de los beneficios que les hiciera el último suplicio. Jesucristo murió sin encontrar ni reconocimiento en aquellos á quienes dispensó beneficios, ni fidelidad en sus amigos, ni equidad en sus jueces. Aunque reconocida su inocencia, no le salvó; su mismo Padre, en quien solo tenia puesta su esperanza; retiróle todas las señales de su protección; el Justo fué entregado á sus enemigos, y murió abandonado de Dios y de los hombres.

Empero era menester hacer ver á los hombres de bien que en los mayores apuros no tienen necesidad ni de ningun consuelo humano, ni de ninguna señal sensible del auxilio divino; que ellos amen solo, y que se confien asegurados de que Dios piensa en ellos sin darles ninguna señal sensible de su protección, y de que una eterna felicidad les está reservada.

El mas sábio de los filósofos, buscando la idea de la virtud, halló que así como de todos los malos sería el peor el que supiese disfrazar su malignidad pasando por un hombre de bien y gozando por este medio de todo el crédito que puede granjearse la virtud, así el mas virtuoso sería sin dificultad aquel á quien su virtud atrájese por su perfeccion la envidia de todos los hombres, de manera que no tuviese en

su favor mas que el testimonio de su propia conciencia, viéndose espuesto á todo linage de injurias, hasta el de verse clavado en una cruz, sin que su virtud pudiese darle ni aun la débil esperanza de eximirle de semejante suplicio. ¿No parece que Dios ha inspirado esta maravillosa idea de la virtud á un filósofo para hacerla efectiva en la persona de su Hijo, y hacer ver que el justo tiene otra gloria distinta, otro reposo, y en fin, otra felicidad muy diferente de la que puede gozar en la tierra?

Establecer esta verdad y manifestarla cumplida tan visiblemente en sí mismo sacrificando su propia vida, era la obra mas grande y heróica que podia hacer un hombre; y Dios la tuvo por tan grande y eminente, que se la reservó para que la hiciera á aquel Mesías tan prometido, á aquel hombre cuya naturaleza unió á la persona de su unigénito Hijo.

Y en efecto, ¿pudiera reservarse una cosa mas grande para un Dios que se digna humanarse para descender á la tierra? ¿Y podia hacer cosa mas digna de su alta magestad, que manifestar la virtud en su pureza y la eterna bienaventuranza á donde es conducida por las contradicciones, trabajos, sufrimientos y todo linage de adversidades?

Pero si nos paramos á considerar lo que hay de mas grande y sublime en el misterio de la cruz, ¿quién es el hombre que podrá com-

prenderlo? Allí hánsenos mostrado virtudes que solo el hombre Dios podia practicar. Porque, ¿quién otro que él podria ponerse en lugar de las víctimas antiguas, abolirlas, sustituyendo una víctima de una dignidad y de un mérito tan infinito, y hacer ademas que en adelante ninguno hubiese mas que él solo que pudiese ofrecer y ser ofrecido á Dios? Tal es el acto de religion que Jesucristo ejerció en la cruz. ¿Podia el Padre eterno encontrar ni entre los ángeles ni entre los hombres una obediencia igual á aquella que le prestó su hijo bien amado cuando se entregó el Dios inmortal, voluntariamente á la muerte, por solo complacerle? ¿Y qué diremos de la perfecta union de todos sus deseos con la voluntad divina, y del amor por el cual se halla unido á Dios que estaba en él reconciliándose el mundo? En esta incomprendible union abraza á todo el género humano; pacifica el cielo y la tierra; se sumerge con un ardor inmenso en este diluvio de sangre, en donde debia ser bautizado con todos los suyos, y hace salir de sus llagas el fuego del amor divino que debia abrasar toda la tierra. Pero he aquí lo que escede á toda inteligencia; la justicia practicada por este Dios hombre que se deja condenar por el mundo para que el mundo quede eternamente condenado por la enorme iniquidad de esta sentencia. "Al presente el mundo está juzgado, y

el príncipe de este mundo va á ser echado de él," como lo dice el mismo Jesucristo. El infierno que habia subyugado al mundo, le va á perder; atacando al inocente, se verá obligado á poner en libertad á los culpables que tenia cautivos; la malhadada *obligacion* por la que nos hallábamos entregados á los ángeles rebeldes, ha quedado anulada y destruida; Jesucristo se la llevó consigo á su cruz para borrarla allí con su sangre; despojado el infierno gime y rechina los dientes; la cruz es un trofeo para nuestro Salvador, y las potestades enemigas siguen temblando el carro del vencedor. Pero mayor triunfo se presenta á nuestra vista: la justicia divina es ella misma vencida; el pecador, que le era debido como su víctima, es sustraído de sus manos; por haber encontrado un fiador que se constituyó á pagar por él el precio infinito que debia á Dios por su ofensa. Jesucristo se unió eternamente á los elegidos por quienes se entregó á la muerte: son sus miembros y su cuerpo: el Padre eterno no puede mirarlos ya sino como mira á quien se constituyó su fiador: así es que estiende á ellos el amor infinito que tiene á su hijo. Su mismo hijo es quien se le exige: no quiere ser separado de los hombres á quienes ha rescatado: "Padre mio, yo quiero, dice, que estén siempre conmigo: estarán llenos de mi espíritu; gozarán de mi gloria haciéndoles partícipes hasta de mi trono."

Después de un beneficio de tanto precio, solo cánticos de regocijo pueden expresar nuestro reconocimiento. "¡Oh maravilla! esclama un gran filósofo y un gran mártir! ¡Oh cambio incomprensible y sorprendente artificio de la sabiduría divina!" Uno solo es herido, y todos quedan rescatados. Castiga Dios á su hijo inocente por amor á los hombres culpables, y perdona á los hombres culpables por amor á su inocente hijo. "El justo paga lo que no debe, y deja absueltos á los pecadores de lo que deben; porque, ¿quién podría mejor cubrir nuestros pecados que su justicia? ¿Cómo podía ser mejor espía de la rebelión de los servidores que por la obediencia del hijo? La iniquidad de muchos es asumida por un solo justo, y la justicia de uno solo hace que muchos queden justificados." ¿Qué no podremos, pues, pretender ahora? "El que nos ha amado siendo pecadores, hasta dar su vida por nosotros, ¿qué nos negará después de habernos reconciliado y justificado con su sangre!" Todo nos pertenece por Jesucristo, la gracia, la santidad, la vida, la gloria, la bienaventuranza: el reino del hijo de Dios es nuestra herencia; nada hay que sea superior á nosotros con tal que nosotros no nos envilezcamos y lo desmerezcamos por nosotros mismos.

Mientras que Jesucristo colma nuestros deseos y escude nuestras esperanzas, consuma la

obra de Dios empezada bajo los patriarcas y en la ley de Moisés.

Entonces Dios quería hacerse conocer por pruebas sensibles: se manifestaba magnífico en promesas temporales, bueno, colmando á sus hijos de los bienes que lisonjeaban los sentidos, poderoso, librándoles de las manos de sus enemigos, fiel, conduciéndoles á la tierra prometida á sus padres, y justo por medio de las recompensas y de los castigos que manifestamente les enviaba según sus obras.

Todas aquellas maravillas preparaban el camino á las verdades que Jesucristo venia á enseñar. Si Dios es bueno hasta darnos lo que piden nuestros sentidos, ¿cuánto más debe darnos lo que pide nuestro espíritu hecho á su imagen? Si es tan tierno y tan benéfico hacia sus hijos, ¿circunscribirá por ventura su amor y sus liberalidades á los pocos años que tiene la vida del hombre? ¿No dará á los que ama más que una sombra de felicidad, y una tierra fértil en granos y en aceite? ¿No tendrá otro país en donde derrame con abundancia otros bienes más sólidos y verdaderos?

Otro tendrá sin duda, y Jesucristo nos le vino á mostrar. Porque, en fin, el Omnipotente no hubiera hecho obras tan poco dignas de él, si toda su magnificencia hubiera de terminarse en grandezas espuestas á nuestros flacos sentidos. Todo lo que no es eterno, no corres-

ponde ni á la magestad de un Dios eterno, ni á las esperanzas del hombre á quien ha hecho conocer su eternidad; y esta inmutable fidelidad que guarda á sus servidores no tendrá jamas un objeto que le sea proporcionado mientras no se estienda á darles alguna cosa inmortal y permanente.

Era necesario, pues, que al fin Jesucristo nos abriese los ojos para descubrir á nuestra fé *aquella ciudad permanente*, á donde debemos ir á morar despues de nuestra vida. Nos ha hecho ver que si Dios tomó por su titulo eterno el nombre de Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, fué á causa de que aquellos santos hombres están siempre vivos ante él. *Dios no es el Dios de los muertos*, y es poco digno de él hacer, como hacen los hombres, acompañar á sus amigos hasta el sepulcro sin dejarles mas allá ninguna otra esperanza: y sería una vergüenza para él denominarse el Dios de Abraham si no hubiese fundado en el cielo una ciudad eterna en donde Abraham y sus hijos pudieran vivir felices.

Así es como nos han sido descubiertas por Jesucristo las verdades de la vida futura. Y aun en la misma ley de Moisés nos las manifiesta tambien. La verdadera tierra prometida es la bienaventurada patria por la que suspiraban Abraham, Isaac y Jacob: la Palestina no era el término de todos sus votos, ni podia ser el

único y solo objeto de la esperanza tan larga de nuestros padres.

El Egipto, de donde fué menester salir, el desierto, por donde fué necesario pasar, y la Babilonia, cuyas prisiones fué preciso romper para poder regresar á nuestra patria, es el mundo con sus placeres y sus vanidades: aquí es donde estamos verdaderamente cautivos y andamos errantes, y somos seducidos por el pecado y por nuestros desordenados apetitos; nos es menester sacudir este yugo para encontrar en Jerusalem y en la ciudad de nuestro Dios la verdadera libertad, y un santuario, *no fabricado por la mano del hombre*, en donde se nos aparezca la gloria del Dios de Israel.

Por esta doctrina de Jesucristo nos fué descubierto el secreto de Dios; la ley es toda ella espiritual; sus promesas nos introducen á las del evangelio, y le sirven de fundamento. Una misma luz es la que nos ilumina por todas partes: apareció su aurora en tiempo de los patriarcas: en el de Moisés y en el de los profetas acreció su esplendor. Jesucristo, mas grande que los patriarcas, mas autorizado que Moisés, y mas ilustrado que todos los profetas, nos la ha mostrado en toda su fuerza y plenitud.

A este Cristo, á este hombre Dios, á este hombre que tiene sobre la tierra, como dice san Agustin, el lugar de la verdad, y que la hace ver personalmente residiendo entre noso-

tros; á él, repito, estaba reservado mostrarnos todas las verdades, es decir, la de los misterios, la de las virtudes y la de las recompensas que Dios tiene preparadas para sus amados.

Estas grandezas eran las que los judíos debían buscar en su Mesías. Nada hay tan grande como llevar en sí mismo y descubrir á los hombres la verdad toda entera que les sustenta, que les dirige, y que clarifica sus ojos hasta el grado de hacerles capaces de ver á Dios.

En el tiempo en que la verdad debía ser manifestada á los hombres con esta plenitud, estaba también ordenado que fuese anunciada por toda la tierra y en todos los tiempos. Dios no dió á Moisés mas que un solo pueblo y un determinado tiempo: á Jesucristo fuéronle dados todos los siglos y todos los pueblos del mundo: por todas partes tiene sus elegidos, y su Iglesia, esparcida por todo el universo, no cesará jamas de producirlos. "Id, les dijo, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á guardar los mandamientos: y estad ciertos de que yo seré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

CAPÍTULO XX.

De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles.

Para difundir por todos los lugares y en todos los siglos tan sublimes verdades, y para poner en vigor en medio de la corrupcion prácticas tan puras, era necesaria una virtud mas que humana. Fué por lo que Jesucristo prometió enviar al Espíritu Santo para fortificar á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

Para declararse mas la fuerza del Espíritu Santo, debía aparecer en el momento en que la flaqueza necesitaba ser mas sostenida: *Os enviaré*, dijo Jesucristo á sus apóstoles, *lo que mi Padre ha prometido*; es decir, el Espíritu Santo; en el entretanto *permaneced en la ciudad*; no emprendais nada hasta que seais *revestidos de la fortaleza de lo alto*.

En conformidad á este mandato, permanecieron encerrados cuarenta dias: el Espíritu Santo bajó al tiempo determinado; las lenguas de fuego que cayeron sobre los discípulos de Jesucristo señalaron la eficacia de su palabra; empezó la predicacion; los apóstoles fueron desde entonces un testimonio vivo de Jesucristo, siempre dispuestos á sufrir todo linage de pa-

tros; á él, repito, estaba reservado mostrarnos todas las verdades, es decir, la de los misterios, la de las virtudes y la de las recompensas que Dios tiene preparadas para sus amados.

Estas grandezas eran las que los judíos debían buscar en su Mesías. Nada hay tan grande como llevar en sí mismo y descubrir á los hombres la verdad toda entera que les sustenta, que les dirige, y que clarifica sus ojos hasta el grado de hacerles capaces de ver á Dios.

En el tiempo en que la verdad debía ser manifestada á los hombres con esta plenitud, estaba también ordenado que fuese anunciada por toda la tierra y en todos los tiempos. Dios no dió á Moisés mas que un solo pueblo y un determinado tiempo: á Jesucristo fuéronle dados todos los siglos y todos los pueblos del mundo: por todas partes tiene sus elegidos, y su Iglesia, esparcida por todo el universo, no cesará jamas de producirlos. "Id, les dijo, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á guardar los mandamientos: y estad ciertos de que yo seré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

CAPÍTULO XX.

De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles.

Para difundir por todos los lugares y en todos los siglos tan sublimes verdades, y para poner en vigor en medio de la corrupción prácticas tan puras, era necesaria una virtud mas que humana. Fué por lo que Jesucristo prometió enviar al Espíritu Santo para fortificar á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

Para declararse mas la fuerza del Espíritu Santo, debía aparecer en el momento en que la flaqueza necesitaba ser mas sostenida: *Os enviaré*, dijo Jesucristo á sus apóstoles, *lo que mi Padre ha prometido*; es decir, el Espíritu Santo; en el entretanto *permaneced en la ciudad*; no emprendais nada hasta que seais revestidos de la fortaleza de lo alto.

En conformidad á este mandato, permanecieron encerrados cuarenta dias: el Espíritu Santo bajó al tiempo determinado; las lenguas de fuego que cayeron sobre los discípulos de Jesucristo señalaron la eficacia de su palabra; empezó la predicación; los apóstoles fueron desde entonces un testimonio vivo de Jesucristo, siempre dispuestos á sufrir todo linage de pa-

decimientos para sostener que le habian visto resucitado. Los milagros confirmaron la verdad de sus palabras: en dos sermones que predicó san Pedro se convirtieron ocho mil judíos, y despues de haber llorado su error, fueron lavados en la sangre que derramaran.

Así fué fundada en Jerusalem la Iglesia, y entre los judíos, á pesar de la incredulidad de la mayor parte de la nacion. Los discípulos de Jesucristo mostraron al mundo una caridad, una fuerza y una mansedumbre cuales jamas habia tenido sociedad ninguna. Suscítase la persecucion, y la fé se aumenta; los hijos de Dios aprenden cada vez mas á no desear mas que el cielo; los judíos, por su obstinacion, se atraen la venganza de Dios, y se anticipan las últimas calamidades de que se hallaban amenazados. Empeóranse sus negocios y su estado. Mientras que Dios continúa en separar un gran número de ellos, que afilia entre sus elegidos, san Pedro es enviado para bautizar á Cornelio, centurion romano. Aprende primero por una celestial vision, y despues por esperiencia, que los gentiles son llamados al conocimiento de Dios. Jesucristo, que queria convertirlos, habla desde lo alto á san Pablo, que debía ser su apóstol; y por un milagro inaudito hasta entonces, en un instante conviértele de perseguidor, no solo en defensor, sino en el mas celoso predicador de la fé: descúbrele el profundo se-

creto de la vocacion de los gentiles por la reprobacion de los judíos ingratos, que de dia en dia íbanse haciendo mas indignos del evangelio. San Pablo tiende la mano á los gentiles, y trata con una fuerza maravillosa estas importantes cuestiones: "Si el Cristo debía sufrir, y »si era el primero que debía anunciar la ver- »dad al pueblo y á los gentiles despues de ha- »ber resucitado de entre los muertos:" prueba la afirmativa por medio de Moisés y de los profetas, y llama á los idólatras al conocimiento de Dios, á nombre de Jesucristo resucitado. Conviértense en tropel; y san Pablo hace ver que su vocacion es un efecto de la gracia que no admite ya distincion entre judíos ni entre gentiles. El furor y la envidia sacan de quicio á los judíos; forman terribles complots contra san Pablo, ofendidos principalmente de que predique á los gentiles y les conduzca al conocimiento del verdadero Dios: entréganle, en fin, á los romanos como les entregaron á Jesucristo. Continuése todo el imperio contra la Iglesia naciente, y Neron, enemigo de todo el género humano, fué el primer perseguidor de los fieles. Aquel tirano hizo morir á san Pedro y san Pablo: Roma fué santificada por su sangre; y el martirio de san Pedro, príncipe de los apóstoles, estableció en la capital del imperio la sede principal de la religion. Entretanto acercábase el tiempo en que la venganza

divina debia estallar sobre los judíos impenitentes: introdúcese el desórden entre ellos; ciégales un falso celo, y háceles odiosos á todos los hombres; y sus falsos profetas les ilusionan con promesas de un reinado imaginario. Seducidos con tan torpes engaños, no pueden ya sufrir ningun imperio legítimo, y se entregan á atentados sin fin. Abandónales Dios á sus pasiones; rebélanse contra los romanos, quienes caen sobre ellos; y el mismo Tito, que les arruina, reconoce que no hace mas que prestar su mano á Dios irritado contra ellos. Adriano acabó de esterminarlos. Perecen con todas las señales que marcan la venganza divina: espulsados de su pais natal, y esclavos por todo el universo, ya no tienen ni templo, ni altar, ni sacrificio, ni patria; y no vuelve á verse en Judá ninguna forma de pueblo.

Dios, sin embargo, habia provisto á la eternidad de su culto: los gentiles abren los ojos, y se unen en espíritu á los judíos convertidos. Entran por este medio en el linage de Abraham, y hechos sus hijos por la fé, adquieren el derecho á la herencia de las promesas que á aquel le fueran hechas. Fórmase un nuevo pueblo, y el nuevo sacrificio, tan celebrado por los profetas, comiézase á ofrecer por toda la tierra.

Así fué cumplido punto por punto el antiguo oráculo de Jacob: Judá se multiplicó des-

de el principio mas que todos sus hermanos; y habiendo siempre conservado una cierta preeminencia, recibió, en fin, el reino como hereditario. Despues el pueblo de Dios quedó reducido á sola su estirpe; y encerrado en su tribu, tomó su nombre. En Judá continúa este gran pueblo prometido á Abraham, á Isaac y á Jacob; en él se perpetúan las demas promesas, el culto de Dios, el templo, los sacrificios, la posesion de la tierra prometida, que no tuvo ya otro nombre mas que de Judea. A pesar de sus diversos estados, los judíos permanecieron siempre en cuerpo de pueblo arreglado y de reino usando de sus leyes. Viéronse siempre en él ó reyes, ó magistrados y jueces hasta la venida del Mesías: verificase ésta, y el reino de Judá arruínase poco á poco. Es destruido absolutamente, y el pueblo judío es espulsado de la tierra de sus padres sin esperanza de volverla á ocupar jamas. El Mesías se hace la esperanza de las naciones, y reina sobre un nuevo pueblo.

Empero para conservar la sucesion y la continuidad, era menester que á este nuevo pueblo se le ingiriese, por decirlo así, sobre el primero, como dice san Pablo, "el acebuche sobre el olivo, para que participase de su savia." Asi ha sucedido que la Iglesia establecida primeramente entre los judíos, ha recibido al fin á los gentiles, para formar con ellos un mismo

árbol, un mismo cuerpo, un mismo pueblo, y para hacerlos participantes de sus gracias y de sus promesas.

Lo que sucedió despues de esto á los judíos incrédulos en tiempo de Vespasiano y de Tito, no recae ya sobre el pueblo de Dios. Aquel fué un castigo que recayó sobre los rebeldes, quienes por su infidelidad hácia la semilla prometida á Abraham y á David, no eran ya judíos ni hijos de Abraham mas que segun la carne, y renunciaron á la promesa por la que las naciones debían ser bendecidas.

Así aquella última y espantosa desolacion que sufrieron los judíos, no fué como aquella otra que sufrieran cuando fueron transmigrados á Babilonia; no fué una suspension ó interrupcion del gobierno y del estado del pueblo de Dios ni del servicio solemne de la religion: el nuevo pueblo ya formado y continuado con el antiguo en Jesucristo, no fué trasportado; se estendió y se dilató sin interrupcion desde Jerusalem, donde nació, hasta los últimos confines de la tierra. Los gentiles, agregados á los judíos, vinieron á ser desde entonces los verdaderos judíos, el verdadero reino de Judá, contrario á aquel Israel cismático, y cercenado por tanto del pueblo de Dios, el verdadero reino de David, por la obediencia que prestó y sigue prestando á las leyes y al evangelio de Jesucristo, hijo de David.

Despues de haberse establecido este nuevo reino, no hay que admirarse porque todo pereciese en la Judea. El segundo templo de nada servia ya despues que el Mesías hubo cumplido en él lo que se hallaba anunciado por los profetas: ademas este templo gozó de la gloria que le habia sido prometida luego que se verificó la venida del deseado de las naciones: la Jerusalem visible habia hecho ya cuanto le quedaba que hacer, mediante á que la Iglesia habia tomado su nacimiento de élla, y que desde allí iba estendiendo de dia en dia sus ramas por toda la tierra. La Judea, pues, no tiene ya nada que ver ni con Dios ni con la religion, así como tampoco los judíos; y es justo que en castigo de su empedernimiento anden sus ruinas dispersas por toda la tierra.

Es lo que debia sucederles en el tiempo del Mesías segun Jacob, Daniel, Zacarías, y segun todos sus profetas; pero como debe llegar el dia en que vuelvan á buscar este Mesías, á quien han desconocido, y como el Dios de Abraham no ha agotado todavía el tesoro de sus misericordias con respecto á la raza, aunque infiel, de este patriarca, ha encontrado un medio, del cual solo se ve un ejemplo en el mundo, cual es el conservar á los judíos fuera de su pais y en su desgracia, haciendo que dure este pueblo mucho mas largo tiempo que aquellos otros que le sojuzgaron. En verdad que no vemos ningun

resto ni de los antiguos asirios, ni de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aun de los antiguos romanos. La raza de aquellos antiguos pueblos se ha perdido, habiéndose llegado á confundir con la de los demas pueblos de la tierra. Los judíos que fueron vencidos por aquellas antiguas naciones tan célebres en la historia, les han sobrevivido; y al conservarlos Dios nos tiene en la esperanza de lo que quiere hacer todavía con los malhadados restos de un pueblo en otro tiempo tan favorecido. Sin embargo, su obstinacion es provechosa á los gentiles, y les procura la ventaja de encontrar en manos nada sospechosas las escrituras que han anunciado á Jesucristo y sus misterios. En estas escrituras vemos, entre otras cosas, la ceguedad y las desgracias de los mismos judíos que tan cuidadosamente las conservan. De esta manera nos sirve de escarmiento su desgracia: su infidelidad de uno de los fundamentos de nuestra fé, y ellos nos enseñan á temer á Dios, y son para nosotros un eterno espectáculo de la severidad con que ejerce su justicia sobre sus hijos ingratos, para que así aprendamos á no gloriarnos de las gracias otorgadas á nuestros padres.

Un misterio tan maravilloso y tan útil para la instruccion del género humano, merece ser considerado. Pero no tenemos necesidad de los discursos humanos para comprenderle: porque

el Espíritu Santo se ha tomado el cuidado de esplicárnosle por boca de san Pablo; y suplico á V. A. que escuche lo que este apóstol ha escrito de él á los romanos.

Despues de haber hablado el apóstol del pequeño número de judíos que habia recibido el Evangelio, y de la ceguedad de todos los demas, entra en una profunda consideracion sobre lo que llegára á ser un pueblo honrado y distinguido con tantas gracias como le fueron dispensadas por Dios, y nos manifiesta al mismo tiempo que el provecho que nosotros sacamos de su caída, los frutos que producirá algun dia su conversion. «¿Los judíos, dice, han caído para no levantarse jamas? No por cierto. Pero su caída ha venido á ser una ocasion de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de éstos les escite la emulacion para imitar su fé. Porque si su delito ha venido á ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro ó riqueza de las naciones, ¿cuánto mas lo será su plenitud ó futura restauracion? Si su reprobacion ha sido causa de la reconciliacion del mundo, ¿qué será su restablecimiento ó conversion, sino resurreccion de muerte á vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, lo es tambien la masa; y si es santa la raiz, tambien las ramas; y si algunas de las ramas han sido cortadas, y tú, gentil, que no eras mas que un acebuche,

»has sido ingertado en el lugar de ellas, y hé-
 »chote participante de la savia que sube de la
 »raiz del olivo, guárdate de levantarte contra
 »las ramas naturales. Porque si te levantas,
 »piensa que no eres tú quien sostienes la raiz,
 »sino que es la raiz quien te sostiene á tí. Pero
 »dirás quizá: las ramas han sido cortadas para
 »ser yo ingerido en su lugar. Bien está, por su
 »incredulidad fueron cortadas, empero ahora es
 »tu fé quien te sostiene firme en el árbol. Cui-
 »da, pues, de no engreirte, antes bien vive con
 »temor; porque si Dios no perdonó á las ramas
 »naturales, debes temer que ni á tí tampoco te
 »perdone."

¿Quién no se posee de un santo temor al
 escuchar estas palabras del apóstol? ¿Podemos
 ver sin espanto la venganza que pesa despues
 de tantos siglos y tan terriblemente sobre los
 judíos, cuando san Pablo nos advierte de parte
 de Dios que nuestra ingratitud puede acarrear-
 nos otro castigo semejante? Pero prestemos oi-
 dos á lo que sigue diciendo acerca de este gran
 misterio. Continúa el apóstol hablando á los
 gentiles convertidos, y les dice: "Considerad
 »la bondad y la severidad de Dios; su severidad
 »para con aquellos que cayeron de su gracia; y
 »su bondad para con vosotros si perseverareis
 »en el estado en que su bondad os ha puesto:
 »de lo contrario, vosotros tambien sereis corta-
 »dos. Y todavía ellos mismos, si no permane-

»cieren en la incredulidad, serán otra vez uni-
 »dos á su tronco, pues poderoso es Dios (que
 »los ha cortado) para ingerirlos de nuevo. Por-
 »que si habeis sido cortados del acebuche, que
 »era vuestro tronco natural, é ingertos contra-
 »natura en la oliva castiza, ¿con cuánta mayor
 »razon serán ingertas en su propio tronco las
 »ramas naturales del mismo olivo?" Al lle-
 gar aquí, elévase el apóstol á unas mas altas
 consideraciones, y penetrando en la profundi-
 dad de los consejos de Dios, continúa así su dis-
 curso: "No quiero, hermanos míos, que igno-
 »reis este misterio para que no tengais senti-
 »mientos presuntuosos de vosotros mismos; y
 »por tanto os diré que una parte de Israel ha
 »caído en la obcecacion hasta tanto que la ple-
 »nitud de las naciones haya entrado en la Igle-
 »sia: entonces salvarse ha todo Israel segun está
 »escrito; saldrá de Sion el libertador que des-
 »terrará de Jacob la impiedad; y entonces ten-
 »drá efecto la alianza que he hecho con ellos en
 »habiendo yo borrado sus pecados."

Este pasage de Isaías que cita aquí san Pa-
 blo, segun le trae la version de los Setenta, y
 conforme él tenia de costumbre, á causa de ser
 dicha version conocida por toda la tierra, es to-
 davía mucho mas fuerte en el original, y sobre
 todo leyendo todo lo que sigue. Porque el pro-
 feta predijo allí, ante todas cosas, la conversion
 de los gentiles con estas notables palabras: "Los

»de Occidente temerán el nombre del Señor,
 »los de Oriente verán su gloria." En seguida,
 bajo la figura de un río de una corriente rá-
 pida impelida por un viento impetuoso, Isaías
 ve de lejos las persecuciones que aumentarán
 la Iglesia. En fin, el Espíritu Santo le revela lo
 que vendrán á ser los judíos, y le declara:
 "que el Salvador vendrá á Sion, y se acercará
 »á los de Jacob, quienes se convertirán enton-
 »ces de sus pecados; y he aquí, dice el Señor,
 »la alianza que haré con ellos. Mi espíritu que
 »reside en tí, oh profeta, y las palabras que
 »he puesto en tu boca, no solo las has de con-
 »servar eternamente en ella, sino que también
 »las has de transmitir á la boca de los hijos de
 »tus hijos, para ahora y siempre, dice el Se-
 »ñor."

Nos hace ver, pues, con toda claridad, que
 despues de la conversion de los gentiles, el Sal-
 vador, á quien Sion habia desconocido, y que
 habia sido repelido por los hijos de Jacob, se
 volverá hácia ellos, borrará sus pecados, y les
 hará comprender el verdadero sentido de las
 profecías que no habian entendido por un tan
 largo tiempo para que pase sucesivamente y de
 mano en mano á toda su posteridad, para no
 ser olvidado jamas hasta el fin del mundo y
 por el tiempo que á Dios pluguiere hacerle du-
 rar despues de este maravilloso acontecimiento.

Así se convertirán algun día los judíos, y

se convertirán para no volverse á estraviar ja-
 mas; pero no se convertirán hasta despues que
 en el Oriente y en el Occidente, es decir, en
 todo el universo, se haya difundido el conoci-
 miento de Dios y sea respetado y temido su san-
 to nombre.

El Espíritu Santo hace ver á san Pablo que
 el arrepentimiento de los judíos y su conver-
 sion serán efecto del amor que Dios tuvo á
 sus padres. Es por lo que acaba así su discurs-
 so: *En cuanto al evangelio*, dice, que noso-
 tros predicamos ahora, *los judíos son enemigos*
de Dios por ocasion de vosotros: si Dios los ha
 reprobado, ha sido, oh gentiles, para llamaros
 á vosotros; pero *en cuanto á la eleccion*, por
 la que han sido escogidos desde el tiempo de la
 alianza jurada con Abraham, "son muy ama-
 »dos siempre á causa de sus padres; porque los
 »dones y vocacion de Dios son inmutables. Y
 »así como en otro tiempo vosotros no creiais
 »en Dios, y al presente habeis alcanzado mise-
 »ricordia con ocasion de la incredulidad de los
 »judíos, así también los judíos están al presen-
 »te sumergidos en la incredulidad para dar lu-
 »gar á la misericordia que vosotros habeis al-
 »canzado; á fin de que á su tiempo consigan
 »también ellos misericordia. El hecho es que
 »Dios permitió que todas las gentes quedasen
 »envueltas en la incredulidad para ejercitar su
 »misericordia con todos. ¡Oh profundidad de

» los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de
 » Dios! ; Cuán incomprensibles son sus juicios,
 » cuán inapeables sus caminos! Porque ¿quién
 » ha conocido los designios del Señor? ó ¿quién
 » fué su consejero? Ó ¿quién es el que le dió á
 » él primero alguna cosa, para que pretenda ser
 » por ello recompensado? Todas las cosas son de
 » él, y todas son por él, y todas existen en él.
 » A él sea la gloria por siempre jamas. Amen.»

He aquí lo que dice san Pablo acerca de la elección de los judíos, de su caída, de su conversión, y en fin, acerca de la conversión de los gentiles que han sido llamados para ocupar su lugar, y para escitarlos á que vuelvan al fin de los siglos á recoger la bendición prometida á sus padres, es decir, al Cristo de quien renegaron.

Este gran apóstol nos hace ver cómo va pasando la gracia de un pueblo á otro, á fin de inspirar á los pueblos todos el temor de perderla, y nos manifiesta su invencible fuerza, en que despues de haber convertido á los idólatras, se reserva por última obra convencer la obstinacion y la perfidia judáicas.

Por este profundo consejo de Dios los judíos subsisten todavía entre las naciones por donde han sido dispersados y están cautivos; pero subsisten con el sello de su reprobacion, decaidos visiblemente por su infidelidad de las promesas hechas á sus padres, desterrados de la

tierra prometida, no teniendo ni tierra ninguna propia que cultivar, esclavos por do quiera que residen, viviendo sin honor, sin libertad y sin forma ninguna de pueblo.

Cayeron en este miserable estado treinta y ocho años despues de haber crucificado á Jesucristo, y despues de haber empleado en perseguir á sus discípulos el tiempo que les fuera dado para reconocerse. Pero mientras que el antiguo pueblo es reprobado por su infidelidad, el nuevo vase aumentando de dia en dia entre los gentiles: la alianza hecha en otro tiempo con Abraham, se estiende, segun la promesa, á todos los pueblos del mundo que vivian olvidados de Dios: la Iglesia cristiana llama á él á todos los hombres, y tranquila durante muchos siglos, entre persecuciones inauditas, manifiéstales que no pueden aguardar su felicidad en esta tierra de peregrinacion.

He aquí, S. S., el fruto mas digno del conocimiento de Dios, y el efecto de aquella gran bendición que el mundo debia aguardar por Jesucristo. Ella iba estendiéndose de dia en dia, de familia en familia, y de pueblo en pueblo: los hombres abrian los ojos cada vez mas para conocer la ceguedad en que la idolatría les tenia sumergidos; y á pesar de todo el poder romano, veíase á los cristianos sin rebelarse, sin hacer sedicion ninguna, y únicamente sufriendo con resignacion todo género de crueldades,

cambiar la faz del mundo y estenderse por todo el universo.

Es un milagro visible la inaudita prontitud con que se verificó esta gran mudanza. Jesucristo habia predicho que su Evangelio sería bien pronto predicado por toda la tierra. Esta maravilla debia acaecer incontinenti despues de su muerte; y habia dicho que *despues de que se le hubiese levantado de la tierra*, es decir, despues que se le hubiese clavado en la cruz, *atraeria á si todas las cosas*. Sus apóstoles aun no habian acabado el curso de su predicacion, y san Pablo decia ya á los romanos que *su fe era anunciada en todo el mundo*. Y á los colosenses decia que el evangelio era oido "de toda criatura que habitaba bajo el cielo; que era predicado, que fructificaba, y que crecia por todo el universo." Por una tradicion constante sabemos que Santo Tomas predicó el Evangelio en las Indias, y que los demas apóstoles estendieron su luz por otros paises mas lejanos. Pero no necesitamos de la historia para confirmar esta verdad: los efectos hablan; y bastante se ve con cuánta razon aplica san Pablo á los apóstoles este pasage del Salmista: "Su voz se ha hecho oír por toda la tierra, y sus palabras han sido llevadas de un extremo del mundo al otro." En tiempo de sus discípulos no habia casi país, por remoto y desconocido que fuese, á donde no hubiese penetrado la luz del Evangelio. Cien

años despues de Jesucristo san Justino contaba ya entre los fieles á muchas naciones salvages, y hasta aquellos pueblos nomados que andaban errantes de una á otra parte sin tener mansion fija. No era una vana exageracion; era un hecho constante y notorio que iba difundiéndose en presencia de los emperadores y á la faz de todo el universo. San Ireneo, que escribió un poco despues de san Justino, dice que se veia crecer el censo que se formaba de las iglesias. Su concordia era admirable; lo mismo que se creia en las Galias, en las Españas y en la Germania, se creia en el Egipto y en el Oriente; y como "no lucia mas que un mismo sol en todo el universo, se veia en toda la Iglesia desde un extremo del mundo al otro la misma luz de la verdad."

De modo que á muy poco tiempo de establecida la Iglesia, admiraban los progresos que habia hecho en tan corto espacio. A mediados del siglo tercero Tertuliano y Orígenes hacen ver en el gremio de la Iglesia pueblos enteros que muy poco antes no se contaban; y aun de aquellos que Orígenes esceptuaba, que eran los mas distantes del mundo conocido, fueron contados á muy poco por Arnobio. ¿Qué habia visto el mundo para correr en tropel y entregarse tan prontamente á Jesucristo? Si fueron milagros los que vió y le movieron visiblemente, Dios tomó parte en esta obra; y si no vió nin-

TOMO II.

guno, siendo posible que no los viese, ¿no sería un nuevo milagro, mas grande y mas increíble que los que no se quieren creer, haber convertido al mundo sin milagro, haber hecho entrar á tantos ignorantes en la creencia de unos misterios tan sublimes, haber inspirado á tantos sábios una humilde sumision, y haber persuadido de tantas cosas increíbles á los incredúlos?

Empero el milagro de los milagros, si es posible llamarle así, es haber estendido por toda la tierra, con la fé de los misterios, las virtudes mas eminentes y las prácticas mas trabajosas. Los discípulos de Jesucristo siguieron á su divino maestro por las sendas mas difíciles. Sufrir todo por la verdad ha sido entre sus hijos un ejercicio ordinario; y por imitar á su Salvador han corrido á los tormentos con mas ardor que los mundanos corren en busca de las delicias y placeres. No tienen número los ejemplos ni de los ricos que se han empobrecido para socorrer á los pobres; ni de los pobres que han preferido no poseer nada á tener riquezas viviendo en la abundancia, ni de las vírgenes que se han propuesto en la tierra imitar la vida de los ángeles, ni de los caritativos pastores que abandonados enteramente al cuidado de su grey, todo, todo lo han sacrificado al deseo de salvarla, su reposo, el sueño, y hasta su propia vida. ¿Pues qué diremos de la peni-

tencia y de la mortificacion? No ejercen los jueces con mas severidad la justicia sobre los criminales que los pecadores penitentes la han ejercido sobre sí mismos. Y aun mucho mas los inocentes han castigado en sí con un increíble rigor la prodigiosa propension que tenemos todos al pecado. La vida de san Juan Bautista, que pareció tan sorprendente á los judíos, se hizo comun entre los fieles; los desiertos se poblaron de gentes imitadoras de su penitencia; y llegó á haber tantos solitarios, que los solitarios mas perfectos viéronse obligados á buscar sitios mas fragosos y de una mas profunda soledad; ¡tan desapegado se vivia del mundo y tanto se huía de él! ¡Tan gustosa y amable les era la vida contemplativa!

Tales eran los preciosos frutos que debia producir el evangelio. La Iglesia no es menos rica en ejemplos que en preceptos, y su doctrina ha parecido santa produciendo una infinidad de santos. Dios, que sabe que las virtudes mas varoniles y fuertes son las que nacen entre los sufrimientos, ha fundado la Iglesia por el martirio, y la ha tenido durante 300 años en este estado sin dejarla un solo momento de reposo. Despues que hubo hecho ver por una tan larga prueba que no tenia necesidad de los auxilios humanos ni de las potestades de la tierra para establecer su Iglesia, llamó á ella, en fin, á los emperadores, é hizo del gran Cons-

tantino un protector declarado del cristianismo. Desde aquel entonces los reyes corrieron de todas partes á la Iglesia; y cuanto se habia escrito en las profecias tocante á su gloria futura, cumpli6se á vista y presencia de toda la tierra.

Si la Iglesia ha sido invencible contra los esfuerzos exteriores, no lo ha sido menos contra las divisiones intestinas que han trabajado por despedazarla. Las heregias, tan anunciadas por Jesucristo y por sus ap6stoles, llegaron, en fin, á estallar, y la fé, perseguida por los emperadores, sufria al mismo tiempo de los hereges una persecucion mas peligrosa. Pero jamas ésta fué mas violenta que en el tiempo en que se vió cesar la de los paganos. El infierno entonces hizo los mayores esfuerzos para destruir por sí misma á esta Iglesia afirmada por los ataques de sus enemigos declarados. Cuando apenas empezaba á respirar por la paz que le dió Constantino, hete aquí que Arrio, aquel desgraciado sacerdote, suscitaba mayores turbulencias que las que habia sufrido hasta entonces. Constantio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos, cuyo dogma autorizó, atormenta á los cat6licos por toda la tierra; nuevo perseguidor del cristianismo, y tanto mas temible y formidable cuanto que bajo el nombre de Jesucristo hace la guerra á Jesucristo mismo. Para colmo de desgracias, la Iglesia,

así dividida, cae entre las manos de Juliano el Ap6stata, que nada omitió para destruir el cristianismo, y no encontró mejor medio que fomentar las facciones que ya la despedazaban. Tras él vino un Valente, tan afecto á los arrianos como Constantio, pero mas violento que él; otros emperadores protegen otras heregias con un furor semejante. La Iglesia aprende entonces con tantas pruebas que no tiene menos que sufrir bajo los emperadores cristianos que sufriera bajo los emperadores infieles, y que debe derramar su sangre no solo para defender todo el cuerpo de su doctrina, sino en defensa de cada artículo en particular. En efecto, no ha habido ninguno que no haya sido atacado por sus hijos. Mil sectas y mil heregias, nacidas de entre ellos, se concitaron contra élla; pero si bien les ha visto levantarse, segun las predicciones de Jesucristo, tambien les ha visto caer abatidas, humilladas y desacreditadas todas con arreglo á sus promesas, á pesar de haber sido sostenidas muchas por los emperadores y los reyes. Por esta prueba, como dice san Pablo, han sido reconocidos sus verdaderos hijos; la verdad se ha fortificado mas, y se ha confirmado cuando ha sido combatida é impugnada, y la Iglesia siempre ha permanecido incontrastable.

CAPÍTULO XXI.

Reflexiones particulares acerca del castigo de los judíos y de las predicciones de Jesucristo que le habian anunciado.

Mientras he procurado hacer ver á V. A. cómo se han cumplido sin interrupcion los decretos de Dios, en la perpetuidad de su pueblo, he referido con rapidez muchos hechos que merecen se hagan sobre ellos reflexiones profundas. Permitaseme volver á repasarlos para no perder la ocasion de dejar desconocidas las grandes cosas que merecen tenerse presentes.

Entre las primeras suplicó á V. A. pare su consideracion mas particularmente en la caida de los judíos, cuyas circunstancias todas testifican la verdad del Evangelio. Estas circunstancias nos son esplicadas por los autores infieles, por los judíos y por los paganos, quienes sin entender los fines de la Providencia de Dios, hannos referido los hechos importantes por los que le plugo declararlos.

Tenemos á Josefo, autor judío, historiador muy fiel y muy instruido en las cosas tocantes á su nacion, cuyas antigüedades ha ilustrado tambien con una obra muy admirable. Él escribió la historia de la última guerra, en la que pereció, despues de haber estado presente á todo y de haber él mismo servido en ella á

su pais, ejerciendo un mando de bastante consideracion.

Los judíos suministrannos tambien otros autores muy antiguos, cuyos testimonios vereis. Tienen antiguos comentarios sobre los libros de la Escritura, y entre otros las Paráfrasis caldeas que imprimen con sus biblias. Tienen su libro que llaman el Talmud, que quiere decir doctrina, que respetan tanto como la Escritura. Este libro es una recopilacion de los tratados y de las sentencias de sus antiguos maestros; y no obstante que las partes de que esta obra se compone no sean todas de la misma antigüedad, los últimos autores que se citan en ella vivieron en los primeros siglos de la Iglesia. Allí, entre una infinidad de fábulas impertinentes, que empiezan la mayor parte despues de los tiempos de nuestro Señor, se encuentran bellos restos de las antiguas tradiciones del pueblo judío, y pruebas para convencerle.

Por decontado es cierto, segun confesion de los judíos, que jamas se ha declarado mas terrible ni mas manifestamente la venganza divina que como se manifestó en su última desolacion.

Es una tradicion constante, atestiguada en su Talmud, y confirmada por todos sus rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalem, que viene á coincidir próximamente con el tiempo de la muerte de Jesucristo, se veían

continuamente en el templo cosas muy estrañas. Todos los dias aparecian en él nuevos prodigios, y tales, que un famoso rabino esclamó un dia: "Oh templo, oh templo, ¿qué es lo que te conmueve, y por qué tú te causas espanto á tí mismo?"

¿Qué mas señalado que aquel ruido espantoso oido por los sacerdotes en el santuario el dia de Pentecostés, y aquella voz clara y manifiesta que salió del fondo de aquel lugar sagrado: "Salgamos de aquí, salgamos de aquí"? Los santos ángeles protectores del templo declararon en alta voz que le abandonaban, porque Dios, que habia establecido en él su morada durante tantos siglos, le habia reprobado.

Josefo y Tácito han referido tambien este prodigio. No fue percibido mas que por los sacerdotes. Pero he aquí otro prodigio que se manifestó á la vista de todo el pueblo; y que jamas ningun otro pueblo habia visto otra cosa que se le pareciese. "Cuatro años antes de declararse la guerra, un paisano, dice Josefo, se puso á gritar: Una voz ha salido del lado del Oriente, una voz ha salido del lado del occidente, una voz ha salido del lado de los cuatro vientos: voz contra Jerusalem y contra el templo; voz contra los recién casados y las recién casadas; voz contra todo el pueblo." Desde entonces, no cesó ni de dia ni de noche de gritar: "Maldicion, maldicion sobre Jerusalem!" En los dias

de fiesta redoblaba sus gritos. Ninguna otra palabra salió jamas de su boca: los que se compadecian de él, los que le maldecian, los que socorrian sus necesidades, jamas oyeron de él mas que esta terrible palabra: "¡Maldicion sobre Jerusalem!" Fue preso, interrogado y condenado á azotes por los magistrados: á cada pregunta y á cada azote respondia, sin quejarse jamas: "¡Maldicion sobre Jerusalem!" Puesto en libertad como un loco, corria todo el pais repitiendo sin cesar su triste prediccion. Continuó así gritando durante siete años sin descansar, y sin que su voz se debilitase. En tiempo del último sitio de Jerusalem se encerró en la ciudad, ocupándose en dar continuas vueltas en derredor de las murallas y gritando con todas sus fuerzas: "Maldicion sobre el templo, maldicion sobre la ciudad, maldicion sobre todo el pueblo! "Y al fin añadió: "¡maldicion sobre mí mismo! Y en este instante que acabó de pronunciar la maldicion sobre sí vino una piedra lanzada por una máquina que le dejó muerto en el acto.

¿No podemos decir S. S. que la venganza divina se habia hecho como visible en aquel hombre, que no subsistia mas que para pronunciar su sentencia; y que ella le habia dotado de toda su fuerza á fin de que pudiese igualar con sus gritos las desgracias que amenazaban al pueblo; y que en fin él mismo debia perecer

por un efecto de aquella misma venganza que habia por tan largo tiempo anunciado para hacerla mas sensible y mas presente, cuando él fuese no solo el profeta y el testigo, sino tambien la víctima?

Aquel profeta de los desastres de Jerusalem llamábase Jesus. Parecía que el nombre de Jesus, nombre de salud y de paz, debía convertirse para los judíos, que le menospreciaban en la persona de nuestro Salvador, en un funesto presagio; y que habiendo aquellos ingratos desechado á un Jesus que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, enviábales Dios otro Jesus que solo tenia que anunciarles males irremediables y el inevitable decreto de su próxima ruina.

Pero penetremos mas en los juicios de Dios, guiándonos por lo que dicen sus escrituras. Jerusalem y su templo han sido dos veces destruidos; la una por Nabucodonosor, y la otra por Tito. Pero si bien en cada uno de estos dos tiempos la justicia de Dios se ha declarado por los mismos medios, en la última destruccion ha sido de una manera mucho mas manifiesta.

Para entender mejor el orden de los decretos de la divina Providencia, sentemos, ante todas cosas, esta verdad tantas veces establecida en las sagradas letras; que uno de los mas terribles efectos de la venganza divina es cuan-

do, en castigo de nuestros pecados anteriores, nos abandona á nuestro sentido de reprobacion, de manera que ensordecemos á todas las saludables advertencias, cerramos los ojos y nos cegamos hasta el punto de no ver las sendas de salud que se nos presentan, y por el contrario, hallámonos muy prontos á creer todo lo que conduce á nuestra perdicion con tal que nos lisonjee, y osados para emprenderlo todo, sin comparar ni medir nuestras fuerzas con las de los enemigos, á quienes irritamos.

Así perecieron la primera vez bajo la mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Jerusalem y sus príncipes. Débiles y siempre batidos por aquel rey victorioso, habian ya visto muchas veces que eran vanos los esfuerzos que hacian contra él, y habíanse visto obligados á jurarle fidelidad. El profeta Jeremías les declaraba, de parte de Dios, que Dios mismo les habia entregado á aquel príncipe, y que no les quedaba mas camino de salvacion que someterse á llevar su yugo. Decia á Sedecías, rey de Judea, y á todo su pueblo: "Someteos á Nabucodonosor, rey de Babilonia, si deseais vivir; porque ¿á qué fin quereis perecer, y hacer de esta ciudad un desierto?" No creyeron en su palabra. Mientras que Nabucodonosor les tenia estrechamente sitiados con las prodigiosas obras que habia hecho para circunvalar su ciudad, dejábanse seducir por sus falsos profetas,

que les hacian esperar victorias imaginarias, y les decian, á nombre de Dios, aunque Dios no les hubiese enviado: "Yo he roto el yugo del rey de Babilonia; dos años os restan de soportarle; y despues vereis á este príncipe obligado á restituiros los vasos sagrados que ha robado del templo." El pueblo, deslumbrado con estas promesas, sufría el hambre y la sed, y las mas duras calamidades, é hizo tanto por su audacia insensata, que ya no hubo para él misericordia. La ciudad fue arrasada, el templo incendiado, y todo, todo fue perdido.

Por estas señales los judíos conocieron que la mano de Dios pesaba sobre ellos; pero á fin de que la venganza divina les fuese tan manifiesta en la última ruina de Jerusalem como lo fuera en la primera, se ha visto, así en la una como en la otra, la misma seducción, la misma temeridad y la misma obstinacion.

Aunque su rebelion hubiese atraído sobre ellos las armas romanas, y aunque ellos sacudiesen temerariamente un yugo bajo el cual todo el universo habia sometido su cuello, Tito no queria perderlos: por el contrario, les ofreció muchas veces el perdon, no solo al principio de la guerra, sino tambien cuando ya no podian escaparse de sus manos. Ya habia levantado en derredor de Jerusalem un alto y ancho muro, coronado de torres y fortalecido con reductos tan fuertes como la ciudad misma,

cuando les envió á Josefo, su conciudadano, uno de sus capitanes, uno de sus sacerdotes, que habia sido hecho prisionero en esta guerra defendiendo á su pais. ¡Cuánto no les dijo para persuadirles y moverles! ¡Qué de razones no les espuso para hacerles entrar en la obediencia y que se sometiesen! Hízoles ver conjurados al cielo y á la tierra contra ellos, su inevitable perdicion si no desistian de su plan de resistencia, y al mismo tiempo trató de persuadirles que encontrarían clemencia en Tito. "Salvad, les decia, la ciudad santa; salvaos á vosotros mismos, salvad este templo, maravilla del universo, que los romanos respetan y que Tito no destruirá sino con sentimiento." Pero ¿qué medio hay para salvar á gentes que están obstinadas en perderse? Seducidos por los falsos profetas no escuchaban consejos ni razones: hallábanse reducidos al último estremo: el hambre era horrorosa, y tal que causaba mas muertes que la guerra; en fin se llegó al estremo de que las madres se comian á sus propios hijos. Tito, compadecido de tan horrorosos males, ponía á Dios por testigo de que habia hecho y hacia cuanto le era posible por remediarlos, y que no seria culpa suya, sino de su obstinacion si su perdicion era inevitable. Empero los judíos ilusos y pertinaces, presenciaban los desastres con que la ciudad era afligida, y continuaban prestando oídos dóciles á las falsas predicciones que

les prometian el imperio del universo. Aun mucho mas; ya se habia dado el asalto, la ciudad estaba ya en poder de los romanos, empezaba á arder por todos lados, y no obstante, creían todavía aquellos insensatos lo que les aseguraban sus falsos profetas que era ya llegado el dia de su salvacion, para alentarles mas y obligarles á hacer el último esfuerzo resistiéndose siempre, y enconando mas y mas el furor de los vencedores para no encontrar en ellos piedad ni misericordia. Así fué; todo fue pasado á cuchillo y entregado á las llamas; la ciudad fue arrasada; solo se salvaron algunas que otras torres, que Tito mandó se conservasen para que sirvieran de monumento á la posteridad; pero con esta sola escepcion; de todo lo demas no quedó piedra sobre piedra.

Ya ve V. A. repetida sobre Jerusalem la misma venganza que tuvo ya que sufrir y de que fue víctima en tiempo de Sedecías. Tito fue enviado por Dios, como Nabucodonosor lo fuera, para ejercerla en su nombre y castigar la rebeldía é impenitencia de su pueblo: los judíos perecieron ahora de la misma manera. Vióse, como entonces, en Jerusalem la misma rebelion, la misma hambre, los mismos extremos apuros, la misma resistencia, los mismos caminos de salud que se les abrieron para salvarse, las mismas seducciones, la misma obstinacion y la misma caida: y para que la seme-

janza sea en todo igual, el segundo templo fue quemado mandando Tito, en el mismo mes y dia que lo habia sido el primero, cuando fue tomada la ciudad por Nabucodonosor: así era necesario que sucediese para que al pueblo no le quedase duda ninguna de que su perdicion era un efecto de la divina venganza.

Sin embargo entre estas dos caidas de Jerusalem y de los judíos se observan notables diferencias; no obstante de que todas hacen ver en la última una justicia mas rigorosa y mas pronunciada. Nabucodonosor mandó pegar fuego al templo: Tito hizo cuanto pudo y no omitió diligencia para salvarle, negándose á seguir el parecer de sus consejeros que le decían que en tanto que subsistiese, los judíos no desistirían de su rebeldía. Pero el dia fatal habia llegado: era el 10 de agosto, en el mismo dia que ardió el templo de Salomon. Apesar de las órdenes de Tito, dadas en presencia de los romanos y de los judíos, para que se respetase el templo, apesar del interes natural de los soldados que debia escitarles mas bien á saquear sus riquezas que á incendiarle, un soldado, impelido, dice Josefo, por una *inspiracion divina*, ayudado por sus camaradas, subiéndose sobre sus hombros, métese por una ventana y desde allí pega fuego á este templo agosto. No bien Tito apercibe el humo cuando da las mas terminantes órdenes para

que el ejército corra á apagar el fuego, todo fue en vano: estiéndose el incendio en un instante por todas partes, y aquel maravilloso edificio quedó reducido á cenizas.

Si la obstinacion de los judíos en tiempo de Sedecías fue el mas terrible efecto y la señal mas segura de la ira de Dios, ¿qué diremos de la obcecacion observada en tiempo de Tito? En la primera ruina de Jerusalem los judíos se entendian al menos entre sí: en la última, Jerusalem sitiada por los romanos, hallábase despedazada interiormente por tres facciones enemigas. Si el rencor que todas ellas tenian contra los romanos llegaba á ser hasta un frenesí furioso, no estaban menos encarnizadas las unas contra las otras: los combates exteriores costaban menos sangre á los judíos que los que se daban dentro de la ciudad. Al momento despues en que se defendian con encarnizamiento de los asaltos que intentaban contra ellos los estrangeros, y despues de haberles rechazado, los ciudadanos empezaban de nuevo su guerra intestina; la violencia y el robo eran los entretenimientos y solaces en que se ocupaban en la ciudad mientras no combatian con los romanos. Ella iba descaeciendo de tal manera que ya no era mas que un gran campo cubierto de cadáveres; y sin embargo los gefes de las facciones combatian sin descanso por apoderarse de su imperio. ¿No era esta una ima-

gen del infierno, en donde los condenados no se aborrecen menos los unos á los otros que lo que aborrecen á los demonios, que son sus comunes enemigos, y en donde todo es soberbia, rabia, confusion y espanto?

Confesemos, pues, que la justicia que Dios ejerció contra los judíos por Nabucodonosor no fue mas que una sombra de la que ejerció por medio de Tito su ministro. ¿Qué ciudad ha visto jamas perecer un millon y cien mil hombres en siete meses de tiempo y en un solo sitio? Pues precisamente esto es lo que vieron los judíos en el último sitio de Jerusalem. Los caldeos no les hicieron sufrir tanto ni con mucho: en tiempo de éstos su cautividad solo duró 70 años; ya hace 1800 que están esclavos y se hallan dispersos por todo el universo, sin esperanza todavía de que mejore su suerte.

Así que no debe causarnos admiracion que Tito vencedor, despues de la toma de Jerusalem, se negase á recibir las congratulaciones de los pueblos vecinos y las coronas que le enviaban en honor de su victoria. Tantas memorables circunstancias, la ira de Dios tan señalada, y su omnipotente mano que veía él como presentes, teníanle sobrecogido y en una profunda admiracion y asombro; y esto es precisamente lo que le obligó á decir lo que habeis oido, que él no era el vencedor, y que solo habia sido un débil instrumento de la venganza divina.

No sabia todo el secreto: no habia aun llegado la hora en que los emperadores debian reconocer á Jesucristo. Entonces era el tiempo de las humillaciones y de las persecuciones de la Iglesia: y es por lo que Tito, aunque muy ilustrado para conocer que la Judea habia sufrido su perdición por un manifesto efecto de la justicia divina, no conoció qué crimen habia querido Dios castigar de una manera tan terrible. Era sin embargo el mayor y mas horrendo de todos los crímenes; era un crimen hasta entonces inaudito, era el deicidio, el que dió lugar á una venganza que estremeci6 y de que el mundo no habia visto un ejemplo semejante.

Pero á poco que abramos los ojos á la luz, á poco que contemplemos el orden de las cosas que sucedieron, ni el crimen de los judíos ni su castigo pueden sernos desconocidos.

Acordémonos solamente de lo que Jesucristo les habia profetizado. Él les predijo la completa ruina de Jerusalem y del templo: estas fueron sus palabras: "no quedará piedra sobre piedra." Él les habia anunciado hasta la manera con que seria sitiada aquella ciudad ingrata, y la espantosa circunvalacion con que se la estrecharia: les predijo la horrible hambre con que debian ser afligidos todos sus ciudadanos, y no omitió anunciarles que serian seducidos por falsos profetas, que les animarian á la resistencia. Les advirtió que el tiempo de su desgracia esta-

ba próximo: dióles señales ciertas que debian marcar su hora precisa: les describió la larga serie de crímenes que debia atraerles un castigo tan terrible: en una palabra, les hizo toda la historia del sitio y de la desolacion de Jerusalem.

Y es menester tener presente que les hizo estas predicciones hácia el tiempo de su pasion, para que conociesen mejor la causa de todos sus males. Cuando se acercaba el momento de su pasion fue cuando les dijo: "la providencia divina os ha enviado profetas, sabios y doctores; de ellos degollareis á los unos, crucificareis á los otros, azotareis á otros en vuestras sinagogas y los perseguireis de ciudad en ciudad para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán á caer sobre la generacion presente. ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! que matas á los profetas y apedreas á los que á ti son enviados. ¡Cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido! He aquí que tu casa va á quedar desierta."

He aquí la historia de los judíos. Han perseguido á su Mesías por sí y á nombre de los suyos: han conmovido á todo el universo contra sus discípulos, y no les han dejado quietos en

ninguna ciudad: han armado á los romanos y á los emperadores contra la Iglesia en los primeros dias de su nacimiento: apedrearón á S. Esteban, mataron á los dos Santiagos, á quienes su santidad hacia venerables aun entre ellos mismos, inmolaron á S. Pedro y á S. Pablo valiéndose de la espada y de las manos de los gentiles. Menester era que sufriesen su merecido. Tanta sangre derramada y mezclada con la de los profetas á quienes antes habian sacrificado, clamaba venganza ante Dios. "Sus casas y su ciudad van á quedar desiertas:" su desolacion no le irá en zaga á su crimen: Jesucristo se lo anunció: el tiempo se acerca: "Todas estas cosas sucederán y se verificarán sobre la generacion presente;" y todavía: "no pasará esta generacion sin que todas estas cosas tengan su cumplimiento," es decir, que los hombres que entonces vivian debian ser testigos de la realizacion de cuanto se les anunciaba.

Pero oigamos las predicciones siguientes de nuestro Salvador. Cuando hacia su entrada en Jerusalem, algunos dias antes de su muerte, movido de los males que esta muerte debia atraer sobre aquella desventurada ciudad, mírala arrasados sus ojos en lágrimas, y dice: "¡ Ah si conocieses tambien tú por lo menos en este dia que te se ha dado (para tu arrepentimiento) lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo oculto á tus ojos. Llegará dia en que tus

»enemigos te circunvalarán, y te rodearán de
»contramuro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán, con los hijos tuyos que
»tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán
»en tí piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado."

Esto era describir clara y precisamente la manera con que habia de hacerse el sitio y los últimos efectos de la venganza. Pero el que habia anunciado todas estas cosas no parecia regular que fuese al suplicio sin anunciar á Jerusalem que llegaria un dia en que recibiese el condigno castigo del injusto y cruel tratamiento que se le haria. Cuando iba al calvario, cargado con la cruz sobre sus hombros, "iba en pos suyo muchedumbre de pueblo y de mugeres, que hiriéndose el pecho se deshacian en llanto, y le plañian." Párase, y vuélvese hácia ellas, y díceles estas palabras: "Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque el tiempo se acerca en que se dirá: ¡dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: sepultadnos. Pues si al arbol verde le tratan de esta manera, ¿qué harán con el seco?" Es decir si al inocente, si al

justo se le hace sufrir un tan riguroso suplicio, ¿qué deben esperar los culpables?

¿Pudo jamas Jeremías llorar mas amargamente la ruina de los judíos? ¿Podia el Salvador usar de palabras mas espresivas y fuertes para hacerles entender las calamidades y desastres de que se hallaban amenazados; y aquella horrible hambre, funesta á los hijos, funesta á las madres, que veían secarse sus pechos sin tener éllas otro alimento que dar á sus hijos mas que las lágrimas que en abundancia corrian por sus mejillas, ni para sí mas que devorar el fruto querido de sus entrañas?

CAPÍTULO XXII.

Explícanse dos memorables predicciones de nuestro Señor, y justificase su cumplimiento por la historia.

Tales fueron las predicciones que hizo Jesucristo á todo el pueblo; las que hizo en particular á sus discípulos merecen que las examinemos todavía con mayor atencion. Hállanse comprendidas en aquel largo y admirable discurso, en el que une á la ruina de Jerusalem la del universo. Esta union no carece de misterio, y hé aquí su designio.

Jerusalen, ciudad venturosa, que el Señor eligiera mientras permaneciese fiel á la alianza y á la fé de las promesas, fue la figura de la Iglesia y la figura del cielo en donde Dios se hace ver de sus hijos. Es por lo que vemos muchas veces que los profetas suelen unir, en un mismo discurso, lo que concierne á Jerusalem, á lo que concierne á la Iglesia y tiene tambien relacion con la gloria celestial: es uno de los secretos de las profecias, y una de las llaves que nos abren su inteligencia. Así, Jerusalem reprobada é ingrata hácia su Salvador, debia ser la imágen del infierno: sus pérfidos ciudadanos debian representar á los condenados; y el juicio terrible que Jesucristo debia ejercer sobre ellos era una figura del que ejercerá sobre todo el universo cuando venga al fin de los siglos con

justo se le hace sufrir un tan riguroso suplicio, ¿qué deben esperar los culpables?

¿Pudo jamas Jeremías llorar mas amargamente la ruina de los judíos? ¿Podia el Salvador usar de palabras mas espresivas y fuertes para hacerles entender las calamidades y desastres de que se hallaban amenazados; y aquella horrible hambre, funesta á los hijos, funesta á las madres, que veían secarse sus pechos sin tener éllas otro alimento que dar á sus hijos mas que las lágrimas que en abundancia corrian por sus mejillas, ni para sí mas que devorar el fruto querido de sus entrañas?

CAPÍTULO XXII.

Explícense dos memorables predicciones de nuestro Señor, y justificase su cumplimiento por la historia.

Tales fueron las predicciones que hizo Jesucristo á todo el pueblo; las que hizo en particular á sus discípulos merecen que las examinemos todavía con mayor atencion. Hállanse comprendidas en aquel largo y admirable discurso, en el que une á la ruina de Jerusalem la del universo. Esta union no carece de misterio, y hé aquí su designio.

Jerusalen, ciudad venturosa, que el Señor eligiera mientras permaneciese fiel á la alianza y á la fé de las promesas, fue la figura de la Iglesia y la figura del cielo en donde Dios se hace ver de sus hijos. Es por lo que vemos muchas veces que los profetas suelen unir, en un mismo discurso, lo que concierne á Jerusalem, á lo que concierne á la Iglesia y tiene tambien relacion con la gloria celestial: es uno de los secretos de las profecias, y una de las llaves que nos abren su inteligencia. Así, Jerusalem reprobada é ingrata hácia su Salvador, debia ser la imágen del infierno: sus pérfidos ciudadanos debian representar á los condenados; y el juicio terrible que Jesucristo debia ejercer sobre ellos era una figura del que ejercerá sobre todo el universo cuando venga al fin de los siglos con

toda su pompa y magestad á juzgar á los vivos y á los muertos. Es práctica de la Escritura, y uno de los medios de que se sirve para grabar en nosotros los misterios, mezclar para nuestra instruccion la figura con la verdad. Asi nuestro Señor mezcló con la historia de Jerusalem desolada la que ha de verificarse al fin de los siglos; y esto es lo que aparece en el discurso de que nos ocupamos.

No creemos por tanto que estas cosas se hallen de tal manera confundidas que no podamos discernir lo tocante á la una y á la otra; Jesucristo las ha distinguido con caracteres tan ciertos que me seria fácil señalarlos si viniese á propósito. Pero bástame hacer entender ahora lo concerniente á la desolacion de Jerusalem y de los judíos.

Los apóstoles (y esto era todavía en el tiempo de la pasion), reunidos en derredor de su maestro, mostrábanle el templo y los edificios situados en su contorno; admiraban las piedras, el órden, la belleza y la solidez con que estaban contruidos; y él les dijo: "¿pues veis estos grandes edificios? No quedará de ellos piedra sobre piedra." Admirados de este anuncio preguntáronle el tiempo en que esto vendria á suceder; y él que no queria que fuesen sorprendidos en Jerusalem cuando la ciudad fuese entregada al saqueo (porque queria que en el pillage de esta ciudad se representase la imagen de la última

separacion de los buenos y de los malos), empezó á referirles una por una todas las desgracias que habian de sobrevenir.

Primeramente díceles: "sobrevendrán pestes, hambres y terremotos;" y las historias dan fé de que todas estas calamidades no fueron nunca ni tan frecuentes ni tan notables como lo fueron durante aquellos tiempos. Añade que habria por todo el universo "turbulencias, alarmas de guerra, guerras sangrientas; que todas las naciones se sublevarian las unas contra las otras, y que se veria á toda la tierra conmovida y en suma agitacion." ¿Podia describirnos mejor los últimos años del imperio de Neron, cuando todo el imperio romano, es decir, todo el universo, tan pacífico desde la victoria de Augusto y bajo el cetro de los emperadores, comenzó á conmoverse, y que se vió á las Galias, las Españas y á todos los reinos de que el imperio estaba compuesto, ponerse en alarma y en agitacion de repente; levantarse casi al mismo tiempo cuatro emperadores contra Neron, y á los unos contra los otros; hacerse la guerra entre sí las cohortes pretorianas, los ejércitos de Siria, de la Germania, y todos los otros que se hallaban esparecidos por el Oriente y Occidente, y atravesar, bajo el mando de sus emperadores, de un extremo del mundo al otro, para decidir su contienda por sangrientas batallas? "Hé aquí grandes males, dice el Hijo de Dios, pero estos

» no serán todavía el fin.” Los judíos sufrirán como los demás en esta conmoción universal del mundo: pero á aquellas calamidades universales sucederán otros males particulares para ellos, “y esto no será mas que el principio de sus dolores.”

Añade que su Iglesia, siempre afligida desde su primer establecimiento, veria encenderse contra ella la persecucion mas violenta que nunca durante aquellos tiempos. Ya habeis visto que Neron, en sus últimos años, trató de acabar con los cristianos, é hizo morir á san Pedro y á san Pablo. Aquella persecucion, escitada por la envidia y las violencias de los judíos, caminaba á completar su absoluta perdicion; pero no marcaba todavía su término preciso.

La venida de los ante-Cristos y de los falsos profetas parece ser el mas próximo encaminamiento á la última ruina: porque el fin ordinario de los que se niegan á prestar oídos á la verdad, es ser arrastrados á su perdicion por profetas mentirosos. Jesucristo no ocultó á sus apóstoles que esta desgracia sobrevendría á los judíos. Dice: “aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán mucha gente.... guardaos de creer á los falsos Cristos y á los falsos profetas que aparecerán haciendo alarde de grandes maravillas y prodigios.”

Y no se diga que esta era una cosa fácil de predecirse por los que conocen el carácter y ge-

nio de una nacion; porque, por el contrario, os he hecho ver que los judíos cansados de aquellos seductores que habian tan frecuentemente causado su ruina, y señaladamente en tiempo de Sedecías, se habian de tal manera desengañado que ya no les escuchaban. Mas de 500 años se pasaron sin que se presentase ningun falso profeta en Israel; pero el infierno que les inspira despertóse á la venida de Jesucristo; y Dios que tiene de la rienda y retiene con ella á los espíritus embaucadores por el tiempo que le agrada, aflojósela con el fin de enviar á los judíos este suplicio, y para que sirviera al mismo tiempo de prueba para sus fieles. Jamas aparecieron tantos falsos profetas como en los tiempos que se siguieron á la muerte de nuestro Señor. Señaladamente hácia el tiempo de la guerra judaica y en el reinado de Neron, que la comenzó, Josefo nos hace ver una multitud de aquellos impostores que lograban atraer al pueblo con vanos prestigios y secretos de magia, llevándosele al desierto y prometiéndole una pronta y milagrosa variacion de suerte y de fortuna. Por esta razon tambien es por la que el desierto se halla indicado en las predicciones de nuestro Señor como uno de aquellos lugares en que se hallarian ocultos aquellos falsos libertadores que habeis visto al fin arrastrar al pueblo á su última perdicion. Ya podeis creer que el nombre de Cristo, sin el cual no podia haber para los ju-

díos una libertad perfecta, hallábase mezclado en aquellas promesas imaginarias; y ya vereis en adelante pruebas para convenceros de ello.

No fue la Judea la única provincia espuesta á aquellas ilusiones; fueron comunes á todo el imperio. No hay época ninguna en que nos hagan ver las historias un mayor número de embaucadores que se jactasen de predecir el porvenir y sedujesen mas á los pueblos con sus prestigios. Un Simon Mago, un Elimas, un Apolonio Tiano, un número infinito de otros encantadores, señalados en las historias sagradas y profanas, aparecieron en aquel siglo, en que el infierno parecia hacer los últimos esfuerzos para sostener su vacilante imperio. Es por lo que Jesucristo hace observar en aquel tiempo, y principalmente entre los judíos, el sinnúmero de falsos profetas que aparecieron. Meditando detenidamente sus palabras, deduciráse de ellas que debian multiplicarse antes y despues de la ruina de Jerusalem, pero hácia aquellos tiempos; y que entonces se presentaria la seduccion, confirmada con falsos milagros y falsas doctrinas, y de una manera tan verosímil y tan poderosa que «los mismos elegidos, si fuese posible, caerian en sus lazos.»

No digo yo que al fin de los siglos no deba tambien suceder alguna cosa semejante y mas peligrosa todavía, habiendo acabado de ver que lo que pasó en Jerusalem fue una figura manifiesta

de lo que ha de acaecer en los últimos tiempos; pero es cierto que Jesucristo nos ha presentado esta seduccion como uno de los efectos sensibles de la ira de Dios contra los judíos y como una de las señales de su perdicion. El resultado ha justificado su profecía, atestada por testimonios irrevocables. Leemos la prediccion de sus errores en el Evangelio; y las historias, y sobre todo la de Josefo, nos hacen ver su cumplimiento.

Despues que Jesucristo hubo vaticinado todas aquellas cosas, con el desígnio de librar á los suyos de las desgracias que amenazaban á Jerusalem, anunciéles los signos próximos que debian preceder á la última desolacion de aquella ciudad.

Pero Dios no da siempre á sus elegidos semejantes señales. En los terribles castigos que hacen sentir el poder de su brazo á naciones enteras, hiere con frecuencia y sin distincion al justo y al culpable; porque hay otros medios mejores para separar á los unos de los otros que los que se manifiestan á nuestros sentidos. Con los mismos golpes que se rompe la paja se separa el buen grano, y el oro se acrisola en el mismo fuego en que la paja se quema; asi con los mismos castigos con que son esterminados los réprobos, se purifican los justos. Pero en la desolacion de Jerusalem, para que la imágen del juicio final fuese mas exacta y mas señalada la venganza sobre los incrédulos, no quiso que los

judíos que habian recibido el Evangelio fuesen confundidos con los otros; y Jesucristo dió á sus discípulos señales ciertas por las que pudiesen conocer cuándo llegaria el tiempo en que debian salir de aquella ciudad reprobada. Se fundó, segun su costumbre, en las antiguas profecías, de que era el intérprete así como su fin, y, repasando el pasaje en que la última ruina de Jerusalem fue mostrada tan claramente á Daniel, dijo estas palabras: "cuando veais que está establecida en el lugar santo la abominacion desoladora que predijo el profeta Daniel; quien lea esto, nótele bien, cuando la veais establecida en el lugar santo", ó como dice san Márcos: "cuando, empero, viéreis la abominacion de la desolacion establecida en el lugar donde menos debiera, entonces los que moran en Judea, huyan á los montes." San Lucas refiere lo mismo en otros términos: "cuando viéreis á Jerusalem estar cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su desolacion está próxima: en aquella hora los que se hallen en Judea huyan á las montañas."

Un evangelista explica al otro, y, comparando estos pasages, fácil nos es comprender que la abominacion, vaticinada por Daniel, es el cerco ó sitio de Jerusalem por los ejércitos. Los santos Padres lo han entendido así, y por otra parte la razon nos convence de ello.

La palabra abominacion, en el uso de la len-

gua sagrada, significa ídolo; y ¿quién hay que no sepa que los ejércitos romanos llevaban en sus enseñas las imágenes de sus dioses y de sus césares, que eran los mas respetados de todos sus dioses? Aquellas enseñas eran un objeto de culto para los soldados; y como los ídolos, segun las órdenes de Dios, no debian jamas presentarse en la tierra santa, las enseñas romanas debian estar desterradas de ella. Y así es que vemos en las historias que en tanto que los romanos tuvieron un poco de consideracion hácia los judíos, por poca que fuese, jamas presentaron sus enseñas en la Judea. Por esto fue por lo que Vitelio, cuando pasó por aquella provincia para ir á hacer la guerra en Arabia, hizo pasar sus tropas sin enseñas, porque todavía se reverenciaba entonces la religion judaica, y no se queria forzar al pueblo judío á soportar cosas tan contrarias á su ley. Pero en el tiempo de la última guerra judaica ya puede presumirse y creer tambien que los romanos no guardaron consideraciones á un pueblo que trataban de exterminar. Y así fue que cuando Jerusalem estaba sitiada, hallábase rodeada de tantos ídolos como enseñas romanas habia, y que por consiguiente la abominacion no apareció jamas tanto como entonces *en donde no debia aparecer*, es decir, en la tierra santa y en derredor del templo.

¿Y se dirá que aquella era la gran señal que Jesucristo habia dado? ¿Pues por ventura era

tiempo de salir de Jerusalem cuando Tito la tenia sitiada teniendo de tal manera cerradas todas las avenidas que no habia medio de escaparse? Pues precisamente en esto está la maravilla de la profecía. Jerusalem fue sitiada dos veces en aquellos tiempos; la primera, por Cestio, gobernador de Siria, en el año 68 de nuestro Señor; la segunda, por Tito, cuatro años después, es decir, el año 72. En el último sitio no hubo ya medio de escaparse, porque Tito emprendió esta guerra con demasiado ardor: sorprendió á la nacion toda encerrada en Jerusalem durante la fiesta de Pascua, sin que nadie pudiese escaparse: porque de tal manera hizo la circunvalacion que no dejó medio alguno á sus habitantes para poder eludir su vigilancia. Mas en el sitio de Cestio no fue así: hallábase acampado á distancia de 50 estadios, es decir, á 6 millas de Jerusalem: hallábase su ejército acantonado en sus alrededores, pero no formó ni reductos ni trincheras; y hacia la guerra con tal negligencia, que se les escapó la ocasion de tomar la ciudad cuando le abrian las puertas de ella el terror, las sediciones y aun las confianzas que tenia con sus moradores. Y así en aquel tiempo en vez de ser imposible evadirse de la ciudad, la historia misma confiesa que muchos judíos se retiraron. Entonces, pues, era tiempo de salir; y esta era la señal que el Hijo de Dios habia dado á los suyos; y así distinguió con mu-

cha precision los dos sitios: uno en que *la ciudad seria rodeada de fosos y de trincheras*; y entonces la muerte era la única esperanza que quedaba á los que se habian quedado encerrados en ella; el otro, en que únicamente seria *circunvalada por el ejército*, y entonces *era menester huir y retirarse á las montañas*.

Los cristianos sometieronse dóciles á la palabra de su maestro. Aunque hubiese millares de ellos en Jerusalem y en la Judea, no leemos ni en Josefo ni en las demas historias que se encontrase ninguno en la ciudad cuando fue tomada. Por el contrario, consta por la historia eclesiástica y por todos los monumentos de nuestros antepasados que se retiraron á la pequeña ciudad de Pena, situada en un pais montuoso cerca del desierto, y en los confines de la Judea y de la Arabia.

Por aquí puede venirse en conocimiento con cuánta precision habian sido advertidos: y nada hay mas notable que la separacion que se verificó entonces de los judíos incrédulos y los convertidos al cristianismo; los primeros se quedaron en Jerusalem para sufrir allí la pena de su incredulidad, y los otros, habiéndose retirado, como Lot de Sodoma, á una pequeña ciudad, donde ellos se pusieron á considerar con santo temor los efectos de la venganza divina, de que Dios se habia dignado ponerles á cubierto, se salvaron.

Ademas de las prediccionés de Jesucristo hubo otras de varios de sus discípulos, y entre ellas las de san Pedro y san Pablo: cuando eran conducidos al suplicio aquellos dos fieles testigos de la resurreccion de Jesucristo, anunciaron á los judíos, que les entregaban á los gentiles, su cercana perdicion. Les dijeron: "que Jerusalem iba á ser arrasada; que perecerian de hambre y de desesperacion; que serian desterrados para siempre de la tierra de sus padres, y dispersados por toda la tierra, en donde vivirian en cautividad; que el término no estaba lejos; y que les sobrevendrian todos estos males por haber insultado con tan crueles burlas al Hijo bien amado de Dios, que se habia declarado á ellos por tantos milagros." La piadosa antigüedad nos ha conservado esta prediccion de los apóstoles, cuyo cumplimiento se siguió con tanta prontitud. San Pedro hizo otras muchas, ya fuese por una inspiracion particular, ó ya esplicando las palabras de su maestro; y Fregon, autor pagano, cuyo testimonio produce Orígenes, ha escrito que todo lo que este apóstol predijo se cumplió punto por punto.

Asi nada ha sucedido ni sucede á los judíos que no les haya sido profetizado. La causa de su desgracia nos ha sido patentizada en el desprecio que hicieron de Jesucristo y de sus discípulos. Dejaron pasar el tiempo de propiciacion, y su ruina fue inevitable.

En vano Tito se empeñó en salvar á Jerusalem y su templo: la sentencia estaba dada; habia bajado de lo alto, y no debia quedar ni de una ni de otra piedra sobre piedra. Y asi en vano un emperador romano se empeñó en salvar al templo; no quedó mas airoso otro emperador que se empeñara en reedificarle. Juliano el Apóstata, despues de haber declarado la guerra á Jesucristo, creyóse con bastante poder para dejar sin cumplimiento sus predicciones. Con el designio que tenia de suscitar por todas partes enemigos á los cristianos, se bajó hasta el punto de buscar á los judíos, que eran el desprecio del mundo; y escitóles á reedificar su templo, dándoles al efecto sumas inmensas, y el auxilio de toda la fuerza del imperio. Escuchad cuál fue el resultado de aquella temeraria tentativa, y ved cómo Dios confunde á los príncipes soberbios. Los santos padres y los historiadores eclesiásticos refieren este suceso de una manera uniforme, y le justifican con monumentos que existian todavía en su tiempo. Pero aun era necesario que esto mismo fuese atestiguado por los propios paganos. Ammio Marcelino, gentil de religion, y celoso defensor de Juliano, le ha referido en estos términos: "Mientras que Alipio, ayudado por el gobernador de la provincia avanzaba la obra tanto como podia, abriéndose los cimientos salieron terribles globos de fuego que les impidieron continuar; pero obstinados

» los trabajadores en seguir su obra, que empezaron por diferentes veces, fueron al fin abrazados, y habiendo por último quedado inaccesible aquel lugar, hubo de cesar en la empresa.»

Los autores eclesiásticos, mas exactos en describir un acontecimiento tan memorable, dicen que al fuego que brotó de la tierra unióse el que llovió del cielo. En fin, la palabra de Jesucristo quedó cumplida é inalterable. San Juan Crisóstomo esclama con este motivo, diciendo: ha edificado su Iglesia sobre la piedra, y nada ha podido destruirla: ha arruinado el templo y ninguno ha podido reedificarle: «ninguno puede abatir lo que Dios ha elevado; y ninguno puede volver á levantar lo que Dios ha abatido.»

No hablemos mas de Jerusalem ni del templo: echemos una ojeada sobre el mismo pueblo, en otro tiempo templo vivo de Dios, y ahora objeto de su enemistad. Los judíos se hallan mas abatidos que su templo y que su ciudad: el espíritu de verdad ya no reside entre ellos: las profecías cesaron: las promesas en que fundaban su esperanza se han desvanecido: en este pueblo todo está destruido, *no ha quedado en el piedra sobre piedra.*

Ya veis hasta qué punto fueron entregados al error los judíos. Jesucristo les habia dicho: «mi Padre me ha enviado á vosotros, y no me

» habeis recibido; otro vendrá en su nombre y le recibireis.» Desde aquel tiempo, de tal modo reina el espíritu de seducción entre ellos, que todavía, á cada momento se hallan dispuestos á dejarse engañar por cualquiera. No era bastante que los falsos profetas hubiesen entregado á Jerusalem entre las manos de Tito; los judíos no habian sido todavía desterrados de la Judea, y la pasion que tenian por Jerusalem obligó á muchos de ellos á establecer su morada entre sus ruinas. Hé aquí un falso Cristo que va á acabar de perderles. Cincuenta años despues de la toma de Jerusalem, en el siglo de la muerte de nuestro Señor, el infame Barchochebas, un ladrón, un malvado, porque su nombre significaba el hijo de la estrella, decia que era la estrella de Jacob predicha en el libro de los Números, y se hizo pasar por ser el Cristo. Akibas, el mas autorizado de todos los rabinos, y, á su ejemplo, todos los que los judíos llamaban sus sabios, entraron en su partido, sin que el impostor les diese ninguna otra señal de su mision sino que Akibas decia que el Cristo no podia tardar mucho en venir. Subleváronse los judíos por todo el imperio romano, poniéndose á su cabeza Barchochebas, que les prometia el imperio del mundo. Adriano mató 600,000 de ellos: el yugo que tuvieron que sufrir entonces fue mucho mas pesado, porque tuvieron que salir desterrados para siempre de la Judea.

¿Quién no ve aquí bien claro que el espíritu de seducción tenía á aquel pueblo obcecado? “El amor de la verdad que les traía la salud extinguíase en ellos: Dios les envió un eficaz error que les hiciese creer en la mentira.” No hay impostura por grosera que sea á que no den crédito. En nuestros días, y en el Oriente, un impostor dijo que él era el Cristo: al momento todos los judíos echaron á correr tras él: los hemos visto en Italia, en Holanda, en Alemania y en Metz prepararse á hacer almoneda de todo y abandonar lo que no pudiesen vender por seguirle. Imaginábanse ya que iban á hacerse los señores del mundo, cuando llegó á su noticia que su Cristo se había hecho turco y que había abjurado de la ley de Moisés.

CAPÍTULO XXIII.

De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecías.

No hay que admirarse de que hayan caído en errores tan groseros, ni tampoco de que la tempestad los haya disipado, despues que hubieron ellos abandonado su camino. Este les estaba trazado en sus profecías, y principalmente en las que designaban el tiempo de Cristo. Dejaron pasar estos preciosos momentos sin aprovecharse de ellos: y he aquí la razon por qué se les ve entregados á la mentira, sin saber ya á qué atenerse.

Me entretendré un momento todavía para referir la continuacion de sus errores, y de todos los pasos que han dado para sepultarse en el abismo. Las sendas por donde se han estraviado y se estravian todavía, es verdad que conducen al camino; y parándonos á examinar dónde empezó su estravío, entonces marcharemos con mas seguridad por el recto camino que nos conducirá á descubrir la verdad que nos proponemos.

Hemos visto que dos profecías de Jacob y de Daniel designaban á los judíos el tiempo de la venida de Cristo. Las dos anunciaban la ruina del reino de Judá para el tiempo en que el Cristo viniese; pero la de Daniel explicaba que

¿Quién no ve aquí bien claro que el espíritu de seducción tenía á aquel pueblo obcecado? "El amor de la verdad que les traía la salud extinguíase en ellos: Dios les envió un eficaz error que les hiciese creer en la mentira." No hay impostura por grosera que sea á que no den crédito. En nuestros días, y en el Oriente, un impostor dijo que él era el Cristo: al momento todos los judíos echaron á correr tras él: los hemos visto en Italia, en Holanda, en Alemania y en Metz prepararse á hacer almoneda de todo y abandonar lo que no pudiesen vender por seguirle. Imaginábanse ya que iban á hacerse los señores del mundo, cuando llegó á su noticia que su Cristo se había hecho turco y que había abjurado de la ley de Moisés.

CAPÍTULO XXIII.

De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecías.

No hay que admirarse de que hayan caído en errores tan groseros, ni tampoco de que la tempestad los haya disipado, despues que hubieron ellos abandonado su camino. Este les estaba trazado en sus profecías, y principalmente en las que designaban el tiempo de Cristo. Dejaron pasar estos preciosos momentos sin aprovecharse de ellos: y he aquí la razon por qué se les ve entregados á la mentira, sin saber ya á qué atenerse.

Me entretendré un momento todavía para referir la continuacion de sus errores, y de todos los pasos que han dado para sepultarse en el abismo. Las sendas por donde se han estraviado y se extravian todavía, es verdad que conducen al camino; y parándonos á examinar dónde empezó su estravío, entonces marcharemos con mas seguridad por el recto camino que nos conducirá á descubrir la verdad que nos proponemos.

Hemos visto que dos profecías de Jacob y de Daniel designaban á los judíos el tiempo de la venida de Cristo. Las dos anunciaban la ruina del reino de Judá para el tiempo en que el Cristo viniese; pero la de Daniel explicaba que

la total destruccion de aquel reino debia ser una consecuencia de la muerte del Cristo; y Jacob decia claramente, que en la decadencia del reino de Judá, el Cristo que entonces vendria sería *la esperanza de los pueblos*; es decir, que sería su libertador, y que se formaria un nuevo reino compuesto no de un pueblo solo, sino de todos los pueblos del mundo. Las palabras de la profecía no pueden tener otro sentido, y precisamente la tradicion constante de los judíos confirma que debian entenderse así.

De aquí nació la opinion propagada entre los antiguos rabinos, y que aún vemos todavía en su Talmud, que en el tiempo en que el Cristo viniese no habria en el pueblo magistratura; de manera que nada habia mas importante para conocer el tiempo de su Mesías que observar el tiempo en que caerian en este infeliz estado.

En efecto, comprendieron bien al principio; y si no hubiesen tenido el espíritu preocupado con las grandezas mundanas que ellos querian encontrar en el Mesías para participar de ellas bajo su imperio, no hubieran podido desconocer á Jesucristo. El fundamento que sentaron era cierto; porque inmediatamente que la tiranía del primer Herodes y el cambio de la república judáica, que acaeció en su tiempo, les hubo hecho ver el momento de la decadencia

designada en la profecía, no dudaron que el Cristo debiese venir, y que se veria bien pronto aquel nuevo reino bajo el que debian reunirse todos los pueblos.

Una de las cosas que observaron fué que se les quitó el derecho de vida y de muerte. Esta era una gran mudanza, pues que les habia sido siempre conservado este derecho hasta entonces bajo cualquier dominacion á que estuviesen sometidos, y aun durante su cautividad en Babilonia. La historia de Susana es una prueba que lo justifica, y es una tradicion constante entre ellos. Los reyes de Persia, que les restablecieron, dejáronles este derecho por un decreto espreso de que hemos hecho mencion en su lugar; y hemos visto tambien que los primeros Seleucidas más bien aumentaron que restringieron sus privilegios. No tengo necesidad de repetir lo sucedido en el reinado de los Macabeos, en cuyo tiempo no solo fueron libres, sino poderosos y temibles á sus enemigos. Pompeyo, que los debilitó, contento con el tributo que les impuso, y con haberles puesto en estado de que el pueblo romano pudiese disponer de ellos en caso de necesidad, dejóles á su príncipe con el pleno de su jurisdiccion. Ya se sabe que los romanos se conducian así, y que en nada tocaban al gobierno interior en los países en que dejaban á sus reyes naturales.

En fin, los judíos están de acuerdo en que

perdieron el poder de vida y muerte solo cuarenta años antes de la desolacion del segundo templo: y de consiguiente no puede dudarse que el primer Herodes fué quien empezó á hacer esta herida á su libertad. Porque despues que para vengarse del Sanhedrin, á donde se le obligó á comparecer á él mismo antes que fuese rey, y despues que para abrogarse toda autoridad hubo atacado á aquella asamblea, que era como el Senado fundado por Moisés, y el Consejo perpetuo de la nacion en que la suprema jurisdiccion se ejercia, poco á poco aquel gran cuerpo fué perdiendo su poder; y quedábale ya muy poco cuando Jesucristo vino al mundo. Empeoráronse los negocios bajo los hijos de Herodes, cuando el reino de Arquelao, de que Jerusalem era la capital, reducido á provincia romana, fué gobernado por los presidentes enviados por los emperadores. En este infeliz estado los judíos carecian de tal manera del poder de vida y muerte, que para hacer matar á Jesucristo, á quien querian perder á toda costa, fuéles necesario recurrir á Pilatos; y habiéndoles dicho este debil gobernador que le condenasen ellos mismos á muerte, respondieronle todos á una voz: "no tenemos la facultad de condenar á nadie á muerte." Tambien fué por mano de Herodes por la que hicieron morir á Santiago, hermano de san Juan, y por la que encarcelaron á san Pedro. Cuan-

do resolvieron la muerte de san Pablo, entregáronle tambien á los romanos, como habian hecho con Jesucristo; y el voto sacrilego de los poseidos de un falso celo, que juraron no comer ni beber hasta que hubiesen matado á aquel santo apóstol, es una prueba de que se creian sin facultad para condenar á muerte jurídicamente. Si apedrearon á san Esteban fué tumultuariamente, y un efecto de aquellos motines que los romanos no podian siempre reprimir en los que se decian entonces los Zeladores. Débese, pues, tener por cierto, tanto por las historias como por el consentimiento de los judíos, y por el estado de sus negocios, que hácia los tiempos de nuestro Señor, y sobre todo en aquellos en que comenzó á ejercer su ministerio, perdieron enteramente la autoridad temporal. No pudieron ver esta pérdida sin acordarse del antiguo oráculo de Jacob, que les predecia que en tiempo del Mesías no habria ya entre ellos ni poder, ni autoridad, ni magistratura. Uno de sus mas antiguos autores lo observa, y tiene razon en confesar que entonces ya no habia cetro en Judá, ni residia la autoridad en los gefes del pueblo, porque se les habia desposeido del poder público, y porque hallándose degradado el Sanhedrin, los miembros de este gran tribunal no eran ya considerados como jueces, sino como simples doctores. Así, segun ellos mismos, era ya tiempo de que

el Cristo se presentase. Como veían este signo cierto de la próxima llegada de este nuevo rey, cuyo imperio debía estenderse sobre todos los pueblos, creyeron que en efecto iba á llegar. Esparcióse la voz por todas las cercanías, y se estuvo persuadido en todo el Oriente que no se tardaría mucho tiempo en ver salir de Judea á los que reinarian sobre toda la tierra.

Tácito y Suetonio refieren como una cosa cierta el esparcimiento de esta voz, y que no solo era una opinion constante, sino que era anunciada por un antiguo oráculo que se encontraba en los libros sagrados del pueblo judío. Josefo refiere esta misma profecía en los mismos términos, y dice como ellos que se encontraba en los libros sagrados. La autoridad de estos libros, cuyas predicciones se han visto tan exactamente cumplidas, era grande en todo el Oriente; y los judíos, mas atentos que los otros en observar las circunstancias que principalmente se habian escrito para su instrucción, reconocieron el tiempo del Mesías que Jacob habia designado en su decadencia. Así las reflexiones que hicieron sobre su estado eran justísimas; y sin engañarse sobre el tiempo en que debía aparecer el Cristo, conocieron que debía venir en el tiempo en que vino en efecto. Pero, ¡oh debilidad del espíritu humano, y vanidad, origen inalterable de obcecación! La humildad del Salvador ocultó á aquellos orgu-

llos las verdaderas grandezas que debían buscar en su Mesías; querían que fuese un rey semejante á los reyes de la tierra. Esta es la razón por qué los aduladores del primer Herodes, deslumbrados con la grandeza y la magnificencia de aquel príncipe, quien, aunque tirano, como lo era, no dejó de enriquecer á la Judea, dijeron que él era el rey tan prometido. Esto es tambien lo que dió lugar á que se formase la secta de los herodianos, de que se ha hablado tanto en el Evangelio, tan conocida por los paganos, pues que Perso y su escribano nos dicen que todavía en tiempo de Neron el nacimiento del rey Herodes era celebrado por sus sectarios con la misma solemnidad que el sábado. Josefo cayó en un error semejante. Este hombre, "instruido, como él mismo dice, en las profecías judáicas por ser sacerdote y descendido de la stirpe sacerdotal," reconoció, á la verdad, que la venida del rey prometido por Jacob convenia á los tiempos de Herodes, en el que él mismo nos manifiesta con mucho cuidado el principio marcado de la ruina de los judíos; pero como no viese nada en su nación que llenara las ambiciosas ideas que habia concebido de su Cristo, hizo recaer la profecía en el tiempo de Vespasiano, á quien la aplicó, asegurando "que Veste, oráculo de la escritura, hacia alusion á aquel príncipe declarado emperador de la Judea."

De esta manera interpretaba violentamente la sagrada Escritura para autorizar su adulación: ¡ciego que transferia á los estrangeros la esperanza de Jacob y de Judá; que suponía á Vespasiano ser el hijo de Abraham y de David, y atribuía á un príncipe idólatra el título de aquel cuyas luces debían sacar á los gentiles de su estado de ignorancia y hacerles abjurar de la idolatría!

La coincidencia de los tiempos le favorecía; pero mientras que atribuía á Vespasiano lo que Jacob había dicho del Cristo, los Zelosos que defendían á Jerusalem se lo atribuían á sí mismos. Y sobre este solo fundamento prometíanse el imperio del mundo, como Josefo lo refiere; pero mas razonables que él, porque á lo ménos no salían de la nacion para buscar el cumplimiento de las promesas hechas á sus padres.

¿Cómo no abrían los ojos al observar el gran fruto que producía desde entonces entre los gentiles la predicación del Evangelio, y á este nuevo imperio que Jesucristo establecía por toda la tierra? ¿Qué cosa mas bella que un imperio en que reinaba la piedad, en que el Dios verdadero triunfaba de la idolatría, y en que la vida eterna era anunciada á las naciones infieles? El mismo imperio de los Césares, ¿no era una vana pompa en comparación de aquel? Empero aquel imperio no era bastante brillante á sus ojos.

¡Qué desapegado es menester estar de las grandezas humanas para conocer á Jesucristo! Los judíos conocieron los tiempos; los judíos veían á los pueblos llamados al Dios de Abraham por Jesucristo y por sus discípulos, según el oráculo de Jacob; y sin embargo desconocieron á Jesus, que les fuera declarado con señales tan evidentes. Y no obstante todavía que, durante su vida y después de su muerte confirmase su misión con tantos milagros, obcecados le desecharon porque no poseía ni se descubría en él mas que la sólida grandeza destituida de todos los aparatos y atavíos que hieren los sentidos, y porque venía mas bien para condenar que para coronar su ciega ambición.

Y sin embargo, forzados por la coincidencia y las circunstancias del tiempo, y á pesar de su ceguera, algunas veces daban muestras de querer salir de sus preocupaciones. Todo se disponía de tal manera en tiempo de nuestro Señor á la manifestación del Mesías, que sospecharon también que pudiera serlo san Juan Bautista. Su vida austera, extraordinaria y admirable chocó en gran manera; y á falta de las grandezas mundanas, aparentaron al pronto contentarse con la brillantez de una vida tan prodigiosa. La vida sencilla y comun de Jesucristo alejó aquellos espíritus tan groseros como soberbios, los que no pudiendo ser co-

gidos mas que por los sentidos, y hallándose por otra parte tan distantes de una sincera conversion, nada admiraban sino lo que les parecia inimitable. De esta suerte san Juan Bautista, á quien se juzgó digno de ser el Cristo, no fué creído despues quando les mostró el Cristo verdadero; y Jesucristo, á quien era menester imitar quando se creia en él, pareció demasiado humilde á los judíos para seguirle.

Sin embargo, la impresion que habian concebido de que el Cristo habia de padecer en aquel tiempo, fué tan fuerte que duró cerca de un siglo entre ellos. Creyeron que el cumplimiento de las profecías podia tener una cierta estension, y que no se hallaba limitado á un punto preciso; de manera que por cerca de cien años no se hablaba entre ellos mas que de falsos Cristos que se hacian seguir, y de falsos profetas que los anunciaban. Los siglos precedentes no habian visto nada que se les asemejase; y los judíos no prodigaron el nombre de Cristo ni quando Judas el Macabeo consiguió sobre su tirano tantas victorias, ni quando su hermano Simon les libertó del yugo de los gentiles, ni quando el primer Hircano hizo tantas conquistas. Los tiempos y las demas señales no convenian, y solo en el siglo de Jesucristo fué quando empezó á hablarse de todos aquellos Mesías. Los samaritanos, que veian en el Pentatéuco la profecía de Jacob, se formaron tam-

bien, así como los judíos, sus Cristos, y un poco despues de Jesucristo reconocieron ellos á su Dositéo. Simon el Mago, del mismo pais, se jactaba tambien de ser el hijo de Dios; y Menandro, discípulo suyo, decíase el salvador del mundo. Viviendo Jesucristo, la samaritana creía ya que el Mesías iba á llegar: tan constante era en la nacion y entre todos los que leían el antiguo oráculo de Jacob que el Cristo iba á aparecer en aquel tiempo.

Luego que hubo de tal manera pasado el término que ya nada habia que esperar, y que los judíos vieron por esperiencia que los Mesías en quienes creyeran y que habian seguido, lejos de haberlos librado de los males que sufrían, no habian hecho mas que aumentárselos y agravárselos mas, pasó entonces mucho tiempo sin que apareciesen entre ellos nuevos Mesías; y Barchochebas fué el último que reconocieron por tal en los primeros tiempos del cristianismo: empero no pudo enteramente borrarse la primera impresion que recibieron. En vez de creer que el Cristo habia venido, como lo habian creído en tiempo de Adriano, y en el de los Antoninos, sus sucesores, ocurrióseles decir que su Mesías estaba en el mundo, no obstante que no se habia presentado, porque estaba aguardando al profeta Elías que debia ungrle. Esta opinion era comun entre ellos en tiempo de san Justino; y en su Talmud encontramos

tambien la doctrina de uno de sus mas antiguos maestros que decia que: "el Cristo habia venido segun se hallaba anunciado por los profetas; pero que estaba oculto en alguna parte en Roma entre los pobres mendigos."

Tal desvario no encontró acogida en ninguna cabeza sensata; y los judíos, obligados á confesar que el Mesías no habia venido en el tiempo que tenian razon para esperarle con arreglo á sus antiguas profecías, cayeron en otro abismo. Poco faltó para que renunciassen á la esperanza de su Mesías, puesto que no habia llegado en el tiempo que habia sido designado; y muchos siguieron en su opinion á un famoso Rabino, cuyas palabras se conservan todavía en el Talmud. Viendo éste que no solo se habia pasado el término prefijado para la venida del Mesías, sino que habian transcurrido muchos años mas, concluyó de aquí que: "los israelitas no tenian Mesías que aguardar, porque ya les habia sido dado en la persona del rey Ezechías."

A la verdad, lejos de prevalecer esta opinion entre los judíos, fué mirada con indignacion y detestada. Pero enteramente desconcertados al ver que los términos aplazados por las profecías habian ya pasado, no sabian salir de este laberinto, y entonces hicieron un artículo de fé de esta palabra que se lee en el Talmud: "Los términos designados para la venida del

Mesías han pasado sin que éste haya aparecido;" por cuya razon unánimemente pronunciaron el siguiente anatema: "Malditos sean los que intenten hacer cálculos acerca de la venida del Mesías." En este estado aseméjase los judíos á un piloto que habiendo perdido el rumbo que llevaba, estraviado el buque por la tempestad, abandona sus cálculos, y déjase llevar por donde le conduce el azar.

Desde aquel tiempo todo su estudio se ha reducido á eludir las profecías en que se halla designado el tiempo en que el Mesías debia de llegar: se han curado poco de desmentir las tradiciones de sus padres con tal de conseguir quitar á los cristianos las admirables profecías en cuyo cumplimiento están fundados los principales argumentos de que se valen para convencerles de su obcecacion é incredulidad; y han llegado hasta decir que la profecía de Jacob no hacia relacion al Cristo.

Pero sus antiguos libros los desmienten; porque justamente el Talmud aplica esta profecía al Mesías, y de la manera con que la explicamos se explica en sus Paráfrasis, es decir, en los comentarios mas auténticos y mas respetados entre ellos.

Vemos en ellos, en términos muy espesos, que la casa y el reino de Judá, á que debia quedar reducida algun dia toda la posteridad de Jacob y todo el pueblo de Israel, produciria

siempre *jueces* y *magistrados* hasta la venida del Mesías, bajo el que se formaría un reino compuesto de todos los pueblos.

Este es el testimonio que daban todavía á los judíos en los primeros tiempos del cristianismo sus mas célebres y acreditados doctores. La antigua tradicion tan asegurada y tan bien establecida no podia destruirse de golpe; y aunque los judíos no aplicasen á Jesucristo la profecía de Jacob, no se habian atrevido á negar que no conviniese al Mesías. A tal exceso no llegaron sino mucho tiempo despues, y cuando estrechados por los cristianos advirtieron al fin que su propia tradicion deponia en contra suya.

Estando encerrado el término de la venida del Mesías en el espacio de 490 años segun la profecía de Daniel, á contar desde el año vigésimo de Artajerjes Longimano; como este término conducia al del cuarto milenario del mundo, era tambien una tradicion muy antigua entre los judíos que el Mesías aparecería hácia el fin de este cuarto milenario, y cerca de dos mil años despues de Abraham. Un Elías, cuyo nombre es grande entre los judíos, sin embargo de que no sea el profeta, lo habia enseñado asi antes del nacimiento de Jesucristo; y esta tradicion se ha conservado tambien en el libro del Talmud. Se ha visto cumplido este término en la venida de nuestro Señor, pues que apareció en efecto cerca de dos mil años despues

de Abraham, y hácia los cuatro mil del mundo. Sin embargo, los judíos no le han conocido; y engañados en su esperanza, han recurrido á decir que sus pecados han retardado la llegada del Mesías que debia venir. Pero esto, no obstante, las fechas nuestras se hallan comprobadas por su propia confesion; y es ya la última obcecacion pretender que dependa de los hombres el cumplimiento de un término que Dios señaló con tanta precision en la profecía de Daniel.

Tambien es un gran embarazo para ellos ver que este profeta designe el tiempo del Cristo con anterioridad al de la ruina de Jerusalem: y habiéndose cumplido este tiempo, con mas razon debe hallarse cumplido el que le precedió.

Josefo se engañó en esto muy torpemente. Contó bien las semanas que debian transcurrir para que se verificase la desolacion del pueblo judío; y viéndolas cumplidas en el tiempo que Tito puso sitio á Jerusalem, no vaciló en creer que habia llegado el momento de la ruina de la ciudad. Pero no se detuvo á considerar que á la ruina de Jerusalem debia preceder la venida del Cristo y su muerte: de manera que no entendió mas que la mitad de la profecía.

Los judíos posteriores á él han intentado suplir esta falta. Hannos forjado un Agripa, descendiente de Herodes, á quien los romanos,

dicen, condenaron á muerte un poco antes de la ruina de Jerusalem; y quieren que aquel Agripa, Cristo por su título de rey, sea el Cristo de que habla Daniel: nueva prueba de su obcecacion. Porque ademas de que aquel Agripa ni puede ser el justo, ni el santo de los santos, ni el fin de las profecías, tal como debia ser el Cristo que Daniel designa en su lugar; ademas de que la muerte de aquel Agripa, de que los judíos estaban inocentes, no podia ser la causa de su desolacion, como debia ser la muerte del Cristo de Daniel, esto que dicen los judíos es una pura fábula. El Agripa descendiente de Herodes fué siempre del partido de los romanos; fué siempre bien tratado por sus emperadores, y reinó en un canton de la Judea mucho tiempo despues de la ruina de Jerusalem, como lo atestiguan Josefo y los demas autores contemporáneos.

Asi que cuanto inventan los judíos para eludir las profecías, les confunde mas. Aun ellos mismos no se fian de invenciones tan torpes y groseras; y su mejor defensa estriba en la ley que establecieron de no hacer cómputo ninguno acerca de los dias en que debe aparecer el Mesías. Por este medio cierran los ojos á la luz, y renuncian voluntariamente á saber la verdad y á dar crédito á las profecías en que el mismo Espíritu Santo ha contado los años: empero mientras ellos se niegan á prestarse á lo suce-

dido, ellos mismos son un testimonio de la verdad, y en sus personas se verifica el cumplimiento de los vaticinios, con lo que manifiestan al mismo tiempo haberse cumplido tambien lo que las profecías anunciaron acerca de su obcecacion y de su caida.

Respondan lo que quieran á las profecías: la desolacion que predijeron ha se verificado en el tiempo prescrito: los resultados son argumentos mas fuertes que las sutilezas; y si el Cristo no ha venido en la fatal época anunciada, los profetas en quien esperan los han engañado.

CAPÍTULO XXIV.

De las circunstancias memorables de la caída de los judíos; y de la continuacion de sus falsas interpretaciones.

Las dos circunstancias que coincidieron con la caída de los judíos y la venida de nuestro Salvador debieran haber convencido á éstos del cumplimiento de las profecías referentes á la venida del Mesías: una de ellas fué que acabó entonces la perpetua é inalterable sucesion de los pontífices empezada desde el sumo sacerdote Aaron; y la otra que, por confesion suya, tambien se confundió la distincion de tribus y familias conservada siempre entre ellos hasta dicha época.

Esta distincion fué necesaria hasta la llegada del Mesías. De la tribu de Leví debian salir los ministros encargados del sagrado ministerio; de la familia de Aaron los sacerdotes y los pontífices; de la tribu de Judá debia descender el Mesías. Si no hubiese subsistido la distincion de familias hasta la ruina de Jerusalem y hasta la venida de Jesucristo, hubiéranse acabado los sacrificios judáicos antes de tiempo, y á David se le hubiera frustrado la gloria de ser reconocido por el padre del Mesías. Llegó el Mesías; el nuevo sacerdocio, segun el órden de Melchisedech, comenzó en su persona; y el nuevo rei-

no, que no era de este mundo, se estableció; no hubo ya, pues, necesidad ni de Aaron, ni de Leví, ni de Judá, ni de David, ni de ninguna de sus familias. La familia de Aaron dejó de ser necesaria desde el tiempo en que los sacrificios debian de cesar, segun Daniel. Cumplióse la promesa hecha á Judá y á David desde el momento en que Jesucristo apareció descendiente de su tribu y familia; y como si los judíos renunciasen por sí mismos á su esperanza, olvidaron precisamente en aquel mismo tiempo la sucesion de las familias, hasta entonces tan escrupulosa y religiosamente conservada.

Empero no pasemos en silencio una de las señales mas notables de la venida del Mesías, y quizá la principal si la sabemos entender bien, no obstante que cause escándalo y horror á los judíos. Fué esta la remision de los pecados anunciada á nombre de un Salvador paciente, humillado y obediente hasta someterse á sufrir la muerte. Daniel señaló entre sus semanas la semana misteriosa que bemos particularmente notado, aquella semana en la que el Cristo debia ser inmolado, en la que la alianza habia de sellarse con su muerte, y en la que los sacrificios antiguos habian de quedar sin virtud ni eficacia. Examinemos comparativamente á Daniel con Isaías, ó mas bien compulsemos lo que uno y otro dicen, y veremos en ellos dos el fondo

de un tan gran misterio; veremos "al hombre del dolor, cargado con las iniquidades de todo el pueblo, dar su vida en rescate del pecado, y curar las heridas del pecado con sus llagas."

Abrid los ojos, incrédulos; ¿no es verdad que la remision de los pecados os fué predicada á nombre de Jesucristo crucificado? ¿Se concibió jamas un misterio tal y de tan gran magnitud? ¿Qué otro que Jesucristo, antes ó despues de él, se ha gloriado de lavar los pecados con su sangre? ¿Habrásé hecho crucificar espresamente para adquirir un nombre vano, una falsa y mentida gloria, y para que tuviese cumplimiento en él mismo una profecía tan funesta? A esto es menester callarse; no tiene respuesta ni réplica, y adorar en el Evangelio una doctrina cuyo pensamiento siquiera ni ocurrírsele hubiera podido á hombre ninguno, si no fuera del todo verdadera.

Para esta dificultad no encuentran salida los judíos; porque en sus escrituras tropiezan en cada hoja con muchos pasajes en que se habla de las humillaciones de su Mesías. Y si sobre esto se ven embarazados, ¿qué diremos con respecto á los pasajes en que se habla de su gloria y de sus triunfos? El natural desenlace es llegar á obtener los triunfos por la via de los combates, asi como conseguir la gloria por los padecimientos. ¡Cosa increíble! los judíos han preferido admitir dos Mesías para salir de estas di-

ficultades. Vemos en su Talmud y en otros libros de igual antigüedad que aguardan á un Mesías paciente, y á un Mesías cubierto de gloria; el uno muerto y resucitado, y el otro siempre dichoso y vencedor; el uno, á quien conviene la aplicacion de todos los pasajes en que se habla de su debilidad, y el otro á quien conviene la aplicacion de todos aquellos en que se habla de su grandeza; el uno, en fin, hijo de José, porque no se le ha podido negar uno de los caracteres de Jesucristo, que ha sido reputado hijo de José, y el otro hijo de David: sin querer entender jamas que el Mesías, hijo de David, debia, segun David, *beber del torrente antes de levantar cabeza*; es decir, ser afligido antes de ser vencedor, y presentarse *triunfante y glorioso*, como lo dice el mismo hijo de David. "¡Oh insensatos y duros de corazon, que no podeis creer lo que han dicho los profetas! ¿no era de necesidad que el Cristo sufriese todas estas cosas para que adquiriese su gloria por este medio?"

Ademas, si creemos aplicado al Mesías el gran pasaje en que Isaías nos representa tan al vivo *al hombre del dolor herido por nuestros pecados*, y desfigurado *como un leproso*, estamos sostenidos tambien en esta esplicacion, así como en las otras, por la antigua tradicion de los judíos, y á pesar de sus prevenciones, el capítulo tantas veces citado en su Talmud nos en-

seña que *este leproso cargado con los pecados del pueblo será el Mesías*. Los dolores del Mesías, que le serán causados por nuestros pecados, son célebres en el mismo pasaje y en los demás libros de los judíos. En ellos se habla varias veces de la entrada tan humilde como gloriosa que debía hacer en Jerusalem montado sobre un asno; y le es aplicada esta célebre profecía de Zacarías. ¿De qué, pues, tienen que quejarse los judíos? Todo les fué marcado en términos precisos en sus profetas: su antigua tradición conservó la aplicación natural de estas célebres profecías; y nada hay más justo que aquella reconvención que les hizo el Salvador del mundo: “¡Hipócritas, sabéis juzgar ó formar vuestros juicios por los vientos y por los signos que aparecen en el cielo si el tiempo será lluvioso ó sereno; y no sabéis conocer por tantos signos como se os han dado el tiempo en que estais ó en el que vivís!”

Concluyamos, pues, con decir que han tenido razón los judíos para afirmar *que han pasado todos los términos de la venida del Mesías*. Judá no es ya ni un reino ni un pueblo: otros pueblos han reconocido al Mesías que debía ser enviado. No bien Jesucristo fué conocido por los gentiles, á esta señal corrieron en tropel para adorar al Dios de Abraham; y la bendición de este patriarca estendióse por toda la tierra. Ha sido predicado el hombre del dolor,

y con su muerte ha sido anunciada la remisión de los pecados. Pasaron todas las semanas; la desolación del pueblo y del santuario, justo castigo de la muerte del Cristo, tuvo su último cumplimiento; en fin, el Cristo se ha presentado con todos los caracteres que la tradición judaica reconocía en él, y su incredulidad ni tiene en qué fundarse, ni admite excusa.

También vemos desde aquel tiempo señales inequívocas de su reprobación. Desde la muerte de Jesucristo no han hecho otra cosa más que sumergirse cada vez más en la ignorancia y en la miseria; de las que no saldrán hasta que el sumo padecer y la vergüenza les desengañen, haciéndoles conocer el error en que han vivido, ó más bien hasta que la bondad de Dios les saque de este lamentable estado, luego que se haya cumplido el tiempo prefijado por su divina providencia para humillar su soberbia y castigar su ingratitud.

Sin embargo, siguen siendo el objeto de oprobrio y de ludibrio de los pueblos, sin que un tan largo cautiverio les sirva para abrir los ojos y reconocerse, no obstante que ya era tiempo bastante para haberse podido convencer. Porque, en fin, como les dice san Gerónimo, “¿qué aguardas tú, oh judío incrédulo? tú has cometido infinitos crímenes durante el gobierno de tus jueces: tu idolatría te ha hecho esclavo de las naciones vecinas; Dios, compadecido de tí,

te envió sin tardanza salvadores que te rescataran. Tu has multiplicado tus idolatrías cuando eras gobernado por reyes; y las abominaciones en que caíste en tiempo de los reinados de Achaz y de Manases te costaron setenta años de cautividad. Vino Ciro, te restituyó á tu patria, volviste á tener templo y sacrificios. Al fin fuiste arruinado por Vespasiano y por Tito: cincuenta años despues Adriano acabó de esterminarte, y cuatrocientos años van ya transcurridos que vives en la opresion." Esto es lo que decia san Gerónimo. El argumento ha recibido despues nueva fuerza con los años que hasta el dia deben añadirse á los cuatrocientos de que hablaba san Gerónimo. Digámosles, pues, en lugar de cuatrocientos años, diez y ocho siglos van pasados sin que el yugo que os oprime se haya aligerado su peso. ¿Qué haces, pues, pueblo ingrato? Esclavo en todos los países, y bajo todos los príncipes no sirves á los dioses extranjeros. ¿Cómo Dios que te eligiera se ha olvidado de tí? ¿Qué se ha hecho de la gran misericordia con que siempre te distinguió? ¿Qué crimen, qué atentado mas grande que las idolatrías á que eras tan propenso te ha atraído un castigo que jamas merecieron tus antiguos pecados? ¿Te callas? ¿No comprendes por qué Dios se manifiesta tan inexorable? Acuérdate de esta palabra de tus padres: *Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nues-*

tros hijos. Y mas: No tenemos mas rey que el Cesar. El Mesías no será tu rey; consérvate el que te has elegido y preferiste; sé el esclavo de Cesar y de los reyes hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado en el redil de Jesucristo, y hasta que todo Israel se haya salvado."

CAPÍTULO XXV.

Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles. Profundo juicio de Dios en quererles convertir por la cruz de Jesucristo. Manera de discurrir de san Pablo acerca del medio escogido por Dios para convertirles.

La conversion de los gentiles era el segundo acontecimiento que debia acaecer en tiempo del Mesías, y la señal mas cierta de su venida. Ya hemos visto con qué claridad anunciaron esto los profetas; y sus promesas se han verificado en el tiempo de nuestro Señor. Es muy cierto que entonces solo, ni mas pronto ni mas tarde, lo que los filósofos no se han atrevido á ensayar, lo que ni los profetas ni el pueblo judío cuando era mas especialmente protegido y era mas fiel, pudieron hacer, doce pescadores, enviados por Jesucristo y testigos de su resurreccion, lo cumplieron y llevaron á cabo. La razon es, porque la conversion del mundo no debia ser la obra ni de los filósofos ni aun de los profetas: estaba reservada á Jesucristo, y era el fruto de su cruz.

Era necesario á la verdad que este Cristo y sus apóstoles procediesen de los judíos, y que la predicacion del Evangelio comenzase en Jerusalem. "Una montaña elevada debia aparecer en los últimos tiempos," segun Isaías: esta era

» la Iglesia cristiana. "Todos los gentiles debian acudir á ella, y muchos pueblos debian tambien reunirse allí. En aquel dia solo el Señor debia ser elevado, y caer los ídolos hechos pedazos." Pero Isaías, que vió estas cosas, vió al mismo tiempo tambien que "la ley, que debia juzgar á los gentiles, saldria de Sion, y que la palabra del Señor, que debia corregir á los pueblos, saldria de Jerusalem;" lo que ha hecho decir al Salvador que "la salud debia venir de los judíos." Y convenia que la nueva luz con que debian ser algun dia ilustrados los pueblos sumergidos en la idolatría se difundiese por todo el universo desde el lugar mismo donde siempre habia tenido su foco. Era en Jesucristo, hijo de David y de Abraham, en el que debian ser bendecidas y santificadas todas las naciones, segun ya lo hemos observado varias veces. Pero nosotros no hemos observado todavía la causa por la que el paciente Jesus, el Jesus crucificado y humillado, debia ser el solo autor de la conversion de los gentiles, y el solo vencedor de la idolatría.

San Pablo nos ha explicado este gran misterio en el primer capítulo de la primera epístola á los Corintios, y bueno es que veamos este bello pasage. "El Señor, dice, me ha enviado á predicar el Evangelio, sin valerme para ello de la elocuencia de palabras ó de los discursos de la sabiduría humana, para que no se haga

» inútil la cruz de Jesucristo, porque la predi-
 » cacion del misterio de la cruz parece una ne-
 » cedad á los ojos de los que se pierden; mas
 » para los que se salvan, esto es, para nosotros,
 » es la virtud y poder de Dios. Asi está escrito
 » en efecto: destruiré la sabiduría de los sabios,
 » y desecharé la prudencia de los prudentes.
 » ¿En dónde están los sábios? ¿en dónde los doc-
 » tores de la ley? ¿en dónde esos espíritus cu-
 » riosos de las ciencias de este mundo? ¿No es
 » verdad que Dios ha convencido de fátua la sa-
 » biduría del mundo?» Sin duda, pues que ella
 » no ha podido sacar á los hombres de su igno-
 » rancia. Hé aquí la razon que san Pablo da de
 » esto: “es porque el Señor, viendo que el mun-
 » do, á vista de las obras de la sabiduría divina,
 » no le conoció por medio de la ciencia humana,
 » plúgole salvar á los que creyesen en él por me-
 » dio de la locura ó simplicidad de la predica-
 » cion de un Dios crucificado.” Es decir, por el
 » misterio de la cruz, del que nada puede com-
 » prender la sabiduría humana.

¡Nuevo y admirable designio de la providen-
 » cia divina! Dios introdujo al hombre en el mun-
 » do, en donde á cualquier parte que volviese los
 » ojos, veia resplandecer la sabiduría del Criador
 » en la grandeza, en la riqueza y en la disposi-
 » cion de una obra tan bella. El hombre sin em-
 » bargo le desconoció; las criaturas que se pre-
 » sentaban para elevar nuestro espíritu á una es-

» fera mas alta le detuvieron: el hombre ciego y
 » embrutecido las ha servido; no contento con
 » adorar la obra de las manos de Dios, ha adora-
 » do tambien la obra de sus propias manos. Ha
 » formado su religion de fábulas mas ridiculas que
 » los cuentos que se refieren á los niños: se ha ol-
 » vido de su propia razon; Dios se la quiso ha-
 » cer olvidar de otra manera diferente. Una obra
 » cuya sabiduría él entendia no le ha movido; le
 » presentó otra obra, en que su razon se perdiese
 » y en que todo le pareciese una locura ó nece-
 » dad: tal fue la cruz de Jesucristo. No es discor-
 » riendo como se entiende este misterio; es “cau-
 » tivando la inteligencia bajo la obediencia de la
 » fé, y destruyendo todos los racionios huma-
 » nos y toda ciencia vana que se eleve contra la
 » ciencia de Dios.”

En efecto, ¿qué es lo que nosotros compren-
 » demos en este misterio en que el Señor de la
 » gloria es cargado de oprobios, en que la sabi-
 » duría divina es tratada de locura, y en que aquel
 » que, asegurado en sí mismo de su natural gran-
 » deza, “no ha creído atribuirse demasiado quan-
 » do se ha dicho ser igual á Dios, y se ha ano-
 » nadado á sí mismo hasta el punto de tomar la
 » forma de esclavo, y de sufrir la muerte de
 » cruz?” Confúndense todos nuestros pensamien-
 » tos; y, como decia san Pablo, nada hay que pa-
 » rezca mas insensato á los que no son ilustrados
 » de lo alto.

Tal era el remedio que Dios preparaba á la idolatría. Conocía el espíritu del hombre, y sabía que no era por raciocinio como era menester destruir un error que el raciocinio no había establecido. Hay errores en que caemos raciocinando, porque el hombre se confunde muchas veces á fuerza de raciocinar: pero la idolatría procedía del extremo opuesto; sofocando todo raciocinio, y dejando dominar á los sentidos que querían revestirlo todo con las cualidades con que son movidos, era como se había introducido. Por esta razon es por lo que la divinidad se hizo visible y grosera entre ellos; los hombres le dieron su figura, y lo que es mas vergonzoso todavía revistiéronla de sus vicios y de sus pasiones. El raciocinio no tuvo parte en un error tan brutal; por el contrario este es un trastorno del sentido recto, un delirio y un frenesí. Raciocinad con un frenético, y argumentad contra un hombre á quien una fiebre ardiente pone fuera de razon, y no hareis mas que irritarle y hacer su mal irremediable: es menester atacar la causa de su demencia, temperarle, y calmar los humores cuya violencia causa su enagenacion y sus furoros. Asi que no es el raciocinio el que cura el delirio de la idolatría. ¿Qué han ganado los filósofos con sus pomposos discursos, con su estilo sublime, y con sus raciocinios tan artificiosamente presentados? Platon, con su elocuencia, que se ha creído diuina, ¿ha derribado

un solo altar de aquellos en que estas monstruosas divinidades eran adoradas? Por el contrario, él y sus discípulos y todos los sabios del siglo han sacrificado á la mentira: "Se han perdido en el dédalo de sus pensamientos; su insensato corazon ha sido cubierto de tinieblas, y bajo el nombre de sabios que ellos propios se dieron fueron mas locos que los demas," pues que contra lo que les dictaban sus propias luces prestaban adoracion á las criaturas.

No es pues con razon, como exclamó San Pablo en este pasage: "¿donde están los sabios? ¿dónde los doctores? ¿qué han hecho los que buscaban las ciencias del siglo?" ¿Han podido ni aun solo destruir las fábulas de la idolatría? ¿Han sospechado siquiera que fuese necesario oponerse abiertamente á tantas blasfemias, y sufrir, no digo el último suplicio, sino la menor afrenta por la verdad? Lejos de hacerlo, "han retenido la verdad cautiva," y han sentado por máxima que en materia de religion era menester seguir al pueblo; al pueblo, á quien ellos despreciaban tanto, es á quien establecieron por norma para que les sirviese de regla en la materia mas importante de todas, y sobre la que sus luces le eran mas necesarias. ¿De qué pues has servido, filosofia? "¿No ha convencido Dios de necedad á la sabiduria de este mundo," como nos decia S. Pablo? "¿No ha destruido la sabiduria de los sabios, y mos-

trado la inutilidad de la ciencia de los doctos?"

Así es como Dios ha hecho ver por experiencia que la ruina de la idolatría no podía ser obra del solo raciocinio humano. Lejos de cometerle la curación de una tal enfermedad, Dios ha acabado de confundirle con el misterio de la cruz, al mismo tiempo que ha puesto un remedio eficaz para el origen del mal.

La idolatría tomaba su nacimiento de este profundo apego que tenemos á nosotros mismos. Este es el que nos hizo inventar dioses semejantes á nosotros; dioses que no eran mas que hombres sujetos á nuestras pasiones, á nuestras debilidades, y á nuestros vicios: de manera que, bajo el nombre de falsas divinidades, los gentiles no adoraban en efecto mas que á sus propios pensamientos, sus placeres y sus caprichos.

Jesucristo nos ha hecho entrar en otras sendas. Su pobreza, sus oprobios, y su cruz le hacen un objeto horrible á nuestros sentidos. Es menester salir de sí mismo, renunciar á todo, y crucificarlo todo para seguirle. El hombre sustraído de sí mismo, y de todo aquello que le hace amable su corrupción, se hace capaz de adorar á Dios y su eterna verdad, cuyas reglas quiere seguir en adelante.

En esta perecen y se desvanecen todos los ídolos, y las divinidades que se adoraban tanto sobre los altares, como aquellas que cada

uno sentia en su corazón. Estas eran las que habian erigido las otras. Se adoraba á Venus porque se dejaban dominar del amor sensual; á Baco, el mas festivo de todos los dioses, se le erigian altares porque se abandonaban y sacrificaban, por decirlo así, al deleite de los sentidos mas dulce y mas embriagador que el vino. Jesucristo, por el misterio de su cruz, vino á imprimir en los corazones el amor de los padecimientos, en lugar del amor de los deleites; fueron pues disipados los ídolos que esteriormente se adoraban luego que dejaron de subsistir los que tenían su templo en el corazón: purificado el corazón, como dice el mismo Jesucristo, se ha hecho capaz de ver á Dios; y el hombre, lejos de hacer á Dios semejante á sí mismo, procura mas bien, en cuanto lo permite su flaqueza, hacerse semejante á Dios.

El misterio de Jesucristo nos ha hecho ver cómo la divinidad podía sin envilecerse unirse á nuestra naturaleza y revestirse de nuestras debilidades. Encarnó el verbo: aquel que tenía *la forma* y la naturaleza *de Dios*, y sin perder lo que era *tomó la forma de esclavo*. Inalterable en sí mismo, se unió y se apropió una naturaleza estraña. ¡Oh hombres, vosotros que queriais dioses que no fuesen, á decir verdad, mas que hombres, y aun hombres viciosos! Esta era una escesiva ceguedad.

Mas ved aquí un nuevo objeto de adoracion que se os propone; es un Dios y hombre á la vez; pero un hombre que no ha perdido nada de lo que era haciéndose lo que nosotros somos. La divinidad quedó inmutable, y, sin poder degradarse, elevó la naturaleza que ella unió á sí.

PERO ¿y qué es lo que Dios tomó de nosotros? ¿Tomó por ventura nuestros vicios y nuestros pecados? Lejos de nosotros tal pensamiento; no tomó del hombre mas que lo que él hizo, y es bien cierto que él no fue el autor ni del pecado ni del vicio. Creó su naturaleza, y esta es la que tomó. Puede decirse que habia hecho anejo á la naturaleza del hombre la mortalidad con la flaqueza que la acompaña; porque aunque no entrase en el primer designio de Dios, fue sin embargo el justo suplicio del pecado, y en razon de tal podemos decir que fue la obra de la justicia divina. Por tanto Dios no se desdennó de tomarla; y asumiendo sobre sí la pena del pecado sin asumirse el pecado, ha hecho ver que era, no un culpable á quien se castigaba, sino el justo que espiaba los pecados de los culpables.

De esta manera, en lugar de los vicios que los hombres atribuian á sus dioses, en el Dios hombre han aparecido todas las virtudes; y para que apareciesen en él en las últimas pruebas, aparecieron en medio de los mas horribles tor-

mentos. No busquemos pues ya otro Dios vivo despues de éste: solo él es digno de abatir todos los ídolos; y la victoria que debia conseguir sobre ellos está aneja á su cruz.

Es decir que está aneja á una locura aparente. "Porque los judíos, prosigue S. Pablo, »piden milagros," por los cuales, trastornando Dios con estrépito toda la naturaleza, como lo hizo á la salida de Egipto, los ponga visiblemente en un estado superior al de sus enemigos; "y los griegos ó gentiles piden por su parte la ciencia," es decir, discursos bien ordenados, como los de su Platon y de su Sócrates. "Y nosotros, »continúa el apostol, predicamos sencillamente »á Jesucristo crucificado; lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura á los gentiles: si bien para los que han »sido llamados á la fe, tanto judíos como griegos, es Cristo virtud de Dios y sabiduría de »Dios. Porque lo que parece una locura en los »misterios de Dios es mayor sabiduría que la de »todos los hombres; y lo que parece debilidad »en Dios es mas fuerte que toda la fortaleza »de los hombres." Ved aquí el último golpe que era menester dar á nuestra soberbia ignorancia. La sabiduría á donde nos conduce es tan sublime que á nuestro saber parecemos una locura; y sus reglas son tan sublimes que todo nos parece en ellas un extravío.

Empero si esta divina sabiduría nos es im-

penetrable en sí misma, ella se declara por sus efectos. Una virtud sale de la cruz y todos los ídolos se conmueven. Vémosles caer por tierra, no obstante que todo el poder romano se empeña en sostenerlos. No son los sabios, ni los nobles, ni los poderosos los que han hecho un tan grande milagro. La obra de Dios siguió el camino por donde entrara; y lo que había empezado por las humillaciones de Jesucristo fue consumado por las humillaciones de sus discípulos. "Y si no, considerad, hermanos míos, (que así es como san Pablo acababa su admirable discurso) considerad quiénes son los que han sido elevados á la fé de entre vosotros (y de quiénes se ha compuesto esta Iglesia victoriosa del mundo); como no sois muchos los sabios según la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles; sino que Dios ha escogido á los necios, según el mundo, para confundir á los sabios, y ha elegido á los flacos del mundo para confundir á los fuertes, y á las cosas viles y despreciables y á aquellas que eran nada, para destruir las que son al parecer más grandes; y á fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento." Los apóstoles y sus discípulos, el desecho del mundo y la nada misma, al contemplarlos con los ojos humanos, han prevalecido sobre todos los emperadores y sobre todo el imperio. Los hombres habían olvidado la creación, y Dios la ha renovado sacando de esta nada

á su Iglesia, á quien ha hecho omnipotente contra el error. Ha confundido con los ídolos á toda la grandeza humana que se interesaba en defenderlos; y ha hecho una obra tan grande, como la que hizo creando el universo, por la sola fuerza de su palabra.

CAPÍTULO XXVI.

De las diversas formas de la idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, un falso respeto á la antigüedad, la política, la filosofía y las heregias fueron los auxiliares que tuvieron: la Iglesia triunfa de todo.

Parécenos la idolatría la debilidad personificada, y cuéstanos trabajo comprender que haya sido necesaria tanta fuerza para destruirla. Pero por el contrario, su misma estravagancia hácenos ver la dificultad que habia para vencerla; y un trastorno tan grande del sentido común nos manifiesta bien á las claras cuán corrompido se hallaba el principio. El mundo habia envejecido en la idolatría, y, encantado por sus ídolos, se habia hecho sordo á la voz de la naturaleza que gritaba contra ellos. ¿Qué poder no se necesitaba para recordar á la memoria de los hombres el verdadero Dios, á quien tan profundamente habian olvidado, y para despertar al género humano de un tan prodigioso letargo?

Los sentidos, las pasiones y los intereses todos combatian en defensa de la idolatría. Habia sido creada por el placer: las diversiones, los espectáculos, y hasta la licenciosidad, formaban una parte de su culto divino. Las fies-

tas eran todas juegos; y no habia ningun passage de la vida humana de donde el pudor fuese desterrado con mas cuidado que lo estaba de los misterios de la religion. ¿Cómo era posible acostumbrar corazones tan pervertidos á la regularidad de la verdadera religion, casta, severa, enemiga de los sentidos, y únicamente apegada á los bienes invisibles? S. Pablo hablaba á Felix, gobernador de Judea, "de la justicia, de la castidad, y del juicio futuro." Este hombre espantado le dijo: "retiraos por ahora, que yo os mandaré á llamar cuando sea menester." Estos razonamientos eran muy incómodos para un hombre que queria gozar sin escrúpulo y á cualquiera precio de los bienes de la tierra.

¿Quereis ver remover el interés, este poderoso resorte que es el móvil de las cosas humanas? En este gran descrédito de la idolatría que empezaban ya á causar en toda el Asia las predicaciones de S. Pablo, los artífices que ganaban su vida haciendo pequeños templos de plata de la Diana de Efeso se reunieron, y el mas acreditado hizo presente á sus compañeros "que iba á cesar su trabajo; y no solamente, dijo, corremos riesgo de perderlo todo, sino que el templo de la gran Diana va á caer en desprecio; y la magestad de la que es adorada en toda el Asia, y aun en todo el universo, irá desapareciendo poco á poco."

¡Qué poderoso y qué atrevido es el interés cuando puede cubrirse con el pretexto de religion! Bastó lo dicho para conmover á todos los artífices. Salieron todos juntos gritando como frenéticos: ¡la gran Diana de Efeso! y cogiendo á los compañeros de S. Pablo lleváronlos al teatro, en donde toda la ciudad se hallaba reunida. Presentados allí, redobláronse los gritos, y durante dos horas no se oyeron resonar en la plaza pública mas que estas palabras: ¡la gran Diana de Efeso! A duras penas fueron sustraídos por los magistrados de las manos del pueblo S. Pablo y sus compañeros, y faltó muy poco para que no se cometiesen los mayores desórdenes en este tumulto. Pues unid al interés de los particulares el de los sacerdotes que iban á caer en descrédito con sus dioses; y unid á todo esto el interés de las ciudades á las que hacia ilustres la falsa religion, tal entre otras como la ciudad de Efeso, que debia á su templo sus privilegios y la concurrencia de los extranjeros con quienes se enriquecia: y figuraros ahora ¡qué tempestad no debia levantarse contra la Iglesia naciente! ¿Y nos admiraremos ahora de que los apóstoles fuesen tan frecuentemente azotados, apedreados, y aun dejados por muertos entre el populacho amotinado? Pero un interés mayor va á poner en movimiento una máquina mas grande; el interés del estado va á poner en accion al Senado, al

pueblo romano, y á los emperadores.

Ya hacia mucho tiempo que los decretos del Senado prohibian las religiones estrangeras: los emperadores siguieron la misma politica; y en aquella célebre deliberacion en que se trataba de reformar los abusos del gobierno, uno de los principales reglamentos que Mecenas propuso á Augusto fue impedir las novedades en materia de religion, que no dejaban de causar peligrosos movimientos en los estados. La máxima era muy cierta: porque ¿qué cosa hay que conmueva con mas violencia los ánimos y que los conduzca á escesos mas atroces? Pero Dios queria hacer ver que el establecimiento de la verdadera religion no escitaba semejantes turbulencias; y es una de las maravillas que demuestra que él conducia esta obra. Porque ¿quién no se admirará al ver que durante trescientos años enteros que la Iglesia tuvo que sufrir todo lo que la rabia de los perseguidores pudo inventar de mas cruel, entre tantas sediciones y tantas guerras civiles, entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, no se haya jamas encontrado complicado un solo cristiano ni bueno ni malo? Los cristianos desafian á sus mayores enemigos á que citen uno solo; jamas hubo ninguno: tan grande era la veneracion que la doctrina cristiana inspiraba en favor del poder público, y tan profunda fue la impresion que causó en

todos los corazones esta palabra del hijo de Dios: "dad al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios."

Grabóse de tal manera esta bella distincion en todos los espíritus, y produjo en ellos una luz tan clara, que jamas los cristianos cesaron de respetar la imagen de Dios en los príncipes perseguidores de la verdad. Este caracter de sumision resplandece de tal manera en todas sus apologías, que aun hoy día inspiran á los que las leen el amor al orden público, y hace ver que ellos solo aguardaban de Dios el establecimiento del cristianismo. Hombres tan determinados á la muerte, que se hallaban estendidos por todo el imperio, y que formaban parte de todos los ejércitos, ni una sola vez se ha desmentido su fidelidad durante tantos siglos de sufrimiento; se prohibian á sí mismos no solo las acciones sediciosas, sino tambien las murmuraciones. El dedo de Dios está marcado en esta gran obra; porque ninguna otra mano mas que la suya pudo retener la venganza de unos hombres á quienes las injusticias exasperaban hasta el punto de exacerbar sus pasiones de un modo intolerable.

A la verdad, érales muy duro verse tratados como enemigos públicos y como enemigos de los emperadores ellos que no respiraban mas que obediencia, y cuyos mas ardientes votos tenian por objeto la salud de los

príncipes y la fidelidad del estado. Pero la política romana creíase atacada en sus fundamentos cuando se despreciaban sus dioses. Roma se jactaba de ser una ciudad santa por su fundacion, consagrada desde su origen por los auspicios divinos, y dedicada por su fundador al dios de la guerra. Casi creía que Júpiter se hallaba mas presente en el Capitolio que en el cielo; creíase deudora á la religion de sus victorias, y que por ella habia dominado á las naciones y á sus dioses; porque asi se discurría en aquel tiempo: de manera que los dioses romanos debian ser los señores de los otros dioses, asi como ellos lo eran de los demas hombres. Roma, sojuzgando á la Judea, contó al Dios de los judíos en el número de los dioses vencidos por ella: intentar solo hacerle reinar era conmover los fundamentos del imperio; era nada menos que hacer ilusorias sus victorias, y detestar el poder del pueblo romano. De aquí era que los cristianos, enemigos de los dioses, eran mirados al mismo tiempo como enemigos de la república. Mas cuidado ponian los emperadores en esterminarlos que en esterminar á los partos, á los marcomanos y á los dacios: el cristianismo humillado se presentaba en sus inscripciones con tanta pompa como á los sarmatas derrotados. Pero vanamente se jactaban de haber destruido una religion que no solo se robustecia

TOMO II.

con la sangre y el fuego con que se la perseguía, sino que cada vez se extendía más y se multiplicaban sus prosélitos. En vano inventaban calumnias para justificar su crueldad: hombres que practicaban virtudes tan superiores al hombre mismo, eran acusados de vicios que causan horror á la naturaleza. Acusábase de incestuosos á aquellos que hacían de la castidad sus delicias; acusábase de que se comían sus propios hijos á aquellos que eran benéficos para con sus perseguidores. Pero á pesar de aquel encono público, la fuerza de la verdad arrancaba de la boca de sus enemigos testimonios favorables á su virtud. Todos saben lo que escribió Plinio el joven á Trajano acerca de las buenas costumbres de los cristianos. Quedaron justificados, pero no se les absolvió por eso del último suplicio; porque érales necesario todavía este último amargo trago para ser ellos la imagen de Jesucristo crucificado, pues que como él debían marchar á la cruz con una declaración pública de su inocencia.

La idolatría no empleaba toda su fuerza en la violencia. No obstante que en su esencia fuese una ignorancia brutal, y una completa depravación del corazón humano, quería cohonestar sus motivos con algunas razones. ¡Cuántas veces no procuró ella disfrazarse, y de cuántas maneras no se transformó para cubrir

su vergüenza! Algunas veces hacía se la respetuosa hacia la divinidad. Todo lo que es divino, decía, es desconocido: solo la divinidad se conoce á sí misma: no nos toca á nosotros discurrir sobre cosas tan altas; y es por lo que es menester dar crédito á los antiguos, y por lo que todos deben seguir la religión que encuentren establecida en su país. Con estas máximas los errores tan groseros como impíos que se hallaban arraigados en toda la tierra no podían arrancarse, y la voz de la naturaleza que anunciaba al verdadero Dios era sofocada.

Habia motivo para pensar que la debilidad de nuestra razón estraviada tenía necesidad de una autoridad que la volviese á traer al buen camino, y que era de la antigüedad de donde era menester aprender la religión verdadera. También lo habeis visto en el orden inmutable que ha seguido desde el origen del mundo. Pero, ¿de qué antigüedad podía gloriarse el paganismo, que no podía leer sus propias historias sin encontrar en ellas el origen no solo de su religión sino también el de sus dioses? Varrón y Cicerón, sin contar otros autores, nos han hecho ver bien esto. ¿O bien recurriremos á los infinitos millares de años de que los egipcios tejían confusas é impertinentes fábulas para establecer la antigüedad de que ellos se gloriaban? Pero también en

estas mismas historias se veian nacer y morir las divinidades del Egipto; y aquel pueblo no podia hacerse antiguo sin marcar el punto donde tuvieron principio sus dioses.

He aquí otra forma de la idolatría. Quería que sirviese todo lo que pasaba por divino. La política romana, que prohibia tan severamente las religiones estrangeras, permitia que se adorase á los dioses de los bárbaros con tal que ella los hubiese adoptado. Así quería parecer equitativa hácia todos los dioses como hácia todos los hombres. En el registro de los dioses estrangeros intercalaba tambien algunas veces al Dios de los judíos. Tenemos una carta de Juliano el Apóstata en la cual promete á los judíos restablecer la ciudad santa y sacrificar con ellos al Dios criador del universo. Hemos visto que los paganos querian tambien adorar al verdadero Dios, pero no al verdadero Dios solo; y no estuvo en la mano de los emperadores que Jesucristo, á cuyos discípulos perseguia, no tuviese altares entre los romanos.

¿Pues qué los romanos pudieron pensar en honrar como á Dios á aquel mismo á quien sus magistrados condenaron al último suplicio, y á quien muchos de sus autores llenaron de oprobios? No hay que admirarse, porque esto es incontestable.

Distingamos en primer lugar lo que hace

decir en general un ódio ciego, de los hechos positivos de que se cree tener la prueba. Es cierto que aunque los romanos condenaron á Jesucristo, jamas le han echado en cara ningun crimen particular. Pilatos le condenó con repugnancia, forzado por los gritos y por las amenazas de los judíos. Pero lo mas maravilloso es que los mismos judíos, autores de su crucifixion, no hayan conservado en sus antiguos libros la memoria de ninguna accion que manchase su vida, lejos de haber señalado ninguna que le hiciese merecedor del último suplicio: por donde se confirma manifestamente lo que leemos en el Evangelio, que todo el crimen de nuestro Señor ha sido haberse dicho el Cristo hijo de Dios.

En efecto, Tácito nos refiere el suplicio de Jesucristo bajo Poncio Pilato y durante el imperio de Tiberio; pero no hace mencion de ningun crimen que le hiciese merecedor de la muerte, mas que el de ser el autor de una secta convencida de aborrecer al género humano, ó de serle odiosa. Tal es el crimen de Jesucristo y de los cristianos; y sus mayores enemigos jamas han podido acusarles mas que en términos vagos, sin alegar un hecho positivo que se les pudiese imputar.

Es verdad que en la última persecucion, y trescientos años despues de Jesucristo, los paganos, no sabiendo ya de qué acusarles ni

á él ni á sus discípulos, publicaron dos falsas actas de Pilatos, en que pretendian que se verían los crímenes por los cuales habia sido crucificado. Pero como no se ha oído hablar de estas actas en todos los siglos precedentes, y como ni bajo Neron ni bajo Domiciano que reinaban en el origen del cristianismo, y por enemigos que fuesen de él, no se encuentra nada de todo esto, parece que estas actas debieron inventarse á placer; y existen entre los romanos tan pocas pruebas constantes contra Jesucristo, que sus enemigos se han visto obligados á inventarlas.

He aquí un primer hecho, la inocencia sin tacha de Jesucristo. Añadamos á este, otro segundo, la santidad de su vida y de su doctrina reconocidas. Alejandro Severo, uno de los mas grandes emperadores romanos, admiraba á nuestro Señor, y hacia escribir en las obras públicas, así como en su palacio, algunas sentencias de su Evangelio.

El mismo emperador alababa y proponía por ejemplo las santas precauciones con las que los cristianos ordenaban á los ministros de las cosas sagradas. No es esto todo; se veía en su palacio una especie de capilla, donde él sacrificaba desde por la mañana. Habia consagrado en ella las imágenes *de las almas santas*, entre las cuales hallábanse, con Orfeo, Jesucristo y Abraham. Tenia otra capilla, ó como

quiera traducirse la palabra latina *lararium*, de menor dignidad que la primera, en la que se veía la imagen de Aquiles y las de algunos otros hombres grandes, entre las cuales la de Jesucristo ocupaba el primer lugar. Un pagano es quien escribe esto, y cita por testigo á un autor del tiempo de Alejandro. He aquí, pues, dos testigos de este mismo hecho; y he aquí otro hecho que no es menos sorprendente.

Aunque Porfirio, abjurando el cristianismo, se hubiese declarado su enemigo, no deja en el libro intitulado *La filosofía por los oráculos* de confesar que los ha habido muy favorables á la santidad de Jesucristo.

No permita Dios que aprendamos por los oráculos de la mentira la gloria del hijo de Dios que les hizo callar al nacer. Estos oráculos citados por Porfirio son puras invenciones; pero siempre es bueno saber lo que los paganos ponian en boca de sus dioses acerca de nuestro Señor. Porfirio pues nos asegura que ha habido oráculos, "en que Jesucristo es llamado un hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y los cristianos, por el contrario, hombres impuros y seducidos." Refiere en seguida el oráculo de la diosa Hecates en que esta diosa habla de Jesucristo como "de un hombre ilustre por su piedad, cuyo cuerpo ha sucumbido á los tormentos, y cuya alma se halla en el cielo con las almas bienaventuradas. Esta alma, decia

»la diosa de Porfirio, por una especie de fatalidad, ha inspirado el error á las almas á quienes el destino no ha asegurado los dones de los dioses y el conocimiento del gran Júpiter; »y es por lo que son enemigos de los dioses. »Pero guardaos bien de difamarle, continúa »élla hablando de Jesucristo, y compadeceos solo del error de aquellos de quienes os he referido el desgraciado destino." Palabras pomposas y enteramente vacías de sentido, pero que manifiestan que la gloria de nuestro Señor ha forzado á sus enemigos á tributarle elogios.

A mas de la inocencia y de la santidad de Jesucristo, resta todavía un tercer punto que examinar, cual es el de sus milagros, que no es menos importante. Es cierto que los judíos no los han negado jamas; y aun en su Talmud encontramos escritos algunos de los que han hecho sus discipulos en su nombre. Solo sí, que con el objeto de rebajar su mérito y virtud dijeron que los habia hecho por las artes encantadoras que habia aprendido en Egipto; ó bien por el nombre de Dios, aquel nombre desconocido é inefable, cuya virtud es omnipotente segun los judíos, y Jesucristo habia descubierto, sin saberse cómo, en el santuario; ó en fin, porque él era uno de los profetas señalados por Moisés, cuyos falsos milagros habian de seducir al pueblo y hacerle caer en la idolatría. Jesucristo vencedor de los ídolos, cuyo Evangelio ha he-

cho reconocer un solo Dios sobre la tierra, no tiene necesidad de que se le justifique de este cargo: los verdaderos profetas no son los que menos han predicado su divinidad, ni él mismo ha dejado de dar pruebas y testimonios irrevocables de ella; y lo que debe resultar del testimonio de los judíos, es que Jesucristo ha obrado milagros para justificar su mision.

Ademas, cuando ellos le acusan de que ha hecho los milagros por magia deben tener presente que Moisés fue acusado del mismo crimen. Esta era la antigua opinion de los egipcios, quienes, admirados de las maravillas que Dios habia obrado en su pais valiéndose de este gran hombre, le contaron en el número de los principales mágicos. Puede verse esta misma opinion en Plinio y en Apuleyo, en los que el nombre de Moisés se halla mezclado con los de Jannes y Mambré, aquellos célebres encantadores de Egipto de que habla S. Pablo, y á los que Moisés confundió con sus milagros. Pero la respuesta de los judíos era facil. Las ilusiones de los mágicos no han tenido nunca un efecto duradero, ni se dirigian á establecer, como lo hacia Moisés, el culto del verdadero Dios y la santidad de vida: unido á esto que Dios sabe bien hacerse el árbitro de estas cosas, y obrar maravillas que el poder enemigo no puede imitar. Estas mismas razones ponen á Jesucristo á salvo de una tan vana

acusacion; y por consiguiente sirven tambien para justificar que sus milagros son incontestables.

Sí, lo son, y tanto que los gentiles se han visto como los judíos obligados tambien á confesarlos. Celso, el gran enemigo de los cristianos y el que les atacó desde los primeros tiempos con toda la habilidad imaginable, buscando con un cuidado infinito todo lo que pudiera perjudicarles, no ha negado todos los milagros de nuestro Señor: y se defiende, diciendo con los judíos que Jesucristo había aprendido los secretos de los egipcios, es decir la magia, y que lo que quiso fue atribuirse la divinidad por las maravillas que hizo valiéndose de aquel arte infernal. Por esta misma razon es por la que los cristianos pasaban por mágicos; y tenemos un pasage de Juliano el Apóstata que desprecia los milagros de nuestro Señor, pero sin ponerlos en duda. Lo mismo hace Volusiano en la epístola que escribe á S. Agustin, y esta opinion era comun entre los paganos.

De consiguiente no hay que admirarse si acostumbrados á hacer dioses de todos los hombres en quienes resplandecia alguna cosa extraordinaria, pusieron á Jesucristo entre sus divinidades. Tiberio, á consecuencia de las relaciones ó informes que le enviaron de Judea, propuso al Senado que acordase á Jesucristo los honores divinos. No es este un hecho que se

asegure de ligero, porque Tertuliano le refiere como público y notorio en su apologético que presentó al Senado á nombre de la Iglesia, y parece muy cierto que jamas se habria espuesto á debilitar una tan buena causa como la suya asegurando cosas que tan fácilmente podian desmentirse y presentar ocasion de confundirle. Si se quiere el testimonio de un autor pagano, Lampridio nos dirá "que Adriano erigió templos á Jesucristo, que se veian todavia en el tiempo en que escribia;" y que Alejandro Severo, despues de haberle reverenciado en particular, le queria erigir altares públicos, y ponerle en el número de los dioses.

Es cierto que es una gran injusticia negarse á creer tocante á Jesucristo lo que escriben de él los que ciertamente no han sido contados en el número de sus discípulos; porque es buscar la fé en los incrédulos, ó el cuidado y la exactitud en los que, ocupados en otras cosas, miraban la religion como una cosa indiferente. Pero es verdad, sin embargo, que la gloria de Jesucristo ha sido tan esplendente que el mundo no ha podido negarse á darle algun testimonio; y no puedo referiros ninguno mas auténtico que el de tantos emperadores.

No obstante, reconozco que al dársele se proponian otro designio: porque intervenia la politica en los honores que se tributaban á Jesucristo. Pretendian que al fin llegarían á unirse

todas las religiones; y que los dioses de todas las sectas llegarían á hacerse comunes. Los cristianos no conocían este culto misto, y no despreciaban menos las condescendencias que los rigores de la política romana. Pero Dios quiso que otro principio hiciese desechár por los paganos los templos que los emperadores destinaban á Jesucristo. Los sacerdotes de los ídolos, según relación del autor pagano citado tantas veces, declararon al emperador Adriano que "si consagraba los templos edificados para uso de los cristianos, todos los demás serían abandonados, y que todo el mundo abrazaría la religión cristiana." La idolatría misma conocía en nuestra religión una fuerza victoriosa contra la cual no podían sostenerse los falsos dioses, y justificaba ella misma la verdad de esta sentencia del apóstol: "¿qué hay de comun entre Jesucristo y Belial, y cómo puede ser compatible el templo de Dios con los de los ídolos?"

Así, por la virtud de la cruz, la religión pagana, confundida por sí misma, se arruinó; al mismo tiempo que la unidad de Dios íbase estableciendo de tal modo que al fin la idolatría no pareció estar distante de ella. Decía esta que la naturaleza divina, tan grande y tan estensa, ni podía espresarse por un solo nombre, ni bajo una sola forma; pero que Júpiter, Marte, Juno y los demás dioses, no eran en la esencia mas que un mismo Dios, cuyas infinitas virtudes eran

explicadas y representadas por tantas palabras diferentes. Cuando despues era necesario venir á hablar de las historias impuras de los dioses, de sus infames genealogías, de sus impúdicos amores, de sus fiestas y de sus misterios, que no tenían otro fundamento que el de sus fábulas prodigiosas, toda su religión la hacia consistir en alegorías: el mundo ó el sol eran los que suponía ser el Dios único: las estrellas, el aire, el fuego, el agua y la tierra, y sus diversos compuestos y combinaciones servían para representar los nombres de los dioses y sus amores. Débil y miserable efugio: porque además de ser escandalosas las fábulas, frias y forzadas todas las alegorías, ¿qué resultaba al fin sino que este Dios único era el universo con todas sus partes; de manera que el fundamento de la religión era la naturaleza, y que siempre eran adoradas las criaturas en vez de ser adorado el Criador?

Estas débiles excusas de la idolatría, aunque sacadas de la filosofía de los estóicos, no satisfacían á los filósofos. Celso y Porfirio buscaron nuevos auxilios en la doctrina de Platon y de Pitágoras; y hé aquí cómo conciliaban la unidad de Dios con la multiplicidad de los dioses vulgares. No hay, decían ellos, mas que un Dios soberano, y es tan grande que él no se mezcla ni toma parte en pequeñeces. Contento con haber criado el cielo y los astros, no se dignó poner su mano en este bajo mundo, cuya forma-

cion encargó á sus subalternos; y el hombre, aunque nacido para conocerle, en razon de ser mortal, decian, que no era una obra digna de sus manos. Decian tambien que era inaccesible á nuestra naturaleza: que se hallaba alojado en una altura demasiado grande para nosotros; que los espíritus celestiales que nos habian formado serviánnos de mediadores para con él, y que esta era la razon por qué era menester adorarlos.

No se trata aqui de refutar estos sueños de los platónicos, que tambien caen por sí mismos. El misterio de Jesucristo los mina y destruye por su fundamento. Este misterio enseñaba á los hombres que Dios, que los habia hecho á su imágen, no tenia motivo para despreciarlos; que si ellos tenian necesidad de mediador no era á causa de su naturaleza, que Dios habia criado como habia criado todas las demas, sino á causa de su pecado, de que ellos solos eran los autores: ademas, que su naturaleza les alejaba tan poco de Dios que no se desdeñó de unirse á ellos haciéndose hombre, y les dió por mediador, no á los espíritus celestes que los filósofos llamaban demonios y la Escritura llama ángeles, sino á un hombre que uniendo la fuerza de un Dios á nuestra flaca naturaleza, fuese un remedio para nuestra debilidad.

Si el orgullo de los platónicos no podia resolverse hasta someterse á sufrir las humillaciones del Verbo hecho carne, ¿no podian ellos

comprender á lo menos que el hombre, por ser de una naturaleza un poco inferior á la de los ángeles, no dejaba por eso de ser capaz como ellos de poseer á Dios; que mas bien el hombre era su hermano que su súbdito, que no debia adorarles, sino adorar con ellos, asociándose en espíritu á aquel que á unos y á otros los habia hecho á su imágen y semejanza? Era no solo una suma bajeza, sino una muy grande ingratitud de parte del género humano hacer sacrificios á otro que á Dios; y era una gran ceguedad del paganismo tributar á los demonios el culto supremo que debia reservarle á él solo.

Aqui es donde la idolatría, que parecía hallarse agonizando, descubrió del todo su flaco. Al fin de las persecuciones, Porfirio, estrechado por los cristianos, se vió obligado á decir que el sacrificio no correspondia al culto supremo; y véase hasta dónde llevó su estravagancia. El Dios altísimo, decia, no aceptaba sacrificios: en razon de que todo lo que es material es impuro á sus ojos, y no se le puede ofrecer. Ni aun la palabra debe emplearse en su culto, porque la voz es una cosa corporal: es menester adorarle en silencio y mentalmente; porque cualquier otro culto es indigno de una tan grande magestad.

Asi que Dios era demasiado grande para ser alabado. Era un crimen espresar, como podemos hacerlo, lo que pensamos de su grandeza. El sa-

crificio, aunque no sea mas que la manera de declarar nuestra profunda dependencia y un reconocimiento de su soberanía, no era propio de la divinidad ni aceptable á sus ojos. Así tan expresamente lo decia Porfirio; y esto ¿era otra cosa que abolir la religion, y dejar absolutamente sin culto aquel á quien se reconocia por el Dios de los dioses?

¿Y entonces qué eran aquellos sacrificios que los gentiles ofrecian en sus templos? Porfirio dió con este secreto. Decia que habia espíritus impuros, mentirosos y maléficos, quienes, arrastrados por un loco orgullo, querian pasar por dioses y hacerse servir por los hombres: y que á éstos era menester aplacarlos para evitar que hiciesen daño. Unos, alegres y festivos, se dejaban doblegar por espectáculos y juegos: otros, de un genio mas sombrío é irascible, no se satisfacen mas que con el olor de la grasa, ni gustan de alimentarse mas que con sacrificios cruentos. ¿Para qué detenernos en refutar semejantes absurdos? En fin, los cristianos iban ganando cada dia mas en su causa. Quedaba, pues, establecido como una cosa constante que todos aquellos dioses á quienes se sacrificaba entre los gentiles eran unos espíritus malignos, que se habian ellos mismos atribuido la divinidad llevados únicamente de su orgullo: de manera que la idolatría, mirada en sí misma, parecia únicamente el efecto de una ignorancia brutal; pero

mirándola en su origen, era una obra concebida y llevada hasta los últimos excesos por los espíritus malignos. Es precisamente lo que los cristianos habian siempre dicho; es lo que enseñaba el Evangelio; es lo que cantaba el Salmista: "Todos los dioses de las naciones son demonios; pero el Señor es el que crió los cielos."

Y sin embargo, ¡extraña obcecacion del género humano! la idolatría reducida al último extremo, y confundida por sí misma, no dejaba de sostenerse. No era menester mas que revestirla con cierta apariencia, y explicarla con palabras cuyo sonido fuese agradable al oido para hacerla amable, y que cayesen en el lazo ciertas gentes aun de las supuestas por dotadas de mas discernimiento. Porfirio era admirado. Jamblico, su sectario, pasaba por un hombre divino, porque sabia disfrazar los sentimientos de su maestro con frases misteriosas, no obstante que eran palabras vacías de sentido, y que nada significaban. Juliano, el Apóstata, á pesar de ser tan sagáz, cayó en el lazo y dejóse seducir por estas apariencias: los paganos mismos son los que lo refieren. Encantamientos verdaderos ó falsos, que estos filósofos hacian, su austeridad mal entendida, su ridícula abstinencia, que calificaba de crimen hasta alimentarse de la carne de los animales, sus purificaciones supersticiosas, en fin, su vida contemplativa que se evaporaba en vanos pensamientos, y sus palabras tan poco sólidas.

das como al parecer magníficas por lo pompasas, seducian al mundo. Por el contrario, la santidad de las costumbres cristianas, el menosprecio de los placeres que mandaba y recomendaba la religion de Jesucristo, y mas que todo la humildad en que se fundaba el cristianismo, ofendia á los hombres; y en una palabra, para revelar todo el secreto, el orgullo, la sensualidad y el libertinage eran los baluartes únicos de la idolatría.

La Iglesia la iba desarraigando de dia en dia con su doctrina, y mas que con todo con su paciencia. Mas los espíritus maléficos, que no habian cesado de engañar á los hombres, y que les sumergieran en la idolatría, no habian olvidado sus amañes. Suscitaron en la Iglesia las heregias de que hemos hecho referencia. Hombres curiosos, vanos é inquietos, quisieron formarse un nombre entre los fieles, y no supieron ó no quisieron contentarse con la sóbria y moderada sabiduría que el apóstol tanto habia recomendado á los cristianos. Intentan penetrar en la profundidad de los misterios, haciéndolos accesibles á su débil razon: nuevos filósofos, que mezclaban los racionios humanos con la fé, emprendieron disminuir las dificultades del cristianismo, porque no podian digerir toda la necesidad que el mundo encontraba en el Evangelio. Asi sucesivamente, y con una especie de método, fueron atacados todos los artículos de nues-

tra creencia; la creacion, la ley de Moisés, fundamento necesario de la nuestra, la divinidad de Jesucristo, su encarnacion, su gracia, sus sacramentos, todo en fin, dió materia á divisiones escandalosas. Celso y los demas nos lo echaban en cara: parecia, pues, que la idolatría iba á triunfar. Miraba ella al cristianismo como una nueva secta de filosofia que tenia la suerte de todas las demas, y, que comó ellas, se dividia en diferentes sectas. Parecía la Iglesia una obra humana, y que estaba próxima á arruinarse por sí misma. Sacaban en fin, por conclusion de todo esto que, en materia de religion, era menester no pretender ir mas allá de lo que habian peusado nuestros mayores, ni acometer la empresa de querer cambiar el mundo, haciéndole otro del que habia sido y era.

En esta confusion de sectas que se gloriaban de ser cristianas, Dios no desamparó á su Iglesia: y supo conservarle un carácter de autoridad que no podian tomar las heregias. La Iglesia era católica y universal: abrazaba todos los tiempos, y se estendia por todas partes. Era apostólica; la continuacion constante, la sucesion; la cátedra de la unidad y la autoridad primitiva correspondíanla á ella sola. Todos los que se separaban de ella, la habian primeramente reconocido, y no podian hacer desaparecer ni el carácter de su novedad, ni el de su rebelion. Los mismos paganos la miraban como fuente de toda

autoridad, como el todo á que correspondian ciertas partes, como el tronco siempre vivo, y cuya vida era completa y perfecta no obstante la separacion de algunas ramas. Celso, que acusaba á los cristianos por las escisiones que habia entre ellos entre tantas iglesias cismáticas como él veía erigirse, observaba sin embargo que habia una iglesia distinguida de todas las demas, y siempre mas fuerte que ellas, á la que llamaba por esta razon *la gran Iglesia*. "Hay, decía, entre los cristianos quienes no reconocen al Criador ni las tradiciones de los judíos; pero los recibe la grande Iglesia." Aquí hacia alusion á los marcionitas. En la escision escitada por Pablo de Samosatra, el emperador Aureliano no tuvo dificultad para conocer la verdadera Iglesia cristiana, á la cual pertenecía la *casa de la iglesia*, ya fuese el lugar de la oracion, ó la casa habitacion del obispo. La adjudicó á aquellos "que se hallaban unidos y en comunion con los obispos de Italia y con el de Roma," porque en todo tiempo habia visto á la mayoría de los cristianos en esta comunion. Cuando el emperador Constancio lo embrollaba todo en la Iglesia, la confusion que en ella introducía protegiendo á los arrianos no impidió que Ammiano Marcelino, pagano como era, reconociese que el emperador se separaba del recto y verdadero camino "de la religion cristiana, simple y precisa por sí misma," en sus dogmas y en su con-

ducta. Nacia de que la verdadera Iglesia tenia una magestad y una rectitud que las heregias no podian ni imitar ni oscurecer; y que por el contrario, sin advertirlo, daban un testimonio de verdad á la Iglesia católica. Constancio, que perseguía á san Atanasio defensor de la antigua fé, "deseaba con ardor, dice Ammiano Marcelino, que fuese condenado por la autoridad superior que tenia el obispo de Roma sobre los demas." Procurando apoyarse en esta autoridad, daba á conocer á los mismos paganos lo que faltaba á su secta, y honraba á la Iglesia de la que los arrianos se habian separado: de consiguiente los mismos gentiles reconocian á la Iglesia católica. Si alguno les preguntaba dónde tenian sus asambleas y cuáles eran sus obispos, jamas se engañaban en esto. En cuanto á las heregias hiciesen lo que quisiesen, tenian una tacha, cual era que declaraban su origen no pudiendo hacer desaparecer el nombre de sus autores. Los sabelianos, los paulianistas, los arrianos, los pelagianos y los demas se ofendian en vano del título de partido que se les daba apellidándoles con el nombre de su autor. El mundo, aunque se ofendiesen de ello, hablaba naturalmente designando á cada secta por el nombre de aquel de quien traía su nacimiento. En cuanto á la *grande Iglesia*, es decir, á la Iglesia católica y apostólica, jamas ha sido posible darla el nombre de otro autor mas que el del mismo Jesu-

cristo, ni señalarle sus primeros papas, ó séase su cabeza visible sin remontarse hasta los apóstoles, ni darle otro nombre mas que aquel que ella tomaba. Asi era que por mas que hiciesen los hereges no podian ocultar á los paganos dónde se hallaba la verdadera Iglesia. Esta les abria sus brazos por toda la tierra, y corrian á ellos en tropel: quizá algunos se perdian por senderos estraviados: pero la Iglesia católica era el gran camino á donde entraban siempre la mayor parte de los que buscaban á Jesucristo; y la esperiencia ha hecho ver que á ella sola era dado reunir á los gentiles. A ella tambien era á la que atacaban los emperadores infieles con toda su fuerza. Orígenes nos hace reconocer que son muy pocos los hereges que han tenido que sufrir por la fé. San Justino, mas antiguo que Orígenes, nos ha dejado consignado que los marcionitas y demas hereges fueron respetados por la persecucion. Los paganos no perseguian mas que á la Iglesia que veian estenderse por toda la tierra, y solo reconocian á ella por la Iglesia de Jesucristo. ¿Qué importa que se le arrancasen algunas ramas? Su buena sábia no se perdía por esto: brotaba por otros parages, y la poda de las ramas supérfluas hacia que sus frutos fuesen mejores. En efecto, parándose á considerar la historia de la Iglesia se observará que siempre que una heregía la ha disminuido, ha reparado sus pérdidas estendiéndose por otras

partes nuevas, y aumentando en lo interior la luz y la piedad, mientras que se han visto secar en rincones ocultos las ramas cortadas. Las obras de los hombres han perecido á pesar del poder del infierno que las sostenia; la obra de Dios ha subsistido sin conmoverse: la Iglesia ha triunfado de la idolatría y de todos los errores.

El testimonio de la inmutabilidad de los juicios de Dios. En medio de la agitación de las cosas humanas, y de las vicisitudes y trastornos que sobrevienen, ella se sostiene siempre con una fuerza invencible, de manera que por una serie de intervenciones de cerca de diez y nueve siglos se remonta hasta la fundación del mundo, en el tiempo de la creación del antiguo pueblo, y halla en ella y en sus antiguas profecías con los profetas y con los historiadores antiguos y modernos, y con los filósofos y con los sabios, que los antiguos debieron presenciar con sus propios ojos, si bien todavía hoy para confirmar nuestra fé. Dios que los hizo para dar un testimonio de su unidad y de su omnipotencia, que obra sobre las cosas materiales para conservar su memoria, que dirige en todas las cosas de todo un gran finchillo las cosas que los testigos y confesores declaraban por el orden de los tiempos, la profecía de los profetas, en los libros del antiguo testamento, es hoy en los libros mas antiguos que existen en el mundo; en los libros que son las fuentes de la

Reflexiones generales sobre la continuacion de la religion, y sobre la relacion que tienen entre si los libros de la Escritura.

Esta Iglesia, siempre atacada y jamas vencida, es un milagro perpétuo, es el más brillante testimonio de la inmutabilidad de los juicios de Dios. En medio de la agitacion de las cosas humanas, y de las vicisitudes y trastornos que experimentan los estados, ella se sostiene siempre con una fuerza invencible, de manera que por una serie no interrumpida de cerca de diez y nueve siglos la vemos remontarse hasta Jesucristo, en el que ella ha recogido la sucesion del antiguo pueblo, y hállase reunida y enlazada con los profetas y con los patriarcas.

Por esta razon los asombrosos y prodigiosos milagros que los antiguos hebreos presenciaron con sus propios ojos, sirven todavía hoy para confirmar nuestra fé. Dios que los hizo para dar un testimonio de su unidad y de su omnipotencia, ¿qué podia hacer de más auténtico para conservar su memoria, que dejar entre las manos de todo un gran pueblo las actas que los atestiguan y consignan redactadas por el orden de los tiempos? Es precisamente lo que tenemos en los libros del antiguo testamento, es decir, en los libros más antiguos que existen en el mundo; en los libros que son los únicos de la

antigüedad en que se halla enseñado el conocimiento del verdadero Dios, y ordenado el servicio ó el culto con que debe ser adorado; en los libros que el pueblo judío ha tan religiosamente guardado, y de que él es todavía en el día el inviolable custodio y portador por toda la tierra.

Esto supuesto, ¿podremos dar crédito ni prestar fé á las fábulas estravagantes de los autores profanos sobre el origen de un pueblo tan noble y tan antiguo? Ya hemos observado que la historia de su nacimiento y de su imperio acaba por donde comienza la historia griega; de manera que nada hay que esperar por aquella parte que ilustre ó pueda ilustrar la historia de los hebreos. Es cierto que los judíos y su religion no fueron casi conocidos de los griegos hasta después que sus libros sagrados fueron traducidos á su lengua, y hasta que ellos mismos se esparcieron por las ciudades griegas, es decir, doscientos ó trescientos años antes de la venida de Jesucristo. Era tan profunda entonces la ignorancia de la divinidad entre los gentiles que sus más hábiles escritores ni aun podian comprender á qué Dios adoraban los judíos. Los más juiciosos les daban por Dios las nubes y el cielo, porque levantando hácia estos objetos muchas veces los ojos, como á un lugar en que se declaraba con más evidencia la omnipotencia de Dios, creian que era allí donde tenia establecido

su trono. Además, la religion judáica era tan singular y tan opuesta á todas las demas; las leyes, los sábados, las fiestas y todas las costumbres de aquel pueblo eran tan particulares que no tardaron en concitarse contra sí la envidia y el odio de todos aquellos entre quienes vivian en sociedad. Mirábaseles como una nacion que condenaba á todas las otras. La prohibicion que tenian de comunicar con los gentiles en tantas cosas hacíales tan odiosos como parecian despreciables. La union que entre ellos se veía, las relaciones que mantenian todos tan cuidadosamente con la capital de su religion, es decir, con Jerusalem, con su templo y con sus pontífices, y los donativos que se enviaban allí de todas partes, hacíanles sospechosos; lo que, unido al antiguo odio de los egipcios contra aquel pueblo tan maltratado por sus reyes, y redimido de su tiranía á fuerza de tantos prodigios, dió causa á que se inventáran cuentos inauditos acerca de su origen, á que todos y cada uno los inventasen á su capricho, asi como á que interpretasen sus ceremonias, que eran tan particulares, y que parecíanles tanto más extrañas y extravagantes cuanto que no conocían ni el fundamento ni esencia de ellas, ni el origen de donde procedían. La Grecia, como ya se sabe, era muy ingeniosa para engañarse á sí misma y para distraerse ó divertirse agradablemente, y de esto procedieron las fábulas que leemos en

Justino, en Tácito, en Diodoro de Sicilia, y en los demas autores de igual fecha que han manifestado tener noticias curiosas en la historia de los judíos, no obstante que sea mucho mas claro que la luz del medio dia que ellos escribian sobre voces ó cuentos vagos despues de la interposicion de una larga série de siglos, sin conocer sus leyes, su religion, su filosofía, sin haber entendido sus libros, y quizá quizá sin haberlos abierto jamas. Sin embargo, á pesar de las calumnias y de la ignorancia, será tenido por constante que el pueblo judío es el único que ha conocido desde su origen al Dios criador del cielo y la tierra, el único por consiguiente que debe ser el depositario de los secretos divinos. Y los ha conservado en efecto con una religiosidad sin ejemplo. Los libros que los egipcios y los demas pueblos llamaban divinos, hace ya mucho tiempo que se han perdido, y apenas queda de ellos una memoria confusa en las historias antiguas. Los libros sagrados de los romanos, en que Numa, autor de su religion, habia escrito sus misterios, perecieron por las manos de los mismos romanos, y el senado los mandó quemar por descubrirse en ellos una tendencia á trastornar ó destruir la religion. Los mismos romanos dejaron al fin que pereciesen los libros sibilinos, reverenciados por ellos por tan largo tiempo como proféticos, y en los que querian

que se creyese que ellos encontraban los decretos de los dioses inmortales acerca de su imperio, sin haber jamas mostrado al público, no digo un solo volúmen, pero ni aun un solo oráculo. Los judíos han sido los únicos cuyas escrituras sagradas hayan sido tanto mas veneradas quanto mas conocidas se han hecho. De todos los pueblos antiguos son el único pueblo que ha conservado los primitivos monumentos de su religion, no obstante de ser otros tantos testimonios de acusacion de su infidelidad y de la de sus antepasados. Y aun en el dia mismo este pueblo existe sobre la tierra para difundir por las naciones por donde se halla dispersado, con la continuacion de la religion, los milagros y las predicciones que la hacen indestructible é invariable.

Luego que Jesucristo vino al mundo, enviado por su Padre para cumplir las promesas de la ley, confirmó su mision y la de sus discipulos con nuevos milagros, que han sido tambien escritos con la misma exactitud. Las actas en que se hallan consignados se han publicado por toda la tierra, y en ellas se espresan las circunstancias de los tiempos, los lugares en que se ejecutaron, y las personas que intervinieron; por cuya razon fue fácil el exámen á cualquiera por poco cuidadoso que fuese de su salvacion. El mundo se informó, el mundo creyó; y por poco que se pare la consideracion en los monu-

mentos antiguos de la Iglesia, es menester confesar que jamas se ha hallado espediente ninguno con mas reflexion y conocimiento.

Pero en la relacion que tienen entre sí los libros del antiguo y nuevo Testamento, hay que tener presente una diferencia; y es, que los libros del antiguo pueblo fueron compuestos en diferentes tiempos. Unos son los tiempos de Moisés, otros los de Josué y de los Jueces, y otros los de los Reyes: otros aquellos cuando el pueblo fue sacado de Egipto, y cuando recibió la ley, otros cuando conquistó la tierra prometida, y otros, en fin, cuando fue restablecido en ella por milagros evidentes. Para convencer la incredulidad de un pueblo apegado á los sentidos, Dios se tomó una larga série de siglos durante los que distribuyó sus milagros y sus profetas, para renovar con frecuencia los testimonios sensibles por medio de los que justificaba y confirmaba sus santas verdades. En el nuevo Testamento siguió otro plan de conducta. No quiere revelar nada de nuevo á su Iglesia despues de lo que la ha revelado Jesucristo. En él está la perfeccion y plenitud; y todos los libros divinos que se han compuesto en la nueva alianza lo han sido en tiempo de los apóstoles.

Es decir, que el testimonio de Jesucristo, y de los que el mismo Jesucristo se dignó elegir por testigos de su resurreccion, ha bastado á la Iglesia cristiana. Todo lo que ha sucedido des-

pues ha servido para edificarla, y la ha edificado; pero ella no ha mirado como puramente inspirado por Dios mas que lo que los apóstoles han escrito, ó lo que han confirmado por su autoridad.

Pero en la diferencia que se encuentra entre los libros de los dos Testamentos, ha guardado Dios siempre este orden admirable, de hacer escribir las cosas en los tiempos en que han sucedido, ó en que su memoria estaba mas reciente. De consiguiente las han escrito los que las sabian; y los que las sabian tambien han recibido los libros en que se hallaban consignadas y escritas: asi unos como otros las han dejado á sus descendientes como un legado precioso; y la piadosa posteridad las ha conservado.

Asi es como se ha formado el cuerpo de las sagradas Escrituras tanto del antiguo como del nuevo Testamento: las Escrituras que se han mirado desde su origen como verdaderas en todo, como dadas por el mismo Dios, y que se han conservado tambien con tan religioso escrúpulo, que no se ha creido poder alterar un solo ápice en ellas sin cometer un atentado de impiedad.

Asi es como han llegado hasta nosotros siempre santas, siempre sagradas y siempre inviolables; conservadas las unas por la constante tradicion del pueblo judío, y las otras por la tradicion del pueblo cristiano, tanto mas cierta cuanto que ha sido sellada con la sangre y

ratificada con el martirio tanto de los que escribieron los divinos libros, como de los que los han recibido.

S. Agustin y los demas padres preguntan en fé de quién atribuimos los libros profanos á determinados autores y fijamos el tiempo en que fueron escritos. Y todos respondemos inmediatamente que los libros se distinguen por las relaciones que tienen con las leyes, con las costumbres, y con la historia de una determinada época ó tiempo, por el estilo que imprime el caracter de las edades y de los autores particulares; y mas que todo por la fe pública y por una tradicion constante. Todas estas condiciones concurren para establecer los libros divinos, para distinguir y conocer los tiempos en que fueron escritos, y para conocer y señalar los autores que los escribieron; y cuanto mayor ha sido la religion con que se han conservado en su integridad, mas incontestable aparece la tradicion que nos los conserva.

Asi ha sido reconocida siempre, no solo por los ortodoxos, sino tambien por los hereges, y aun por los mismos infieles. Moisés ha pasado siempre en todo el Oriente, y despues en todo el universo, por el legislador de los judíos, y por el autor de los libros que se le atribuyen. Los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas, los han conservado con tanta

religiosidad como los judíos: su tradición y su historia es constante, y no es menester más que repasar algunos pasajes de la primera parte para cerciorarse de todo lo que sigue.

Dos pueblos tan opuestos entre sí no tomaron uno de otro los libros divinos; los dos los recibieron de su origen común desde los tiempos de Salomón y de David. Los antiguos caracteres hebreos, que los samaritanos conservan todavía, son prueba bastante para hacer ver que no siguieron á Esdras que los cambió. Así el Pentatéuco de los samaritanos y el de los judíos son dos originales completos, independientes el uno del otro. La perfecta conformidad que se ve en ellos en la esencia del texto justifica la buena fe de los dos pueblos. Son unos testigos fieles que están conformes sin haberse entendido, ó, por mejor decir, que se hallan conformes no obstante las enemistades que reinaban entre ellos, y á quienes la sola tradición inmemorial de una y otra parte les ha hecho concordar en un mismo pensamiento.

Los que han querido decir, aunque sin razón ninguna, que habiéndose perdido estos libros, ó no habiendo jamás existido, han sido ó restablecidos, ó compuestos de nuevo, ó alterados por Esdras, además de ser desmentidos por el mismo Esdras, lo son también por el Pentatéuco, que se encuentra todavía en el día en manos de los samaritanos tal como lo ha-

bían leído, en los primeros siglos, Eusebio de Cesárea, S. Gerónimo y los demás autores eclesiásticos; tal como aquellos pueblos lo habían conservado desde su origen; y una secta tan débil y pequeña parece que solo dura por tan largo tiempo para dar este testimonio de la antigüedad de Moisés.

Los autores que escribieron los cuatro Evangelios no reciben un menor ni menos seguro testimonio del consentimiento unánime de los fieles, de los paganos y de los hereges. Este gran número de pueblos diversos, que recibieron y tradujeron estos libros divinos tan inmediatamente como fueron publicados, convienen todos en la fecha con que fueron escritos y en los autores á quienes se atribuyen. Los paganos no han contradicho esta tradición. Ni Celso, que atacó estos libros sagrados casi en el origen del cristianismo, ni Juliano el Apóstata, á pesar de que nada haya ignorado ni omitido de cuanto pudiera desacreditarlos, ni ningún otro pagano, han sospechado jamás que pudieran ser apócrifos; sino que muy al contrario, todos les han dado por autores á los mismos á quienes los cristianos se los han atribuido. Los hereges, aunque estrechados por la autoridad de estos libros, no se han atrevido á decir que no fuesen de los discípulos de nuestro Señor; y aun ha habido entre estos hereges algunos que han visto los principios de

la Iglesia, y á cuya vista se han escrito los libros del Evangelio. Así es que el fraude, si hubiese podido haberle, se habria descubierto inmediatamente, y no hubiera podido sostenerse. Es verdad que despues de los apóstoles, y cuando ya la Iglesia se hallaba estendida por toda la tierra, Marcion y Manes, constantemente los mas temerarios y mas ignorantes de todos los hereges, á pesar de la tradicion, nacida desde los apóstoles, continuada por sus discípulos y por los obispos, á quienes habian dejado en su silla y encargados del gobierno de los pueblos, y recibida unánimemente por toda la Iglesia cristiana, osaron decir que tres evangelios eran apócrifos; y que el de S. Lucas, que ellos preferen á los otros sin saber por qué, pues que no habia venido por otra via, habia sido falsificado. Pero ¿y qué pruebas daban de ello? Puras visiones y ningunos hechos positivos. Decian por toda razon que lo que era contrario á sus sentimientos debia necesariamente haber sido inventado por otros que no fuesen los apóstoles, y alegaban por toda prueba las mismas opiniones que se les contestaban; opiniones por otra parte tan extravagantes, y tan manifiestamente absurdas, que no se concibe cómo han podido tener cabida en la razon humana. Pero ciertamente, para acusar la buena fe de la Iglesia, era necesario tener en la mano originales diferentes de los suyos, ó alguna otra prueba

constante. Interpelados ellos y sus discípulos para que los presentasen, han enmudecido, y han dejado con su silencio una prueba indudable de que en el segundo siglo del cristianismo, en cuyo tiempo escribian, no existia ni aun solamente indicio de falsedad, ni la menor conjetura que pudiera oponerse á la tradicion de la Iglesia.

¿Pues qué diremos del consentimiento de los libros de la Escritura y del admirable testimonio que dan todos los tiempos del pueblo de Dios en que se confirman los unos á los otros? Los tiempos del segundo templo suponen los del primero, y nos conducen hasta Salomon. La paz se obtiene por los combates y viene en pos de ellos; y las conquistas del pueblo de Dios nos hacen remontar hasta el tiempo de los Jueces, de Josué y de la salida de Egipto. Al contemplar á un pueblo todo saliendo de un reino en donde se hallaba como extranjero, se viene á la memoria cómo entró en él. Inmediatamente se nos presentan entonces los doce patriarcas; y un pueblo á quien no se ha mirado jamas mas que como una sola familia, nos conduce naturalmente á Abraham que es su cabeza ó tronco. Este pueblo es mas prudente y menos inclinado á la idolatría despues de su regreso de la cautividad de Babilonia; este era un efecto natural del gran castigo que se atrajo por sus pecados pasados. Si este pueblo se gloria de

haber visto durante muchos siglos milagros que los otros pueblos nunca vieron, tambien puede gloriarse de haber tenido el conocimiento de Dios que ningun otro pueblo tuvo. ¿Qué significan, si no, la circuncision, la fiesta de los tabernáculos, la pascua, y las demas fiestas celebradas en la nacion de un tiempo inmemorial, sino las cosas que se encuentran señaladas en el libro de Moisés? ¿Cómo un pueblo distinguido de los otros por su religion y por costumbres tan particulares, que conserva desde su origen, sobre el fundamento de la creacion y sobre la fe de la providencia, una doctrina tan seguida y tan sublime, una memoria tan viva de una larga serie de hechos tan necesariamente encadenados, ceremonias tan arregladas y usos tan universales, ha de haber vivido sin una historia que le señalase su origen, y sin una ley que le prescribiese sus usos durante mil años que ha permanecido en su estado? ¿Y cómo Esdras hubiera comenzado por quererle dar de repente bajo el nombre de Moisés con la historia de sus antigüedades, la ley que formaba sus costumbres, cuando este pueblo hecho cautivo vió su antigua monarquía destruida hasta los cimientos? ¿qué fábula mas increíble pudiera jamas inventarle? ¿Y puede darse crédito á ella sin juntar la ignorancia á la blasfemia?

Para perder una ley como esta, cuando una

vez ha sido recibida, es menester que un pueblo haya sido esterminado, ó que á consecuencia de diferentes trastornos haya llegado á punto de no conservar mas que una idea confusa de su origen, de su religion y de sus usos. Si esta desgracia hubiese sucedido al pueblo judío, y si la ley tan conocida en tiempo de Sedecías se hubiese perdido sesenta años despues, á pesar de los cuidados de un Ezequiel, de un Jeremías, de un Baruch, de un Daniel, quienes recurrieron perpetuamente á esta ley, como al único fundamento de la religion y de la policia de su pueblo; si, repetimos, la ley se hubiese perdido á pesar de estos grandes hombres, sin contar con los demas, y en el tiempo en que la misma ley tenia sus mártires, como lo prueban las persecuciones de Daniel y de los tres mancebos; si á pesar de todo esto, se hubiese perdido en tan poco tiempo, y quedado tan profundamente olvidada que hubiera sido permitido á Esdras restablecerla á su voluntad y gusto, no sería este el único libro que habria tenido que inventar. Habriale sido necesario componer al mismo tiempo todos los escritos de los profetas antiguos y modernos, es decir, los que escribieron antes y durante la cautividad; los que el pueblo habia visto escribir, así como los que él conservaba en la memoria; y no solamente los profetas sino tambien los libros de Salomon, los salmos de Da-

vid, y todos los libros históricos; pues que apenas se encuentra en toda aquella historia un solo hecho considerable, y en todos aquellos otros libros un solo capítulo que separado de Moisés, tal como nosotros le tenemos, pueda subsistir un solo momento. Todo habla en ellos de Moisés, todo se halla fundado sobre Moisés; y así debe ser, porque Moisés y su ley, y la historia que él escribió era en efecto en el pueblo judío todo el fundamento de la conducta pública y particular. Era en verdad para Esdras una maravillosa empresa, y bien nueva en el mundo, hacer hablar al mismo tiempo con Moisés á tantos hombres de carácter y de estilo tan diferentes, y cada uno de una manera uniforme y siempre semejante á sí misma; y hacer creer de repente á todo un pueblo que eran aquellos los libros antiguos que él había siempre reverenciado y los nuevos que había visto hacer como si no hubiese jamás oído hablar de nada, y como si el conocimiento del tiempo presente, así como el del pasado, se hubiera de repente borrado de su memoria. Tales son los prodigios que es necesario creer, cuando no se quiere prestar fe á los milagros del Omnipotente, ni recibir el testimonio por el cual es constante que se ha dicho á todo un gran pueblo que él los había visto por sus propios ojos.

Pero si aquel pueblo volvió de Babilonia á la tierra de sus padres tan nuevo y tan ignoran-

te, que apenas se recordase de lo que había sido y de manera que recibiera sin examen todo lo que Esdras hubiese querido darle; ¿cómo vemos, pues, nosotros en el libro que Esdras ha escrito, y en el de Nehemías su contemporáneo, todo lo que se dice en ellos de los libros divinos? ¿Quién hubiera podido oírles hablar de la ley de Moisés, en tantos parages y públicamente, como de una cosa conocida de todo el mundo, y que todos tenían entre sus manos? ¿Se hubieran atrevido á arreglar por sus escritos las fiestas, los sacrificios, las ceremonias, la forma del altar reedificado, los matrimonios, la policía, y en una palabra todas las demas cosas, repitiendo siempre que todo se hacia "segun estaba escrito en la ley de Moisés servidor de Dios"?

Esdras es nombrado allí como "doctor en la ley que Dios había dado á Israel por Moisés;" y es segun esta ley, como por la regla *que él tenia entre sus manos*, por la que Artajerjes le ordenó visitar, arreglar y reformar al pueblo en todas las cosas. Por aquí se ve que los mismos gentiles conocian la ley de Moisés como la que todo el pueblo y todos sus doctores miraban en todo tiempo como su regla. Son nombrados los sacerdotes y los levitas para las ciudades; sus funciones y su rango son arreglados igualmente, "segun se hallaba escrito en la ley de Moisés." Si el pueblo hace penitencia, es por las transgresiones que cometiera

contra esta misma ley: si renueva la alianza con Dios por una suscripción espresa de todos los particulares, es fundándose en la misma ley que para esto es "leída en alta voz, distintamente é inteligiblemente, mañana y tarde durante muchos días, á todo el pueblo reunido espresamente para esto" como la ley de sus padres; oyendo tanto hombres como mugeres durante la lectura, y reconociendo los preceptos que se les habian enseñado desde su infancia. ¿Hubiera podido Esdras con frente serena hacer leer á todo un gran pueblo, como conocido, un libro que acabara de forjar ó de arreglar á su gusto, sin que nadie observase en él el menor error ó la menor variación? Toda la historia de los siglos pasados se hallaba repetida desde el libro del Génesis hasta el tiempo en que se vivía. El pueblo, que tantas veces habia sacudido el yugo de esta ley, déjase imponer esta pesada carga sin repugnancia ni resistencia, convencido ya por la esperiencia de que el haberla menospreciado atrajo sobre él todos los males y desastres en que se veía sumergido. Las usuras fueron reprimidas segun el testo de la ley citando sus propios términos: los matrimonios contraidos fueron anulados sin que ninguno reclamase. Si se hubiese perdido la ley, ó lo que es menos se hubiese olvidado, ¿se habria visto á todo un pueblo obrar naturalmente en conformidad con

esta ley, como teniéndola siempre presente? ¿Cómo es que todo este pueblo pudiera escuchar á Ageo, á Zacarías, y á Malachías, que profetizaban entonces, quienes como los otros profetas sus predecesores no les predicaban mas que "á Moisés y la ley que Dios le habia dado en Oreb:" y esto como una cosa conocida y en vigor en todo tiempo en la nacion? ¿Pero cómo se dice, en el mismo tiempo, y á la vuelta del pueblo de su cautividad, cómo es que todo aquel pueblo admiró el cumplimiento del oráculo de Jeremías tocante á los setenta años al cabo de los cuales debia terminar su cautiverio? ¿Cómo pudo prestarse de repente fe á este Jeremías que Esdras acababa de forjar con todos los demas profetas? ¿Por qué nuevo artificio pudo persuadirse á todo un pueblo y á los ancianos que habian conocido á aquel profeta que creyeran siempre y aguardaran la reedificación milagrosa que les anunciara en sus escritos? Pero todo esto será tambien apócrifo: Esdras y Nehemías no habrán escrito la historia de su tiempo; algún otro la habrá compuesto tomando su nombre; y los que han fabricado todos los otros libros del antiguo Testamento habrán sido tan favorecidos de la posteridad que otros falsarios les habrian supuesto á ellos mismos autores para dar crédito á su impostura.

Es preciso avergonzarse de tantas extravagancias; y en lugar de decir que Esdras haya

hecho aparecer de repente tantos libros tan distintos los unos de los otros por los caracteres del estilo y del tiempo, se dirá que se hayan podido ingerir los milagros y las predicciones que les hacen pasar por divinos: error mas grosero todavía que el anterior, mediante á que los milagros y las predicciones de tal manera se hallan aparecidos en todos estos libros y estan de tal modo inculcados, y se hallan repetidos tantas veces bajo tantos diversos giros y con tan gran variedad de figuras; en una palabra, forman de tal manera todo su conjunto, que es menester no haber jamas abierto estos libros sagrados para no ver que es todavía mas facil refundirlos, por decirlo así, absolutamente que intercalar las cosas que los incrédulos estan tan disgustados de encontrar en ellos; y aun cuando se les conceda todo lo que piden, lo milagroso y lo divino forma de tal manera el fondo de estos libros que se encontraria aunque no se quisiese. Que Esdras, si se quiere, haya añadido en ellos despues de verificado las predicciones de las cosas ya sucedidas en su tiempo, las que se han cumplido despues, por ejemplo en tiempo de Antioco, y de los Macabeos, y tantas otras como se han visto, ¿quién las habrá añadido? ¿Concederia Dios á Esdras el don de profecía para su impostura fuese mas verosimil, y se preferirá que un falsario sea profeta mas bien que un

Isaías, un Jeremías ó un Daniel, ó bien que cada siglo haya tenido un falsario feliz á quien todo el pueblo haya creído; y nuevos impostores con un celo admirable de religion habrán ido sin cesar haciendo adiciones á los libros divinos aun despues que el cánon se cerró, y que se hayan esparcido con los judíos por toda la tierra, y que se hayan traducido en tantas lenguas estrangeras? ¿No hubiera sido esto á fuerza de querer establecer la religion destruirla por sus cimientos? Pues qué todo un pueblo ¿dejaria variar tan facilmente lo que él cree que es divino, ya sea que lo crea por convencimiento ó por error? ¿Puede alguno esperar con fundamento persuadir á los cristianos ó aun á los turcos á añadir un solo capítulo sea al Evangelio ó al Alcoran? ¿O quizá los judíos serán mas dóciles que los otros pueblos ó menos religiosos para conservar sus libros sagrados? ¿Qué monstruos de opiniones es necesario meterse en las mentes cuando se quiere sacudir el yugo de la autoridad divina, y no arreglar los sentimientos ni tampoco las costumbres mas que por la razon estraviada!

CAPÍTULO XXVIII.

Las dificultades que se forman contra la Escritura es fácil resolverlas por los hombres de buen sentido y de buena fé.

No se diga, pues, que es embarazosa la discusión de estos hechos: porque, aun cuando lo fuese, seria menester ó referirse á la autoridad de la Iglesia y á la tradicion de tantos siglos, ó llevar el exámen hasta el último extremo, sin creer por esto haber cumplido con decir que exige mas tiempo que el que debe emplearse para asegurarse de su salvacion. Pero en lo esencial sin necesidad de tomarse el trabajo enojoso é infinito de examinar los libros de los dos Testamentos, basta leer el libro de los Salmos, en los que se hallan recopilados tantos antiguos cánticos del pueblo de Dios para ver en ellos, y en una divina poesía, cual no se ha visto nunca, monumentos inmortales de la historia de Moisés, de la de los Jueces y de la de los Reyes, grabados por la medida y el canto en la memoria de los hombres. Y en cuanto al nuevo Testamento, solo las epístolas de S. Pablo, tan vivas, tan originales, tan propias del tiempo, de los negocios y de los movimientos que existian por entonces, y en fin, de un carácter tan pronunciado; estas epístolas, repetimos, recibidas por las iglesias á las cuales iban dirigidas, y desde ellas comuni-

cadas á las demas, bastarán por sí solas para convencer á los hombres de sana razon de que todo es sincero y original en las Escrituras que los apóstoles nos han dejado.

Tambien es verdad que por esta razon se sostienen las unas á las otras con una fuerza invencible. Los hechos de los apóstoles no son mas que la continuacion del Evangelio; sus epístolas le suponen necesariamente: pero para que todo esté de acuerdo, los Hechos, las Epístolas y los Evangelios se refieren por todas partes á los antiguos libros de los judíos. San Pablo y los demas apóstoles continuamente estan alegando lo que *Moisés ha dicho*, lo que *ha escrito*, lo que los profetas han dicho y escrito despues de Moisés. Jesucristo produce en testimonio *la ley de Moisés, los profetas y los Salmos*, como testigos que deponen todos la misma verdad. Si quiere explicar sus misterios, *comienza por Moisés y por los profetas*; y cuando dice á los judíos que *Moisés ha escrito de él*, establece por fundamento lo que existia de mas constante entre ellos, y les conduce de esta manera al origen de sus tradiciones.

Veamos sin embargo lo que se opone á una autoridad tan reconocida y al consentimiento de tantos siglos: porque ya que en nuestros dias se ha tenido la osadía de publicar en toda clase de lenguas libros contra la Escritura, es menester no pasar en silencio lo que se ha dicho para

desacreditar sus antigüedades. ¿Qué se dice, pues, para autorizar que el Pentatéuco es apócrifo, y qué puede objetarse contra una tradición de tres mil años, sostenida por su propia fuerza y por la série sucesiva de las cosas? Nada que sea consecuente, nada de positivo, nada de importante; sutilezas acerca de los números, de los lugares, ó de los nombres: y semejantes observaciones, que en cualquiera otra materia no pasarían á todo lo mas sino por una vana curiosidad, incapaz de menoscabar en lo mas mínimo la esencia de las cosas, nos son alegadas como pruebas decisivas en un negocio de suyo muy grave y muy sério.

Dicen: se encuentran dificultades en la historia de la Escritura. Se encuentran sin duda alguna, y no se encontrarían si el libro fuese menos antiguo, ó si hubiese sido supuesto, como se atreven á decir, por un hombre hábil é ingenioso; si hubiese sido menos religioso para presentarle tal como se encontraba, y si se hubiese tomado la libertad de corregir en él lo que le hubiese causado dificultad. Se encuentran las dificultades que produce naturalmente un largo transcurso de tiempo, cuando los lugares han cambiado de nombre ó de sitio, cuando se han olvidado las fechas, cuando ya no son conocidas las genealogías, cuando no se puede poner remedio á los descuidos ó errores involuntarios que tan fácilmente se cometen en las co-

pias por cuidado que se ponga en ellas, ó que hechos escapados de la memoria de los hombres introducen oscuridad en alguna parte de la historia. Pero por último, ¿en dónde se halla esta oscuridad, en el orden sucesivo de los negocios ó asuntos que se tratan, ó en la esencia de ellos? En ninguna de estas dos cosas: todo es correlativo; y lo que queda de oscuro no sirve mas que para hacer ver en los libros santos una antigüedad mas venerable.

Pero insisten en decir: hay alteraciones en el testo: las antiguas versiones no estan acordes; el hebreo en diferentes pasages se contradice; y el testo de los samaritanos, ademas de la palabra de que se les acusa haber cambiado espresamente en favor de su templo de Garizim, se diferencia tambien en otros pasages del de los judíos. ¿Y qué concluiremos de esto? ¿Qué los judíos ó Esdras han falsificado el Pentatéuco, ó le han supuesto despues de su regreso de la transmigracion? Pues justamente debe inferirse todo lo contrario. Las diferencias del testo samaritano sirven para confirmar lo que ya dejamos establecido, que su testo es independiente del de los judíos. Lejos de poderse imaginar que aquellos cismáticos tomasen alguna cosa del testo de los judíos y del de Esdras, hemos visto por el contrario, que en odio hácia los judíos y hácia Esdras y en odio al primero y segundo templo, inventaron ellos su quimera de Garizim.

Porque ¿quién no ve que ellos hubieran mas bien acusado las imposturas de los judíos en vez de seguirlas? Aquellos rebeldes, que menospreciaron á Esdras y á todos los profetas de los judíos, á su templo y á Salomon que le edificara, asi como tambien á David que designara el lugar donde habia de levantarse; ¿qué han respetado en su Pentatéuco sino una antigüedad superior no solo á la de Esdras y de los profetas, sino tambien á la de Salomon y de David, en una palabra, la antigüedad de Moisés en que los dos pueblos convienen? ¿Cuán incontestable resulta la autoridad de Moisés y del Pentatéuco, autoridad que en vez de debilitarla la afirman mas las objeciones que se hacen contra ella!

Pero ¿de dónde nacen estas variedades de los testamentos y de las versiones? ¿De dónde proceden, en efecto, sino de la antigüedad del mismo libro, que ha pasado por las manos de tantos copiantes, y despues de tantos siglos como hace que la lengua en que fue escrito ha dejado de ser comun? Pero dejemos las vanas disputas, y cortemos, de una palabra la dificultad por el nudo. Que se me diga si no es constante que de todas las versiones y de todos los testos, cualesquiera que sean, no resultarán siempre las mismas leyes, los mismos milagros, las mismas predicciones, el mismo orden correlativo en la historia, el mismo cuerpo de doctrina, y en fin, lo sustancial en todo. ¿En qué, pues, perjudica

la diversidad de los testos? ¿Podemos desear mas que se conserve inalterable lo sustancial en los libros sagrados, y podemos pedir mas á la divina Providencia? Y en cuanto á lo concerniente á las versiones, ¿es por ventura una señal de suposicion ó de novedad que la lengua de la Escritura sea tan antigua que se hayan perdido ó no puedan entenderse ciertas frases delicadas, y que por esta razon, no puedan traducirse con toda la elegancia ó con toda la fuerza en último rigor? ¿No es mas bien esto una prueba de la mayor antigüedad? Y si se quiere insistir sobre ciertas pequeñas cosas, que se me diga si en tantos pasages en que se encuentra dificultad, se ha restablecido jamas uno solo por raciocinio ó por conjetura. Se ha seguido la fé de los ejemplares, y como la tradicion no ha permitido jamas que la sana doctrina pudiese alterarse, se ha creido que las demas faltas, si es que quedaban algunas, no servirian mas que para probar que no se ha innovado aqui nada guiados por la propia y privada razon.

Peró en fin, y hé aquí el argumento mas fuerte, ¿no hay cosas añadidas en el testo de Moisés, y no se encuentra su muerte al fin del libro que se le atribuye? ¿Qué maravilla es que los que han continuado su historia hayan añadido su fin bienaventurado al resto de sus acciones para formar de todo un mismo cuerpo? En cuanto á las otras adiciones, veamos lo que hay

en ellas. ¿Se encuentra en ellas alguna ley nueva, alguna nueva ceremonia, algun dogma, algun milagro, ó alguna prediccion? Ni por pensamiento: ni se encuentra la menor sospecha ni el menor indicio: esto hubiera sido adicionar la obra de Dios: la ley lo habia prohibido, y hubiera causado un horrible escándalo. ¿Qué se ha hecho, pues? ¿Se ha continuado tal vez una genealogía comenzada; se ha quizá explicado un nombre de ciudad cambiado con el transcurso del tiempo: con ocasion del maná con que el pueblo fue alimentado durante cuarenta años se habrá señalado el tiempo en que cesó de aparecer este alimento celestial, y este hecho, escrito despues en otro libro, habrá quedado por observacion en el de Moisés como constante y público y de que todo el pueblo era testigo: cuatro ó cinco observaciones de esta especie hechas por Josué ó por Samuel, ó por algun otro profeta tan antiguo como ellos, porque no hacen relacion mas que á hechos notorios, y en que constantemente no se encontraba dificultad, habrán naturalmente pasado al cuerpo del testo; y la misma tradicion nos las habrá presentado con todo el resto; é inmediatamente por esto lo consideraremos todo perdido; acusaremos á Esdras, no obstante que el testo samaritano, en donde se encuentran estas notas ú observaciones nos demuestre que tienen una antigüedad no solo anterior á Esdras, sino tambien al cisma de las

diez tribus! No importa, es menester que todo recaiga sobre Esdras. Si las observaciones ó notas procediesen de una antigüedad mas alta resultaria que el Pentatéuco sería todavía mas antiguo de lo que es menester, y no podria reverenciarse aun lo bastante la antigüedad de un libro cuyas notas contarían una tan grande edad. Esdras lo habrá hecho todo; Esdras habrá olvidado que queria hacer hablar á Moisés, y habrá hecho escribir tan torpemente como ya sucedido lo acaecido despues de él. Toda una obra será calificada de supuesta por este solo passage; la autoridad de tantos siglos y la fé pública no le servirán de nada, como si, por el contrario, no se viese que estas notas de que se prevalen son una nueva prueba de sinceridad y de buena fé no solo en los que las han puesto, sino tambien en los que las han transcrito. ¿Se ha juzgado jamas de la autoridad, no digo de un libro divino, sino de cualquiera libro que sea, por razones tan fútiles? Consiste en que la Escritura es un libro enemigo del género humano; obliga á los hombres á someter su razon á Dios y á reprimir sus pasiones desarregladas: por tanto es menester que desaparezca, que se le desacredite y que perezca; y á cualquier precio que sea debe ser sacrificado al libertinage.

Ademas, no creais que la impiedad se empeña sin necesidad en sostener todos los absurdos que habeis visto. Si contra el testimonio del

género humano, y contra todas las reglas de la sana razon, se empeña en quitar al Pentatéuco y á las profecías el nombre de sus autores siempre reconocidos, y en disputarles sus fechas, es porque las fechas son el todo en esta materia, por dos razones; primeramente, porque unos libros llenos de tantos hechos milagrosos que se ven allí revestidos con sus pormenores y circunstancias mas particulares, y anunciados no solo como públicos, sino tambien como presentes, si hubieran podido ser desmentidos, habrian llevado consigo su condenacion; y en lugar de sostenerse por su propio peso hace mucho tiempo que habrian caido por sí mismos; en segundo lugar, porque una vez fijadas sus fechas, no se puede ya borrar la señal infalible de inspiracion divina que llevan sellada en el gran número y en la larga série de las predicciones memorables de que se les encuentra llenos.

Para evitar estos milagros y estas predicciones, es para lo que los impíos han caido en todos los absurdos que han sorprendido á V. A. Pero que no piensen escaparse de Dios: él ha reservado á su Escritura una señal de divinidad que no sufre ningun menoscabo: esta es la relacion que tienen entre sí los dos Testamentos. A lo menos no se disputa ni puede disputarse que todo el antiguo Testamento no se haya escrito antes que el nuevo. Para este no hay un nuevo Esdras que haya podido persuadir á los

judíos á que inventen ó falsifiquen su Escritura en favor de los cristianos, á quienes ellos perseguian. No es necesario mas. Por la relacion que tienen entre sí los dos Testamentos se prueba la divinidad de uno y otro. Los dos tienen el mismo designio y la misma correlacion: el uno prepara el camino para la perfeccion que el otro muestra al descubierto; el uno sienta el fundamento, y el otro acaba el edificio; en una palabra, el uno predice lo que el otro hace ver cumplido.

Así todos los tiempos se encuentran unidos conjuntamente, y nos es revelado un designio eterno de la divina Providencia. La tradicion del pueblo judío y la del pueblo cristiano forman conjuntamente una misma série y continuacion de la religion, y las Escrituras de ambos Testamentos forman tambien un mismo cuerpo y un mismo libro.

CAPÍTULO XXIX.

Medio fácil para remontarse hasta el origen de la religion, y de encontrar en él la verdad en su principio.

Esto será evidente para los que quieran pararse á considerarlo con alguna atencion. Pero como no todos los entendimientos son igualmente capaces de un raciocinio seguido, tomemos por la mano á los mas flacos, y conduzcámosles paso á paso hasta el origen.

Que consideren por un lado las instituciones cristianas, y por otro las de los judíos: que busquen su origen, empezando por las nuestras, por ser las mas familiares, y que miren con atencion las leyes que arreglan nuestras costumbres: que lean nuestras Escrituras, es decir, los cuatro Evangelios, los Hechos de los apóstoles, las Epístolas apostólicas y el Apocalipsis; que examinen nuestros sacramentos, nuestro sacrificio y nuestro culto; y entre los sacramentos el del bautismo, en donde ven la consagración del cristiano bajo la espesa invocacion de la Trinidad; la Eucaristía, es decir, un sacramento establecido para conservar la memoria de la muerte de Jesucristo y de la remision de los pecados á ella aneja: que unan á todas estas cosas el gobierno eclesiástico y la sociedad de la Iglesia cristiana en general, las iglesias particulares, los

obispos, los presbíteros y los diáconos instituidos para gobernarlas. Cosas tan nuevas, tan singulares y tan uniuersales tienen sin duda un origen. Pero ¿qué origen puede dárselos sino á Jesucristo y sus discípulos; mediante á que, remontándose por grados y de siglo en siglo, ó por mejor decir, de año en año, se les encuentra aqui y no mas arriba, y que es donde comienzan, no solo estas instituciones, sino tambien de donde procede el nombre mismo de cristiano? Si tenemos un bautismo, una Eucaristía, con las circunstancias que hemos visto, Jesucristo es el autor de ellos. Él es quien ha dejado á sus discípulos estos caracteres de su profesion, estos memoriales de sus obras, y estos instrumentos de su gracia. Nuestros sagrados libros se hallan todos publicados desde el tiempo de los apóstoles, ni mas antes ni despues; en su persona es, pues, en donde encontramos el origen del obispado. Si entre nuestros obispos hay uno que sea primero que los demas, tambien se ve entre los apóstoles una primacia; este que es el primero entre nosotros es reconocido desde el origen del cristianismo por el sucesor de aquel que era ya el primero viviendo Jesucristo, es decir, de Pedro. Anticipo atrevidamente estos hechos, y aun el último como constante, porque no puede ser contestado jamas de buena fé, como ni tampoco los otros, como seria fácil hacerlos ver por aquellos mismos que, por ignorancia ó

por espíritu de contradicción, han tratado de disputar con sutilezas sobre esta materia.

Hétenos, pues, aquí en el origen de las instituciones cristianas. Con el mismo método subiremos al de las de los judíos: y así como en aquellas nos hemos encontrado con Jesucristo, sin que sea posible subir mas arriba, así en estas tendremos que parar ó detenernos al tropezar con Moisés, ó bien, pasando de él, habremos de remontarnos hasta el nacimiento del mundo, siguiendo la historia que el mismo Moisés escribió.

Los judíos tenían como nosotros, y tienen todavía en parte, sus leyes, sus observancias, sus sacramentos, sus escrituras, su gobierno, sus pontífices, su sacerdocio y el servicio de su templo. El sacerdocio hallábase radicado en la familia de Aarón, hermano de Moisés. De Aarón y de sus hijos procedía la distincion de las familias sacerdotales; todos reconocian su rama, y todas procedian ó descendian del tronco comun de Aarón, sin que pudiesen remontarse á mas altura. La pascua y las demas fiestas tampoco podian tener una procedencia mas remota. La pascua recordaba la noche en que el pueblo fue redimido de la esclavitud de Egipto, y en que todo se preparaba para salir de aquel pais. La fiesta de Pentecostés recordaba el dia en que la ley fue dada, que fue á los cincuenta dias de la salida de Egipto. Un mismo número de dias se-

paraba tambien estas dos solemnidades. Los Tabernáculos, ó séase las tiendas hechas de ramas verdes y follage, en las que, desde tiempo inmemorial, el pueblo habitaba en cada un año por espacio de siete dias enteros con sus noches, representaban la imagen del largo campamento en el desierto durante cuarenta años, y no habia entre los judíos ni fiesta ni sacramento, ni ceremonia que no tuviese una significacion, ó que no hubiese sido instituida ó confirmada por Moisés, y que no llevase todavía, por decirlo así, el nombre y el caracter de aquel gran legislador.

Estas religiosas observancias no tenían todas la misma antigüedad. La circuncision, la prohibicion de comer sangre, la observancia del sábado, eran mas antiguas que Moisés y que David segun parece por el Éxodo; pero el pueblo sabia muy bien las fechas de donde databan, y Moisés las habia ya señalado. La circuncision tuvo origen en Abraham que fue cuando se hizo la promesa de la alianza, y de donde tomó nacimiento la nacion hebrea. La prohibicion de comer sangre se referia á Noé y al diluvio, y las revoluciones del sábado á la creacion del universo y al sétimo dia bendecido por Dios y en el que acabó su grande obra. Así era que todos los grandes acontecimientos que podian servir para la instruccion de los fieles, tenían su memorial entre los judíos; y es-

tas antiguas observancias, interpoladas con las que Moisés habia establecido, reunian en el pueblo de Dios toda la religion de los siglos pasados.

Una parte de estas observancias no se ve ya al presente en el pueblo judío. El templo ya no existe, y con él cesaron los sacrificios, y aun el sacerdocio de la ley. Ya no se conoce tampoco entre los judíos á los hijos de Aaron, y todas las familias estan confundidas. Pero mediante á que todo esto se hallaba en completa observancia cuando Jesucristo vino al mundo, y que constantemente él hacia referencia de todo á Moisés, no será necesario mas para quedar convencidos de que una cosa tan establecida procedia de muy lejos y del origen mismo de la nacion.

Empero que así no sea; subamos mas arriba, y recorramos todas las fechas en que podríamos detenernos. Por decontado no podemos subir menos arriba que á Esdras. Jesucristo se presentó en el segundo templo, y es una cosa constante que este fue reedificado en tiempo de Esdras. Jesucristo no ha citado mas libros que los que los judíos comprendieron en su canon; pero segun la tradicion constante de la nacion, dicho canon se cerró y selló en tiempo de Esdras, sin que los judíos hayan añadido nada despues; y precisamente esto nadie lo pone en duda. Aquí tenemos una doble

fecha, ó una época, si queremos llamarla así, bien considerable por su historia, y en particular por la de su escritura. Pero nos ha parecido mas claro que la luz del medio dia que no era posible detenerse en dicha época, porque en ella misma todo se refiere á otro origen. Moisés es citado por todas partes como aquel cuyos libros, reverenciados por todo el pueblo, por todos los profetas, por los que vivian entonces, y por los que los habian precedido, formaban el único fundamento de la religion judaica. No consideremos tampoco á los profetas como hombres inspirados: mirémoslos solamente, si se quiere, como hombres comunes que aparecieron en diversos tiempos y bajo diferentes reinados, y que se les haya escuchado como los intérpretes de la religion; su sola sucesion, unida á la de los reyes en cuyo tiempo vivieron, y cuya historia se halla enlazada con la suya, nos conduce manifiestamente al origen de Moisés. Malachías, Ageo, Zacarías, Esdras, que miran la ley de Moisés como establecida en todo tiempo, tocan con los tiempos de Daniél, en los que aparece claramente que ella no era menos reconocida. Daniél toca con Jeremías y con Ezequiel, en donde no se ve otra cosa mas que á Moisés, la alianza hecha con él, los preceptos que dejó, las amenazas y los castigos contra los transgresores: hablan todos de esta ley como de una cosa que la habian conocido desde

su infancia; y no solo la alegan como recibida, sino que tampoco hacen accion ninguna ni dicen una palabra que no tenga con ella secretas relaciones.

Jeremías nos conduce al tiempo del rey Josías, en cuyo reinado empezó á profetizar. La ley de Moisés era pues entonces tan conocida y tan célebre como los escritos de este profeta, que todo el pueblo leía por sí mismo, y cuyas predicaciones oyeron todos. Y en efecto, ¿por qué la piedad de este príncipe es tan recomendable en la historia sagrada, sino por haber destruido desde su infancia todos los templos y todos los altares que la ley prohibia; por haber celebrado con particular cuidado las fiestas que ella preceptuaba, tal como la de pascua, con todas las observancias que aun se encuentran escritas palabra por palabra en la ley; y en fin, por haber temblado con todo su pueblo al contemplar las transgresiones que ellos y sus padres cometieran contra esta ley y contra Dios, que era su autor? Pero no nos quedemos en esto. Ezequías, su abuelo, habia celebrado una pascua tan solemne, y con las mismas ceremonias, y con la misma esmerada atencion en seguir la ley de Moisés. Isaías no cesaba de predicarla con los demas profetas, no solo en el reinado de Ezequías, sino tambien durante un largo tiempo bajo los reinados de sus predecesores. En virtud de esta ley fue cuando Ocías, bi-

sabuelo de Ezequías, habiéndose cubierto de lepra, no tan solo fue espulsado del templo, sino que tambien fue separado del pueblo con todas las precauciones que la ley tenia prescritas. Un ejemplo tan memorable en la persona de un rey y de un tan gran rey, marca la ley demasiado presente y demasiado conocida de todo el pueblo para no convencernos de que procedia de un origen mas alto. No es menos facil que nos remontemos por Amasías, por Josafat, por Asa, por Abia, por Roboan, hasta Salomon, padre del último, quien recomienda tan encarecidamente la ley de sus padres por estas palabras referidas en los Proverbios: "Guarda, hijo mio, los preceptos de tu padre; y no olvides la ley de tu madre. » Graba los mandamientos de esta ley en tu corazón; pónela como un collar en rededor de tu cuello; cuando tu camines que siga tus pasos, que te guarden durante tu sueño; é incontinenti á luego de despertarte entretente con ellos; porque el mandamiento es una antorcha y la ley una luz, y el camino de la vida una correccion y una instruccion saludable." En lo que no hace mas que repetir lo que su padre David habia cantado: "la ley del Señor es immaculada; convierte las almas: el testimonio del Señor es sincero, y hace sabios á los niños pequeños: los juicios de Dios son rectos y regocijan los corazones: sus preceptos son

»luminosos, y alumbran los ojos.” Y todo esto ¿qué otra cosa es que la repetición y la ejecución de lo que la ley misma decía? “Los preceptos que yo te daré en el día de hoy queden grabados en tu corazón: cuéntaselos á tus hijos y no ceses de meditarlos, ya permanezcas en tu casa, ya marches por los caminos; ya cuando te acuestes por la noche, ó ya cuando te levantes por la mañana: atáelos á tu mano para que te sirvan de señal de recuerdo; ponlos en rollos que se remuevan ante tus ojos, y escríbelos á la entrada de la puerta de tu casa.” Y una ley que debía ser tan familiar, y hallarse tan precisamente entre las manos de todo el mundo, ¿podía venir por vías ocultas, ó podían olvidarse de ella jamás, y que fuese una ilusión hecha á todo un pueblo persuadirle que era la ley de sus padres sin que él hubiese visto en todos tiempos monumentos incontestables que le sirvieran de justificación?

En fin, pues que ya estamos en los tiempos de David y de Salomón, su obra mas memorable, aquella cuyo recuerdo jamás se ha borrado de la nación, era el templo. Pero ¿qué se ha hecho despues de estos dos grandes reyes luego que prepararon y construyeron este incomparable edificio? ¿Qué hicieron, pues, mas que ejecutar la ley de Moisés, que ordenaba elegir un lugar en donde se celebrase el servicio de toda la nación, en donde se ofreciesen

los sacrificios que Moisés prescribiera, en donde se custodiase el arca que había construido en el desierto, y en el cual en fin se colocase en grande el tabernáculo que Moisés hiciera edificar para que sirviese de modelo del templo futuro: de manera que no hubiese un solo momento en que Moisés y su ley no estuviesen siempre vivos á sus ojos; y la tradición de este célebre legislador que se remontaba de reinado en reinado, y casi de año en año, hasta él mismo?

Confesemos que la tradición de Moisés es demasiado manifiesta y demasiado seguida para inspirar la menor sospecha de falsedad, y que los tiempos que abraza esta sucesión se tocan demasiado cerca para dejar el menor vacío en que pueda intercalarse una suposición. Pero ¿para qué hablar aquí de suposición? Ni aun solamente pensar en ella podemos á muy poca razón de que estemos dotados. Todo está lleno, todo está gobernado, todo está por decirlo así, ilustrado con la ley y con los libros de Moisés.

No se les puede olvidar ni un solo instante; y nada es mas insostenible que querer imaginarse que el ejemplar que fue encontrado en el templo por Helcías soberano pontífice en el año XVIII de Josías, y presentado á este príncipe, fuese el único que quedase entonces, porque ¿quién habria podido destruir los otros? ¿Qué se habrian hecho las biblias de Oseas, de Isaías, de Amos, de Miqueas y de los demas

que escribieron inmediatamente antes de este tiempo, y de todos los que les siguieron en la práctica de la piedad? ¿Dónde habria aprendido la Escritura sagrada Jeremías, el que comenzó á profetizar antes de este descubrimiento y desde el año XIII de Josías? Los profetas se quejaron bien de que se violase la ley de Moisés, pero jamas se lamentaron de que se hubiesen perdido hasta los libros. No se lee ni que Acáz, ni que Manases, ni que Ammon, ni que ninguno de estos reyes impios que precedieron á Josías intentase siquiera suprimirlos. Hubiera sido tan temeraria é imposible locura como impiedad una empresa de esta especie, y la memoria de tamaño atentado jamas se hubiera borrado: y aun cuando hubiesen intentado la supresion de este divino libro en el reino de Judá, su poder no se estendia á todas las tierras del reino de Israel, en donde se encontraban conservados varios ejemplares. Se ve, pues, bien claro que este libro, que el soberano pontífice hizo presentar á Josías, no pudo ser otra cosa que un ejemplar mas correcto y mas auténtico, hecho bajo los reyes sus predecesores y depositado en el templo, ó mas bien, sin tubear, el original de Moisés que este sábio legislador "habia ordenado que se pusiese al lado del arca en testimonio contra todo el pueblo." Es lo que insinuan estas palabras de la historia sagrada: "el pontífice Helcías encontró en el

» templo el libro de la ley de Dios por la mano
 » de Moisés." Y de cualquiera manera que se entiendan estas palabras, es muy cierto que nada era mas capaz de despertar al pueblo dormido y de reanimar su celo por la lectura de la ley, acaso entonces demasiado descuidada, que un original de esta importancia dejado en el santuario por el cuidado y de orden de Moisés en testimonio contra las rebeliones y las transgresiones del pueblo, sin que sea menester figurarse la cosa mas imposible del mundo, es decir, la ley de Dios olvidada ó reducida á un solo ejemplar. Por el contrario, se ve claramente que el descubrimiento de este libro nada enseñó de nuevo al pueblo, y que no hizo mas que excitarle á prestar un oido mas atento á una voz que le era ya conocida. Es lo que hizo decir al rey: "id y rogad al Señor por mi y por los restos de Israel y de Judá, para que la ira de Dios no descargue contra nosotros con motivo de las palabras escritas en este libro, mediante á que nos han sobrevenido tan grandes males á nosotros y á nuestros padres por no haberlas observado."

Despues de esto, ya no es menester tomarse el trabajo de examinar en particular todo lo que han imaginado los incrédulos, los falsos sabios, los falsos críticos, acerca de la suposicion de los libros de Moisés. Las mismas dificultades é imposibles que se encontrarán en

cualquier tiempo que sea, tal como en el de Esdras, se encontrarán también en cualquiera otro en que quieran fijarse. Igualmente se hallará siempre en el pueblo una repugnancia invencible á mirar como antiguo aquello de que jamás haya oído hablar y como procedente de Moisés, y ya conocido y establecido, lo que quiera ponerse entre las manos y que mire como nuevo.

Es menester también recordarse de lo que no se puede jamás señalar bastante, que es la separación de las diez tribus. Esta es la fecha más notable en la historia de la nación, porque es cuando se formó un nuevo reino, y cuando el de David y el de Salomón fue dividido en dos. Y mediante á que los libros de Moisés se conservaron en los dos partidos enemigos como una herencia común, se infiere que procedían de padres comunes antes de la separación; de consiguiente procedían también de Salomón, de David, de Samuel, que le había ungido, de Heli, bajo cuya dirección Samuel aún niño había aprendido el culto de Dios y la observancia de la ley; de esta ley que David celebraba en sus salmos cantados por todo el mundo y Salomón en sus Sentencias, que todo el pueblo tenía entre sus manos. De esta manera, por alto que se suba, se encuentra siempre la ley de Moisés establecida, célebre, universalmente reconocida, encontrando por fuente

al mismo Moisés; así como en los archivos cristianos no puede encontrarse otro origen más que en los tiempos de Jesucristo y de los apóstoles.

Pero qué es lo que encontraremos allí? ¿Qué encontraremos en estos dos puntos fijos de Moisés y de Jesucristo, sino, como ya lo hemos visto, milagros visibles é incontestables, en testimonio de la misión de uno y de otro? Por una parte, las plagas de Egipto, el paso del mar Rojo, la ley dada sobre el monte Siná, la tierra abierta, y todas las demás maravillas de que se decía á todo el pueblo que él mismo había sido testigo; por la otra, curaciones sin número, resurrecciones de muertos y la del mismo Jesucristo, atestiguada por los que la vieron, y sostenida hasta la muerte, es decir, todo lo que se podía desear para confirmar la verdad de un hecho; pues que el mismo Dios, no temeré decirlo, nada podía hacer más claro para establecer la certidumbre del hecho que reducirle al testimonio de los sentidos, ni una prueba más fuerte para establecer la sinceridad de los testigos que la de una muerte cruel.

Pero después de habernos remontado por los dos lados, es decir, por el lado de los judíos y por el de los cristianos, y de haber encontrado un origen tan ciertamente milagroso y divino, quedamos todavía para completar la obra hacer ver el enlace de las dos instituciones tan mani-

fiestamente procedentes de la mano de Dios. Porque es menester que haya una relacion entre sus obras, que todo tenga un mismo designio, y que la ley cristiana, que es la última, esté subordinada á la otra. Es lo que tampoco puede negarse. No puede ponerse en duda que los judíos hayan aguardado y aguarden todavía un Cristo; y las predicciones de que ellos son los portadores, tampoco permiten dudar que este Cristo prometido á los judíos no sea el mismo en quien nosotros creemos.

CAPÍTULO XXX.

Redúcense las predicciones á tres hechos palpables: parábola del Hijo de Dios, que establece su enlace y relacion.

Como la discusion de las predicciones particulares, aunque de por sí sea muy voluminosa, depende de muchos hechos que no todos pueden apreciar debidamente, Dios ha elegido algunos que están al alcance de los mas rudos. Estos hechos illustres, estos hechos brillantes de que todo el universo es testigo, son los hechos que he procurado poner mas de manifiesto, llamando sobre ellos mas particularmente la atencion; cuales son la desolacion del pueblo judío y la conversion de los gentiles acaecidos simultáneamente, y los dos precisamente en el mismo tiempo en que el Evangelio fue predicado y en que apareció Jesucristo.

Estas tres cosas, unidas en el orden de los tiempos, lo estaban aun mucho mas en el orden de los juicios de Dios. Las antiguas profecías han hecho mencion de ellas, y todas fueron anunciadas: pero Jesucristo, fiel intérprete de las profecías y de la voluntad de su padre, nos ha explicado todavía mejor esta relacion y enlace en su Evangelio. Lo hizo en la parábola de la viña, tan familiar á los profetas. El padre de familia plantó esta viña, es decir, la verdadera religion fundada en su alianza, y la dió á unos trabajado-

fiestamente procedentes de la mano de Dios. Porque es menester que haya una relacion entre sus obras, que todo tenga un mismo designio, y que la ley cristiana, que es la última, esté subordinada á la otra. Es lo que tampoco puede negarse. No puede ponerse en duda que los judíos hayan aguardado y aguarden todavía un Cristo; y las predicciones de que ellos son los portadores, tampoco permiten dudar que este Cristo prometido á los judíos no sea el mismo en quien nosotros creemos.

CAPÍTULO XXX.

Redúcense las predicciones á tres hechos palpables: parábola del Hijo de Dios, que establece su enlace y relacion.

Como la discusion de las predicciones particulares, aunque de por sí sea muy voluminosa, depende de muchos hechos que no todos pueden apreciar debidamente, Dios ha elegido algunos que están al alcance de los mas rudos. Estos hechos illustres, estos hechos brillantes de que todo el universo es testigo, son los hechos que he procurado poner mas de manifiesto, llamando sobre ellos mas particularmente la atencion; cuales son la desolacion del pueblo judío y la conversion de los gentiles acaecidos simultáneamente, y los dos precisamente en el mismo tiempo en que el Evangelio fue predicado y en que apareció Jesucristo.

Estas tres cosas, unidas en el orden de los tiempos, lo estaban aun mucho mas en el orden de los juicios de Dios. Las antiguas profecías han hecho mencion de ellas, y todas fueron anunciadas: pero Jesucristo, fiel intérprete de las profecías y de la voluntad de su padre, nos ha explicado todavía mejor esta relacion y enlace en su Evangelio. Lo hizo en la parábola de la viña, tan familiar á los profetas. El padre de familia plantó esta viña, es decir, la verdadera religion fundada en su alianza, y la dió á unos trabajado-

res para que la cultivasen, es decir, á los judíos. Para que la vendimiasen envió por diferentes veces á sus sirvientes, que eran los profetas, que asesinaron los trabajadores infieles. Inclínose su bondad á enviarles su propio hijo: tratóronle aun peor que á sus criados. Al fin quitóles la viña, y se la dió á otros trabajadores: quitóles la gracia de su alianza para dársela á los gentiles.

Deben, pues, concurrir juntas estas tres cosas; la misión del Hijo de Dios, la reprobación de los judíos y la vocación de los gentiles. Creemos que esta parábola no necesita de más comentarios que los hechos que la han interpretado.

Habéis visto que los judíos confiesan que el reino de Judá y el estado de su república principió á decaer en el tiempo de Herodes, y cuando Jesucristo vino al mundo. Pero á las alteraciones que ellos hicieron en la ley de Dios tuvieron por resultado disminuirse visiblemente su poder, su última desolación, que dura todavía, debe ser el castigo de un crimen mucho mayor.

Este crimen visiblemente es el haber desoído á su Mesías que venia á instruirles y á darles la verdadera libertad. Desde aquel tiempo hállase sometido su cuello á una coyunda de hierro mas pesada; y ciertamente hubieran ya sucumbido del todo, y hubieran ya sido exterminados, si Dios no les reservase para servir algun día al Mesías á quien crucificaron.

Hé aquí, pues, ya un hecho averiguado y público: cual es la ruina total del estado del pueblo judío en tiempo de Jesucristo. La conversión de los gentiles, que debia verificarse en el mismo tiempo, no es cosa menos cierta ni menos justificada. A la vez que fue destruido en Jerusalem con el templo el antiguo culto, la idolatría fue atacada por todas partes; y los pueblos, que hacia ya millares de años que vivian olvidados de su Criador, salieron de su letargo.

Y para que todo esté en conformidad, las promesas espirituales empezaron á cumplirse con la predicacion del Evangelio, en el mismo tiempo en que el pueblo judío, que no habia recibido mas que las temporales, reprobado manifestamente por su incredulidad, y cautivo por toda la tierra, no tuvo ya grandeza humana que esperar. Entonces fue prometido el cielo á los que padecian persecucion por la justicia; fueron predicados los secretos de la vida futura, y fue mostrada la verdadera bienaventuranza en un parage lejos de esta mansion en donde reina la muerte, y en donde tienen su asiento el pecado y todos los males que son consecuencia de él.

Si no se descubre aqui en esto un designio sostenido siempre con constancia; si no se ve en estos sucesos un orden continuado de los juicios de la Providencia, que preparó desde el origen del mundo lo que acaba al fin de los tiempos,

y que, bajo diversos estados, pero por una sucesion siempre constante, perpetúa á los ojos de todo el universo la santa sociedad en que quiere ser servido; merece no ver nada y ser abandonado á su propia obeecacion y empedernimiento como al mas justo y al mas riguroso de todos los suplicios.

Y para que este orden sucesivo del pueblo de Dios apareciese con toda claridad á los mas cortos de vista, hizole Dios sensible y palpable con hechos que nadie puede desconocer, á menos de no cerrar voluntariamente los ojos á la luz, y de no taparse los oidos para no oír resonar los acentos de la verdad. El Mesías es aguardado por los hebreos; llega y llama á los gentiles, segun lo habia predicho. El pueblo que le reconoce como ya llegado, es incorporado al pueblo que lo aguardaba, sin que medie entre los dos tiempos un solo momento de interrupcion: este pueblo es esparcido por toda la tierra; los gentiles no cesan de agregarse á él, y esta Iglesia que Jesucristo estableció sobre la piedra, permanece incontrastable, y jamas será destruida, prevaleciendo contra los esfuerzos del infierno.

CAPÍTULO XXXI.

*De la continuacion de la Iglesia católica,
y de su manifiesta victoria sobre todas
las sectas.*

¡Qué consuelo tan grande para los hijos de Dios! ¡Pero qué conviccion de la verdad, cuando ven que desde Gregorio XVI que ocupa hoy tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se remonta sin interrupcion hasta S. Pedro, establecido por Jesucristo príncipe de los apóstoles: desde donde, volviendo á tomar el orden de sucesion de los pontífices que sirvieron bajo la ley escrita, se llega hasta Aaron y hasta Moisés, y desde éstos hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué continuacion, qué tradicion, qué encadenamiento tan maravilloso! Si nuestra mente, incierta de suyo y hecha por sus incertidumbres el juguete de sus propios racionios, tiene necesidad, en las cuestiones en que se interesa la salvacion, de ser fijada y determinada por alguna autoridad cierta; ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia católica, que reúne en sí misma toda la de los siglos pasados, y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen? Así que la sociedad que estuvo esperando á Jesucristo durante todos los siglos pasados, fue fundada en fin sobre la piedra, y en la que

S. Pedro y sus sucesores deben presidir por orden suya, se justifica ella misma por su propia continuacion, y lleva en su duracion eterna impresa la mano de Dios.

Ninguna heregia, ninguna secta, ni ninguna otra sociedad mas que la de la Iglesia de Dios ha podido darse tampoco esta sucesion tan seguida y nunca interrumpida. Las falsas religiones han podido imitar á la Iglesia en muchas cosas, y sobre todo la imitan diciendo, como ella, que es Dios quien las ha fundado: pero esta asercion en su boca no es mas que una palabra al aire. Porque si Dios ha creado al genero humano, y si, creándole á su imagen, no se ha desdenado nunca de enseñarle el medio de servirle y de agradecerle, toda secta que no demuestre su sucesion desde el origen del mundo no es de Dios.

En este punto caen á los pies de la Iglesia todas las sociedades y todas las sectas que los hombres han establecido dentro y fuera del cristianismo. Por ejemplo, el falso profeta de los árabes ha podido decir ser un enviado de Dios, y despues de haber engañado á los pueblos profundamente ignorantes, ha podido aprovecharse de las divisiones de los pueblos vecinos para estender por ellos y por la fuerza de las armas una religion enteramente sensual: pero ni se ha querido suponer que haya sido esperado, ni en fin, ha podido dar á su persona, ó á su religion,

ninguna relacion real ni aparente con los siglos pasados. El medio que adoptó para eximirse de dar estas pruebas fue bien nuevo. Receloso de que se intentase investigar en las escrituras de los cristianos testimonios de su mision, semejantes á los que Jesucristo encontraba en las escrituras de los judios, dijo que los cristianos y los judios habian falsificado todos sus libros. Sus sectarios ignorantes le creyeron bajo su palabra, seiscientos años despues de la venida de Cristo; y se anunció él mismo, no solo sin dar ningun testimonio precedente, sino tambien sin atreverse él ni los suyos á suponer ó prometer ningun milagro sensible que pudiese autorizar su mision. Del mismo modo los heresiarcas, que han fundado sectas nuevas entre los cristianos, han podido hacer la fé mas fácil, al mismo tiempo que menos sumisa, negando los misterios que sobrepujan al alcance de los sentidos. Han podido deslumbrar á los hombres con su elocuencia y con una aparente piedad, remover sus pasiones, escitar sus intereses y atraerles por la novedad y por el libertinage ya del espíritu ó ya de los sentidos; en una palabra, han podido fácilmente, ó engañarse, ó seducir y engañar á los otros, porque en esto nada hay que sea sobrehumano; pero además de no haber podido gloriarse de haber hecho ningun milagro en público, ni reducir su religion á hechos positivos de que sus sectarios fuesen testigos, existe

siempre un hecho desgraciado para ellos, que no han podido nunca ni cubrirle ni hacerle desaparecer; y este es el de su novedad. Siempre aparecerá á los ojos de todo el universo que ellos y la secta que han establecido se han separado de este gran cuerpo y de esta Iglesia antigua que Jesucristo fundó, en la que S. Pedro y sus sucesores han tenido y tienen el primer lugar, y en el que todas las sectas les han encontrado establecidos. El momento de la separación será siempre tan constante, que los hereges mismos no lo podrán negar, ni aun se atreverán solamente á intentar la prueba de su sucesion desde el origen por una continuacion jamas interrumpida. Este es el flaco inevitable de todas las sectas que los hombres han establecido. A ninguno le es dado cambiar la historia de los siglos pasados, ni darse predecesores, ó hacer que los haya encontrado en posesion. Sola la Iglesia católica puede presentar esta prueba en todos los siglos precedentes, segura de que no le será contestada su no interrumpida sucesion. La ley precede al Evangelio; la sucesion de Moisés y de los patriarcas forma una correlacion no interrumpida con la de Jesucristo: se aguardado, venir, ser reconocido por una posteridad que dura y durará mientras el mundo exista, este es el carácter del Mesías en quien nosotros creemos. "Jesucristo es hoy, era ayer, y lo será por los siglos de los siglos."

Así, además de la ventaja que tiene la Iglesia de Jesucristo de haber sido ella sola fundada sobre hechos milagrosos y divinos, que han sido escritos con toda publicidad, y sin temor de que se le desmintan, en los tiempos en que se verificaron; hé aquí, en favor de los que no vivieron en aquellos tiempos un milagro siempre permanente, que confirma la verdad de todos los otros: y es la continuacion y subsistencia de la religion siempre victoriosa sobre los errores que han intentado destruirla. A esto se puede añadir todavía otra nueva prueba en confirmacion, cual es el visible cumplimiento de un continuo castigo que pesa sobre los judíos que no recibieron al Cristo prometido á sus padres.

Le aguardan sin embargo todavía, y su esperanza siempre frustrada forma una parte de su suplicio. Le aguardan, y hacen ver al aguardarle que él ha sido siempre esperado. Condenados por sus propios libros, aseguran la verdad de la religion: llevan, por decirlo así, escrito sobre su frente el cumplimiento de cuanto se les habia anunciado: de una sola ojeada se ve lo que han sido, porque se les ve cómo estan y para qué estan reservados.

De esta manera cuatro ó cinco hechos auténticos y mas claros que la luz del sol hacen ver nuestra religion tan antigua como el mundo. Demuestran por consiguiente que no tiene

otro autor mas que el que ha fundado el universo, quien teniéndolo todo en su mano, solo él ha podido dar principio y dirigir hasta el fin un designio en el que se hallan comprendidos todos los siglos.

No hay que admirarse, pues, como sucede ordinariamente, de que Dios nos proponga la creencia de tantas cosas tan dignas de él, y al mismo tiempo tan impenetrables á la razon humana; antes mas bien hay que admirarse de que habiendo establecido la fé sobre una autoridad de tanta firmeza y tan manifiesta, queden en el mundo todavía tantos obcecados é incrédulos.

Nuestras desordenadas pasiones, el apego á nuestros sentidos, y nuestra indomable soberbia son la causa de esto. Preferimos arriesgarlo todo, á violentarnos: preferimos encenagarnos en nuestra ignorancia antes que confesarla: y queremos mejor satisfacer una vana curiosidad, y alimentar en nuestro espíritu indócil la libertad de pensar todo lo que nos ágrade, que someter nuestra razon al yugo de la autoridad divina.

De esto nace que haya tantos incrédulos; y Dios lo permite para que sirva de instruccion á sus hijos. Sin los obcecados, sin los salvages, sin los infieles que quedan, y aun en el seno mismo del cristianismo, no llegaríamos á conocer bastante la profunda corrupcion de nuestra naturaleza, ni el abismo de donde Jesucristo nos

ha sacado. Si su santa verdad no sufriese contradiccion, no veríamos la maravilla por la que se ha sostenido y dura entre tantas contradicciones, y olvidariamos al fin que somos salvados por la gracia. En el entretanto la incredulidad de los unos humilla á los otros; y los rebeldes que se oponen á los designios de Dios hacen resplandecer el poder por medio del que, é independientemente de toda otra cosa, cumple las promesas que ha hecho á su Iglesia.

¿Qué aguardamos, pues, para someternos? ¿Esperamos que Dios haga siempre nuevos milagros; que los haga inútiles continuándolos; que habitúe á ellos nuestros ojos como lo están á ver el curso del sol y todas las demas maravillas de la naturaleza? ¿O bien esperamos que los impíos y los obstinados se calleñ; que los hombres de bien y los libertinos den un igual testimonio de la verdad; que todo el mundo de comun acuerdo la prefiera á su pasion; y que la falsa ciencia, que la sola novedad admira, cese de sorprender á los hombres? ¿No es bastante lo que vemos, que no se puede combatir la religion sin mostrar, con prodigiosos estravíos, que se tiene la razon trastornada, y que no puede defenderse mas que por la presuncion ó por la ignorancia? La Iglesia, victoriosa de los siglos y de los errores, ¿no podrá vencer en nuestras almas los miserables ratiocinios que se le oponen? Y las promesas divinas, cuyo

cumplimiento vemos verificarse todos los días, ¿no podrán elevarnos sobre la esfera de los sentidos?

No se nos diga, pues, que estas promesas permanecen todavía en suspensión, y que como se estienden hasta el fin del mundo, hasta que este llegue no podremos gloriarnos de haber visto realizado su cumplimiento; porque, por el contrario, lo pasado nos sirve de garantía para lo futuro: tantas antiguas predicciones, tan visiblemente cumplidas, nos aseguran que nada quedará sin cumplimiento; y que la Iglesia, contra quien el infierno, según la promesa del Hijo de Dios, no podrá jamás prevalecer, permanecerá siempre subsistente hasta la consumación de los siglos, mediante á que Jesucristo, verdad infinita, no ha dado otros límites á su duración.

Las mismas promesas nos aseguran la vida futura. Dios, que se ha mostrado tan fiel cumpliendo lo concerniente al siglo presente, no lo será menos para cumplir lo que concierne al siglo futuro, del que todo lo que vemos no es mas que una preparacion; y la Iglesia será sobre la tierra siempre inmutable é invencible hasta que reunidos sus hijos, sea transmigrada toda entera al cielo, que es su verdadera mansion. Para los que sean excluidos de aquella ciudad celestial, estáles reservado un castigo eterno; y despues de haber perdido por culpa suya una

bienaventuranza perdurable, no les quedará mas que una eternidad infeliz.

De esta manera terminan los juicios de Dios siempre inmutables; sus promesas y sus amenazas son igualmente ciertas; y lo que ejecuta en el tiempo, nos asegura lo que nos prescribe con respecto á las esperanzas ó temores sobre la eternidad.

Hé aquí, pues, lo que nos enseña la historia de la religion puesta en compendio ante vuestra vista. Por el tiempo os conduce á la eternidad. Veis un orden constante en todos los designios de Dios, y una señal visible de su poder en la duración perpétua de su pueblo. Reconocéis que la Iglesia tiene un tronco siempre subsistente, del cual no es posible separarse sin perderse, y que los que, estando unidos á él, hacen obras dignas de su fé, se aseguran la vida eterna.

Estudiad, pues, Sermo. Sr., con una atención particular esta historia continuada de la Iglesia, que os asegura tan claramente todas las promesas de Dios. Todo lo que rompe esta cadena, todo lo que sale de este círculo, todo lo que se eleva de sí mismo, y no viene en virtud de las promesas hechas á la Iglesia desde el origen del mundo, debe causaros horror. Emplead todas vuestras fuerzas en traer á esta unidad todo lo que se ha desviado de ella, y en hacer escuchar á la Iglesia por medio de la

cual el Espíritu Santo pronuncia sus oráculos.

La gloria de vuestros predecesores consiste no solo en no haberla jamás abandonado, sino en haberla siempre defendido y protegido, y haber merecido por esto ser llamados sus hijos primogénitos, que es sin duda el más glorioso timbre de que se han envanecido.

No tengo necesidad de hablaros de Clovis, de Carlo-Magno, ni de S. Luis. Considerad solo el tiempo en que vivís, y mirad sin perder de vista al padre de quien Dios os ha hecho proceder. Un rey tan grande en todo, se distingue más por su fé que por las otras admirables cualidades de que se halla adornado. Protege la religión dentro y fuera del reino, y hasta en las últimas estremidades del mundo. Sus leyes son uno de los más fuertes baluartes de la Iglesia. Su autoridad, acatada tanto por el mérito de su persona, como por la magestad de su cetro, no tiene mejor apoyo que cuando defiende la causa de Dios. Ya no se oyen blasfemias; la impiedad aterrada tiembla ante su presencia: es el rey señalado por Salomón, que conjura todos los males con solo su mirada. Si ataca á la heregía por tantos y más medios que de los que se sirvieron sus predecesores, no es ciertamente porque tema que su trono vacile; todo está tranquilo y sometido á sus pies, y sus armas son temidas por toda la tierra: sino porque ama á sus pueblos, y porque viéndose elevado por la

mano de Dios á un poder que no encuentra igual en el universo, conoce que no puede hacer un uso mejor de él que empleándole en curar las llagas de la Iglesia.

Imitad, Sermo. Sr., un tan bello ejemplo, y trasmitidle en herencia á vuestros descendientes. Recomendadles su Iglesia con más encarecimiento que este gran imperio que vuestra real estirpe está gobernando después de tantos siglos. Que vuestra augusta dinastía, la primera en dignidad que hay en el mundo, sea la primera en defender los derechos de Dios, y en estender por todo el universo el reino de Jesucristo, que es quien la hace reinar con tanta gloria.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

DE LOS IMPERIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Las revoluciones de los imperios son arregladas por la Providencia, y sirven para humillar á los príncipes.

Aunque en nada sea comparable el orden, la sucesion, la continuada unidad en el objeto que presenta la historia de la verdadera Iglesia, con la que ofrece la de los imperios, que trato ahora de esponer á V. A., no es menos útil, no diré solo á los príncipes que como V. A. estan destinados á gobernar un grande Estado, sino tambien á los particulares que contemplan en estos grandes objetos los secretos de la divina Providencia.

En primer lugar, la historia de estos grandes imperios tiene un enlace y relaciones necesarias con la del pueblo de Dios. Dios se sirvió de los asirios y de los babilonios para castigar á su pueblo; de los persas, para restablecerle; de Alejandro y de sus primeros sucesores, para protegerle; de Antioco el Ilustre y de sus sucesores, para ejercitar su paciencia; y de los romanos,

para mantener su libertad contra los reyes de Siria que solo procuraban acabar con ella. Los judíos continuaron bajo la proteccion de sus leyes hasta la venida de Jesucristo, sometidos al poder de los mismos romanos. Cuando no quisieron reconocerle y le crucificaron, los mismos romanos, sin apercibirse de ello, prestaronse como instrumentos de la venganza divina, y esterminalaron á aquel ingrato pueblo. Dios, que resolviera reunir en el mismo tiempo al nuevo pueblo formándole de todas las naciones, empezó por reunir primero las tierras y los mares bajo aquel mismo imperio. El comercio de tantos diversos pueblos en otro tiempo tan desconocidos entre sí, y despues reunidos bajo la dominacion romana, fue uno de los medios mas poderosos de que la Providencia se sirvió para difundir el Evangelio. Si el mismo imperio romano persiguió durante trescientos años á este nuevo pueblo que por todas partes ibase multiplicando en su recinto, su persecucion sirvió para afirmar la Iglesia cristiana y para confirmarla, haciendo resplandecer mas su gloria con su fé y su paciencia. En fin, el imperio romano cesó en sus proyectos de persecucion; y encontrando una cosa mas fuerte é invencible que él, recibió pacíficamente en su seno á esta misma Iglesia á quien hiciera una tan larga y cruda guerra. Los emperadores hicieron uso de su autoridad y de su poder para que se prestase obediencia

cia á la Iglesia: y constituyóse Roma capital del imperio espiritual que Jesucristo se dignó y fue su voluntad estender por toda la redondez de la tierra.

Luego que llegó el tiempo en que el poder romano debía tener su fin, y que aquel grande y vasto imperio, que se prometiera ser eterno, sucumbiera al destino de los demas, Roma, presa de los bárbaros, conservó por la religion su antigua magestad y esplendor. Las naciones que invadieron el imperio romano fueron aprendiendo en el poco á poco la piedad cristiana que suavizó sus costumbres, y fueles despojando de su rudeza y ferocidad; y sus reyes, ocupando cada uno en su nacion el lugar de los emperadores, no encontraron entre los títulos con que se condecoraron ninguno mas glorioso que el de protectores de la Iglesia.

Pero es necesario descubrirnos los juicios secretos de Dios sobre el imperio romano y sobre la misma Roma: misterio que el Espíritu Santo reveló á S. Juan, y que este gran hombre, apóstol, evangelista y profeta, ha explicado en el Apocalipsis. Roma, envejecida en el culto de los ídolos, costábele gran dificultad en deslucirse de ellos aun en tiempo de los emperadores cristianos, y el Senado creíase obligado por honor á defender los dioses de Rómulo, á quienes se atribuían todas las victorias de la antigua república. Hallábanse ya cansados los emperadores

de recibir las diputaciones de este gran cuerpo que les exigia el restablecimiento de sus ídolos, y quien creía que corregir á Roma de sus añejas supersticiones era hacer una injuria al pueblo romano. Así era que esta corporacion, compuesta de las personas mas eminentes del imperio y una inmensa muchedumbre de pueblo, en cuyo número entraban casi todos los mas poderosos de Roma, no podian ser convencidos de sus errores ni por la predicacion del Evangelio, ni por un tan visible cumplimiento de las antiguas profecias, ni por la conversion de casi todo el resto del imperio, ni en fin, por la de los príncipes cuyos decretos todos autorizaban el cristianismo. Por el contrario, continuaban en llenar de oprobios á la Iglesia de Jesucristo, á quien acusaban tambien, á ejemplo de sus padres, de todas las desgracias del imperio, siempre dispuestos á renovar las antiguas persecuciones si no hubieran sido reprimidos por los emperadores. Todavía se hallaban las cosas en este estado en el cuarto siglo de la Iglesia y cien años despues de Constantino, cuando al fin Dios, movido de indignacion por tantos y tan crueles decretos del Senado contra los fieles, y al mismo tiempo de los furiosos gritos que todo el pueblo romano, codicioso de sangre cristiana, hiciera resonar con tanta frecuencia en el anfiteatro, entregó á los bárbaros aquella ciudad embriagada con la sangre de los mártires, según dice S. Juan. Dios renovó en

ella los terribles castigos con que en otro tiempo habia afligido á Babilonia. Y aun Roma fue tambien designada con este nombre. Esta nueva Babilonia, imitadora de la antigua, y como ella engreida con sus victorias, ostentando su triunfo en sus delicias y en sus riquezas, manchada con sus idolatrías, y perseguidora del pueblo de Dios, recibió tambien como aquella un gran golpe, y S. Juan cantó su ruina. La gloria de sus conquistas, que ella atribuía á sus dioses, desapareció, y fue arrebatada: presa de los bárbaros, fue tomada tres y cuatro veces, entregada al saco, asolada y destruida. Solo los cristianos se escaparon de ser víctimas de la espada de los bárbaros. Otra segunda Roma toda cristiana renació de las cenizas de la primera; y despues de la inundacion de los bárbaros es cuando tuvo su complemento la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos, los que no solo fueron destruidos, sino que quedaron enteramente olvidados.

Asi es como los imperios del mundo han servido á la religion y á la conservacion del pueblo de Dios: y es por lo que este mismo Dios, que hizo predecir á sus profetas los diversos estados de su pueblo, les hizo predecir tambien la sucesion de los imperios. Ya habeis visto los pasages en que Nabucodonosor ha sido señalado como el que debia venir para castigar á los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judío, ingrato hácia su autor. Habeis oido nombrar á

Ciro doscientos años antes de su nacimiento como el designado para restablecer al pueblo de Dios y castigar el orgullo de Babilonia. La ruina de Ninivé fue anunciada con no menos claridad. Daniél en sus admirables visiones ha hecho pasar en un instante ante vuestros ojos el imperio de Babilonia, el de los medos y el de los persas, el de Alejandro y el de los griegos. Las blasfemias y las crueldades de un Antíoco, el Ilustre fueron tambien profetizadas, asi como las victorias milagrosas del pueblo de Dios sobre un tan violento perseguidor. Vése en las mismas profecias caer estos famosos imperios unos tras otros; y el nuevo imperio que Jesucristo debia fundar se ve en ellas tan espresamente señalado con sus propios caracteres, que es imposible dejar de conocerle. Es el imperio de los santos del Altísimo; es el imperio del hijo del hombre: imperio que debe subsistir y mantenerse estable entre las ruinas de todos los otros, y al que solo le está prometida la eternidad.

Los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios de este mundo, es decir, sobre el imperio romano, no nos han sido ocultados. Acabais de saberlos por boca de S. Juan. Roma ha sentido pesar sobre sí la mano de Dios, y ha sido como los otros imperios un ejemplo de su justicia. Pero su suerte era mas feliz que la de las otras ciudades. Purgada por medio de sus desastres de los restos de la idolatría, no subsiste

ya mas que por el cristianismo que ella misma anuncia a todo el universo.

De esta manera todos los grandes imperios que hemos visto sobre la tierra han concurrido por diversos medios al bien de la religion y a la gloria de Dios, así como el mismo Dios lo habia declarado por sus profetas.

Cuando leais tantas veces en sus escritos que los reyes entrarán en tropel en la Iglesia y que serán sus protectores, reconocéis en estas palabras á los emperadores y á los demás principes cristianos, y como los reyes vuestros predecesores se han distinguido mas que ninguno protegiendo y estendiendo la Iglesia de Dios, no temere aseguraros que son ellos entre todos los reyes quienes han sido mas claramente designados en estas ilustres profecías.

Dios, pues, que tenia el designio de servirse de los diversos imperios para castigar, o para ejercitar, o para estender, o para proteger a su pueblo, queriéndose hacer conocer por el autor de un tan admirable designio, descubrió su secreto á los profetas, é hizoles predecir lo que habia resuelto ejecutar. Es porque como los imperios entraban en el orden de los designios de Dios sobre el pueblo que él habia elegido, la fortuna de estos imperios se encuentra anunciada por los mismos oráculos del Espíritu Santo que predican la sucesion del pueblo fiel.

Cuanto mas os vayais acostumbando á exa-

minar los grandes acontecimientos, y á referirlos á sus principios, mas os admirareis de los juicios de la Providencia. Importa mucho que vayais grabando, desde temprana edad, en vuestra memoria estas ideas, que irán ilustrandose mas y mas de dia en dia en vuestra razon, y que aprendais á referir las cosas humanas á los juicios de esta eterna sabiduria de quien dependen.

Dios no declara todos los dias por medio de sus profetas las determinaciones de su voluntad tocante á los reyes y á las monarquias que levanta o destruye; pero habiendolo hecho tantas veces en los grandes imperios de que acabamos de hablar, nos manifiesta, por medio de aquellos famosos ejemplos, lo que hace en todos los demás; y enseña a los reyes estas dos verdades fundamentales: primera, que él es quien forma los reinos para dárselos á quien y como le place; y segunda, que sabe hacerlos servir, en el tiempo y en el orden que ha determinado, a los designios que tiene sobre su pueblo.

Esto es lo que debe tener á todos los principes en una absoluta dependencia, haciéndoles siempre estar atentos para cumplir las órdenes de Dios, á fin de prestarle su mano en lo que él medite en pro de su gloria en todas las ocasiones que les presente.

Pero esta historia de los imperios, aun considerándola de tejas abajo, presenta grandes lec-

ciones útiles, señaladamente á los príncipes, porque la arrogancia, compañera ordinaria de una condicion tan eminente, se ve muy humillada mirando las cosas de esta manera.

Porque si los hombres aprenden á moderarse viendo morir á los reyes, ¿cuánto mas fuerte no será la impresion que reciban al ver desaparecer los reinos? ¿Y puede recibirse una leccion mas provechosa para conocer la vanidad de las grandezas humanas?

Y así, cuando veis pasar como en un instante ante vuestros ojos, no digo á los reyes y á los emperadores, sino á los grandes imperios que han hecho temblar al orbe entero; cuando veis á los asirios antiguos y modernos, á los medos, á los persas, á los griegos y á los romanos presentarse ante vos sucesivamente, y caer, por decirlo así, unos tras otros, esta espantosa caida os hace conocer que nada hay de sólido entre los hombres, y que la inconstancia y la agitacion son el patrimonio propio de las cosas humanas.

CAPÍTULO II.

Las revoluciones de los imperios son motivadas por causas particulares que los príncipes deben estudiar.

Empero lo que hará mas útil y agradable este espectáculo, será reflexionar no solo sobre la elevacion y caída de los imperios, sino sobre las causas que han dado motivo á su engrandecimiento y á su decadencia.

Porque este mismo Dios que ha formado el encadenamiento del universo, y que, Omnipotente por sí mismo, ha querido, para establecer el orden, que las partes de un tan gran todo dependiesen las unas de las otras; ha querido tambien que el curso de las cosas humanas tuviese su orden y sus proporciones: quiero decir, que los hombres y las naciones tuviesen cualidades proporcionadas á la elevacion á que les tenia destinados; y que á escepcion de ciertos golpes extraordinarios, en que Dios quiso que su mano apareciese sola, no ha acaecido gran suceso ninguno cuyas causas no existiesen en los siglos precedentes.

Y como en todos los negocios se encuentra alguna que los prepare, que determine á emprenderlos, y de la cual dependa su buen éxito, la verdadera ciencia de la historia consiste en

observar en cada tiempo estas secretas disposiciones que han preparado los grandes trastornos y las circunstancias importantes que les han dado ocasion para verificarse.

En efecto, no basta mirar solo, es decir, considerar estos grandes acontecimientos que deciden de un golpe de la suerte de los imperios. Quien quiera entender á fondo las cosas humanas, debe estudiar los sucesos de lejos, ó bien tomar el hilo desde muy alto; le es menester observar las inclinaciones y las costumbres, ó por decirlo de una vez, el carácter tanto de los pueblos dominantes en general, como de los principes en particular, y en fin, de todos los hombres extraordinarios que, por la importancia del papel que han tenido que representar en el mundo, han contribuido en bien ó en mal á la mudanza de los estados y á la fortuna pública.

He procurado prepararos para estas importantes reflexiones en la primera parte de este discurso; habreis podido observar en ella la indole de los pueblos y la de los grandes hombres que les han gobernado. Los acontecimientos que han producido un resultado os los he manifestado; y á fin de obligaros á prestar atencion al encadenamiento de los grandes sucesos del mundo, que queria principalmente hacer os comprender, he pasado en silencio muchos hechos par-

ticulares, cuyas consecuencias ó resultados no han sido tan considerables.

Para no interrumpir el orden histórico hemos dejado de hacer las reflexiones que merecian ciertas cosas; por las cuales hemos pasado con demasiada precipitacion; pero ahora debeis fijar en ellas una particular atencion, acostumbrándoos á investigar los efectos en sus causas mas remotas.

Por este medio aprendereis lo que tan necesario os es saber; que no mirando mas que los sucesos particulares parece que solo la suerte es la que decide del establecimiento y de la ruina de los imperios; pero estudiando todas las circunstancias, y examinando todas las causas que han podido producir aquel resultado, sucede al poco mas ó menos lo que en el juego, que el mas diestro y quien sabe preparar mejor las jugadas acaba por ganar á la larga.

En efecto, en este juego sangriento, en que los pueblos se disputan el imperio y el poder, el que ha tenido mayor prevision, quien se ha aplicado mas á estudiar el golpe que preparaba, quien se ha detenido mas largo tiempo en disponerlo todo, y en fin, quien mejor ha sabido precipitar ó detener el curso de las cosas segun las ocasiones, ha triunfado al fin y ha hecho servir la fortuna á sus deseos.

Por lo tanto, no os canseis de examinar las

causas que han producido los grandes trastornos, porque nada os será más útil para vuestra instruccion; pero investigadlas sobre todo en la sucesion de los grandes imperios, en la cual la magnitud de los acontecimientos las hace mas palpables.

CAPÍTULO III.

De los escitas, de los etiopes y de los egipcios.

No contaremos entre los grandes imperios el de Baco ni el de Hércules, el de aquellos célebres vencedores de las Indias y del Oriente. Ni en sus historias se encuentra nada de cierto, ni en sus conquistas se guarda ningun orden: cebrénlos muy enhorabuena los poetas, para quienes han servido de gran argumento para sus fábulas.

Tampoco hablaremos del imperio que el Madyes de Herodoto, que se asemeja bastante al Inda Thyrso de Megastenes y al Tanao de Justino, estableció por un poco de tiempo en el Asia mayor. Los escitas, que aquel príncipe conducia á la guerra, hicieron mas bien incursiones que conquistas. No fue mas que por acaso y persiguiendo á los cimarienses como entraron en la Media, batieron á los medos, y les tomaron aquella parte del Asia en que tenian establecida su dominacion. Aquellos nuevos conquistadores solo reinaron alli veinte y ocho años. Perdiéronla por su impiedad, por su avaricia y por su brutalidad; y Ciaxares, hijo de Fraorte, de quien la conquistaron, les espulsó de ella. Espulsóles mas bien por destreza y sagacidad que por la fuerza. Reducido á un rincon de su reino

tomo II. 16

que los vencedores despreciáran, ó quizá que no pudieron forzar, aguardó con paciencia á que los conquistadores se concitasen contra sí mismos por su brutalidad el ódio público, y se derrotasen á sí mismos por el desórden de su gobierno.

Encontramos tambien en Estrabon, que lo ha sacado del mismo Megastenes, un Tearcon, rey de Etiopía: debe ser este el Tharaca de la Escritura, cuyas armas fueron temidas en tiempo de Senaquerib, rey de Asiria. Aquel príncipe penetró hasta las columnas de Hércules, aparentemente á lo largo de la costa de Africa, y pasó hasta Europa. Pero ¿qué podré yo decir de un hombre de quien no vemos en los historiadores mas que cuatro ó cinco palabras, y cuya dominacion no tuvo consecuencia ninguna?

Los etiopes, de quienes era rey, eran, segun Herodoto, los mejor formados de todos los hombres, y de una gran estatura: estaban dotados de viveza y de ingenio; pero cuidaban poco de cultivar sus buenas disposiciones poniendo su confianza en sus robustos cuerpos y membrudos brazos. Sus reyes eran electivos, y ascendian al trono al de mas estatura y mas fuerza. Se puede juzgar de su carácter por una accion que nos refiere Herodoto. Cuando Cambyses les envió para sorprenderles embajadores y presentes, tales como solian hacerlos los persas, púrpura, braceletes de oro y esencias ó perfumes, se burlaron de sus regalos

porque no veían en ellos ninguna cosa útil á la vida, asi como de sus embajadores, á quienes miraron, por lo que realmente eran, como unos espías. Pero su rey quiso tambien corresponder con otro presente á su manera al rey de los persas: cogiendo con la mano un arco, que á un persa le costaria mucho trabajo poder sostener, y despues de prepararle en presencia de los embajadores, les dijo: "Hé aquí el consejo que el »rey de Etiopía da al rey de Persia. Cuando los »persas puedan manejar con la facilidad que yo »acabo de hacerlo un arco de esta magnitud y »peso, que vengan á atacar á los etiopes, y que »traigan mas tropas que las que tiene Cambyses. »En el entretanto que den gracias á los dioses »por no haber inspirado á los etiopes deseos de »estenderse fuera de su pais." Dicho esto, aflojó el arco y se le entregó á los embajadores. No puede decirse cuál hubiera sido el resultado de la guerra. Cambyses, irritado de esta respuesta, se puso en marcha hácia la Etiopía como un loco, sin orden, sin convoyes, sin disciplina, y vió perecer su ejército por falta de subsistencias en medio de los arenales, y antes de acercarse al enemigo.

Los etiopes no eran sin embargo tan justos como se jactaban ellos de serlo, ni se habian limitado á estarse encerrados en su pais. Sus vecinos los egipcios habian medido varias veces sus fuerzas con ellos. En estas naciones salvages

no se ve orden ni concierto en su gobierno, porque si bien se observan en ellas algunas felices disposiciones, no las han cultivado; y si la naturaleza les inspira algunas veces buenos sentimientos, se sofocan al nacer: por lo que pocas cosas tenemos de ellas que aprender ni que imitar. Dejémoslas, pues, y hablemos de los pueblos civilizados.

Entre los egipcios es en donde se han sabido primero las reglas de gobierno. Esta nacion grave y seria conoció desde luego el verdadero fin de la política, que se dirige á hacer la vida cómoda, y á los pueblos felices. La igual temperatura de que se goza en aquel pais contribuye en gran manera á que los egipcios tengan un talento sólido y constante. Como la virtud es el fundamento de toda la sociedad, procuraron cultivarla con esmero. Su principal virtud fue el reconocimiento. La reputacion de gloria que les ha dado el ejercicio de esta virtud, calificándoles de ser los mas reconocidos de todos los hombres, prueba tambien que eran los mas sociables. Los beneficios son el vínculo de la concordia pública y particular. Quien reconoce los beneficios que ha recibido, gusta de hacerlos; y desterrando la ingratitud, el placer de hacer bien es tan puro, que es imposible dejar de ser sensible á él. Sus leyes eran sencillas, equitativas, y muy á propósito para establecer la union entre los ciudadanos. Aquel que, pu-

diendo salvar á un hombre en peligro, no lo hacia, era condenado á muerte con el mismo rigor que un asesino. Si no se podia socorrer al que era acometido ó atacado por otro, á lo menos era preciso denunciar al autor de la violencia; y habia penas establecidas contra los que faltaban al cumplimiento de esta obligacion. De esta manera los ciudadanos velaban en su propia y recíproca defensa, y todo el cuerpo del Estado formaba una asociacion compacta contra los malvados. No se toleraba que persona alguna fuese inútil al Estado: la ley señalaba á cada ciudadano el cargo ú oficio que habia de desempeñar, el cual se trasmitia de padre á hijo. Ni podian tenerse dos, ni variar de profesion; pero todos los oficios y profesiones eran igualmente apreciables, y ninguno era tachado de deshonoroso: menester era que hubiese empleos, y personas que gozasen de mas consideracion, así como es menester que el cuerpo tenga ojos; pero ni su brillo ni su hermosura son causa de que se tengan en menosprecio ni los pies ni las demas partes bajas del cuerpo, porque todas concurren al desempeño de las funciones necesarias y útiles al todo. Así era, que entre los egipcios, los sacerdotes y los militares llevaban para distinguirse unas insignias ó sean decoraciones particulares: pero todos los oficios, hasta aquellos mas humildes, eran tenidos en estimacion; y no se creia que estaba exento de crimen

despreciar á los ciudadanos, que por ocuparse en trabajos humildes, cualesquiera que fuesen, se les supusiera que no contribuian como los demas al bienestar de la sociedad. Por este medio todas las artes llegaban á la perfeccion: el honor que se las dispensaba estendia por todas ellas la noble emulacion y una rivalidad gloriosa; y se hacia por consiguiente mejor lo que siempre se habia visto hacer, y aquello mismo en que todos y cada uno se habian estado ejercitando desde su infancia.

Habia sin embargo una ocupacion comun, qual era el estudio de las leyes y de la sabiduría. No era permitido ignorar ni los fundamentos de la religion ni los reglamentos de policia y buen orden. Además, cada profesion tenia un cierto distrito que le estaba señalado, y en el que tenían que habitar. Por este medio no solo se evitaban un sinnúmero de incomodidades, sino que, reinando un orden tan admirable, los holgazanes no podian esconderse de la vista de los demas.

Empero lo que era mucho mejor, que las buenas leyes se conservaban, porque á los egipcios se habia sabido inspirarles amor á su legislacion y á su patria, y se habia creado un espíritu público que les inducia mas que nada á observarlas con religiosidad. Una costumbre nueva era un prodigio en Egipto: todo se hacia allí siempre del mismo modo; y el cuidado y exac-

titud con que se procuraban conservar las cosas pequeñas, hacian que se mantuviesen las grandes. Por esta razon no ha habido pueblo que haya conservado por mas largo tiempo sus usos y sus leyes. El modo con que se administraba la justicia contribuia á conservar y á alimentar este espíritu. Treinta jueces se sacaban de las principales ciudades para formar el tribunal que administraba justicia en todo el reino. Estaban acostumbrados á no ver ocupar los asientos en este tribunal mas que á las personas mas honradas y respetables del pais. El príncipe les asignaba una cierta renta para que viviesen con independencia, y libres de los cuidados domésticos que les distrajeran, para que enteramente se consagrasen al desempeño de su magistratura, y ocupasen su tiempo en hacer observar las leyes. No cobraban ningunos derechos de los litigantes, y administrábanles justicia gratuitamente, hallándose ya remunerados sus servicios con la renta que se les asignaba. Para evitar las sorpresas, obligábase á las partes á presentar sus demandas por escrito, y no se permitia que los defensores hablasen; porque se temia que la falsa elocuencia, poniendo en conmocion las pasiones, ofuscase la razon y la deslumbrase: la verdad debe esponderse desnuda de todo atavío. El presidente del senado llevaba un collar de oro y de piedras preciosas, del que pendia una figura sin ojos, que se llamaba la verdad. Cuan-

do la tomaba servia de señal para comenzar la sesion, y la forma de que se usaba para pronunciar la sentencia era aplicarla á la parte que se le declaraba con mejor derecho. Uno de los mejores artificios de que se servian los egipcios para conservar sus antiguas máximas, era revestirlas de ciertas ceremonias que, al mismo tiempo que escitasen al respeto, grabaran en el ánimo una saludable impresion. Las ceremonias se hacian con pausa y gravedad, porque el carácter serio y grave de los egipcios no consentia que se practicasen como meras fórmulas. Los que no tenian negocios, y aquellos cuya vida era inocente, podian evitar el exámen de este severo tribunal. Pero en Egipto habia un juicio muy extraordinario, y del que nadie se escapaba: era ciertamente un consuelo al morir dejar un nombre sin tacha, y llevar la satisfaccion de que su memoria seria apreciable entre los hombres y honrada y distinguida con su estimacion, porque de todos los bienes humanos es el único de que la muerte no nos puede privar. Mas no era permitido en Egipto elogiar indistintamente á todos los finados: era necesario obtener este honor por un juicio público. Tan luego como un hombre moria, traducíasele ante el tribunal. Hablaba el fiscal: si probaba que la conducta del difunto habia sido mala, era condenada su memoria, y se le privaba de sepultura. El pueblo admiraba el poder de las le-

yes, que se estendia á mas allá del dominio de la vida; y todos, movidos de los buenos ejemplos, ó temerosos de la pena infamante que se les aplicaria despues de muertos, temian deshonrar su memoria y trasmitir á su familia un legado de ignominia. Mas si el muerto no era convicto de ningun delito, concedíasele una honrosa sepultura, y se pronunciaba su panegirico, pero sin hablar una sola palabra en él de su nacimiento. En Egipto todos eran nobles, y no gustaban de mas elogios que de aquellos de que se habian hecho merecedores por sus virtudes y servicios. Ya se sabe con qué curiosidad los egipcios conservaban los cadáveres: aún vemos en el dia momias suyas perfectamente conservadas. Su reconocimiento hácia sus padres era inmortal: los hijos, al ver los cuerpos de sus ascendientes, se acordaban de las virtudes que el público habia reconocido en ellos, y este era un incentivo para imitarles, y para amar las leyes que les habian dejado y les regian. Para evitar los empréstitos, que es donde suelen tener su origen la holgazanería, los fraudes y los embrollos, el decreto del rey Asichis prohibia pedir prestado á menos que no se empeñase como prenda pretoria para afianzar el pago el cuerpo de su padre. Era una infamia y una impiedad al mismo tiempo no rescatar prontamente una prenda tan preciosa; y el que

moria sin haber pagado su deuda rescatando la prenda puesta en fianza, era privado de sepultura.

El trono era hereditario; pero los reyes estaban mas sometidos que todos los demas á las leyes. Las tenian ellos particulares que un rey habia redactado, y que formaban una parte de los libros sagrados. No se disputaba ninguna prerogativa á los reyes, ni nadie tenia el derecho de violentarles; muy al contrario, se les respetaba como á dioses: y por una costumbre antigua se hallaba arreglado todo, y de tal modo que á ellos mismos no se les ocurría siquiera vivir de otra manera que habian vivido sus predecesores. Asi era que consentian sin repugnancia en que se les señalase la cantidad que debian comer y beber y la calidad de las viandas (siendo esto una cosa ordinaria en Egipto, en donde todo el mundo era sóbrio, y en donde el aire del pais inspiraba la frugalidad), sino que tambien se les distribuian todas las horas del dia. Al amanecer, que era cuando se levantaban, y que es cuando la cabeza se halla mas despejada y está la razon mas clara, leían los asuntos que habian de despachar para formar por sí mismos un juicio mas recto y mas verdadero de los negocios que tenian que decidir. Tan luego como se habian vestido, iban á sacrificar al templo; y allí, rodeados de toda su corte y puestas las víctimas sobre el altar, asis-

tian á una oracion muy instructiva, en la que el pontífice pedia á los dioses se dignasen conceder al príncipe todas las virtudes reales, de manera que fuese religioso hácia los dioses, benéfico para con los hombres, moderado, justo, magnánimo, sincero, enemigo de la mentira, señor de sí mismo, severo castigando al culpable sin venganza, y generoso para recompensar el mérito con liberalidad. El pontífice hablaba en seguida de los defectos en que podian incurrir los reyes: pero siempre suponía que no delinquian sino por sorpresa ó por ignorancia, por lo que cargaba de imprecaciones á los ministros que les daban malos consejos, y les callaban ó disimulaban la verdad. Tal era el modo con que se instruía á los reyes. Créase que las reconvenções y vituperios solo servian para irritar los ánimos y exacerbar las pasiones; y que el medio mas eficaz de inspirarles la virtud, era señalarles sus obligaciones en elogios conformes á las leyes, pronunciados con gravedad y respeto en presencia de los dioses. Despues de la oracion y del sacrificio, leíanse al rey, en los sagrados libros, los consejos y las acciones de los hombres grandes para que gobernase su Estado por sus máximas, y conservase en su vigor las leyes que habian labrado la felicidad de sus predecesores y la de sus súbditos.

Lo que prueba que estas enseñanzas se hacian y escuchaban con toda seriedad, es el fruto

que producian. Entre los tebanos, es decir, en la dinastía principal, en aquella en que las leyes estaban en vigor, y que llegó por tanto á hacerse la señora de todas las otras, los reyes fueron los mas grandes hombres. Los dos Mercurios, autores de las ciencias y de todas las instituciones de los egipcios, uno inmediato á los tiempos del diluvio, y el otro, á quien llamaron el Trismegisto, ó el tres veces grande, contemporáneo de Moisés, han sido, los dos, reyes de Tebas. Todo el Egipto se aprovechó de sus conocimientos, y Tebas es deudora á sus instrucciones de haber tenido tan pocos malos príncipes. Estos eran respetados durante su vida, porque así lo exigia la tranquilidad pública; pero no eran esceptuados del juicio que debian sufrir despues de su muerte. Algunos, aunque muy raros, fueron privados de la sepultura; pero por lo comun, la mayor parte de los reyes fueron tan queridos de los pueblos que todos lloraban su muerte tanto como la de sus padres ó de sus hijos.

Esta costumbre de juzgar á los reyes despues de su muerte pareció tan santa al pueblo de Dios, que la ha siempre practicado. Vemos en la Escritura que los malos reyes eran privados de la sepultura de sus antepasados; y sabemos por Josefo que esta costumbre duraba todavía en tiempo de los Asmoneos. Hacía entender á los reyes que si su magestad les sobreponia durante

su vida á los juicios humanos, tenian que someterse á esta ley luego que la muerte les igualaba con todos los demas hombres.

Los egipcios estaban dotados de un genio de invencion, pero empleánbale en cosas útiles. Sus Mercurios llevaron el Egipto de invenciones maravillosas, y no le habian dejado casi ignorar nada de cuanto podia contribuir á la comodidad y tranquilidad de la vida. Sin embargo, no puedo dejar en posesion á los egipcios de la gloria que han atribuido á sus Osiris de haber inventado la labor; porque la encontramos establecida en todos tiempos en los países vecinos á la tierra por donde el género humano se esparció, y no puede ponerse en duda que la agricultura fue ya conocida desde el origen del mundo. Tambien daban los mismos egipcios una tan gran antigüedad á Osiris, que se ve bien claro que han confundido su tiempo con el del principio del universo, y que han querido atribuirle cosas cuyo origen era mucho más antiguo que los tiempos conocidos de su historia. Pero si los egipcios no inventaron la agricultura ni las otras artes que hemos visto establecidas antes del diluvio, las han perfeccionado de tal manera, y pusieron un tan gran cuidado en restablecerlas entre los pueblos en que la barbarie las habia hecho olvidar, que no es menos grande su gloria que si hubiesen sido sus inventores. Sin embargo, no puede disputárseles la in-

vencion de otras muchas artes muy importantes. Como su pais era llano, y gozaban de un cielo siempre puro y sereno, fueron los primeros que observaron el curso de los astros, y los primeros tambien que arreglaron el año. Aquellas observaciones naturalmente les inspiraron las primeras ideas de la aritmética; y si es verdad lo que dice Platon, que el sol y la luna han enseñado á los hombres la ciencia de los números, es decir, que se han comenzado á arreglar las cuentas por las de los dias, de los meses y de los años, los egipcios fueron sin duda los primeros que recibieron lecciones de estos maravillosos maestros. Los planetas y los demas astros no les han sido menos conocidos; y encontraron este gran año que refiere todo el cielo á su primer punto. Para reconocer sus tierras cubiertas todos los años por la inundacion del Nilo, viéronse obligados á recurrir á la agrimensura, por cuyo medio aprendieron la geometría. Fueron grandes observadores de la naturaleza, la que haciéndoles gozar de un aire tan sereno, y vivir bajo un sol tan ardiente, se presentaba entre ellos fecunda y en toda su lozanía. Esto es precisamente lo que les hizo inventar ó perfeccionar la medicina. Todas las ciencias fueron muy honradas entre ellos. Los inventores de las cosas útiles recibian en vida y despues de su muerte las dignas recompensas á que se habian hecho acreedores. Esto es lo que hizo consagrar los li-

bros de sus dos Mercurios, y que se conservasen y mirasen como libros divinos. El Egipto es el primero de todos los pueblos en donde se han visto bibliotecas. El título que se les daba inspiraba el deseo de entrar en ellas y de penetrar sus secretos: llamábaseles *el tesoro de los remedios del alma*. Efectivamente, en ellas se curaba la ignorancia, la mas peligrosa de sus enfermedades y el origen de todas las demas.

Una de las cosas que se procuraban inculcar mas y grabar en el ánimo de los egipcios era el amor á su patria. Ella, decian, es la mansion de los dioses: en ella han reinado durante millares de años: es la madre de los hombres y de los animales, porque la tierra de Egipto fecundada por el Nilo los habia producido, mientras que el resto de la naturaleza era estéril. Los sacerdotes que componian la historia de Egipto de esta série inmensa de siglos, que llenaban con fábulas y con las genealogías de sus dioses, lo hacian con el designio de grabar en el ánimo de los pueblos la antigüedad y la nobleza de su pais. Por lo demas, su verdadera historia hallábase circunscripta á unos límites muy razonables: pero gustábales perderse en un abismo infinito de tiempo, porque les parecía acercarse así á la eternidad.

Sin embargo, el amor de la patria se estribaba en fundamentos mas sólidos: porque el Egipto era en efecto el mas hermoso pais del

universo, el mas feraz, el mejor cultivado, el mas rico, el mas cómodo, y el mas embellecido por el cuidado y la magnificencia de sus reyes.

Todo era grande cuanto concebían. Lo que han hecho con el Nilo es increíble. Rara vez llueve en aquel país: pero el rio, que le riega todo con sus inundaciones periódicas, le trae las lluvias y las nieves de otros países. Para multiplicar un rio tan benéfico le sangraron haciéndole atravesar por todas partes por una infinidad de canales de una longitud y de una anchura increíbles. El Nilo llevaba á todas partes la fecundidad con sus aguas saludables: unía las ciudades entre sí, al mar Grande con el mar Rojo, era el vehículo por donde se entretenía el comercio por dentro y fuera del reino, al mismo tiempo que le servía de defensa contra el enemigo; de manera que el Nilo era á la vez el sustentador y el defensor del Egipto. Se le dejaba abandonado el campo; pero las ciudades edificadas en alto por medio de obras inmensas, parecían unas islas flotantes encima de las aguas, desde cuya altura miraban con júbilo inundada toda la llanura fertilizada por el Nilo. Para cuando la inundacion escedia á la que ordinariamente se verificaba, los reyes habían mandado hacer unos grandes lagos, á cuyo fondo iban á parar las aguas sobrantes. Tenían preparados sus desagüaderos, y grandes esclusas que habían construido servíanles para abrir ó cerrar el paso

á las aguas según era necesario: y de este modo proporcionándolas salida no se estancaban en las tierras sino lo que era necesario para abonarlas. Tal era el uso que se hacia de este gran lago, que se llamaba el lago de Myris ó de Mœris, que era el nombre del rey que le mandó hacer. Causa asombro cuando se lee, lo que sin embargo es cierto, que tenia de circunferencia cerca de ciento y ochenta de nuestras leguas. Para no perder muchas de las buenas tierras, se procuró estenderle principalmente del lado de la Libia. La pesca solo del lago valia al príncipe sumas inmensas, y así cuando la tierra nada producía se sacaban del lago tesoros inmensos cubriéndola con sus aguas. Dos pirámides, en las que sobre un trono se hallaban colocadas dos estatuas colosales, que representaban á Myris y á su esposa, se elevaban á trescientos pies de altura en medio del lago, y tenían de profundidad dentro de las aguas otro tanto espacio; por cuyo medio hacían ver que habían sido erigidas antes de haberse llenado el lago, y que un lago de esta estension había sido hecho por la mano del hombre bajo el reinado de un solo príncipe.

Los que no saben hasta qué punto puede aprovecharse la tierra, tienen por fábula lo que se refiere del número de las ciudades de Egipto; así como también parece increíble su riqueza. No había ciudad en que no hubiese templos

magníficos y suntuosos palacios. La arquitectura á la par que mostraba una noble sencillez, era grande y magestuosa. En unas largas galerías se ostentaban esculturas que la Grecia tomaba por modelos. Tebas podia compararse con las mas hermosas ciudades del universo; sus cien puertas cantadas por Homero son conocidas de todo el mundo. Ella era de gran estension, y estaba tan poblada, que se ha dicho que podia hacer salir simultáneamente diez mil hombres por cada una de sus puertas. Que sea exagerado este número, si se quiere, pero siempre aparece cierto que era ciudad muy populosa. Los griegos y los romanos celebraron su magnificencia y su grandeza, no obstante que ni los unos ni los otros alcanzaron á ver mas que las ruinas: tan augustos eran los restos que quedaban de ella.

Si nuestros viajeros hubiesen penetrado hasta el sitio en que aquella ciudad estuvo edificada, sin duda alguna hubieran encontrado alguna cosa incomparable en sus ruinas: porque las obras de los egipcios estaban de tal manera construidas que desafiaban al tiempo. Sus estatuas eran colosos, y sus columnas inmensas. El Egipto presentaba una gran vista, y causaba de lejos una impresion sorprendente y agradable, pero agradaba tanto mas á la vista, quanto que la satisfacía con la exactitud de sus proporciones. Se han descubierto en la Saïde, (ya debeis

saber que este es el nombre que se daba á la Tebaida) templos y palacios todavía casi enteros, en que se han hallado innumerables de estas estatuas y columnas. Se admira en dicho parage un palacio cuyos restos y ruinas parece que no se han conservado mas que para oscurecer la gloria de todas las mas grandes obras. Cuatro corredores que se pierden de vista, y terminados por una y otra parte con eslinges de una materia tan rara como notable en su magnitud, sirven de entrada á cuatro pórticos de una altura que asombra. Qué magnificencia y qué estension! Y aun todavía los que nos han descrito aquél prodigioso edificio no han tenido tiempo de pasearle por toda su circunferencia, y aun no están ciertos de haber visto la mitad; pero lo que han visto era magnífico y sorprendente. Una sala, que al parecer caía en el promedio de aquel soberbio palacio, estaba sostenida por ciento veinte columnas de seis brazas de grueso, grandes en proporcion, é interpoladas de obeliscos que habian sobrevivido á tantos siglos como ya habian pasado. Los colores es decir, lo que se pierde mas pronto, se conservan todavía entre las ruinas de aquel admirable edificio, conservando todavía hasta su vivacidad: hasta tal punto sabia imprimir el Egipto el sello de inmortalidad á todas sus obras. Y si tales bellezas se encuentran en la Tebaida, cuáles no se encontrarían si se pudiese llegar hasta la ciu-

dad real, descubriendo tan lejos de ella cosas tan maravillosas?

Solo al Egipto ha sido dado erigir monumentos para la posteridad. Sus obeliscos forman todavía en el día el principal ornamento de Roma tanto por su belleza como por su altura; y el poder romano desesperanzado de poder igualar á los egipcios, ha creído deber limitar su grandeza tomando los monumentos de sus reyes.

El Egipto no había visto todavía mayores edificios que la torre de Babel cuando concibió el proyecto de levantar sus pirámides; las que tanto por su figura como por su grandeza han logrado sobrevivir al tiempo y á los bárbaros. El buen gusto de los egipcios hizoles amar desde luego la solidez y la regularidad sin adornos. La naturaleza no nos indica por sí misma que es este el camino que debemos seguir; y al que, una vez salidos de él, nos cuesta tanto trabajo volver á entrar cuando se ha corrompido el gusto con novedades y otras extravagancias atrevidas? Sea lo que quiera, los egipcios gustaron de pensamientos atrevidos, pero ajustados á la regla del arte: no buscaron lo nuevo y lo sorprendente mas que en la variedad infinita de la naturaleza, y se gloriaban de ser los únicos que habían hecho, como los dioses, obras inmortales. No eran menos nobles que la obra las inscripciones que pusieron sobre las pirámides: hablaban á los espectadores. Una de ellas, edi-

ficada de ladrillo, advertia por su título que se guardasen de compararla con ninguna de las otras, porque decia "que era tan superior á todas las otras pirámides como Júpiter á todos los dioses."

Pero cualesquiera que sean los esfuerzos que hagan los hombres, su nada aparece por todas partes. Aquellas pirámides eran sepulcros; y los reyes que las levantaron no consiguieron ser en ellas inhumados ni gozar del sepulcro que se edificaran.

No os hablaria de aquel bello palacio llamado el Laberinto, si Herodoto que le vió no nos asegurara que era mas sorprendente que las pirámides. Se le edificó á la orilla del lago de Myris, y se le dió una vista proporcionada á su magnitud. No era tanto un solo palacio como un magnífico conjunto de doce palacios dispuestos regularmente, y que se comunicaban entre sí. Mil quinientas cámaras interpoladas de azoteas estaban colocadas con orden al rededor de doce salas, y los que entraban á visitarlas no sabian luego por dónde salir. Por bajo de tierra había otros tantos edificios; y estos subterráneos estaban destinados para sepultura de los reyes; y tambien (¡quién podrá decirlo sin vergüenza y sin deplorar la ceguedad del espíritu humano!) para custodia de los cocodrilos sagrados, de que una nacion, por otra parte tan sabia, hacía sus dioses.

Os admirais de ver tanta magnificencia en los sepulcros del Egipto; nacia de que no solo se les erigia como monumentos sagrados que atestiguasen á los siglos futuros la memoria de los grandes príncipes, sino que se les miraba tambien como unas mansiones eternas. Las casas eran llamadas posadas, á donde no se residia mas que de paso, y durante una vida demasiado corta para poder poner término á todos nuestros deseos; en vez de que las verdaderas casas eran los sepulcros, en razon de que se debia habitar en ellos durante siglos infinitos.

Empero, no era sobre las cosas inanimadas sobre lo que el Egipto trabajaba mas. Sus mas nobles trabajos, y su arte mas bello, consistian en formar á los hombres. La Grecia estaba tan persuadida de ello que sus mas grandes hombres, como un Homero, un Pítágoras, un Platon; el mismo Licurgo, y Solón, estos dos grandes legisladores, y otros que no es necesario nombrar, fueron á aprender la sabiduría á Egipto. Dios quiso que el mismo Moisés *fuese instruido en toda la sabiduría de los egipcios*. Por esto fue por lo que él comenzó á ser poderoso en palabras y en obras. La verdadera sabiduría sirve para todo; y Dios no quiere que aquellos á quienes inspira descuiden los medios humanos que él mismo ha establecido tambien para que se adquieran conocimientos.

Los sabios de Egipto habian estudiado el ré-

gimen que sirve para formar los conocimientos sólidos, para hacer los cuerpos robustos, á las mugeres fecundas, y á los jóvenes vigorosos. Por este medio el pueblo crecia en número y en fuerzas. El pais naturalmente era sano; pero la filosofia les habia enseñado que la naturaleza quiere ser ayudada. Hay un arte para formar los cuerpos, así como el espíritu. Este arte, que nuestra indolencia nos ha hecho perder, era bien conocido de los antiguos, y el Egipto habia dado con él. A este fin empleaba principalmente la frugalidad y los ejercicios. En un gran campo de batalla, que fue visto por Herodoto, los cráneos de los persas fáciles de romperse, y los de los egipcios mas duros que las piedras con que estaban mezclados, mostraban la mollicie de los unos y la robusta constitucion que un alimento frugal y vigorosos ejercicios daban á los otros. La carrera á pie, á caballo y en los carros se practicaba en el Egipto con una agilidad y destreza admirables; no habia en el universo mejores ginetes que los egipcios. Cuando Diodoro nos dice que desechaban la lucha como un ejercicio que daba una fuerza peligrosa y poco duradera, ha debido hablar de aquella lucha bárbara de los atletas que la Grecia misma que la coronaba en sus juegos habia reprobado como poco conveniente á personas libres: pero con cierta moderacion era digna de hombres cultos; y el mismo Diodoro nos dice que el Mer-

curio de los egipcios habia inventado sus reglas asi como el arte de formar y robustecer los cuerpos. Del mismo modo debemos entender lo que dice este autor con respecto á la música. La que él supone que despreciaban los egipcios, como muy á propósito para inspirar la afeminacion, era sin duda aquella música muelle y afeminada que solo inspira los placeres y una falsa ternura. Porque aquella otra música generosa, cuyas nobles armonías elevan el espíritu y el corazón, los egipcios se guardaron bien de despreciarla, pues que, según el mismo Diodoro, su Mercurio la habia inventado, y habia inventado tambien el mas grave de los instrumentos de música. En la solemne procesion de los egipcios, en la que se llevaban en ceremonia los libros de Trismegisto, se veía marchar á la cabeza al director de la orquesta llevando en la mano *un simbolo de la música* (no sé lo que es) *y el libro de los signos sagrados*. En fin, el Egipto nada descuidaba para cultivar el espíritu, ennoblecer el corazón y fortificar el cuerpo. Los cuatrocientos mil soldados que mantenía en pie eran los ciudadanos á quienes se ejercitaba con mas cuidado. Las leyes de la milicia se conservaban fácilmente y como por sí mismas, porque los padres las enseñaban á sus hijos: y porque la profesion de la guerra como todas las demas pasaban de padres á hijos: y despues de las familias sacerdotales las que se estimaban mas

ilustres eran, como entre nosotros, las familias destinadas á las armas. No quiero decir por esto que el Egipto fuese una nacion guerrera. Por mas que se tengan tropas regladas y bien entrenadas, por mas que se les ejercite á la sombra en las maniobras militares y en simulacros de combates, solo la guerra y los combates efectivos son los que hacen á los hombres guerreros. El Egipto era amante de la paz, porque lo era de la justicia, y solo tenia soldados para su propia defensa: contento con su pais, en donde todo abundaba, no pensaba en conquistas; procuraba estenderse de otra manera enviando colonias por toda la tierra, y con ellas la civilizacion y las leyes. Las ciudades mas célebres iban á aprender á Egipto sus antigüedades y el origen de sus mas bellas instituciones. Se le consultaba de todas partes acerca de las reglas de la sabiduría. Cuando los de Elide establecieron los juegos olímpicos, los mas ilustres de la Grecia fueron enviados en una embajada solemne á pedir la aprobacion de los egipcios, y aprendieron de ellos nuevos medios de promover la emulacion entre los combatientes. El Egipto reinaba por sus consejos; y el imperio del saber y del talento parecióle mas noble y mas glorioso que el que se establece por las armas. No obstante que los reyes de Tebas fuesen sin comparacion los mas poderosos de todos los reyes del Egipto, jamas emprendieron nada contra las di-

nasías vecinas que ocuparon tan solo cuando las hubieron invadido los árabes; de manera que á decir verdad lo que hicieron fue quitárselas á los extranjeros mas bien que intentar dominar sobre los naturales del país. Pero cuando se les vino á las mientes meterse á conquistadores sobrepusieron á todos los demas. No hablo ahora de Osiris, vencedor de las Indias, que aparentemente debe de ser Baco ó algun otro héroe tan fabuloso como él. El padre de Sesostris (que los doctos pretenden que sea Amenofis, ó llamado por otro nombre Memnon) fuese por instinto ó por carácter, ó, como dicen los egipcios, por la autoridad de un oráculo, concibió el designio de hacer de su hijo un gran conquistador. A este fin condujose á la manera con que se conducian los egipcios, es decir, por grandes pensamientos. Todos los niños que nacieron en el mismo día que Sesostris mandó el rey que le fuesen llevados á la corte. Hízoles educar como á sus propios hijos, y con el mismo esmero que á Sesostris, á cuyo lado eran criados. No podia darle mas fieles ministros, ni camaradas mas celosos de sus combates. Luego que entró un poco en edad, le hizo hacer su aprendizaje en una guerra contra los árabes. El jóven príncipe aprendió en ella á soportar la sed y el hambre, y sometió aquella nacion, hasta entonces indomable. Acostumbrado por esta conquista á los trabajos de la guerra, hizole su padre volver hácia el

Occidente del Egipto: atacó la Libia y sojuzgó á la mayor parte de aquella vasta region. Por aquel tiempo murió su padre, dejándole en estado de poderlo emprender todo. El proyecto que concibió no fue nada menos que la conquista del mundo: pero antes de salir de su reino proveyó á la seguridad de lo interior, ganándose el corazon de todos sus pueblos por la liberalidad y por la justicia, y arreglando ademas el gobierno con una suma prudencia. En el entretanto hacia sus preparativos: levantaba tropas, poniéndoles por capitanes á los jóvenes que su padre habia hecho criar con él. Habia de éstos mil setecientos, capaces de inspirar en todo el ejército el valor, la disciplina y el amor al príncipe. Hecho esto, entró en la Etiopia, á la que hizo tributaria. Continúo sus victorias por el Asia. Jerusalen fue la primera que sintió la fuerza de sus armas. El temerario Roboan no pudo resistirle, y Sesostris se llevó las riquezas de Salomon. Dios, por un justo castigo, se las puso entre sus manos. Penetró en las Indias, aun todavía mas adentro que donde penetraron Hércules y Baco, y aun mas todavía que hasta donde penetró despues Alejandro, pues que sometió á su poder el país situado allende del Ganges. Juzgad por aquí si los países mas vecinos le resistirian. El país de los escitas hasta el Tanais le prestó obediencia, y tambien quedaron sometidas á su poder la Armenia y la Capadocia. Dejó

una colonia en el antiguo reino de Chalcos, en donde quedaron arraigadas las costumbres de Egipto. Herodoto vió en el Asia menor de un mar al otro dos monumentos de sus victorias con las soberbias inscripciones de Sesostris, rey de los reyes y señor de los señores. Los había hasta en la Tracia; y estendió su imperio desde el Ganges hasta el Danubio. La escasez de víveres y la dificultad de proveerse de ellos le impidió penetrar mas adelante en la Europa. Volvió despues de nueve años cargado con los despojos de todos los pueblos vencidos. Hubo de estos quienes defendieron valientemente su libertad; pero otros se le sometieron sin resistencia. Sesostris tuvo cuidado de hacer notar en sus monumentos la diferencia de estos pueblos en figuras geroglificas á la manera de los egipcios. Para describir su imperio inventó los mapas geográficos. Cien templos famosos, erigidos en acción de gracias á los dioses tutelares de todas las ciudades, fueron los primeros, asi como los mas bellos monumentos que testificaron sus victorias: cuidó de publicar, por las inscripciones que puso en ellos, que estas grandes obras se habían acabado sin gravar en nada á sus súbditos. Constituía su gloria en tratarlos bien, y en no hacer trabajar en los monumentos que se erigian para perpetuar la memoria de sus victorias mas que á los cautivos. De Salomon tomó este ejemplo. Aquel príncipe no empleó mas que

á los pueblos tributarios en las grandes obras que hicieron su reinado inmortal. Los ciudadanos estaban dedicados á otros ejercicios mas nobles. Aprendian á hacer la guerra y á mandar. Sesostris no podía arreglar su conducta á un modelo mas perfecto. Reinó treinta años, y gozó por largo tiempo de sus triunfos: mucho mas digno de gloria hubiera sido si la vanidad no le hubiese hecho atar al carro de su triunfo á los reyes vencidos. Parece que desdenó el morir como los demas hombres. Habiendo perdido la vista en su vejez se suicidó, y dejó al Egipto rico para siempre. Su imperio no pasó sin embargo de la cuarta generación. En tiempo de Tiberio se conservaban todavia monumentos magníficos que mostraban la estension y la suma de los tributos. El Egipto volvió pronto á sus naturales habitudes de paz. Y aun se ha escrito que Sesostris fue el primero que contribuyó despues de sus conquistas á suavizar las costumbres de sus egipcios, temeroso de algunas sediciones. Si hemos de creerlo, esto no pudo ser mas que una precaucion para sus sucesores. Porque en cuanto á él, sabio y absoluto como era, no se ve qué razon pudiera tener para temer de unos pueblos que le adoraban. Además, este pensamiento era poco digno de un tan gran príncipe; era proveer mal á la seguridad de sus conquistas dejar que se enervara el valor de sus súbditos. Es verdad tambien que

aquel gran imperio no duró mucho, porque siempre ha de haber un flaco por donde perezcan las cosas mejor constituidas. Introdujose la division en el Egipto. En tiempo de Anysis, el Ciego, el etiope Sabacon invadió el reino; trató tan bien á los pueblos é hizo tan grandes cosas como ninguno de los reyes naturales. Jamas se vió una moderacion igual á la suya, porque despues de cincuenta años de un reinado feliz, se volvió á Etiopía para obedecer á unos avisos que él creyó divinos. Abandonado el reino, cayó entre las manos de Seton, sacerdote de Vulcano, príncipe religioso á su manera, pero poco guerrero, quien acabó de enervar la milicia maltratando á los militares. Desde aquel tiempo ya no se sostuvo el Egipto mas que con milicias extranjeras, y se vió reinar una especie de anarquía. Doce reyes elegidos por el pueblo distribuyeron entre sí el gobierno del reino. Estos fueron los que edificaron los doce palacios que formaban el Laberinto. Aunque el Egipto no pudo olvidar su magnificencia, se debilitó dividiéndose bajo el mando de estos doce príncipes. Uno de ellos, que fue Psamitico, se enseñoreó del reino con el auxilio de los extranjeros. Entonces se restableció el Egipto, y se mantuvo bastante poderoso durante cinco ó seis reinados. En fin, este antiguo reino despues de haber durado cerca de diez y seis siglos, debilitado por los reyes de Babilonia y por Ciro, vino á ser la pre-

sa de Cambises, el mas insensato de todos los príncipes.

Los que han conocido el carácter del pueblo egipcio sabian que no era belicoso; y ya habéis visto las razones en que se fundaron para asegurarlo. Habia vivido en paz cerca de trece siglos, cuando produjo á Sesostris, que fue su primer guerrero. Tambien hemos visto que á pesar de haber sabido establecer un ejército bien reglado y disciplinado, por último tuvieron que servirse de fuerzas extranjeras, que es uno de los mayores males que pueden suceder á un Estado. Pero las cosas humanas no son perfectas, y es muy difícil aunar con la perfeccion de las artes de la paz la de las artes de la guerra. Bastante ventaja sacaron de haber hecho durar su estado por espacio de diez y seis siglos. Algunos etiopes reinaron en Tebas en este intervalo, y entre otras Sabacon, y segun se cree, Tharacá. Pero el Egipto sacaba esta utilidad de la excelente constitucion de su estado, que adoptaban sus costumbres los extranjeros que le conquistaban; y de esta manera, cambiando de soberanos, no cambiaba de gobierno. A los persas les sufrieron con repugnancia, y varias veces intentaron sacudir su yugo; pero no era el Egipto bastante belicoso para sostenerse contra un tan grande poder; y los griegos que le defendian, ocupados por otra parte, se vieron obligados á abandonarle: de manera que siempre volvía á

recaer bajo la dominacion de sus primeros señores, aunque obstinadamente apegado á sus antiguas costumbres, é incapaz de desmentir las máximas de sus primeros reyes. No obstante que el Egipto conservase muchas cosas de sus antiguas costumbres en tiempo de los Tolomeos, fue tan grande la mezcla de las costumbres griegas y asiáticas, que apenas se reconocia ya el antiguo Egipto.

Es menester no olvidarse de que los tiempos de los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la historia de los mismos egipcios. Hay suma dificultad para fijar la época en que reinó Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan bellos vestigios de sus combates. Tambien parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, á quien ni Herodoto ni Diodoro han nombrado. Su poder nos es mas conocido por los monumentos que dejó en toda la tierra, que por las memorias de su pais; y estas razones nos hacen ver que no puede creerse, como muchos creen, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades haya sido siempre tan exacto como lo suponía, pues que al mismo Egipto le vemos en una gran incertidumbre acerca de los tiempos mas brillantes de su monarquía.

Es menester no olvidarse de que los tiempos de los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la historia de los mismos egipcios. Hay suma dificultad para fijar la época en que reinó Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan bellos vestigios de sus combates. Tambien parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, á quien ni Herodoto ni Diodoro han nombrado. Su poder nos es mas conocido por los monumentos que dejó en toda la tierra, que por las memorias de su pais; y estas razones nos hacen ver que no puede creerse, como muchos creen, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades haya sido siempre tan exacto como lo suponía, pues que al mismo Egipto le vemos en una gran incertidumbre acerca de los tiempos mas brillantes de su monarquía.

CAPÍTULO IV.

De los asirios antiguos y modernos, de los medos y de Ciro.

El gran imperio de los egipcios está como separado de todos los demas, y no tiene con su historia una relacion tan íntima. Lo que nos queda que decir es mas correlativo, y se halla fundado en fechas mas precisas.

Tenemos sin embargo tambien muy pocas cosas ciertas tocante al primer imperio de los asirios; pero en fin, en cualquiera tiempo en que quiera fijarse el principio de dicho imperio, segun las diversas opiniones de los historiadores, se verá que cuando el mundo se hallaba dividido en varios estados pequeños, cuyos príncipes trataban mas bien de conservarlos que de acrecentarlos, Nino, mas emprendedor y poderoso que sus vecinos, fuélos conquistando unos tras otros, y estendió su poder á muy larga distancia por la parte del Oriente. Su muger, Semíramis, que unia, á la ambicion bastante comun á su sexo, un valor y una perseverancia sin ejemplo en los proyectos que adoptaba, supo sostener y llevar adelante los vastos designios de su marido, y acabó por formar aquella monarquía.

Era grande sin duda; y la grandeza de Nínive, que se la supone superior á la de Babilonia.

recaer bajo la dominacion de sus primeros señores, aunque obstinadamente apegado á sus antiguas costumbres, é incapaz de desmentir las máximas de sus primeros reyes. No obstante que el Egipto conservase muchas cosas de sus antiguas costumbres en tiempo de los Tolomeos, fue tan grande la mezcla de las costumbres griegas y asiáticas, que apenas se reconocia ya el antiguo Egipto.

Es menester no olvidarse de que los tiempos de los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la historia de los mismos egipcios. Hay suma dificultad para fijar la época en que reinó Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan bellos vestigios de sus combates. También parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, á quien ni Herodoto ni Diodoro han nombrado. Su poder nos es mas conocido por los monumentos que dejó en toda la tierra, que por las memorias de su pais; y estas razones nos hacen ver que no puede creerse, como muchos creen, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades haya sido siempre tan exacto como lo suponía, pues que al mismo Egipto le vemos en una gran incertidumbre acerca de los tiempos mas brillantes de su monarquía.

Es menester no olvidarse de que los tiempos de los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la historia de los mismos egipcios. Hay suma dificultad para fijar la época en que reinó Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan bellos vestigios de sus combates. También parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, á quien ni Herodoto ni Diodoro han nombrado. Su poder nos es mas conocido por los monumentos que dejó en toda la tierra, que por las memorias de su pais; y estas razones nos hacen ver que no puede creerse, como muchos creen, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades haya sido siempre tan exacto como lo suponía, pues que al mismo Egipto le vemos en una gran incertidumbre acerca de los tiempos mas brillantes de su monarquía.

CAPÍTULO IV.

De los asirios antiguos y modernos, de los medos y de Ciro.

El gran imperio de los egipcios está como separado de todos los demas, y no tiene con su historia una relacion tan íntima. Lo que nos queda que decir es mas correlativo, y se halla fundado en fechas mas precisas.

Tenemos sin embargo tambien muy pocas cosas ciertas tocante al primer imperio de los asirios; pero en fin, en cualquiera tiempo en que quiera fijarse el principio de dicho imperio, segun las diversas opiniones de los historiadores, se verá que cuando el mundo se hallaba dividido en varios estados pequeños, cuyos príncipes trataban mas bien de conservarlos que de acrecentarlos, Nino, mas emprendedor y poderoso que sus vecinos, fuélos conquistando unos tras otros, y estendió su poder á muy larga distancia por la parte del Oriente. Su muger, Semíramis, que unia, á la ambicion bastante comun á su sexo, un valor y una perseverancia sin ejemplo en los proyectos que adoptaba, supo sostener y llevar adelante los vastos designios de su marido, y acabó por formar aquella monarquía.

Era grande sin duda; y la grandeza de Nínive, que se la supone superior á la de Babilonia.

nia, lo prueba bastante. Pero como los historiadores mas juiciosos no creen que esta monarquía fuese tan antigua como los otros nos la representan, tampoco la suponen tan grande. Duraron demasiado tiempo los pequeños reinos de que se dice estaba compuesta para que fuese tan antigua ni de tanta extensión como el fabuloso Ctesias, y los que le han creído bajo su palabra, nos la describen. Es verdad que Platon, curioso observador de las antigüedades, dice que el reino de Troya en tiempo de Priamo era una dependencia del imperio de los asirios. Pero nada se lee de esto en Homero, quien, habiéndose propuesto ensalzar la gloria de la Grecia, no se hubiera olvidado de esta circunstancia; y puede creerse que los asirios eran poco conocidos por la parte del Occidente, en razon de que un poeta, tan sábio y tan solícito por embellecer su poema con todo lo que pertenecía á su asunto, no hace mención alguna en él de los asirios.

Sin embargo, según el cómputo que hemos juzgado mas prudente, el tiempo del sitio de Troya era la bella época de los asirios, pues que entonces fue cuando Semíramis hizo sus conquistas: pero se estendieron solamente hácia la parte del Oriente. Los que pretenden ensalzarla mas, dicen que dirigió sus ejércitos por aquella parte. Tuvo una parte muy directa en los consejos y en las victorias de Nino para no seguir

sus designios, tan convenientes por otra parte á la situacion de su imperio; y no creo que pueda dudarse de que Nino no se decidiese por conquistar la parte del Oriente, mediante á que el mismo Justino, que le favorece tanto como puede, supone que terminaron en las fronteras de la Libia las empresas que acometió por la parte del Occidente.

Ademas, no sé yo en qué tiempo Nínive hubiera podido estender sus conquistas hasta Troya viéndose tan poca apariencia en que Nino y Semíramis hayan comprendido nada semejante; y que todos sus sucesores, á contar desde su hijo Ninyas, vivieron en tal molicie y apatía, que apenas ha llegado su nombre hasta nosotros, y que mas bien nos admira que su imperio haya podido subsistir, antes que creer que haya podido estenderse.

Sin duda que mas bien disminuyó en mucho este imperio con las conquistas de Sesostris; pero como estas fueron de tan corta duración y tan poco sostenidas por sus sucesores, es presumible que las provincias que tomó á los asirios, acostumbrados éstos desde mucho tiempo á su dominacion, volvieron á ella naturalmente; de manera que aquel imperio se mantuvo en gran poder y en profunda paz, hasta que descubierta por Arbaces la molicie de sus reyes, por tan largo tiempo oculta en el secreto del palacio, Sardanápalo, célebre por sus infamias,

se hizo no solo despreciable, sino insoportable á sus súbditos.

Ya habeis visto los reinos que salieron de los restos de aquel primer imperio de los asirios, y entre otros el de Ninive y el de Babilonia. Los reyes de Ninive conservaron el nombre de reyes de Asiria, y fueron los mas poderosos. Su orgullo creció bien pronto y pasó de todo límite por las conquistas que hicieron, entre las que se cuenta la del reino de los israelitas ó de Samaria. No fue necesario nada menos que la mano de Dios, y un milagro visible para atajar su poder é impedirles que sojuzgaran la Judea toda en tiempo del rey Eccequías; y tampoco se supo qué límites podrian ponerse á su poder, cuando se les vió invadir un año despues el reino de Babilonia; en el que la estirpe real habia faltado.

Babilonia parecia haber nacido para mandar en toda la tierra. Sus pueblos eran gente de genio y de valor. En todo tiempo cultivaron la filosofía y las bellas artes, y el Oriente no tenia mejores soldados que los caldeos. La antigüedad admira las ricas cosechas de un país que la indolencia de sus habitantes deja en el dia sin cultura; y su abundancia la hizo mirar en tiempo de los antiguos reyes de Persia como la tercera parte de un tan grande imperio. Asi es que los reyes de Asiria, engreidos de haber acrecentado su monarquía con una ciudad tan opulenta concibieron nuevos proyectos. Nabucodonosor I cre-

yó su imperio indigno de él si no le añadía todo el universo. Nabucodonosor II, mas soberbio que todos los reyes sus predecesores, despues de sucesos inauditos y de sorprendentes conquistas, prefirió hacerse adorar como un Dios á mandar como un rey. ¡Qué obras no emprendió este hombre en Babilonia! ¡Qué murallas, qué torres, qué puertas, y qué recinto no se vieron aparecer como por encanto! Parecia que la antigua torre de Babel iba á ser renovada en la prodigiosa altura del templo de Belo, y que Nabucodonosor intentaba de nuevo escalar el cielo. Su orgullo, aunque abatido por la mano de Dios, revivió en sus sucesores. No podian sufrir en su derredor ninguna dominacion; y queriendo someterlo todo bajo su yugo hicieron insoportables á los pueblos vecinos. Esto hizo que se reuniera contra ellos, con los reyes de Media y los de Persia, una gran parte de los pueblos del Oriente. Su orgullo entonces cambiós en crueldad. Como los reyes de Babilonia trataban inhumanamente á sus súbditos, pueblos enteros y los principales señores de su imperio se unieron á Ciro y á los medos. Babilonia, demasiado acostumbrada á mandar y á vencer, para temer á tantos enemigos coligados contra ella, mientras que se creia invencible, vino á ser cautiva de los medos á quienes pretendia subyugar, y pereció en fin, víctima de su soberbia.

La suerte de aquella ciudad fue bien estraña, porque pereció por sus propias invenciones. El Eúfrates hacia al poco mas ó menos en sus vastas llanuras el mismo efecto que el Nilo en las de Egipto; pero, para sacar mas partido de él, fuéles necesario mas arte y mas trabajo que los que el Egipto empleó para beneficiar sus tierras con el Nilo. El Eúfrates tenia un curso recto, y jamas salia de madre. Fue necesario hacer en todo el país un gran número de canales para poder regar las tierras, cuya fertilidad se hacia inmensa con el auxilio de las aguas. Para romper la violencia de la impetuosa corriente del rio fue necesario hacerle correr por diferentes rodeos, y formar grandes lagos que una sábia reina revistió con una magnificencia increíble. Nitocris, madre de Labynithó, llamado por otro nombre Nabónides ó Balthasar, último rey de Babilonia, fue quien hizo aquellas grandes obras. Pero esta reina emprendió otra obra mucho mas maravillosa: cual fue construir sobre el Eúfrates un puente de piedra, para poner en comunicacion las dos orillas de la ciudad, separadas por la inmensa anchura del rio. Para hacer esto fue necesario dejar en seco un rio tan rápido y tan profundo, sangrando sus aguas para conducir las á un inmenso lago que la reina habia hecho construir de antemano. Al mismo tiempo que se construía el puente, cuyos sólidos materiales estaban prepa-

rados, se revistieron de ladrillo las dos márgenes del rio hasta una altura asombrosa, dejando en ellas bajadas revestidas del mismo material y de una construccion tan sólida y hermosa como la de las murallas de la ciudad. La diligencia con que se desempeñó este trabajo igualó á su grandeza; pero una reina tan previsora no tuvo presente que enseñaba á sus enemigos el medio de tomar su ciudad. En el mismo lago que ella mandó construir fue donde Ciro volvió la corriente del Eúfrates, cuando desesperando de reducir á Babilonia ni por fuerza ni por hambre, se abrió por allí de los dos lados de la ciudad el paso que hemos visto tan señalado en los profetas.

Si Babilonia hubiera podido creer que era percedera como todas las cosas humanas, y una confianza insensata no la hubiera cegado, no tan solo habria podido prever lo que hizo Ciro, estando tan reciente la memoria de la obra que emprendió, sino que tambien guardando todas las avenidas de las aguas, hubiera podido inundar á los persas en el lecho del rio á su paso. Pero no se pensaba mas que en festejos y en placeres: ni habia orden ni un mando arreglado. Asi es como perecen no solo las plazas mejor fortificadas, sino tambien los mas grandes imperios. El espanto y la consternacion se introdujeron por todas partes: el rey impío fue muerto; y Jenofonte, que califica con este epi-

teto al último rey de Babilonia, parece designar con esta palabra los sacrilegios de Balthasar, que Daniél nos hace ver castigados con una caída tan sorprendente.

Los medos, que destruyeron el primer imperio de los asirios, destruyeron también el segundo; como si esta nación hubiese debido ser siempre fatal á la grandeza asiria. Pero en esta última ocasion el valor y el gran nombre de Ciro hizo que los persas sus súbditos tuvieran la gloria de esta conquista.

En efecto, fue debida enteramente á aquel héroe que, habiendo sido educado bajo una disciplina severa y regular, según la costumbre de los persas, pueblos entonces tan moderados como después han sido voluptuosos, fue acostumbrado desde una edad temprana á una vida sóbria y militar. Los medos, en otro tiempo tan laboriosos y tan guerreros, y al fin tan muelles y tan corrompidos por la abundancia, como siempre sucede, tuvieron necesidad de un general como Ciro, quien se sirvió de sus riquezas y de su nombre, siempre respetado en Oriente; pero poniendo la esperanza del suceso en las tropas que trajera de Persia. En el primer combate fue muerto el rey de Babilonia, y los asirios derrotados. El vencedor desafió al nuevo rey; y dando muestras de su valor, se adquirió la reputación de un príncipe elemente que economiza la sangre de los súbditos. Unió la política

al valor. Temeroso de arruinar un país tan bello, que miraba ya como conquista suya, hizo respetar á los labradores de una y otra parte. Supo despertar los celos de los pueblos vecinos contra el orgulloso poder de Babilonia, que iba á invadirlo todo; y en fin, por la gloria que se había adquirido tanto por su generosidad y por su justicia como por la venturosa suerte de sus armas, habiéndoles reunido á todos bajo sus estandartes, con tan poderosos auxilios sometió aquella vasta extensión de tierra de que formó su imperio.

Por este medio se levantó esta monarquía. Hízola Ciro tan poderosa que no podía menos de acrecentarse bajo sus sucesores. Pero para comprender lo que la perdió, no es menester más que comparar á los persas y los sucesores de Ciro con los griegos y sus generales, y sobre todo con Alejandro.

CAPÍTULO V.

De los persas, de los griegos y de Alejandro.

Cambises, hijo de Ciro, fue quien corrompió las costumbres de los persas. Su padre, tan bien educado en el arte de la guerra, no tuvo bastante cuidado para dar al sucesor de un tan gran imperio una educacion semejante á la que él recibiera; y, por la suerte ordinaria de las cosas humanas, la escesiva grandeza fue perjudicial á la virtud. Darío, hijo de Histaspes, que de una vida privada subió al trono, llevó consigo mejores disposiciones para ejercer el poder soberano, é hizo algunos esfuerzos para reparar los desórdenes. Pero la corrupcion era ya demasiado universal; la abundancia habia introducido un gran desarreglo en las costumbres; y el mismo Darío no habia conservado bastante fuerza para reformar enteramente las de los demas. Todo degeneró en tiempo de sus sucesores, y el lujo de los persas no tuvo coto ni medida.

Pero aunque estos pueblos que llegaron á ser tan poderosos hubiesen perdido mucho de su antigua virtud abandonándose á los placeres, conservaron siempre algo de grande y de noble. ¿Qué cosa mas noble que el horror que tenian á la mentira, que pasó siempre entre ellos por un vicio vergonzoso y bajo? Lo que reputaban

todavía por mas vil, despues de la mentira, era vivir de prestado. Una vida semejante parecíales holgazana, vergonzosa, servil, y tanto mas despreciable, cuanto que conducia á la mentira. Por una generosidad natural á su nacion, trataban atentamente á los reyes vencidos; y por poco que los hijos de los príncipes vencidos fuesen capaces de acomodarse con los vencedores, dejábanles mandar en su pais con casi todos los atributos de su antigua grandeza. Los persas eran atentos, urbanos, liberales para con los estrangeros, y sabian servirse de ellos. Tambien sabian conocer y distinguir á los hombres de mérito, y no omitian diligencia para ganárselos. Es verdad que no llegaron á poseer los conocimientos perfectos de aquella ciencia que enseña á gobernar bien: su grande imperio fue siempre regido con alguna confusion; jamas supieron encontrar este bello arte, de que despues hicieron tan buen uso los romanos, de unir todas las partes de un gran estado y hacer de ellas un todo perfecto. Tampoco supieron cortar las revoluciones considerables que continuamente se suscitaban en el imperio, no obstante que no carecian de política. Eran conocidas entre ellos las reglas de justicia; y tuvieron grandes reyes que las hacian observar con admirable exactitud. Los crímenes eran severamente castigados; pero con tal moderación que al mismo tiempo que eran indulgentes para con las

primeras faltas, reprimian las reincidencias con rigurosos castigos. Tenian bastantes leyes muy buenas, casi todas hechas por Ciro y por Darío, hijo de Histaspes. Tenian tambien máximas de gobierno, y consejos arreglados para llevarlas á ejecución, y una gran subordinacion en todos los empleos. Cuando se decia que los grandes que componian el consejo eran los ojos y los oídos del príncipe, teniase presente al mismo tiempo que el príncipe tenia sus ministros como nosotros tenemos los órganos de nuestros sentidos, no para descargarse y descuidar en ellos, sino para gobernar por medio suyo; y que los ministros no debian obrar por sí mismos, sino por la voluntad del príncipe y en ventaja suya, por ser su jefe, y en beneficio de todo el cuerpo del Estado. Los ministros debian estar instruidos en las antiguas máximas de la monarquía. Se llevaba un registro en que se anotaban todas las actas y acuerdos del consejo para que sirviese de regla á la posteridad, y en él se anotaban tambien los resultados que se habian obtenido para que sirviesen de norma en lo sucesivo: anotábanse tambien en él los servicios que cada uno habia prestado, para obligar al príncipe á que no dejase de recompensarlos sin mengua suya, y para evitar al estado las desgracias que resultan cuando no se premia el mérito de los hombres que se distinguen. Hé aquí un buen modo de interesar á los particu-

lares en el bien público, enseñándoles que no debian jamas sacrificarse por sí solos, sino por el rey y por todo el estado, en cuya prosperidad todos y cada uno debian encontrar su bienestar. Uno de los primeros cuidados del príncipe consistia en hacer florecer la agricultura; y los sátrapas cuya provincia estaba mejor cultivada obtenian la mayor parte de las gracias. Asi como habia inspecciones establecidas para que vigilasen al ejército, las habia tambien para que inspeccionasen los establecimientos rústicos: venian á ser dos establecimientos semejantes, de los cuales el uno tenia á su cargo la vigilancia en la defensa del pais, y el otro en su cultivo. El príncipe les protegia con una afeccion casi igual haciéndoles concurrir al bien público. Los mas honrados, despues de los que habian conseguido distinguirse en el arte militar, eran los que habian criado muchos hijos. El respeto que se inspiraba á los persas, desde su infancia, á la autoridad real llegaba ya hasta el exceso, pues que se escedian hasta el punto de tributarle adoracion, y mas bien parecian unos esclavos que súbditos sumisos por razon y conveniencia á un imperio legítimo: este era el espíritu de los orientales; y acaso el carácter vivo y violento de aquellos pueblos exigia un gobierno mas fuerte y mas absoluto.

La manera con que se educaba á los hijos de los reyes fue admirada por Platon, y se la

propuso á los griegos como modelo de una educacion perfecta. Al llegar á la edad de siete años se les sacaba de las manos de los eunucos, para enseñarles la equitacion y ejercitarles en la caza. A la edad de catorce años, cuando su razon empezaba á desarrollarse, se les entregaba á cuatro hombres de los mas virtuosos y mas sábios del Estado, para que cultivasen su espíritu y les instruyesen en las ciencias. El primero, dice Platon, les enseñaba la mágia, es decir, en su lenguaje, el culto de los dioses segun las antiguas máximas, y segun las leyes de Zoroastro hijo de Oromaso. El segundo les acostumbraba á decir la verdad, y á administrar justicia. El tercero les enseñaba á vencer sus pasiones, para que fuesen siempre libres y verdaderamente reyes, señores de sí mismos y de sus deseos. El cuarto fortificaba su valor, para desvanecer en ellos la timidez y el encogimiento que pudieran esclavizarles y quitarles la confianza tan necesaria para mandar. Los hijos de los señores eran educados en palacio con los hijos de los reyes. Teníase un gran cuidado en que ni viesesen ni oyesen ninguna cosa mala; se daba cuenta al rey de su conducta: y este parte no solo se le daba muy continuamente, sino que se le habia de dar circunstanciándole todos los pormenores, espresando los castigos y recompensas á que se habian hecho acreedores, con las causas que los habian motivado. La juventud, que

presenciaba todo esto, aprendia desde una edad temprana, con la ciencia de obedecer y de mandar, las habitudes de la virtud. Con una tan bella institucion, ¿cuánto no debiera esperarse de los reyes de Persia y de su nobleza si se hubiese tenido tanto cuidado en dirigirles bien en una edad mas adelantada como se habia tenido en instruirles durante su infancia! Pero las costumbres corrompidas de la nacion los arrastraban bien pronto á los placeres, contra los que no puede sostenerse ninguna educacion. Sin embargo, menester es confesar que, á pesar de la molicie de los persas, y á pesar del cuidado que tenian de su belleza y de su adorno, no les faltaba valor. Siempre se ha advertido en ellos cierta noble emulacion, y han dado ilustres pruebas de poseer esta prenda de las almas nobles. El arte militar tenia entre ellos la preferencia que merecia, como siendo aquel á cuyo abrigo pueden ejercerse con descanso y seguridad todas las demas. Pero jamas supieron conocer la esencia de la profesion militar, ni el influjo que tiene en un ejército la serenidad, la disciplina, el ordenamiento de las tropas, el orden en las marchas y en los campamentos, ni en fin, las evoluciones que hacen mover las grandes masas sin confusion, y con la precision y exactitud necesarias para no entorpecer sus movimientos. Creian haber hecho cuanto podia hacerse cuando habian reunido sin eleccion un

pueblo inmenso que marchaba al combate con resolucion, pero sin orden, y que se encontraba embarazado con una infinita multitud de personas inútiles que el rey y los grandes llevaban en pos de sí únicamente para su placer: porque su molicie era tal y tan grande, que querian tener en el ejército la misma magnificencia, las mismas comodidades, diversiones y deleites que en los lugares en donde la corte hacia su mansion ordinaria; de manera que los reyes marchaban acompañados de sus mugeres, de sus concubinas, de sus eunucos, y de cuanto podia servir á sus placeres. Llevaban consigo la vajilla de oro y de plata, muebles preciosos en un excesivo número, y en fin, todo el aparato que exige una vida tan voluptuosa. Un ejército formado de esta manera, embarazoso ya de suyo por la excesiva muchedumbre de sus soldados, y sobrecargado ademas con el desmedido número de los no combatientes, era inmanejable. En esta confusion no podian hacer movimientos concertados; las órdenes siempre llegaban tarde, y en una accion todo iba á la ventura, sin que se encontrase nadie en estado de poder contener el desorden. Unase esto á que era necesario dar un golpe de mano para acabar con él la guerra que se emprendia, y poder pasar con toda rapidéz al pais que se trataba de ocupar, sin lo que absolutamente era perdido: porque este cuerpo inmenso, codicioso no solo de

lo necesario á la vida, sino tambien de lo que servia para satisfacer sus placeres lo agotaba todo en nada de tiempo; y ni aun puede concebirse de dónde sacaba las subsistencias que necesitaba.

Sin embargo, con este gran aparato los persas admiraban á los pueblos que no sabian hacer la guerra mejor que ellos. Aquellos mismos que sabian hacerla se encontraban ó bien debilitados por sus propias divisiones, ó sorprendidos y consternados por la asombrosa multitud de los enemigos que caian sobre ellos; y á esto debe atribuirse que el Egipto, no obstante la superioridad que le daban su antigüedad, sus sabias instituciones y las conquistas de Sesostris, se sometiese á los persas. Tampoco les fue difícil sojuzgar el Asia menor, y aun las colonias griegas, corrompidas por la molicie del Asia. Pero cuando fueron á la Grecia y encontraron en ella lo que jamas habian visto, una milicia reglada, gefes espertos, soldados acostumbrados á vivir con poco, cuerpos endurecidos en el trabajo, ágiles y diestros en la lucha que aprendieran en los ejercicios ordinarios de su pais; ejércitos medianos á la verdad, pero semejantes á aquellos cuerpos vigorosos en que todo es nervio y espíritu; y ademas tan bien mandados y tan obedientes á las órdenes de sus generales, que parecia que una sola y misma alma animaba á todos los soldados, pues que

tal era el concierto y precision en sus movimientos, encontráronse desalentados.

Pero lo que la Grecia tenía de mas grande era una política firme y previsora, que sabia abandonar, arriesgar y defender, segun lo exigia la necesidad, y, lo que es mas grande todavía, un valor al que el amor de la libertad y el de la patria hacian invencible é incontrastable.

Los griegos, naturalmente espirituales y valerosos, habian sido civilizados desde una hora temprana por los reyes y las colonias que vinieron á su pais del Egipto, las que, habiéndose establecido desde los primeros tiempos en diversos puntos del pais, difundieron por todos ellos la escelente policia de los egipcios. De ellos aprendieron los ejercicios gimnásticos, la lucha, la carrera á pie, á caballo, y en carros, y los demas ejercicios que llevaron á su perfeccion, estimulados por las gloriosas coronas de los juegos olímpicos. Pero lo mejor que les enseñaron los egipcios fue hacerse dóciles, y á dejarse formar por las leyes que les inspiraron amor al bien público. No eran particulares que no piensan mas que en sus negocios privados, y no sienten los males del estado hasta tanto que les llega el turno de sufrir, ó que el reposo de su familia se ve perturbado: los griegos estaban enseñados á mirarse recíprocamente con interés, y á mirar á sus familias como parte de un gran

cuerpo, que era el cuerpo del Estado. Los padres educaban á sus hijos en este espíritu; y los hijos aprendian desde la cuna á mirar á la patria como una madre comun, á quien pertenecian mas todavía que á sus padres. La palabra civilidad no significaba solamente entre los griegos la afabilidad y la mútua deferencia que hace á los hombres sociables; el hombre civil no era otra cosa mas que un buen ciudadano, que se considera siempre como miembro del Estado, y que se deja gobernar por las leyes conspirando con ellas al bien público, sin emprender nada contra ninguno. Los antiguos reyes que la Grecia tuviera en diversos paises, tales como un Minos, un Cecrope, un Teseo, un Codro, un Temenes, un Cresfonte, un Euristenes, un Patrocles, y otros semejantes, habian formado este espíritu en toda la nacion. Todos fueron populares, no lisonjeando al pueblo, sino procurando su bien y haciendo reinar la ley.

¿Qué diré de la severidad de los juicios? ¿Qué tribunal hubo jamas mas respetable que el del Areópago, tan reverenciado en toda la Grecia, y del que se decia que eran los mismos dioses quienes le formaban? Fue célebre desde los primeros tiempos, y sin duda Cecrope le fundó por el modelo de los tribunales de Egipto. Ningun tribunal ha conservado por tan largo tiempo la reputacion de su antigua severidad; jamas en él tuvo entrada la falsa y pomposa elo-

ciencia que solo sirve para deslumbrar y fascinar la razon.

Civilizados asi los griegos, creyeronse poco á poco capaces de gobernarse á si mismos, y la mayor parte de las ciudades se constituyeron en repúblicas. Pero sabios legisladores que aparecieron en todos los países, un Tales, un Pitágoras, un Pitaco, un Licurgo, un Solon, un Filolá, y tantos otros como la historia señala, impidieron que la libertad degenerase en licencia. Leyes simplemente escritas y en pequeño número mantenian á los pueblos en su deber y hacianles concurrir al bien comun del país.

La idea de libertad que inspiraba semejante conducta era admirable. Porque la libertad, tal como la entendian los griegos, era una libertad sometida á la ley, es decir, subordinada á la razon y á la conveniencia pública, reconocidas por todo el pueblo. No querian que los hombres tuviesen poder entre ellos: los magistrados, respetados y temidos mientras ejercian su ministerio, volvian á la clase de particulares sin conservar mas autoridad que la que les daban sus virtudes y su esperiencia. La ley era mirada como la soberana: ella era la que establecia los magistrados, la que arreglaba el ejercicio de su poder, y la que castigaba su mala administracion.

No se trata ahora de examinar si estas ideas son tan sólidas como especiosas. En fin, la Gre-

cia se hallaba encantada con ellas, y preferia los inconvenientes de la libertad á los de la sujecion legítima, aunque en efecto mucho menores. Pero como cada forma de gobierno tiene sus ventajas, las que la Grecia sacaba del suyo eran que los ciudadanos se aficionasen tanto mas á su país cuanto que todos concurrían mancomunadamente á gobernarle, y cuanto que cada individuo podia llegar á obtener las primeras magistraturas.

Es increíble lo que trabajó la filosofia para conservar el estado de la Grecia. Cuanto mas libres eran los pueblos, mas necesario era establecer en ellos, por buenas razones, las reglas de las costumbres y las de la sociedad. Pitágoras, Tales, Anaxágoras, Sócrates, Archytas, Platon, Jenofonte, Aristóteles, y otra infinidad de filósofos dieron á la Grecia bellos preceptos. Hubo, sí, estravagantes que usurparon el nombre de filósofos; pero los que eran seguidos eran los que enseñaban á sacrificar el interés particular, y hasta la vida, al interés procomunal y á la salud del Estado; y esta era la máxima mas comun de los filósofos, que era menester ó retirarse de los negocios públicos, ó no mirar en ellos mas que el bien comun.

Pero, ¿para qué hablar de los filósofos? Los mismos poetas que andaban en las manos de todo el pueblo, les instruian mas que les divertian. El mas afamado de los conquistadores mi-

raba á Homero como un maestro que le enseñaba á reinar bien. Aquel gran poeta no enseñaba menos á obedecer bien que á ser buen ciudadano. Aquel y tantos otros poetas, cuyas obras no son menos graves que agradables, no celebran mas que las artes útiles á la vida humana, ni respiran mas que el bien público, la patria, la sociedad, y la admirable civilidad que hemos explicado antes.

Quando la Grecia, educada de esta manera, contemplaba á los asiáticos con su delicadeza, engalanados con sus adornos, y envaneidos con su belleza, semejante á la de las mugeres, les miraba con desprecio; pero su forma de gobierno que no tenia por regla mas que la voluntad del principe, soberana de todas las leyes, y aun de las mas sagradas, le inspiraba horror: y esto unido hizo que los barbaros fuesen para toda la Grecia el objeto mas odioso.

Este odio nació en los griegos desde los primeros tiempos, y llegó á connaturalizarse con ellos. Una de las cosas que hacia amar con preferencia las poesias de Homero, fue porque cantaba las victorias y las ventajas que la Grecia habia conseguido sobre el Asia. El Asia estaba representada por Venus, es decir, por los placeres, los locos amores y la molicie: á la Grecia la representaba Juno, esto es, la gravedad con el amor conyugal; Mercurio con la elocuencia; Júpiter y la sabiduria política. En favor del Asia

militaba Marte, impetuoso y brutal, es decir, la guerra hecha con furor: en el de la Grecia Pallas, que quiere decir el arte militar y el valor dirigido por el talento. Desde entonces la Grecia estuvo siempre en la creencia de que la inteligencia y el verdadero valor eran su natural patrimonio. Se indignaba al solo pensar que el Asia imaginase subyugarla, y no podia ni sufrir esta idea; y sometiéndose á su yugo hubiera creído someter la virtud al imperio del deleite, el espíritu al cuerpo, y el verdadero valor á una fuerza insensata y brutal que se hacia solo consistir en el número.

Hallándose la Grecia poseida de estos sentimientos fue atacada por Darío, hijo de Histaspes, y por Gerges, con un ejército en tal manera grande que parece fabuloso, tan enorme era. Inmediatamente preparáronse todos para defender su libertad. No obstante que todas las ciudades de la Grecia formasen otras tantas repúblicas, el interés comun las reunió, y ya no se trató desde aquel instante de otra cosa entre ellas mas que de ver quién haria mas en favor de la causa comun. Nada costó á los atenienses abandonar su ciudad al pillage y al incendio; y luego que hubieron puesto en salvo á sus ancianos padres, sus mugeres y sus tiernos hijos, embarcaron á todos los que se hallaban en estado de tomar las armas. Para detener por algunos dias al ejército persa en el paso de un desfiladero, y para

darle una muestra de lo que era la Grecia, un puñado de lacedemonios con su rey á la cabeza corrieron en busca de una muerte cierta, contentos al morir por haber inmolado á su patria un infinito número de bárbaros, y por haber dejado á sus compatriotas el ejemplo de una proeza inaudita. Contra tales ejércitos, guiados por tan noble conducta, la Persia se encontró débil, y esperimentó varias veces, á su costa, lo que puede la disciplina contra la multitud desordenada, y lo que puede el valor dirigido con arte contra una ciega impetuosidad.

No le quedaba á la Persia, tantas veces vencida, mas medio que introducir la division entre los griegos; y el estado en que se encontraban por sus victorias hizo esta empresa fácil. Asi como desapareció el temor que les tuviera unidos, y que la victoria y la confianza rompió los lazos de la union, los griegos dejaron de aparecer una nacion compacta y fuerte, y presentaron ya el flanco por donde el enemigo podia atacarlos con éxito. Acostumbrados á combatir y á vencer, luego que creyeron que ya nada tenían que temer del poder de los persas, se volvieron los unos contra los otros. Pero es menester explicar con un poco mas de detencion el estado en que se encontraban los griegos, y el secreto de la política persa:

Entre todas las repúblicas de que se componia la Grecia, Atenas y Lacedemonia eran

sin comparacion las principales. Ni puede encontrarse ni mas genio ni talento que los que se encontraban en Atenas, ni mas fuerza que la que habia en Lacedemonia. Atenas era amante de los placeres; la vida de Lacedemonia era dura y laboriosa. Las dos eran amantes de la libertad y de la gloria: pero en Atenas la libertad tendia naturalmente á la licencia; y retenida por leyes severas en Lacedemonia, quanto mas reprimida era en lo interior, con mas ánsia buscaba la ocasion de estenderse dominando por fuera. Atenas tambien queria dominar, pero por otro principio distinto: el interés tenia parte en la gloria. Sus ciudadanos sobresalian en el arte de la navegacion; y la mar, cuyo cetro tenia, la habia enriquecido. Para quedar árbitra absoluta de todo el comercio, todo lo queria someter á su dominacion; y sus riquezas que eran las que le inspiraban este deseo, le suministraban los medios de satisfacerle. Por el contrario, en Lacedemonia era mirado el dinero con desprecio. Como todas sus leyes tendian á hacer de ella una república guerrera, la gloria de las armas era lo único que alimentaba el espíritu de sus ciudadanos. Claro está que poseida del sentimiento de sus fuerzas naturalmente queria dominar; y quanto mas superior se hacia al interés, mas crecia su ambicion de dominacion y de gloria.

Lacedemonia, por su vida arreglada, soste-

nia con firmeza sus máximas y sus designios. Atenas era mas viva, y el pueblo ejercia en ella una escesiva soberanía. A la verdad, la filosofía y las leyes producian bellos efectos en gentes de un carácter tan esquisito; pero la razon por sí sola no bastaba á contenerles. Un sábio ateniense, que conocia admirablemente el carácter de su país, nos dice que era una cosa necesaria el temor para contener un espíritu demasiado vivo y libre, y que no hubo otro medio para gobernarlos luego que la victoria de Salamina húboles asegurado del peligro con que les amenazaban los persas.

Entonces dos cosas les perdieron, la gloria de sus bellas acciones, y la seguridad en que se creian estar. Los magistrados no fueron ya escuchados; y así como la Persia se hallaba affigida por una escesiva sujecion, dice Platon, que Atenas se resintió de los males de una escesiva libertad.

Estas dos grandes repúblicas, tan opuestas en sus costumbres y en su gobierno, se suscitaban embarazos la una á la otra en el designio que tenian cada una de ellas de someter á su poder toda la Grecia, de manera que ellas eran siempre enemigas mas bien por la contradiccion de sus intereses, que por la incompatibilidad de su carácter.

Las ciudades griegas no querian la dominacion de ninguna de las dos, porque, ademas de

que cada una deseaba poder conservar su libertad, miraban el imperio de las dos repúblicas como demasiado pesado. El de Lacedemonia era duro: observábase en su pueblo un no se qué de feroz. Un gobierno demasiado rígido, y una vida demasiado laboriosa, haciales demasiado activos, austéros é imperiosos: y á esto se unia que era menester resolverse á no estar jamas en paz bajo la dominacion de una ciudad que, educada para hacer la guerra, no podia conservarse sin hacerla continuamente. Así era que los lacedemonios querian mandar, pero todo el mundo temia que llegasen á conseguirlo. Los atenienses eran naturalmente de una condicion mas suave y mas agradable. Nada habia mas delicioso que ver su ciudad, en donde las fiestas y los juegos eran perpetuos: y en la que el talento, la libertad y las pasiones proporcionaban todos los dias nuevos espectáculos. Pero su voluble conducta desagradaba á sus aliados, y era todavia mas insoportable en sus súbditos. Era necesario experimentar las estravagancias y caprichos de un pueblo adulado, es decir, segun Platon, algo mas peligroso que las estravagancias y caprichos de un príncipe corrompido por la adulacion.

Estas dos ciudades no dejaban á la Grecia entregarse al reposo. Ya habeis visto la guerra del Peloponeso y todas las demas, causadas siempre, ó sostenidas por las rivalidades de La-

cedemonia, y de Atenas. Pero afortunadamente las mismas rivalidades que perturbaban el sosiego de la Grecia, sosteníanla en algún modo, é impedíanla caer bajo la dependencia de una de las dos repúblicas.

Los persas descubrieron bien pronto el estado en que la Grecia se encontraba; y así fue que todo el secreto de su política consistió en mantener vivas las rivalidades, y fomentar la division que reinaba en ella. Lacedemonia, que era la mas ambiciosa, fue la primera que les hizo tomar parte en las contiendas de los griegos. La tomaron con el designio de hacerse dueños de toda la nacion; y perseverantes en debilitar á los griegos, suscitándoles enemistades unos contra otros, aguardaban el momento oportuno de echarse sobre todos. Ya las ciudades de Grecia no miraban en sus guerras mas que al rey de Persia, á quien ellas llamaban el gran rey ó el rey por excelencia, como si se contasen ya por súbditas suyas: pero no era posible que no saliese de su letargo el antiguo espíritu de la Grecia en visperas de caer en la servidumbre y entre las manos de los bárbaros. Los reyezuelos griegos emprendieron oponerse al gran rey de Persia y arruinar su imperio. Con un pequeño ejército, pero disciplinado en la escuela que ya hemos visto, Agesilao, rey de Lacedemonia, hizo temblar á los persas en el Asia menor, é hízoles ver que podía humillar su poder.

Las divisiones de la Grecia pudieron solo detenerle en la carrera de sus conquistas; pero acabó en aquel tiempo que el jóven Ciro, hermano de Artajerjes, se rebeló contra él. Entre las tropas que mandaba tenia una division de diez mil griegos, cuya línea no pudo romperse en la derrota universal de su ejército. Fue muerto en la batalla, y aun se dice que por mano del mismo Artajerjes. Los griegos encontráronse sin protector entre los persas y en las cercanías de Babilonia. Sin embargo, Artajerjes victorioso ni pudo persuadirles á que entregaran voluntariamente las armas, ni forzarles á que las rindieran. Concibieron el atrevido proyecto de atravesar en masa todo su imperio para volverse á su país, y lo consiguieron en efecto. Este es el bello trozo de historia tan bien descrito por Jenofonte en su libro de *La retirada de los diez mil*, ó *De la espedicion del jóven Ciro*. Toda la Grecia vió entonces mas que nunca que poseia una milicia invencible, á la cual ni se podia resistir, ni era posible que dejase de someter á su imperio el país que intentara conquistar; y que solo sus discordias podian hacerla sucumbir al poder de un enemigo demasiado débil para resistirla estando unida. Filipo, rey de Macedonia, tan hábil como valiente, supo sacar provecho de las ventajas que le daba, contra tantas ciudades y repúblicas divididas, un reino pequeño á la verdad, pero unido, y en

el que el poder real era absoluto, y que al fin, parte por sagacidad y parte por la fuerza, llegó á hacerse el mas poderoso de la Grecia, obligando á todos los griegos á alistarse en sus banderas contra el enemigo comun. Fue asesinado ocupándose en estos preparativos; pero Alejandro, hijo suyo, sucedióle en el trono y tambien en sus designios.

Encontró á los macedonios no solo aguerridos, sino entusiasmados con sus triunfos, y tan superiores, por tantas victorias como habian conseguido, á los demas griegos en valor y en disciplina, como éstos lo eran á los persas.

Dario, que reinaba en Persia en tiempo de Alejandro, era justo, valiente, generoso, amado de sus pueblos, y no le faltaba ni talento ni vigor para ejecutar sus designios. Pero comparándole con Alejandro, el talento de aquél con el genio perspicaz y sublime de éste, su valor con la entereza y firmeza de ánimo de este varon invencible, á quien los obstáculos le hacian mas grande todavia, con este ardor inmenso por engrandecer todos los dias su nombre, y que preferia arrostrar todos los peligros, trabajos y hasta mil muertes por alcanzar el menor grado de gloria; en fin, con esta confianza que le hacia presentir que todo debía ceder sin resistencia á un hombre á quien su destino hacia superior á los demas; confianza que no solo inspiraba á sus gefes sino hasta al último de sus

soldados, á quienes hacia superiores por este medio á todos los obstáculos y dificultades, y hasta á sí mismos, podreis juzgar con facilidad á quién de los dos coronaria la victoria. Y uniendo á estas cosas las ventajas que tenian los griegos y los macedonios sobre sus enemigos, vendreis á confesar que la Persia atacada por un héroe como aquel y por unos ejércitos tales como los que él mandaba, era imposible que evitase cambiar de soberano. De esta manera se revela al mismo tiempo lo que causó la ruina del imperio de los persas y lo que elevó el de Alejandro.

Para facilitarle la victoria fue necesario que la Persia perdiese el único general que podia oponer á los griegos, cual era Memnon el rómano. Mientras que Alejandro tuvo por enemigo un tan famoso capitán, pudo gloriarse de haber vencido á un enemigo digno de él. En vez de aventurar contra los griegos una batalla general, Memnon les disputaba todos los desfiladeros, les cortaba los viveres, hacia incursiones en su pais, obligándoles por un ataque vigoroso á marchar en su defensa. Alejandro, previendo todo esto, se habia prevenido, y las tropas que dejó á Antipatro bastaban para guardar la Grecia. Pero su buena suerte libróle de repente de este cuidado. Al principio de una diversion que ya ponía en inquietud toda la Grecia, Memnon murió, y Alejandro entonces sometió todo á sus pies.

Este príncipe hizo su entrada en Babilonia con tal esplendor que escedia á todo lo que el universo habia visto hasta entonces; y despues de haber vengado á la Grecia, de haber sojuzgado con una celeridad increíble todas las tierras sujetas á la dominacion de los persas, para afirmar por todas partes su nuevo imperio, ó mas bien para satisfacer su ambicion, y para hacer su nombre mas famoso que el de Baco, entró en las Indias, á donde llevó mas lejos sus conquistas que aquel célebre vencedor. Pero aquel á quien los desiertos, los rios y las montañas no fueron capaces de detener, vióse obligado á ceder á sus soldados cansados que le pedian reposo. Reducido á contentarse con los soberbios monumentos que dejó erigidos en las orillas del Araspe, condujo á su ejército por otro diferente camino, y sujetó á su poder todos los países que encontró en su tránsito.

Regresó á Babilonia temido y respetado, no como quiera como un conquistador, sino como un Dios. Pero el imperio formidable que conquistó no tuvo mas larga duracion que su vida, que fue bien corta. A la edad de 33 años, ocupado en los mas vastos designios que hombre alguno llegara jamas á concebir, y con las mas fundadas esperanzas de un feliz suceso, murió sin haber tenido tiempo de dejar sólidamente establecidos sus negocios, dejando un hermano imbécil é hijos de tierna edad, incapaces de sos-

tener un imperio de tan gran peso. Pero lo que habia de mas funesto para su casa y para su imperio era que dejaba capitanes á quienes él mismo habia enseñado á no respirar mas que ambicion y guerra. Previó los escesos á que se entregarían luego que dejase de existir: para contenerlos, y por temor de quedar desairado, no se atrevió á nombrar ni su sucesor ni el tutor de sus hijos. Predijo solamente que sus amigos celebrarían sus funerales con batallas sangrientas; y espiró en la flor de su edad, rodeado de las tristes imágenes de la confusion que debia seguirse á su muerte.

En efecto, ya habeis visto la division de su imperio, y la horrible y lamentable ruina de su casa. La Macedonia, su antiguo reino, poseida por sus predecesores por tantos siglos, fue invadida por todos lados como una sucesion vacante; y despues de haber sido por largo tiempo la presa del mas fuerte, pasó al fin al dominio de otra familia. Así, aquel gran conquistador, el mas famoso é ilustre que existió jamas, fue el último rey de su dinastía. Si hubiese permanecido en paz en la Macedonia, la grandeza de su imperio no hubiera tentado la codicia de sus capitanes, y hubiera podido dejar á sus hijos la herencia de sus padres. Pero su excesivo poder causó la pérdida de todos los suyos: y hé aquí el fruto glorioso de tantas conquistas.

Su muerte fue la sola causa de esta gran revolucion. Porque, es menester decirlo en gloria suya, que si hubo jamas un hombre capaz de sostener un tan vasto imperio, aunque nuevamente conquistado, fue sin duda Alejandro, porque tenia tanto talento como valor. No hay que imputar á sus faltas, no obstante que las cometió grandes, la caída de su familia, sino solo á su muerte; á menos que no quiera decirse que un hombre de su carácter y á quien su ambicion empeñaba continuamente en nuevas empresas, no tuvo nunca tiempo para establecer las cosas.

De cualquier manera que sea, vemos en su ejemplo que ademas de las faltas de que los hombres podrian corregirse, es decir, ademas de las que proceden de impetuosidad ó de ignorancia, hay siempre un flaco irremediable inherente á los designios humanos: tal es la mortalidad. Todo puede caer en un momento por este flaco: lo que nos obliga á confesar que el vicio mas inherente, si es lícito espresarse así, y el mas inseparable de las cosas humanas, es su propia caducidad; el que sabe conservar y afirmar un estado ha llegado á un mas alto punto de sabiduría que el que sabe conquistar y ganar batallas.

No es necesario que me detenga en referir circunstanciadamente lo que hizo perecer los reinos formados con los restos del imperio de

Alejandro, es decir, el de Siria, el de Macedonia y el de Egipto. La causa comun de su ruina fue la de verse obligados á someterse á un poder mayor, cual fue el poder romano. Si á pesar de todo quisiéramos considerar el último estado de estas monarquías, encontraríamos fácilmente las causas inmediatas de su ruina; y veríamos, entre otras cosas, que la mas poderosa de todas, es decir, la de Siria, despues de haber sido minada por la molicie y el lujo de la nacion, recibió en fin el golpe mortal por la division de sus príncipes.

CAPÍTULO VI.

Del imperio romano; y por incidencia del de Cartago y de su mala constitucion.

Hemos llegado al fin á este gran imperio en donde se han sumergido todos los del universo, y de donde han salido los mayores reinos del mundo que habitamos, y del cual respetamos todavía las leyes, y al que por consiguiente debemos conocer mejor que á todos los otros imperios. Ya conoceréis que quiero hablar del imperio romano, cuya larga y memorable historia habeis visto en toda su estension; pero, para comprender perfectamente las causas de la elevacion de Roma, y las de las grandes variaciones que sobrevinieron en su estado, las de su grandeza y decadencia, es menester considerar con atencion, al mismo tiempo que las costumbres de los romanos, los tiempos de donde dependieron todos los movimientos de este vasto imperio.

De todos los pueblos del mundo, el mas atrevido y arrogante, al mismo tiempo que el mas arreglado en sus consejos, el mas constante en sus máximas, el mas previsor, laborioso y el mas paciente, ha sido el pueblo romano.

Con todas estas dotes se formó la mejor milicia, y la política mas previsora, firme y constante que existió jamas.

El fondo de un romano, por decirlo asi, era el amor á la libertad y á su patria. El amor á una de estas dos cosas haciale ser amante de la otra; porque amando su libertad, amaba tambien á su patria como á una madre que alimentaba en él sentimientos igualmente generosos que libres.

Bajo el nombre de libertad entendian los romanos, como los griegos, un Estado en el que ninguno estuviese sujeto mas que á la ley, y en el que la ley fuese mas fuerte y poderosa que los hombres.

Ademas, sin embargo de haber nacido Roma bajo un gobierno real, disfrutaba aun bajo la dominacion de sus mismos reyes de una libertad que no es propia de una monarquía bien arreglada; porque, ademas de ser los reyes electivos, y de que á su eleccion concurría todo el pueblo, correspondia todavía á la asamblea general del pueblo sancionar las leyes, y declarar la guerra ó la paz. Y aun habia casos en que los reyes deferian al pueblo el juicio soberano: testigo Tulio Hostilio, quien no resolviéndose ni á condenar ni á absolver á Horacio, cubierto de honores por haber vencido á los curiacios, y de vergüenza y oprobio por haber dado muerte á su hermana, hizole juzgar por el pueblo. Asi era, que propiamente hablando, los reyes no tenían mas que el mando de los ejércitos y la autoridad de convocar las asambleas legítimas,

de proponerlas los negocios que habian de discutir, de mantener el respeto y la obediencia á las leyes, y la de ejecutar los decretos públicos.

Cuando Servio Tulio concibió el pensamiento de constituir á Roma en república, aumentó en el pueblo ya bastante libre el amor á la libertad; y por esto podreis juzgar cuán celosos serian los romanos de su libertad luego que bajo el gobierno de sus cónsules llegaron á disfrutar de la mas ámplia y completa.

Se estremece uno todavía cuando lee en las historias la triste firmeza que tuvo el cónsul Bruto cuando mandó dar muerte en presencia suya á sus dos hijos, por haberse dejado arrastrar por las sordas maquinaciones de los Tarquinos que trataban de restablecer su dominación en Roma. ¡Cuánto contribuiría para afirmar en el pueblo el amor á la libertad ver al severo cónsul inmolar á sus propios hijos! En vista de esto no hay que admirarse porque despreciasen en Roma los esfuerzos de los pueblos vecinos, cuando emprendieron restablecer á los Tarquinos desterrados. En vano el rey Porsena los acogió bajo su proteccion. Los romanos, sitiados por hambre y escasísimos de víveres, hicieronle conocer su firmeza y resolucion, mandándole á decir que querian morir siendo libres. El pueblo se condujo todavía con mas firmeza que el senado; y toda Roma mandó á decir al poderoso rey, que acababa de reducirla al úl-

timo extremo de hambre y de penuria, que cesase de interceder por los Tarquinos, mediante á que, resuelta á arrostrarlo todo por defender su libertad, recibiria antes á sus enemigos que á sus tiranos. Porsena, admirado de la altivez de este pueblo, y del atrevimiento mas que humano de algunos particulares, resolvió dejar á los romanos gozar en paz de una libertad que tan bien sabian defender.

La libertad era para ellos un tesoro que preferian á todas las riquezas del universo. Asi fue que no solo á los principios, sino que aun despues que ya hubieron hecho progresos, la pobreza no era para ellos un mal: por el contrario, mirábanla como un medio de disfrutar de una libertad mas ámplia, no teniendo nada por mas libre é independiente que un hombre que sabe vivir con poco, y que, sin aguardar nada de la proteccion ó de la liberalidad ajena, no funda sus esperanzas de subsistencia mas que sobre su trabajo é industria.

Esto es lo que hacian los romanos. Criar ganado, laborear la tierra, imponerse á sí mismos cuantas privaciones podian, y vivir de su trabajo y con gran economía: hé aquí cuál era su vida; asi era como mantenian á sus familias, las que acostumbraban á vivir del mismo modo.

Tito Livio tiene razon en decir que no ha habido pueblo ninguno en que la frugalidad, la economía y la pobreza hayan sido por mas

largo tiempo distinguidas y miradas con aprecio y honor. Los mas ilustres senadores, en su exterior se distinguian muy poco de los paisanos, porque solo se presentaban en traje de ceremonia en público ó en el senado. Fuera de esto encontrábaseles ocupados en la labor y en los demas afanes de la vida rural y doméstica, y asi se les encontró diferentes veces cuando fueron á requerirlos para que se encargasen del mando de los ejércitos. Estos ejemplos son muy frecuentes en la historia romana. Curio y Fabricio, aquellos grandes capitanes que vencieron á Pirro, rey tan rico, no tenian para su uso mas que una vajilla de barro; y el primero, á quien los samnitas ofrecian oro y plata, respondió que él no hacia consistir su placer en tener riquezas, sino en mandar á quien las tenia. Despues de haber triunfado, y de haber enriquecido la república con los despojos de sus enemigos, no tuvieron con qué pagar su entierro. Esta moderacion duraba todavía en tiempo de las guerras púnicas. En la primera, se ve á Régulo, general de los ejércitos romanos, pedir licencia al senado para ir á cultivar sus tierras, abandonadas durante su ausencia. Despues de la ruina de Cartago se ven tambien grandes ejemplos de la primera sencillez y parsimonia con que se vivia. Paulo Emilio, que aumentó el tesoro público con el rico tesoro de los reyes de Macedonia, vivia segun las reglas de la

antigua frugalidad, y murió pobre. Mummio, al arruinar á Corinto, solo se aprovechó en beneficio del público de las riquezas de aquella ciudad opulenta y voluptuosa. Las riquezas eran tenidas en menosprecio: la moderacion y la inocencia de los generales romanos causaban admiracion á los pueblos vencidos.

Sin embargo, en medio de este gran amor á la pobreza, los romanos nada omitian que pudiese contribuir al engrandecimiento y ornamento de su ciudad. Desde sus principios las obras públicas fueron tales, que Roma no se avergonzó de ellas ni aun despues que se vió señora del mundo. El capitolio, edificado por Tarquino el Soberbio, y el templo que levantó á Júpiter en aquella fortaleza, eran dignos desde entonces de la magestad del mas grande de los dioses, y de la gloria futura del pueblo romano. Todo el resto correspondia á esta grandeza. Los principales templos, las plazas de mercado, las plazas públicas, los baños, los grandes caminos, los acueductos, sumideros, y aun las mismas cloacas, estaban contruidos con una magnificencia tal, que parecia increíble si no fuese atestiguada por todos los historiadores, y confirmada por los vestigios que todavía vemos de aquellas antiguas obras. ¿Pues qué diremos de la pompa de los triunfos, de las ceremonias de la religion, de los juegos y de los espectáculos que se daban al pueblo? En una palabra,

todo lo que servia para el público, y todo lo que podia dar á los pueblos una gran idea de su patria comun, se hacia con una profusion tal y tan grande como lo permitian sus recursos. La economía hallábase circunscrita solamente á las casas particulares. El que aumentaba sus rentas, y hacia sus tierras mas productivas por su industria y por su trabajo, el que era mas económico, imponiéndose á sí mismo mayores privaciones, se estimaba el mas libre, el mas poderoso y el mas feliz.

Nada mas distante de una vida tal que la molicie; por el contrario, mas bien declinaba al extremo opuesto. Por esta razon las costumbres de los romanos no solo tenian algo de rudo y rígido, sino tambien de salvaje y feroz. Pero nada omitieron para constituirse ellos mismos bajo el régimen de buenas leyes; y el pueblo mas celoso de su libertad que se ha conocido en el universo, fue al mismo tiempo el mas sumiso á sus magistrados y á la potestad legítima.

La milicia de un pueblo semejante no podia menos de ser admirable, pues que á un valor á toda prueba y á unos cuerpos vigorosos y robustos unia la obediencia y una rigorosa disciplina.

Las leyes de la milicia eran duras, pero necesarias. Hasta el vencer era peligroso, y la victoria solian pagarla con la vida los que la ganaban contra las órdenes de sus gefes. No solo

se arriesgaba la vida huyendo, abandonando las armas ó saliéndose de sus filas, sino tambien moviéndose, por decirlo asi, y desordenando por poco que fuese las filas, ó escediéndose ó faltando en lo mas mínimo á la voz de mando del general. El que rendia las armas ante el enemigo, el que preferia dejarse hacer prisionero á morir gloriosamente por su patria, se le juzgaba indigno de todo auxilio. Ordinariamente no se contaba á los prisioneros en el número de los ciudadanos, y se les dejaba en poder de los enemigos como miembros cortados de la república. Ya habeis visto en Floro y en Ciceron la historia de Régulo, que persuadió al senado, á espensas de su propia vida, á que abandonase los prisioneros á los cartagineses. En la guerra de Anibal, y despues de la pérdida de la batalla de Cannas, es decir, en el tiempo en que Roma aniquilada por tantas pérdidas como sufriera hallábase escasisima de soldados, prefirió el senado armar, contra su costumbre, ocho mil esclavos, á rescatar ocho mil romanos, que no le hubieran costado mas que la nueva milicia que le fue necesario levantar. Pero, en el estado de apuro en que se encontraba la república, se estableció como una ley inviolable que un soldado romano debia vencer ó morir.

Siguiendo esta máxima los ejércitos romanos, aunque derrotados y dispersos, combatian hasta el último extremo y volvíanse á reunir; y, como

observa Salustio, se encuentran entre los romanos mas soldados castigados por haber combatido sin orden para ello, que por haber retrocedido un solo pié y abandonado su puesto: de manera que era mas necesario reprimir el valor que escitar la cobardía.

Al valor unieron el talento y la invencion. Además de ser ellos de suyo aplicados é ingeniosos, sabían aprovecharse de todo lo que veían en los otros pueblos de cómodo, ora fuese para los campamentos, ora para el orden de presentar batalla, ora para las armas que hubieran de usar; en una palabra, de todo cuanto pudiera facilitar tanto el ataque como la defensa. Ya habeis visto en Salustio y en los demas autores lo que los romanos aprendieron de sus vecinos y de sus mismos enemigos. ¿Quién no sabe que de los cartagineses aprendieron la invencion de las galeras con las que les batieron despues, y en fin, que tomaron de todas las naciones, á quienes conocieron, los medios de que se valieron despues para vencerlas á todas?

En efecto, es cierto, por confesion suya, que los galos les sobrepujaban en fuerza corporal, y no les eran inferiores en valor. Polibio nos hace ver que en un encuentro decisivo los galos, por otra parte mayores en número, mostraron mas atrevimiento que los romanos por determinados que fuesen, y vemos sin embargo, en este mismo encuentro, á los romanos, inferiores en

todo lo demas, triunfar de los galos, porque supieron elegir mejores armas, evolucionar mejor, y aprovechar el tiempo en la pelea. Esto mismo puede verse con mas exactitud en Polibio; y en los Comentarios de César se lee tambien que los romanos mandados por aquel grande hombre, sojuzgaron á los galos mas todavía por su pericia en el arte militar que por su valor.

Los macedonios, tan celosos por conservar el antiguo orden de su milicia, formada por Filipo y por Alejandro, creían invencible su falange, y no podían persuadirse que el espíritu humano fuese capaz de descubrir una cosa que la aventajase. Sin embargo, el mismo Polibio, y despues Tito Livio, han demostrado que parándose solo á comparar la naturaleza de los ejércitos romanos con la de los macedonios, los últimos no podían dejar de ser batidos á la larga, en razon de que la falange macedonia, que no era mas que un fuerte batallon cuadrado, de mucho fondo por todos lados, no podía moverse sino en cuerpo, en lugar de que el ejército romano, distribuido en pequeños pelotones, se hallaba mas desembarazado, mas dispuesto y mas pronto para hacer con celeridad cuantos movimientos fuesen necesarios.

Los romanos, pues, encontraron ó aprendieron bien pronto el arte de dividir los ejércitos en muchos batallones y escuadrones, y de formar los cuerpos de reserva, cuyo movimien-

to es tan acomodado ya sea para avanzar ó para sostener lo que vacila de una parte ó de otra. Hágase marchar contra tropas organizadas de esta manera la falange macedonia: esta gruesa y pesada máquina será terrible, á la verdad, contra un ejército sobre el cual caiga con todo su peso; pero, como dice Polibio, no puede conservar por mucho tiempo su propiedad natural, que consiste en su solidez y consistencia, porque le son necesarios terrenos á propósito, y puede decirse determinados, sin cuya circunstancia se embaraza á sí misma, ó mas bien se rompe por su propio movimiento, uniéndose á esto que una vez rota ya no puede reunirse: en vez de que el ejército romano dividido en pequeños cuerpos se aprovecha de todas las posiciones y lugares, se acomoda al terreno que ocupa, se une ó se divide como quiere y le conviene, desfila fácilmente y vuélvese á reunir sin dificultad; es mas á propósito para pelear sea por pelotones ó por masas, se acomoda á toda especie de conversiones y de evoluciones, que puede hacer en masa ó dividido, segun mejor le convenga; en fin, es susceptible de diversos movimientos, y por consiguiente de mas accion y de mas fuerza que la falange. Conclu-yamos, pues, con Polibio, que habia de acabar por ceder la falange al ejército romano, y por ser vencida la Macedonia.

Despues de la Macedonia no hay necesidad

de hablar de la Grecia, porque teniendo la Macedonia la superioridad sobre toda ella, es fácil juzgar del resto de la milicia griega. Atenas nada produjo despues de los tiempos de Alejandro. Los etolios, que se señalaron en diferentes guerras, eran mas indóciles que libres, y mas brutales que valientes. Lacedemonia hizo su último esfuerzo por la guerra, produciendo á Cleomenes y la liga de los Aqueos produciendo á Filopemeno. Roma no combatió contra aquellos dos grandes capitanes; pero el último, que vivia en tiempo de Anibal y de Scipion, al ver operar á los romanos en la Macedonia, pronosticó que la libertad de la Grecia iba á espirar, y que nada le quedaba que hacer mas que retardar el momento de su caída. Así era como los pueblos mas belicosos cedian á los romanos. Estos triunfaron del valor de los galos, del valor y del arte de los griegos, y de todo esto, sostenido con la política mas refinada, triunfaron sobre Anibal, de manera que nada se igualó jamas á la gloria de sus armas.

Tampoco tuvieron nada, en todo su gobierno, de que tanto se jactasen como de su disciplina militar: la consideraron siempre como el fundamento de su imperio. La disciplina militar fue la primera cosa que establecieron en su Estado, y la última que perdieron; tan inherente era á la constitucion de su república.

Una de las mejores condiciones de la milicia

romana era que jamas se elogiaba la temeridad y el valor arrojado. Las máximas del falso honor, que han hecho perecer á tanta gente entre nosotros, ni aun solo eran conocidas en una nacion tan codiciosa de gloria. Se observa en Scipion y en César; los dos primeros capitanes y los mas valerosos entre los romanos, que jamas se espusieron sino con gran precaucion, y quando una gran necesidad lo exigia. Nada se esperaba de un general que no sabia conocer la importancia de economizar su persona: y se reservaba para el verdadero servicio las acciones de un arrojado extraordinario. Los romanos no querian aventurar batallas inoportunamente, ni victorias que costasen demasiada sangre, de manera que al mismo tiempo que habia valor y ardimiento en los ejércitos romanos cuando era menester, se economizaba su sangre cuanto era dable.

Pero como no basta hacer bien la guerra si al mismo tiempo por un sábio consejo no se emprende oportunamente, manteniendo en lo interior del Estado un buen orden, menester es observar todavía la profunda política del senado romano. En los buenos tiempos de la república, no hubo jamas asamblea en que no se tratasen los negocios con la mayor madurez, el mas profundo secreto, la mas lejana prevision, con la mayor concurrencia y con el mayor celo por el bien público.

El Espíritu Santo no se ha desdeñado de hacer esta observacion en el libro de los Macabeos, ni de encomiar la consumada prudencia, y los varoniles consejos de aquella sábia corporacion, en la que ninguno se abrogaba la superioridad mas que por la que le daba la razon, y cuyos miembros todos conspiraban de consuno á la utilidad pública sin parcialidad y sin celos.

En cuanto al secreto, Tito Livio nos da un ejemplo ilustre. Mientras que se meditaba la guerra contra Perséo, Eumenes, rey de Pérgamo, enemigo de aquel príncipe, vino á Roma para ligarse con el senado contra él. Hizo allí sus proposiciones en plena asamblea, y se acordó la resolucion por los sufragios de una corporacion compuesta de trescientos hombres. ¿Quién hubiera podido creer que se hubiese guardado el secreto, y que jamas se hubiese sabido nada de la deliberacion hasta cuatro años despues de acabada la guerra? Pero lo mas particular es que Perséo tenia en Roma sus embajadores para observar á Eumenes. Todas las ciudades de Grecia y de Asia, que temian ser envueltas en esta contienda, habian tambien enviado los suyos, y todos unidos procuraban descubrir un negocio de tal consecuencia para ellos. Pues á pesar de todo, y no obstante la vigilancia y las pesquisas de tan hábiles negociadores, el senado fue impenetrable. Para hacer guardar el secreto jamas se tuvo necesidad ni de

suplicios, ni de prohibir el trato con los extranjeros bajo penas rigurosas; el secreto se recomendaba por sí solo y por su propia importancia.

Era cosa ciertamente chocante la que se observaba en los romanos; el pueblo miraba al senado con cierta prevención y antipatía, y sin embargo tenía con él las mayores deferencias, y señaladamente en ocasiones de peligro. Entonces volvía el pueblo sus ojos hácia aquella sábia corporación, y aguardaba sus resoluciones, y las acataba como si fuesen unos oráculos.

Una larga experiencia habia enseñado á los romanos que del senado habian salido todos los consejos que salvaron al Estado: y que en él era donde se conservaban las antiguas máximas, y el espíritu, por decirlo así, de la república. Allí era donde se concebían y formaban los grandes designios, y donde se les veía sostenerse por su propia importancia hasta llevarlos á cabo; y lo que habia de mas grande en el senado era que jamas sus resoluciones eran mas vigorosas y fuertes que en los mayores apuros y necesidades.

Hallándose la república en el mas lamentable y triste estado, débil todavía y recién establecida, destrozada y dividida en lo interior por los Tribunales, y amenazada y estrechada por fuera por los Volscos, que Coriolano ansioso por vengarse conducía contra su patria, fue cuando el senado mostróse mas intrépido y resuelto. Los

Volscos, batidos siempre por los romanos, esperaron vengarse teniendo á su cabeza al hombre mas eminente de Roma, al mejor militar, al mas liberal, y al mas incompatible con la injusticia; pero al mismo tiempo el mas duro, el mas inaccesible, y el mas desabrido é irritado. Querían hacerse ciudadanos á la fuerza, y después de haber hecho grandes conquistas, dueños de la campiña y del país, amenazaban arrasarlo todo si no se les otorgaba su demanda. Roma carecía entonces de ejército y de gefes; y sin embargo de hallarse en aquel estado, y mientras que todo lo debia temer, sale improvisadamente del senado este decreto, que antes parecer que ceder en nada al enemigo armado; pero que se le concederian unas condiciones equitativas después que se hubiese retirado ó depuesto sus armas.

La madre de Coriolano, á quien se envió al campo enemigo para que persuadiera á su hijo á que no combatiera contra su patria, decíale á éste entre otras razones: "¿No conoces tú á los romanos? ¿No sabes, hijo mio, que nada obtendrás de ellos sino por los ruegos, y que no conseguirás ni poco ni mucho por la fuerza?" El severo Coriolano dejóse convencer: y costóle la vida, y los Volscos eligieron otros generales; pero el senado se mantuvo firme en sus máximas; y el decreto que dió de no acceder á nada por la fuerza, pasó por una ley fundamental de

la política romana, de que no hay un solo ejemplo de que se hayan separado los romanos en todo el tiempo de la república. Entre ellos, en los mayores apuros y extremos, jamas han sido ni escuchados siquiera los consejos que adolecian de debilidad. Eran mas accesibles y tratables vencedores que vencidos: hasta este punto supo el senado sostener las máximas antiguas de la república, y confirmarlas con su conducta el resto de los ciudadanos.

De este mismo espíritu han procedido las resoluciones tomadas tantas veces en el senado, de vencer á los enemigos á fuerza abierta, sin emplear para conseguirlo ni intrigas, ni sobornos, ni ardidés, ni aun de aquellos mismos permitidos en el arte de la guerra: esto no lo hacia el senado guiado por un falso honor, ni por ignorar las leyes de la guerra, sino porque juzgaba que nada habia mas eficaz para humillar un enemigo orgulloso, que hacerle perder la confianza que pudiera tener en sus fuerzas, para que vencido completamente, no viese otro camino de salvacion mas que recurrir á la clemencia del vencedor.

Asi es como se estableció por toda la tierra la gran opinion de que gozaron las armas romanas. La creencia en que se estaba por todas partes de que nada podia resistirles, hacia deponer las armas á sus enemigos, é inspiraba á sus aliados una ilimitada confianza.

La conducta del senado romano, tan firme contra los enemigos, no era menos admirable que la que observaba en lo interior. Aquellos sábios senadores tenian algunas veces con el pueblo una justa condescendencia; como cuando, en una estrema necesidad, no solo se impusieron á sí mismos una contribucion mucho mas subida que á los otros, cosa que ordinariamente solian hacer, sino que descargaron tambien al pueblo bajo de todo impuesto, añadiendo "que bastante tributo pagaban los pobres á la república manteniendo á sus hijos."

El senado mostró con este decreto que sabia en qué consistian las verdaderas riquezas de un Estado; y un sentimiento tan bello, unido á los testimonios de una bondad paternal, causó tanta impresion en el ánimo de los pueblos, que hicieronse capaces de sufrir los últimos extremos por la salud de su patria.

Pero cuando el pueblo merecia ser reconvenido y que se le reprobese su conducta, hacia lo el Senado con una gravedad y una firmeza dignas de aquella sabia corporacion, como sucedió en la diferencia ó pendencia que medió entre los de Ardea y los de Aricia. Es memorable esta historia, y merece ser referida. Hallábanse aquellos dos pueblos en guerra por unas tierras que se disputaban, y que cada uno de ellos pretendia que le pertenecian. En fin, cansados de combatir, convinieron en someterse al

juicio del pueblo romano cuya equidad era reverenciada por todos los vecinos. Reuniéronse las tribus, y habiendo conocido el pueblo en la discusion que aquellas tierras pretendidas por otros le pertenecian á él de derecho, se las adjudicó. El senado, aunque convencido de que el pueblo habia juzgado bien en el fondo, no pudo tolerar que los romanos hubiesen desmentido en esta ocasion su generosidad natural, ni que hubiesen bajamente engañado la esperanza de sus vecinos que se sometieran á su arbitraje. No omitió paso ni diligencia aquella corporacion para impedir se llevase á ejecucion un fallo de tan pernicioso ejemplo, por el que los jueces tomaron para sí las tierras disputadas por las partes. Despues que la sentencia se hubo notificado, los de Ardea, cuyo derecho era aparentemente el mejor, indignados de una sentencia tan inicua, se disponian á vengarse con las armas. El senado no tuvo dificultad en declararles públicamente que le era tan sensible como á ellos mismos la injuria que se les habia hecho; que á la verdad no le cabian facultades para anular una sentencia del pueblo, pero que si querian fiarse en la corporacion y esperar de ella la reparacion de la ofensa que con razon pretendian, el senado tomaria á su cargo darles una tal satisfaccion, que no les quedase motivo ningunó de queja. Los ardeatas se fiaron en esta palabra. Sobrevínoles á poco un nego-

cio que les hubiera traído la ruina de su ciudad sin el auxilio de una fuerza que lo hubiera evitado. Recibieron en esta ocasion un auxilio tan pronto de orden del senado, que se creyeron pagados con usura de la tierra que se les habia quitado, y desde entonces no pensaron mas que en dar gracias á tan fieles amigos. Pero el senado no se contentó con esto, ni lo estuvo hasta que les hizo restituir la tierra que el pueblo romano se habia adjudicado, aboliendo de esta manera la memoria de un juicio tan infame.

No emprenderé aquí referiros cuántas acciones semejantes á esta hizo el senado; ¿cuántas veces él puso en manos de los enemigos á los ciudadanos perjuros que faltaron al cumplimiento de su palabra, ó que con sutilezas eludian sus juramentos; cuántas veces reprobó los malos consejos no obstante haber tenido un suceso feliz? os diré solo que aquella augusta corporacion no iuspiraba nada al pueblo romano que no fuese grande, y que en todas ocasiones daba una alta idea de sus consejos, persuadida de que la reputacion era el sosten mas firme de los estados.

Ya puede creerse que en un pueblo tan sabiamente dirigido las recompensas y los castigos eran ordenados con una gran circunspeccion. Porque ademas de que los servicios y el celo por el bien del Estado eran el medio mas seguro de obtener la promocion á los cargos

públicos, los hechos de armas tenían mil recompensas que nada costaban al público, y que eran infinitamente preciosas para los particulares, en razon de que llevaban en sí un testimonio glorioso, que era mil veces mas querido y estimado á los ojos de un pueblo guerrero que todo el oro reunido. Una corona de oro de una hoja muy delgada, y las mas veces una corona de hojas de encina ó de laurel, ó de cualquier otro arbusto mas vil todavía, era una prenda inestimable entre los soldados, quienes no conocian distintivos mas honrosos que los de la virtud y del valor, ni una distincion mas noble que la que testificaba las proezas gloriosas en que tuvieran parte.

El senado, cuya aprobacion era tambien una recompensa, sabia alabar y vituperar cuando era menester. Incontinenti despues del combate, los cónsules y los demas generales elogiaban ó reconvénian en público á los soldados y á los oficiales segun se habian hecho acreedores á ello en la pelea: pero ellos mismos estaban en espectacion del juicio del senado, quien apreciaba la sabiduría de los consejos sin dejarse deslumbrar por el resultado feliz de los acontecimientos. Los elogios eran preciosos, porque se daban con conocimiento: la reprobacion mortificaba vivamente á los corazones generosos, y obligaba hasta á los mas débiles á cumplir con su deber. Los castigos que se infligian á las malas acciones te-

nian á los soldados retenidos por un justo temor, mientras que las recompensas bien distribuidas les hacian superiores á sí mismos.

El que puede imprimir en el ánimo de los pueblos la gloria, la paciencia en los trabajos, la grandeza de la nacion y el amor á la patria, puede gloriarse de haber establecido la constitucion del estado mas apropósito para producir grandes hombres. Son sin duda los grandes hombres los que constituyen la fuerza de un imperio. La naturaleza no deja de producir en todos los paises almas elevadas y de un denodado valor, pero es menester que el arte ayude á formarlas. Lo que las forma, lo que las perfecciona son los fuertes sentimientos y las nobles impresiones que llegan á hacerse familiares en el espíritu de todos, pasando insensiblemente de unos á otros. Todos los romanos eran educados en estos sentimientos, y el pueblo rivalizaba con la nobleza y disputaba con ella sobre quién sobresaldria mas de los dos en llevar adelante aquellas vigorosas máximas. Durante los buenos tiempos de Roma, la infancia era ejercitada en estos trabajos: nunca se oía hablar entre ella de otra cosa que de la grandeza del pueblo romano. Cuando la república lo mandaba era menester ir á la guerra; mientras duraba, trabajar continuamente, vivaquear en invierno y en estío, obedecer sin repugnancia, y morir ó vencer. Los padres

que no educaban á sus hijos en estas máximas, y como era necesario para hacerles útiles al estado, eran demandados en justicia por los magistrados, y juzgados culpables de un atentado contra el público. Una vez establecido así, y formado el espíritu público, los grandes hombres se forman los unos á los otros: y si Roma ha producido mas que ninguna otra ciudad de las que existieron antes que ella, no ha sido esto por azar, sino porque el estado romano, constituido de la manera que hemos visto, era por decirlo así, del temperamento que debia ser el mas fecundo en héroes.

Un estado que conoce su organizacion, conoce tambien al mismo tiempo su incomparable fuerza, y jamas se desespera por apurado que se vea, porque jamas se cree sin recursos para vencer la adversidad. Por esto hemos visto que los romanos no desesperaron jamas de sus negocios ni cuando Porsena, rey de Etruria, les tenia sitiados por hambre dentro de sus murallas; ni cuando los galos, despues de haber incendiado su ciudad, inundaban todo su pais, y les tenian encerrados en el Capitolio; ni cuando Pirro, rey de los epirotas, tan habil como emprendedor, les ponía en espanto con sus elefantes y derrotaba todos sus ejércitos; ni cuando Anibal, ya tantas veces vencedor, les mató mas de cincuenta mil hombres de su mejor milicia en la batalla de Cannas.

Entonces fue cuando el cónsul Terencio Varon, que acababa de perder por falta suya una tan gran batalla, fue recibido en Roma como si hubiese sido vencedor, solamente porque en un tan gran reves no desesperó de los negocios de la república. El senado le dió públicamente gracias por esto, y resolvió desde entonces, conforme á las antiguas máximas, no dar oídos en aquel triste estado á ninguna proposicion de paz. El enemigo quedó asombrado; el pueblo cobró ánimo, y creyó tener los recursos que el senado conocia por su prudencia.

En efecto, aquella constancia del senado en medio de tantos reveses como sobrevinieron uno tras otro, no provenia solo de una resolucion obstinada de no ceder jamas á la mala suerte, sino tambien de un profundo conocimiento de las fuerzas romanas y de las fuerzas enemigas. Roma sabia por su censo, que se continuó con toda exactitud desde que Servio Tulio le formó, sabia, repetimos, todos los ciudadanos que tenia en aptitud para tomar las armas, y lo que podia esperar de la juventud que de dia en dia iba creciendo. Así es que ella economizaba sus fuerzas contra un enemigo que venia de las fronteras del África, y á quien el tiempo solo debia destruir en un pais extranjero, adonde los refuerzos que pudieran llegarle serian tardíos, y á quien sus mismas victorias, que le costaban tanta sangre, seríanle fatales y acaba-

rian por arruinarle. Es la razon por qué no obstante las pérdidas que sufrió el pueblo romano y las que pudiera sufrir, el senado, instruido de los buenos soldados que le guardaban, no trataba mas que de ganar tiempo prolongando la guerra, y por lo que no se dejaba jamas abatir. Cuando por la derrota de Cannas y por las sublevaciones que á ella se siguieron, vió las fuerzas de la república de tal manera disminuidas, que apenas se hubieran podido defender si los enemigos les hubiesen estrechado, se sostuvo por su valor; y, sin decaer de ánimo por sus pérdidas, púsose en acecho de los pasos del vencedor. Tan inmediatamente como percibió que Anibal, en vez de sacar ventajas de su victoria avanzando, no pensaba mas que en gozar de ella durmiéndose sobre sus laureles, el senado se tranquilizó, y vió que un enemigo que dejaba escapar la ocasion dejándose deslumbrar por sus grandes sucesos, no habia nacido para vencer á los romanos. Desde entonces Roma hizo todos los dias mayores armamentos; y Anibal, hábil, valiente y vencedor como era, no pudo sostenerse contra ella.

Fácil es juzgar por este solo hecho por quién debia quedar en fin el resultado definitivo; Anibal, engreido con sus victorias, creyó la toma de Roma demasiado fácil, y aflojó. Roma, en medio de sus desgracias, ni decayó de ánimo, ni perdió la confianza, y emprendió mayores

cosas que nunca. Incontinenti despues de la derrota de Cannas fue cuando sitió á Siracusa y á Capua, la una infiel á los tratados, y la otra rebelde. Siracusa no pudo defenderse ni con sus fortificaciones ni con las invenciones de Arquimedes. El ejército victorioso de Anibal intentó en vano socorrer á Capua: los romanos hicieron levantar á este capitán el sitio de Nola. Un poco despues los cartagineses derrotaron y mataron en España á los dos Scipiones. En toda aquella guerra nada habia sucedido de mas sensible y de mas funesto á los romanos. Su pérdida obligóles á hacer los últimos esfuerzos: el jóven Scipion, hijo de uno de aquellos generales, no contento con haber restablecido los negocios de Roma en España, fué á llevar la guerra á los cartagineses á su propia ciudad, y dió el último golpe á su imperio.

El estado de esta ciudad no permitia que Scipion encontrase en sus muros la misma resistencia que Anibal encontraba en los de Roma; y se convencerá cualquiera de ello á poco que examine y compare la constitucion de aquellas dos ciudades.

Roma se hallaba en su fuerza y vigor, y Cartago, que habia comenzado á decaer, no se sostenia mas que por Anibal. Roma tenia su senado unido, y precisamente en aquellos tiempos fué en los que reinó aquel unánime concierto tan alabado en el libro de los Macabeos. El

senado de Cartago hallábase dividido por añejas facciones irreconciliables; y la pérdida de Anibal hubiera causado la alegría de la más notable parte de los grandes señores. Roma, todavía pobre y dedicada á la agricultura, sostenia una milicia admirable que solo ansiaba adquirir gloria, y no pensaba mas que en engrandecer el nombre romano. Cartago enriquecida por su tráfico veia á todos sus ciudadanos apegados á sus riquezas, y nada ejercitados en la guerra; en lugar de que los ejércitos romanos casi todos se componian de ciudadanos, mientras Cartago tenia por máxima no tener mas que tropas asalariadas, tan temibles muchas veces á los que las pagan como á aquellos contra quienes se emplean.

Estos defectos procedian en parte de la primera institucion de la república de Cartago, y otra parte de ellos fuéronse introduciendo con el tiempo. Cartago fue siempre amante de las riquezas, y Aristóteles la acusa de haber sido tan apegada á ellas, que dió lugar á sus ciudadanos á que las prefiriesen á la virtud. De esto nació que una república apropósito para la guerra, como lo observa el mismo Aristóteles, acabase por descuidar su ejercicio. Este filósofo no la reprendió por no tener mas que milicias extranjeras, y es de creer que ella no cayó en esta falta sino mucho tiempo despues. Pero las riquezas conducen naturalmente á esto á

una república mercante: se quiere gozar de las riquezas adquiridas, y se cree encontrarlo todo en el dinero. Cartago creíase fuerte porque tenia muchos soldados, y las sublevaciones que acaecieron en los últimos tiempos no la enseñaron, que nada hay mas desgraciado que un estado que no se sostiene mas que por la fuerza estrangera, en la que ni puede encontrarse celo, ni seguridad, ni obediencia.

Es verdad que el gran genio de Anibal parecia haber puesto remedio á los defectos de su república. Se mira como un prodigio que en un pais estrangero y durante diez y seis años enteros no se haya jamas visto, no digo sedicion, sino ni aun murmuracion, en un ejército compuesto todo de pueblos diversos, que sin entenderse entre sí estaban tan acordes para cumplir las órdenes de su general. Pero la habilidad de Anibal no podia sostener á Cartago, cuando atacada en sus murallas por un general como Scipion, se encontró sin fuerzas. Fue necesario mandar llamar á Anibal, á quien no le quedaban mas que tropas mas bien debilitadas por sus propias victorias que por las tropas de los romanos; las que acabaron de arruinarse en un tan largo viage como el que tuvieron que hacer. Así Anibal fue batido; y Cartago en otro tiempo señora de toda el África, del mar Mediterráneo y de todo el comercio del universo, vióse obligada á someter su

cuello al yugo que Scipion la impuso.

He aquí el glorioso triunfo debido á la paciencia romana. Pueblos á quienes las desgracias y contratiempos enardecian é inflamaban su valor en vez de hacerles decaer de ánimo y abatirse, tenían mucha razon en creer que todo se salvaba con tal de que no se perdiese la esperanza; y Polybio previó muy bien, cuando examinando las constituciones de las dos repúblicas de Roma y Cartago, dijo que ésta acabaria por ser dominada por aquella.

Si los romanos se hubiesen servido de sus grandes cualidades políticas y militares únicamente para conservar su estado en paz, ó para proteger á sus aliados oprimidos, como querian aparentar, debería alabarse tanto su equidad como su valor y prudencia. Pero luego que hubieron gustado de la dulzura de la victoria, quisieron que todo el mundo se les sometiese, empezando primero por pretender que sus vecinos recibiesen sus leyes, y despues entendieron su ambicion á todos los demas pueblos de la tierra, pues á todos intentaron someterles á su imperio, obligándolos á que les reconocieran por señores.

Para conseguir su intento y llegar á sus fines, supieron manejarse perfectamente para conservar sus aliados, unirlos entre sí, sembrar la division y los celos entre sus enemigos, pene-

trar sus secretos, descubrir sus inteligencias y prevenir sus empresas.

No se limitaban solo á espiar los pasos de sus enemigos, sino tambien todos los progresos que hacian sus vecinos: solícitos, sobre todo, y cuidadosos ya fuese en sembrar la division, ó para contrapesar las fuerzas que se hacian demasiado temibles, ó que servian de gran obstáculo para sus conquistas.

Así es que no tenían razon los griegos en creer en tiempo de Polybio, que Roma debía su engrandecimiento mas bien al azar que á su conducta. Hallábanse muy apasionados por su nacion, y muy envidiosos de los pueblos que veían sobreponerse á ellos: ó quizás que viendo progresar tan de prisa al imperio romano, sin penetrar los secretos de su política que hacian mover aquel gran cuerpo, atribuyesen al acaso, segun la costumbre de los hombres, los efectos cuyas causas no les eran conocidas. Pero Polybio, á quien su íntima familiaridad con los romanos le facilitaba iniciarse en el secreto de sus proyectos, y que observaba tan de cerca la política romana durante las guerras púnicas, fue mas equitativo que los demas griegos, y vió que las conquistas de Roma eran una consecuencia necesaria de un plan bien meditado. Porque veía á los romanos, desde las playas del Mediterráneo estender sus miras por todas las costas vecinas hasta las de España y de la Si-

ria, observar cuanto pasaba ó se hacia en ellas, ir avanzando poco á poco, y de una parte á otra; afirmar y consolidar su poder antes de estenderse mas; no sobrecargarse de muchos negocios á la vez; disimular por algun tiempo, y declararse con oportunidad; aguardar á que Anibal fuese vencido para desarmar á Filipo, rey de Macedonia, que le habia favorecido; una vez emprendida la ejecucion de un proyecto, no dejarle de la mano, ni cansarse ni hallarse contentos hasta haberlo concluido del todo; no dejar á los macedonios ni un solo momento para que se reconocieran; y despues de haberlos vencido, restituir por un decreto público á la Grecia por tan largo tiempo cautiva, la libertad de que ella misma se habia ya olvidado; por este medio esparcir el terror por una parte, y por otra, la veneracion de su nombre: era lo suficiente para deducir que los romanos no obraban al azar, y que cuando se arrojaron á emprender la conquista del mundo, hicieronlo siguiendo un plan concertado y una conducta arreglada al gran designio que se propusieran.

Esto es lo que vió Polybio en los tiempos del engrandecimiento de Roma. Dionisio de Halicarnaso, que escribió despues de establecido el imperio, y en tiempo de Augusto, dedujo lo mismo, tomando desde su origen las antiguas instituciones de la república romana, tan propias por su naturaleza para formar un pueblo

invencible y dominante. Ya puede haberse visto lo bastante para abrazar la opinion de estos dos sabios historiadores, y para condenar á Plutarco, quien, apasionado siempre por sus griegos, atribuye solo á la fortuna la grandeza romana, y solo á la virtud la de Alejandro.

Empero quanto mas se empeñen estos historiadores en probar que las conquistas de Roma se hicieron por un plan meditado, mas en claro ponen la injusticia con que las emprendieron é hicieron. Este vicio es inherente al deseo de dominar, el que por esta razon es justamente condenado por las reglas del evangelio. Pero la filosofía por sí sola basta para hacernos entender que nos es dada la fuerza para conservar nuestros bienes, y no para usurpar los ajenos. Ciceron lo reconoció; y las reglas que nos ha dado para hacer ó declarar la guerra á un pais son una manifiesta reprobacion de la conducta de los romanos.

Verdad es que se mostraron bastante justos al principio del establecimiento de su república. Parecia que ellos mismos querian moderar su ardor belico, circunscribiéndole á los límites que la equidad prescribia. ¿Qué cosa mas bella ni mas santa que el colegio de los feciales, ya fuese Numa su fundador, como lo dice Dionisio de Halicarnaso, ó ya Anco Marcio, como dice Tito Libio? Este consejo fue establecido para juzgar si una guerra era ó no justa: este exa-

men debía preceder á la propuesta del senado y á la resolución del pueblo. Cuando era reconocida la justicia de la guerra, el senado tomaba sus medidas para emprenderla; pero ante todo se reclamaba, según las formas, del usurpador que restituyese las cosas que injustamente usurpara, y no se llegaba á las manos hasta después de haber agotado en vano todos los medios de reparación y de prudencia por las vías de la persuasión. Santa institución, si las hubo jamas, y que debe ruborizar á los cristianos, á quienes un Dios venido al mundo para dar la paz á los hombres, no ha podido inspirarles este mismo espíritu de paz ni el de la caridad, por la que se sacrificó. ¿Pero de qué sirven las mejores instituciones cuando degeneran y se convierten en puras fórmulas? El placer de vencer y de dominar corrompió bien pronto en los romanos la rectitud que la equidad natural les inspirara. Las deliberaciones de los feciales no fueron entre ellos mas que una formalidad inútil; y no obstante que hiciesen en favor de sus mayores enemigos acciones de gran equidad, y aunque se condujesen con clemencia, la ambición les impedía que presidiese la justicia en sus consejos.

Ademas, sus injusticias eran tanto mas peligrosas, cuanto que sabian cubrirlas con el especioso pretexto de la equidad, y cuanto que iban sometiendo insensiblemente á su dominación á

los reyes y á las naciones so color de protegerlos y defenderlas.

Añadamos tambien que se conducian con crueldad con los que les resistian: eualidad bastante natural á los conquistadores, que saben que el miedo hace mas de la mitad de las conquistas. Es menester dominar á este precio; ¿y es tan dulce el mando, que quieran los hombres comprarlo con acciones tan inhumanas? Los romanos, para difundir el terror por todas partes, dejaban, en las ciudades tomadas, terribles espectáculos de crueldad, y afectaban parecer desapiadados sin perdonar ni aun á los mismos reyes, á quienes hacian morir inhumanamente, después de haberles conducido en triunfo cargados de cadenas, y atados á los carros como esclavos. Así se conducian con aquellos que aguardaban la fuerza para someterse á su dominación.

Pero si eran crueles é injustos para conquistar, gobernaban con equidad las naciones subyugadas. Procuraban hacer amable su gobierno á los pueblos sometidos, creyendo que este era el mejor medio de asegurar sus conquistas. El senado procuraba tener refrenados á los gobernadores, y hacia justicia á los pueblos. Esta corporacion era mirada como el asilo de los oprimidos; y por esta razon las concusiones y las violencias no fueron conocidas entre los romanos hasta los últimos tiempos de

la república, hasta cuyo tiempo la circunspecta y delicada conducta de sus magistrados fue la admiración de toda la tierra.

No eran los romanos de aquellos conquistadores brutales y avaros que no respiran mas que pillage, ó que establecen su dominación sobre las ruinas de los países vencidos; procuraban el bienestar de todos los que estaban bajo su dominación, haciendo florecer en dichos países la justicia, la agricultura, el comercio, las artes y las ciencias, procurando por estos medios no solo acrecentar la prosperidad de los países que dominaban, sino mejorar la moralidad de sus habitantes.

Esto es lo que contribuyó á que formasen el imperio mas floreciente y mas consolidado, así como el mas estenso y vasto que se ha conocido en todos los siglos. Desde el Eufrates y el Tanais hasta las columnas de Hércules y el mar Atlántico obedecíanles todas las tierras y todos los mares: y desde el medio, y como desde el centro del mar Mediterráneo, abrazaban toda la estension de este mar, penetrando á lo largo y á lo ancho por todos los estados que le confinaban, y desde allí mantenían entre los dos mares la comunicación de su imperio. Se asombra uno cuando considera que las naciones que forman al presente reinos tan poderosos, tales como las Galias, las Españas, la Gran Bretaña casi toda entera, la Iliria hasta

el Danubio, la Germania hasta el Elba, el Africa hasta sus horribles é impenetrables desiertos, la Grecia, la Tracia, la Siria, el Egipto, todos los reinos del Asia menor, y los que se hallan entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, y los demas de que yo quizá me olvido, ó que no quiero referir, no han sido durante muchos siglos mas que provincias romanas. Todos los pueblos de nuestro hemisferio, hasta los mas bárbaros, han respetado su poder; y los romanos han establecido casi por todas partes en ellos, con su imperio, sus leyes y su cultura.

Es una especie de prodigio que en un imperio tan vasto, que abrazaba tantas naciones y tantos reinos, los pueblos hayan sido tan obedientes, y hayan sido tan raras las sublevaciones. La política romana fue la que por diversos medios contribuyó á estos resultados, y por lo tanto merece que se explique aunque sea en pocas palabras.

Las colonias romanas, establecidas por todas partes en el imperio, producían dos efectos admirables: uno era descargar á la ciudad de un gran número de ciudadanos, pobres la mayor parte; otro, guardar los puestos principales, é ir acostumbriendo poco á poco, y habituando á los pueblos extranjeros á las costumbres romanas.

Estas colonias, que llevaban consigo sus pri-

vilegios, permanecian siempre unidas al cuerpo de la república, y poblaban todo el imperio de romanos.

Pero ademas de las colonias, un gran número de ciudades obtenian para sus ciudadanos el derecho de ciudadanía romana; y, unidas por su interes al pueblo dominante, servian para refrenar y mantener en la obediencia á las ciudades vecinas.

Sucedió al fin que todos los súbditos del imperio se creyeron romanos. Los honores del pueblo victorioso fuéronse comunicando poco á poco á los pueblos vencidos: fuéles abierto el senado, y podian optar, no solo á todos los destinos, sino aspirar hasta el imperio. De esta manera, por la clemencia romana, todas las naciones no formaban mas que una sola nacion, y Roma fue mirada como la patria comun.

¿Qué facilidad no producía á la navegacion y al comercio esta maravillosa union de todos los pueblos del mundo bajo un mismo cetro? La sociedad romana lo abrazaba todo; y á escepcion de algunas fronteras, inquietadas algunas veces por los vecinos, todo el resto del universo gozaba de una profunda paz. Ni la Grecia, ni el Asia menor, ni la Siria, ni el Egipto, ni en fin, la mayor parte de las otras provincias, han estado sin guerras mas que en el tiempo en que estuvieron sometidas al imperio romano; y fácil es entender que un co-

mercio tan agradable de las naciones servia para mantener en todo el cuerpo del imperio la concordia y la obediencia.

Las legiones, distribuidas para la custodia de las fronteras, defendiendo el imperio por la parte exterior, consolidaban lo interior. No acostumbraban los romanos á tener ciudadelas en sus plazas, ni á fortificar sus fronteras; esto no empezó hasta Valentiniano I. Antes se hacía únicamente consistir la fuerza y la seguridad del imperio en la posicion de las tropas, las que se colocaban de manera que pudiesen prestarse apoyo unas á otras. Ademas, como tenían orden de estar siempre acampadas, no incomodaban en manera alguna á las ciudades; no tolerando por otra parte la disciplina que los soldados se desparramasen por el campo: por lo que los ejércitos romanos no causaban embarazo ninguno ni al comercio ni á la labor. Formaban en su campo como una especie de ciudades, que no se diferenciaban de las demas sino en que los trabajos eran en ellas continuos, la disciplina mas severa, y el mando y gobierno mas fuertes. Estaban siempre dispuestos para el menor movimiento; y esto era bastante para mantener el orden público, con solo hacer ostension de esta milicia invencible.

Pero nada contribuía tanto á mantener la paz en el imperio como el orden de la justicia. La antigua república le había establecido:

los emperadores y los sábios le han explicado basándole en estos mismos fundamentos: todos los pueblos, hasta los mas bárbaros, le han mirado con admiracion, y por esto es principalmente por lo que los romanos han sido juzgados dignos de ser los señores del universo. Además, si las leyes romanas han parecido tan santas, que su magestad ha sobrevivido y sobrevive todavía á las ruinas de su imperio, es porque la sana razon, que es la señora de la vida humana, reina en ellas por todas partes, y porque no se ve en ninguna otra una aplicacion mas bella de los principios de la equidad natural.

A pesar de la grandeza del nombre romano, de su profunda política, y de todas las bellas instituciones de aquella famosa república, llevaba en su seno el gérmen de su ruina en los perpetuos celos del pueblo contra el senado, ó mas bien de los plebeyos contra los patricios. Rómulo fue quien estableció esta distincion. Bien era necesario que los reyes tuviesen una nobleza ligada á su persona por vínculos particulares, y por cuyo conducto gobernasen el resto de la plebe. Por esto fue por lo que Rómulo eligió á los padres, con los que formó el cuerpo del senado. Se les dió esta denominacion á causa de su dignidad y de su edad; y de ellos descendieron las familias patricias. Además, no obstante la autoridad que Rómulo reservó al pueblo, puso á los plebeyos en muchas cosas bajo

la dependencia de los patricios; y esta subordinacion necesaria á la monarquía se conservó no solo en tiempo de los reyes, sino tambien en el de la república. De la clase de los patricios se tomaban siempre los senadores. A los patricios correspondian los empleos, los mandos, las dignidades, y hasta la del sacerdocio; y los padres que fueran los autores de la libertad, jamas quisieron desprenderse de sus prerogativas. Pero introdujéronse bien pronto las rivalidades entre los dos órdenes. No tengo necesidad de hablar aqui de los caballeros romanos, tercero y como orden medio entre los patricios y la plebe, el que tan pronto tomaba un partido como otro. Entre estos dos órdenes fue entre los que se introdujeron los celos, los que se avivaban en diferentes ocasiones; siendo siempre la causa profunda que los mantenía vivos el amor á la libertad.

La máxima fundamental de la república era mirar la libertad como una cosa inseparable del nombre romano. Un pueblo alimentado en este espíritu, digamos mas, un pueblo que se creía nacido para mandar á los demas pueblos, y al que Virgilio por esta razon apellida tan noblemente el pueblo rey, no queria recibir la ley de nadie mas que de sí mismo.

La autoridad del senado se juzgó necesaria para moderar las resoluciones públicas, que sin este temperamento hubieran sido demasiado tu-

multuosas. Pero en el fondo, al pueblo tocaba dar los mandos, establecer las leyes, y decidir acerca de la paz y de la guerra. Un pueblo que estaba en posesion de las prerogativas mas esenciales del trono, se creia en alguna manera rey. Gustábale ser aconsejado, pero no forzado por el senado. Todo lo que parecia demasiado imperioso, todo lo que indicaba alguna superioridad, en una palabra, todo lo que menoscababa ó parecia menoscabar la igualdad que exige un Estado libre, hacíasele sospechoso á aquel pueblo delicado. El amor á la libertad, á la gloria, y á las conquistas, hacia difícil su manejo y gobierno; y la audacia que les hacia emprender todo por fuera, no podia dejar de producir la division en lo interior.

Asi fue que Roma, tan celosa de su libertad, por amor á la misma, que era el fundamento de su estado, vió surgir la division entre todos los órdenes de que se componia. De esto nacieron los furiosos celos entre el senado y el pueblo, entre los patricios y los plebeyos: los primeros alegando siempre que la libertad excesiva acababa por destruirse á sí misma; y los segundos, por el contrario, temiendo que la autoridad, que por su naturaleza va siempre en progreso ascendente, no degenerase al fin en tiranía.

Entre estos dos extremos, un pueblo, por otra parte tan sábio, no pudo encontrar un justo

medio. El interés particular, que hace que de una ú otra parte se lleven las cosas mas lejos de lo que es menester para el bien público, no permitia dirigirse por consejos moderados. Los espíritus inquietos y ambiciosos, los turbulentos escitaban y enconaban los ánimos para prevaleerse de los resultados que produjeran sus manejos; y estos celos, ya simulados ó ya manifestados ostensiblemente, segun las ocasiones, pero siempre vivos, causaron, en fin, aquel gran trastorno acaecido en tiempo de César y todos los demas que se le siguieron.

CAPÍTULO VII.

Esplicacion de las causas que produjeron los trastornos de Roma.

Fácil os será descubrir todas las causas si despues de haber comprendido bien el carácter de los romanos y la constitucion de su república, tenéis cuidado de observar un cierto número de acontecimientos principales, que, aunque acaecidos en tiempos bien distantes entre sí, tienen sin embargo una íntima relacion. Os los presentaré reunidos para que podáis juzgar de ellos con mas facilidad.

Rómulo, educado en la guerra, y reputado por hijo de Marte, edificó á Roma, á la que pobló de gente advenediza, pastores, esclavos, ladrones, que se presentaron allí en busca de un asilo que les asegurara la libertad é impunidad, asilo que estaba abierto á todos los aventureros, bien que entre ellos se presentasen algunos mas calificados y honrados.

Alimentó en este pueblo feroz el espíritu de la rapiña, y adquirieron hasta por este medio las mugeres con quienes se casaron.

Poco á poco fue estableciendo el orden, y fue reprimiendo las malas inclinaciones con leyes santas y saludables. Comenzó por la religion, que miró como la fundamental de los estados. La hizo tan grave, sería y respetable, y modesta

como las tinieblas de la idolatría podian permitirle establecerla. Fueron desde el instante prohibidas las religiones estrangeras y los sacrificios que no se hallaban establecidos y consentidos por las costumbres romanas. Con el transcurso del tiempo relajóse la observancia de esta ley; pero la intencion de Rómulo fue que se conservase escrupulosamente, y á pesar de la relajacion siempre se conservó alguna cosa.

Escogió entre todo el pueblo lo mejor para formar el consejo público, que le dió el nombre de senado. Le compuso de doscientos ó trescientos senadores, cuyo número se aumentó despues, y del que tuvieron origen las familias nobles, llamadas despues patricias. A las otras se las dió la denominacion de plebeyas, entendiéndose ó comprendiéndose bajo esta clase ú orden el resto del pueblo, ó el pueblo comun.

Al senado le tocaba preparar y proponer todos los negocios; y algunos los arreglaba soberanamente con el rey; pero los mas generales eran presentados al pueblo, que era al que le tocaba decidirlos.

Rómulo, en una asamblea en que sobrevino de repente una gran borrasca, fue hecho pedazos por los senadores, porque le encontraban demasiado imperioso; y desde este lance principió á aparecer en aquel orden el espíritu de independencia.

Para aplacar al pueblo, que era amante de

su príncipe, y dar una gran idea del fundador de la ciudad, publicaron los senadores que los dioses le habian arrebatado al cielo, y mandaron que se le erigiesen altares.

Numa Pompilio, segundo rey de Roma, en una larga y profunda paz, acabó de formar las costumbres, y de arreglar la religion sobre los mismos fundamentos que Rómulo la habia establecido.

Tulio Hostilio estableció la disciplina militar por medio de severos reglamentos, y los grados militares; y su sucesor, Anco Marcio, para hacer la milicia santa y religiosa la añadió ciertas ceremonias sagradas.

Tarquino el antiguo, que sucedió á Anco Marcio, para formarse partido, aumentó el número de senadores hasta el de trescientos, cuyo número permaneció inalterable durante muchos siglos, y fue tambien quien comenzó las grandes obras en beneficio de la comodidad pública.

Servio Tulio proyectó el establecimiento de una república bajo el gobierno de dos magistrados anuales elegidos por el pueblo.

En ódio á Tarquino, el Soberbio, fue abolido el trono con execraciones horribles contra los que emprendiesen restablecerle; y Bruto hizo jurar al pueblo que conservaría eternamente su libertad.

Para el establecimiento de la república tuvieronse presentes y se siguieron las memorias

de Servio Tulio. Los cónsules, elegidos por el pueblo entre las familias de los patricios, eran iguales á los reyes, con la diferencia de que eran dos, que debian tener entre sí un turno arreglado para ejercer el mando, y que habian de reemplazarse todos los años.

Colatino, nombrado cónsul con Bruto, por haber sido con él el autor de la libertad, y no obstante ser marido de Lucrecia, cuya muerte habia dado lugar á la mudanza, é interesado mas que todos los demas en la venganza del ultraje que élla habia recibido, hízose sospechoso porque era de la familia real, y fue expulsado.

Valerio, á quien se puso en su lugar, de regreso de una expedicion en la que habia librado á su patria de los veyenses y de los etrurios, se hizo sospechoso al pueblo de que propendia á la tiranía, á causa de que habia mandado edificar una casa sobre una eminencia. No solo mandó que se cesase en la edificacion, sino que haciéndose enteramente popular, aunque de familia patricia, estableció la ley por la cual se permitia apelar al pueblo, atribuyéndole en ciertos casos el juicio en última apelacion.

Por esta nueva ley el poder consular fue debilitado en su origen, y el pueblo estendió sus derechos.

Con motivo de las violencias que á causa de las deudas se ejecutaban por los ricos, contra

los pobres, se sublevó el pueblo contra el poder de los cónsules y del senado, é hizo aquella famosa retirada al monte Aventino.

No se hablaba mas que de libertad en estas asambleas; y el pueblo romano no se creyó libre mientras no tuviese vias legales para resistir al senado. Viéronse obligados á concederle magistrados particulares, llamados tribunos del pueblo, con la facultad de reunirle y darle auxilio contra la autoridad de los cónsules, ya fuese por medio de la oposicion ó por la apelacion al pueblo.

Estos magistrados, para dar crédito á su autoridad, alimentaban la division entre los dos órdenes, adulando continuamente al pueblo, proponiéndole que las tierras de los países vendidos, ó el precio procedente de su venta, fuese distribuido entre los ciudadanos.

El senado se oponia constantemente á estas leyes ruinosas, y queria que el precio de las tierras fuese adjudicado al tesoro público.

El pueblo se dejaba llevar por estos magistrados sediciosos, pero conservando sin embargo la bastante equidad para admirar la virtud de los grandes hombres que le hacian resistencia.

Contra estas disensiones domésticas el senado no encontró mejor remedio que suscitar continuamente guerras estrangeras; por este medio impedía que las divisiones llegasen hasta el estremo, y reunia los órdenes del Estado para la

defensa de la patria; pero, no obstante de triunfar en las guerras y de aumentarse las conquistas, renacian los celos tan luego como aquellas se acababan.

Fatigados los dos partidos con tantas divisiones que amenazaban la ruina del Estado, transigieron, conviniendo en estatuir leyes que asegurasen el reposo de los unos y de los otros, estableciendo la igualdad que debia existir en una ciudad libre.

Entonces cada uno de los dos órdenes pretendió que era á él á quien correspondia formar estas leyes. Creciendo la enemistad con estas pretensiones, se resolvió de comun acuerdo enviar una embajada á Grecia para que examinase alli las instituciones de las ciudades de aquel país, y especialmente las leyes de Solon, que eran las mas populares. Publicáronse las leyes de las Doce tablas; pero los decemviros que las redactaron, fueron destituidos por abusar del poder.

Mientras que todo se hallaba ya tranquilo, y leyes tan equitativas parecia que habian asegurado para siempre la tranquilidad pública, renacen con mas ardor las disensiones por las nuevas pretensiones del pueblo, que aspiraba á los honores y al consulado, reservado hasta entonces al primer orden.

Fue propuesta la ley para admitirles; pero antes de consentir los padres en que se abatiese

la dignidad consular, accedieron á la creacion de tres nuevos magistrados que tuviesen la autoridad de los cónsules, bajo la denominacion de tribunos militares, admitiendo al pueblo á este honor.

Contento el pueblo con haber adquirido este derecho, usó moderadamente de su victoria, y continuó por algun tiempo dando el mando solo á los patricios.

Despues de largas disputas, renovóse la pretension al consulado, y poco á poco fueron haciéndose comunes los honores entre los dos órdenes, bien que los patricios fuesen siempre mas considerados y atendidos en las elecciones.

Continuan las guerras, y los romanos acababan por someter, despues de 500 años, á los galos cisalpinos, sus principales enemigos, y á toda la Italia.

Aquí tuvieron principio las guerras púnicas; habiendo llegado las cosas á tal grado de enemistad y encono, que cada uno de los dos pueblos contendientes creyó no poder subsistir sin esterminar al otro.

Roma, próxima á sucumbir, sostúvose principalmente durante sus desgracias por la constancia y por la sabiduría del senado.

La paciencia romana acabó por triunfar: Anibal fue vencido, y Cartago subyugada por Scipion el Africano.

Vencedora Roma estiéndose prodigiosamente,

durante 200 años, por mar y por tierra, y somete todo el universo á su imperio.

Por aquellos tiempos, y desde la ruina de Cartago, los cargos públicos, cuya dignidad asi como los provechos se aumentaban con el imperio, fueron solicitados con furor. Los pretendientes ambiciosos, para conseguirlos, no hubo adulacion que no prodigarán al pueblo; y la concordia de los órdenes que se habia entretenido, distraida la atencion en las guerras púnicas, turbóse más que nunca. Los Gracos lo pusieron todo en confusion, y sus sediciosas proposiciones fueron el principio de todas las guerras civiles.

Entonces se empezaron á llevar armas, y á obrar á fuerza abierta en las asambleas del pueblo romano, en las que antes solo se apetecia el triunfo por los medios legales y con la libertad de opiniones.

La sábia conducta del senado y las grandes guerras que sobrevinieron, moderaron las disensiones.

Mario, plebeyo, gran guerrero, con su elocuencia militar y sus sediciosas arengas, en las que no cesaba de atacar el orgullo de la nobleza, despertó los celos del pueblo, y se elevó por este medio á los primeros honores.

Sila, patricio, púsose á la cabeza del partido contrario, viniendo á ser el rival de Mario.

Entonces las intrigas y la corrupcion eran

las que todo lo podían en Roma: el amor á la patria y el respeto á las leyes habíanse estinguido enteramente.

Para colmo de desgracias, las guerras de Asia hacen amar el lujo á los romanos, y aumentan su avaricia.

Por aquel mismo tiempo los generales empezaron á ganarse á sus soldados, quienes no miraban en ellos hasta entonces mas que el carácter de la autoridad pública.

Sila, en la guerra contra Mitrídates, para ganarse la voluntad de sus soldados, dejábales que se enriqueciesen.

Mario por su parte proponía á sus partidarios distribuciones de tierras y dinero.

Por este medio, señores de sus tropas, el uno bajo el pretexto de sostener al senado, y el otro tomando la defensa de los derechos del pueblo, hicieron una guerra atroz hasta dentro del recinto de la ciudad.

El partido de Mario y el del pueblo fue destruido, y Sila hizo soberano bajo el nombre de dictador.

Hizo éste matanzas horrorosas, y trató duramente al pueblo de hecho y de palabra hasta en las asambleas legítimas.

Mas poderoso y mejor establecido que nunca, abdicó la dictadura, y se redujo á la vida privada, pero despues de haber hecho ver que el pueblo romano podía sufrir un soberano.

Pompeyo, á quien Sila había educado, sucedió á una gran parte de su poder. Tan pronto lisonjeaba al pueblo como al senado para establecerse: pero su inclinacion y su interés le decidieron al fin por adherirse al último partido.

Vencedor de los piratas, de las Españas, y de todo el Oriente, hácese omnipotente en la república, y principalmente en el senado.

César, que quiso hacerse al menos su igual, vuélvese del lado del pueblo, é imitando en su consulado á los tribunos mas sediciosos, propone, con el repartimiento de las tierras, las leyes mas populares que pudo inventar.

La conquista de las Gálias lleva al mas alto punto la gloria y el poder de César.

Pompeyo y él se unen por interés, y despues se separan por celos. Enciéndese la guerra civil. Creyendo Pompeyo que su nombre solo bastaria para sostenerlo todo, se descuidó. César, activo y previsor, consiguió la victoria, é hizo dueño de Roma.

Hizo diversas tentativas para ver si los romanos podrian acostumbrarse al nombre de rey: solo le sirvieron para hacerle odioso. Para aumentar el rencor público, decretale el senado honores hasta entonces inauditos en Roma: de manera que fue asesinado en pleno senado como un tirano.

Antonio, criatura suya, que se hallaba de cónsul al tiempo de su muerte, conmueve al

pueblo contra los que le habian asesinado, y aprovéchase del desórden y de la confusion para usurpar la autoridad soberana. Lépidio, que tenia tambien un gran mando bajo las órdenes de César, procuró conservarlas. En fin, el jóven César, á la edad de 19 años, emprende vengar la muerte de su padre, y busca la ocasion de sucederle en su poder.

Súpose servir, para sus intereses, de los enemigos de su casa y aun de sus concurrentes.

Las tropas de su padre se decidieron por él, movidas por el nombre y la memoria de César, y reconocidas á las prodigiosas liberalidades que usó con ellas.

Pierde su influencia el senado; nada puede ya: todo se hace por la fuerza y por los soldados, los que se entregan á quien mas les da.

En aquella funesta coyuntura el triunvirato acaba con todo lo que en Roma habia de mas valiente y de mas contrario á la tiranía. César y Antonio derrotaron á Bruto y á Casio: la libertad espiró con ellos. Los vencedores, despues de haberse deshecho del débil Lépidio, hicieron entre sí sus acomodamientos y particiones, en las que César, como mas hábil, encontrando siempre el medio de tomarse la mejor parte, se ganó á Roma, y tomó la superioridad. En vano emprendió Antonio recobrar lo perdido; la batalla de Accium sometió todo el imperio al poder de César Augusto.

Roma, fatigada y aniquilada por tantas guerras civiles, por tener reposo, renuncia á su libertad.

La casa de los Césares, bajo el nombre de emperadores, se apropia el mando de los ejércitos y ejerce un poder absoluto.

Roma, bajo los Césares, mas cuidadosa de conservarse que de estenderse, no hace ya casi mas conquistas que para alejar á los bárbaros que intentaban invadir el imperio.

A la muerte de Calígula, el senado, á punto de restablecer la libertad y el gobierno consular, tuvo que ceder; porque los militares se opusieron queriendo un gefe perpétuo, y que su gefe fuese el soberano.

En las revueltas causadas por las violencias de Neron, cada ejército elige un emperador; y llegan entonces á conocer los militares que son dueños de disponer del imperio.

Llegaron hasta el punto de vender la dignidad imperial en pública almoneda, y se acostumbraron á sacudir el yugo. La disciplina se pierde: en vano los buenos príncipes se obstinan en conservarla; su celo para mantener el antiguo orden de la milicia romana sirvióles solo para esponerse al furor de la soldadesca.

En todas las elecciones de emperador, queriendo cada ejército nombrar el suyo, sobrevienen guerras civiles y matanzas sin fin. De esta manera fuese enervando el imperio por la rela-

jacion de la disciplina, y aniquilándose al mismo tiempo con tantas guerras intestinas.

En medio de tantos desórdenes, decae el temor y la magestad del nombre romano. Los partos, vencidos muchas veces, hácese temibles por el lado del Oriente bajo el antiguo nombre de persas que vuelven á tomar. Las naciones septentrionales, que habitaban en tierras frias é incultas, atraidas por la belleza y por la riqueza de las del imperio, acometen é intentan entrar por todas partes.

No basta ya un solo hombre para sostener la pesada carga de un imperio tan vasto y tan fuertemente atacado.

La prodigiosa multitud de guerras y el carácter de los soldados, que querian ver á su cabeza emperadores y Césares, obliga á multiplicarlos.

Siendo mirado el imperio como un patrimonio hereditario, multiplicanse naturalmente los emperadores por el número de los hijos de los príncipes.

Marco Aurelio asocia á su hermano al imperio. Severo hace á sus dos hijos emperadores. La multiplicidad de los negocios obliga á Diocleciano á dividir el Oriente y el Occidente entre él y Maximiano: para aliviarse cada uno de éstos del sobrecargo que pesaba sobre ellos, eligen dos Césares.

Con esta multitud de emperadores y de Cé-

sares, el Estado es abrumado con gastos escesivos; desúnese el cuerpo del imperio y multiplicanse las guerras civiles.

Constantino, hijo del emperador Constantino Cloro, divide el imperio entre sus hijos como si fuese una herencia: la posteridad sigue estos ejemplos, y ya no se vió casi nunca un emperador solo.

La molicie de Honorio y de Valentiniano III, emperadores de Occidente, dan lugar á que todo perezca.

La Italia y Roma son saqueadas diferentes veces, y vienen á ser presa de los bárbaros.

Todo el Occidente es abandonado. El Africa es ocupada por los vándalos, la España por los visogodos, la Italia por los francos, la Gran Bretaña por los sajones, Roma y la Italia por los hérulos, y despues por los ostrogodos. Los emperadores romanos se encierran en Oriente, y abandonan todo lo demas, incluidas Roma y la Italia.

El imperio se reparó algun tanto de sus pérdidas en tiempo de Justiniano, lo que fue debido al valor de Belisario y de Narses. Roma tomada por diferentes veces, abandonada, y vuelta á tomar, quedó en fin, en poder de los emperadores; mas habiéndose hecho poderosos los sarracenos por la division de sus vecinos, y por el abandono é incuria de los emperadores, se apoderaron de la mayor parte del Oriente, y

fue tanto lo que por aquel lado los atormentaron, que se vieron obligados á no pensar mas en la Italia. Los lombardos ocuparon las mas hermosas y ricas provincias. Roma, reducida al último extremo por sus continuas empresas, y abandonada por los emperadores y sin defensa, vióse obligada á arrojarse entre los brazos de los franceses. Pepino, rey de Francia, pasa los Montes y somete á los lombardos. Carlo-Magno, luego que les desposeyó de su dominacion, hizose coronar rey de Italia, en la que solo su moderacion hizole conservar algunos pequeños restos para los sucesores de los Césares; y en el año 800 de nuestro Señor, elegido emperador por los romanos, fundó el nuevo imperio.

Ahora es fácil conocer las causas de la grandeza y de la decadencia de Roma.

Hemos visto que constituyéndose Roma bajo el pie de vivir haciendo la guerra, naturalmente empezó por atacar á sus vecinos, y de uno en otro, acabó por estender su dominacion sobre todo el universo, en razon de que, siendo tal su constitucion, nõ se limitó solo á perfeccionarse en el arte militar, sino que llevó hasta el mas alto grado la política.

Hemos visto tambien que las causas que produjeron las divisiones en la república, y las que trajeron al fin su ruina, fueron los celos de sus ciudadanos y el amor á la libertad llevado hasta un extremo y una delicadeza insoportables.

No debe costar gran dificultad distinguir ahora todos los tiempos de Roma, ya se la considere á ella sola ó en sí, ó ya que se la mire con referencia ó relacion á los demas pueblos; y deben verse claramente las variaciones y mudanzas que debian sobrevenir atendido el estado de los negocios en cada tiempo.

Considerada Roma por sí sola, vímosla en un principio constituida en un estado monárquico establecido con arreglo á las leyes primitivas; despues vímosla pasar al estado de libertad, volviendo por último á someterse otra vez por la fuerza y la violencia al gobierno monárquico.

Fácil es concebir de qué manera se formó el estado popular, á consecuencia de las semillas que existian ya desde los tiempos de la monarquía, y que fueron germinando poco á poco; y no se ve con menor claridad cómo en el estado de libertad fuéronse echando insensiblemente los fundamentos de la nueva monarquía.

Porque del mismo modo que hemos visto bosquejado en la monarquía el gobierno republicano por Servio Tulio, que fue quien inspiró el primer gusto de la libertad al pueblo romano, hemos observado tambien que la tiranía de Sila, aunque corta y pasajera, hizo ver que Roma, á pesar de su orgullosa independencia, era tan capaz de sufrir el yugo como los pueblos á quienes ella habia esclavizado.

Para conocer lo que suscitó sucesivamente los celos entre los órdenes, no hay mas que distinguir los dos tiempos que espresamente he señalado: uno, aquel en que el pueblo se hallaba retenido en ciertos límites por los peligros que le amenazaban por todos lados: otro, aquel en que, no teniendo nada que temer por la parte exterior, se entregó enteramente á su pasión.

El carácter esencial de cada uno de estos dos tiempos es que en el uno, eran retenidos por el amor á la patria y á las leyes; y en el otro, todo se decidía por el interés y por la fuerza.

De aquello se seguía tambien que en el primer tiempo, los hombres que tenían autoridad y que aspiraban á los honores por los medios legítimos, tenían á los soldados refrenados por la disciplina y por el amor á la república; en lugar de que, en el segundo tiempo, en que la violencia triunfaba de todo, no trataban mas que de contemporizar con ellos para hacerles de su partido, contribuyendo á su triunfo sobre la autoridad del senado.

Por este último estado en Roma se estaba en una perpétua guerra, y por el genio de la guerra el mando venia á recaer naturalmente entre las manos de un solo gefe; y como en la guerra, en que las leyes nada pueden, solo la fuerza lo decide todo, por necesidad habia de recaer el mando en el mas fuerte; y por consiguiente era

forzoso que el imperio volviese á la autoridad de uno solo.

Como las cosas se disponian alli de tal modo por sí mismas, Polybio, que vivió en el tiempo mas floreciente de la república, previó ya desde entonces, observando el giro que llevaban los negocios, que la república romana á la larga volveria á constituirse en monarquía.

La razon de esta mudanza se ve en que la division entre los dos órdenes no podia cesar entre los romanos sino por la autoridad de un soberano absoluto, cuando por otra parte se veia que era demasiado amada la libertad para que se renunciase á ella voluntariamente. Era necesario, pues, ir la debilitando poco á poco, valiéndose de especiosos pretestos, y preparando por este medio la ocasion oportuna de arruinarla á cara descubierta.

Segun Aristóteles, el engaño debia empezar lisonjeando al pueblo, y á las lisonjas debia naturalmente seguirse la violencia.

Pero de este debia caerse en otro inconveniente, por el poder de los militares; mal inevitable en este estado.

En efecto, esta monarquía formada por los Césares, habiéndose erigido por la fuerza de las armas, necesario era que fuese toda militar; razon por la que se estableció tomando el soberano el nombre de emperador, título propio y natural del mando en gefe de los ejércitos.

Tambien ha podido observarse que asi como la república tenia su flanco inevitable, cual era los celos entre el pueblo y el senado, la monarquía de los Césares tenia tambien el suyo, que era la licencia de los soldados que la habian formado. Porque no era posible que los soldados, que habian trastornado el gobierno y establecido los emperadores, pudiesen permanecer mucho tiempo sin descubrir que eran ellos los que en efecto podian disponer de la suerte del imperio.

Ahora puede añadirse á los tiempos que acabamos de observar, los que marcan el estado y la variacion que sufrió la milicia; es decir, aquel en que estaba sometida y adicta al senado y al pueblo romano; y aquel otro, en que solo reconocia á sus generales y tomaba interés por ellos; aquel en que les elevaba al poder absoluto bajo el título militar de emperadores; y aquel otro, en que, señora en algun modo de sus propios emperadores, los nombraba y los destituía á su capricho. De esto nació la relajacion; procedieron las sediciones y las guerras que hemos leído; y resultó en fin, la ruina de la milicia y la del imperio.

Tales son los tiempos notables que nos marcan las mudanzas del estado de Roma considerada en sí misma. Los que nos la hacen conocer con relacion á los demas pueblos no son menos fáciles de discernir.

Hubo tiempo, en que combatió contra sus iguales, y en que estuvo en peligro. Duró un poco mas de 500 años, y acabó con la ruina de los galos en Italia, y del imperio de los cartagineses.

Otro tiempo hubo, en que siendo mas fuerte y poderosa combatió sin peligro, por grandes que fuesen las guerras que emprendió. Este tiempo duró 200 años, y llegó hasta el establecimiento del imperio de los Césares.

Hubo otro, en que conservó su imperio y magestad. Duró 400 años, y acabó en el reinado del gran Teodosio.

Y hubo, en fin, otro en que su imperio, invadido por todas partes, fue decayendo poco á poco. Este estado, que duró tambien 400 años, empezó en tiempo de los hijos de Teodosio, y acabó en los de Carlo-Magno.

No ignoro que podrian añadirse á las causas de la ruina de Roma otros muchos incidentes particulares. El rigor con que los acreedores perseguian á sus deudores escitó grandes y frecuentes revueltas. El prodigioso número de gladiadores y de esclavos que habia en Roma y en la Italia fue causa de grandes violencias y de sangrientas guerras. Roma, aniquilada por tantas guerras civiles y extranjeras, acreció tanto en número de nuevos ciudadanos, ya por intriga ó por razon, que apenas podia ella reconocerse á sí misma entre tantos extranjeros

como habia naturalizado. El senado iba llenándose de bárbaros. Las familias romanas degeneraron de lo que eran con los enlaces que contrajeron con las extranjeras; el amor á la patria, por el que Roma se habia hecho superior á todos los pueblos del mundo, dejó de ser natural en los ciudadanos que se naturalizaron, al mismo tiempo que se resfrió mucho en los nacidos de los enlaces de los romanos con los extranjeros. Con esta inmensa multitud de nuevos ciudadanos multiplicáronse las parcialidades; y los espíritus turbulentos encontraban en ellos nuevos medios para intrigar, fomentar la discordia, y ponerlo todo en desorden y confusion.

El número de los pobres fuese aumentando sin fin por el lujo, por los escesivos y licenciosos gastos, y por la holgazanería que se introdujo. Los que se arruinaban no encontraban otro recurso para reparar sus pérdidas mas que promover sediciones, y, en todo caso, se curaban muy poco de que todo se arruinase viéndose ellos perdidos. Demasiado sabida es la causa de la conjuracion de Catilina. Los ambiciosos y los miserables que nada tienen que perder viven de los trastornos. Estas dos clases de ciudadanos eran las que prevalecian en Roma; y el estado medio, que es el solo que tiene la balanza en los estados populares, careciendo, como carecia, de fuerza, por ser el mas débil, era necesario que la república cayese.

Puede unirse tambien á esto el carácter y genio particular de los que causaron los grandes movimientos, es decir, de los Gracos, de Mario, de Sila, de Pompeyo, de Julio César, de Antonio, y de Augusto. Creo haber hecho observar las principales causas; pero me he limitado principalmente á descubrir las causas universales y la verdadera raiz del mal, es decir, los celos y rivalidades entre los dos órdenes, cuyas consecuencias todas es tan importante considerar.

CAPÍTULO VIII.

Conclusion de todo el discurso precedente, en la que se manifiesta que es menester referirlo todo á una Providencia.

Pero acordaos, Sermo. Sr., que este largo encadenamiento de las causas particulares que contribuyen á la creacion, engrandecimiento y ruina de los imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. Dios desde lo alto de los cielos, tiene asidas en sus manos las riendas de todos los reinos, asi como tambien tiene en las mismas todos los corazones: tan pronto refrena las pasiones, como les da rienda suelta y pone en agitacion y conmueve á todo el género humano. Quiere suscitar conquistadores: háceles preceder del terror y del espanto, é inspírales á ellos y á sus soldados un valor y una osadía invencibles. Quiere que aparezcan legisladores: envíaes su espíritu de sabiduría y de prevision; haciéndoles prevenir los males que amenazan á los estados, y asentar los fundamentos de la trauquilidad pública. Conoce la sabiduría humaná, limitada bajo cualquier punto de vista que se la mire; la ilustra, estiendo su prevision, y despues la abandona á su ignorancia, la ciega, la precipita, hace que ella se confunda á sí misma: la pierde, la confunde y embaraza en sus propias sutilezas, y las precau-

ciones mismas que toma son un lazo en que se enreda y cae. Por este medio Dios ejerce sus terribles juicios segun las reglas de su justicia, siempre infalible. Él es quien prepara los efectos en las causas mas lejanas, y quien descarga estos grandes golpes, cuyas resultas hácese sentir tan de lejos. Cuando quiere soltar las riendas y destruir los imperios, todo es débil é irregular en los gobiernos que los rigen. El Egipto, en otro tiempo tan sábio, se engrie, se aturde y titubea porque el Señor le hirió con un espíritu de vértigo; ya desde entonces no sabe lo que se hace, y es perdido. Pero que no se engañen los hombres en esto: Dios vuelve á enderezar por buen camino, cuando le agrada, al estraviado; y aquel que insultaba la ceguedad de los otros, cae él mismo en una oscuridad mayor, sin que sea necesario las mas veces otra cosa para trastornarle su razon que gozar de una larga prosperidad.

Asi es como Dios reina sobre todos los pueblos. No hablemos de azár ni de fortuna, ó si usamos de estas palabras, usemos de ellas solamente como de nombres de que nos servimos para esplicar lo que ignoramos. Lo que es un azár, con respecto á nuestras resoluciones, es un designio meditado en un consejo mas alto, es decir, en aquel consejo eterno que encierra en sí todas las causas y todos los efectos en un mis-

mo orden. De esta manera todo concurre al mismo fin; y por no conocer el todo es por lo que nosotros calificamos de azár los resultados particulares.

Por esto se verifica lo que dice el apóstol, que "Dios es feliz, y el solo Poderoso, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores." Feliz, porque su reposo es inalterable, porque ve mudarse todo sin mudarse él mismo, porque hace todas las mudanzas por un juicio irrevocable; porque es quien da y quien quita el poder, quien le transfiere de un hombre á otro, de una dinastía á otra, de un pueblo á otro, para manifestar que todos le tienen prestado, y que él es el único en quien reside naturalmente.

Es la razon por qué todos los que gobiernan se sienten subordinados á una fuerza superior. Hacen mas ó menos de lo que piensan, y jamas sus resoluciones han dejado de tener efectos imprevistos. Ni son dueños de las disposiciones que los siglos pasados han puesto en los negocios, ni pueden prever el curso que tomará el porvenir, bien lejos de poderle forzar. Solo Dios es el que lo tiene todo en su mano; quien sabe el nombre del que es, y del que no existe todavía; quien preside á todos los tiempos, y previene todos los juicios de los hombres.

Alejandro estaba bien distante de creer que trabajaba por sus capitanes, y que arruinaba su

casa con sus conquistas. Cuando Bruto inspiraba al pueblo romano un amor inmenso á la libertad, no pensaba que sembraba en los ánimos el principio de aquella licencia desenfrenada, por la que la tiranía que queria destruir debía algun dia restablecerse con mas dureza que en tiempo de los Tarquinos. Cuando los Césares mimaban á sus soldados, por cierto que no lo hacian con el designio de que destituyesen á sus sucesores, y fuesen ellos los árbitros de dar soberanos al imperio. En una palabra, no hay poder humano que no sirva contra su voluntad para otros designios que los suyos. Dios solo es quien sabe reducirlo todo á su voluntad. Es por lo que todo es sorprendente, no mirándolo mas que por las causas particulares, pero sin embargo, todo camina por un orden fijo y arreglado. Este discurso os lo hace ver bien claramente; y para no hablaros de los demas imperios, ya habeis visto por cuántos juicios imprevistos, pero siempre correlativos en sí mismos, ha sido conducida la suerte de Roma desde Rómulo hasta Carlo-Magno.

Asi que V. A. misma se halla ya en estado de descubrir todos los secretos, y en mano de V. A. está observar en ellos todo el orden inmutable y la sucesion no interrumpida de la religion, asi como el orden y sucesion de los grandes imperios hasta Carlo-Magno.

Al paso que vereis caer todos estos imperios por sí mismos, vereis sostenerse la religion por su propia fuerza, y por este medio vendreis fácilmente en conocimiento de dónde está la sólida grandeza, y en qué debe poner su esperanza un hombre de razon.

FIN.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

- CAP. XV. De la esperanza del Mesías; en qué se fundaba; preparacion para su reinado y para la conversion de los gentiles. Pág. 1
- CAP. XVI. De la prodigiosa ceguedad de la idolatria antes de la venida del Mesías. 5
- CAP. XVII. De la corrupcion y de las supersticiones que reinaban entre los judíos; y de las falsas doctrinas de los fariseos. 10
- CAP. XVIII. Aumentase la corrupcion entre los judíos; señal de su decadencia segun el profeta Zacarías lo predijo. 12
- CAP. XIX. De Jesucristo y de su doctrina. 15
- CAP. XX. De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles. 49
- CAP. XXI. Reflexiones particulares acerca del castigo de los judíos y de las predicciones de Jesucristo que le habian anunciado. 70
- CAP. XXII. Esplicanse dos memorables predicciones de nuestro Señor; y justificase su cumplimiento por la historia. 87
- CAP. XXIII. De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecias. 103
- CAP. XXIV. De las circunstancias memorables de la caída de los judíos; y de la continuacion de sus falsas interpretaciones. 120
- CAP. XXV. Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles. Profundo juicio de Dios en quererles convertir por la cruz de Jesucristo. Manera de discurrir de S. Pablo acerca del medio escogido por Dios para convertirlos. 128

Al paso que vereis caer todos estos imperios por sí mismos, vereis sostenerse la religion por su propia fuerza, y por este medio vendreis fácilmente en conocimiento de dónde está la sólida grandeza, y en qué debe poner su esperanza un hombre de razon.

FIN.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

- CAP. XV. De la esperanza del Mesías; en qué se fundaba; preparacion para su reinado y para la conversion de los gentiles. Pág. 1
- CAP. XVI. De la prodigiosa ceguedad de la idolatria antes de la venida del Mesías. 5
- CAP. XVII. De la corrupcion y de las supersticiones que reinaban entre los judíos; y de las falsas doctrinas de los fariseos. 10
- CAP. XVIII. Aumentase la corrupcion entre los judíos; señal de su decadencia segun el profeta Zacarías lo predijo. 12
- CAP. XIX. De Jesucristo y de su doctrina. 15
- CAP. XX. De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles. 49
- CAP. XXI. Reflexiones particulares acerca del castigo de los judíos y de las predicciones de Jesucristo que le habian anunciado. 70
- CAP. XXII. Esplicanse dos memorables predicciones de nuestro Señor; y justificase su cumplimiento por la historia. 87
- CAP. XXIII. De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecias. 103
- CAP. XXIV. De las circunstancias memorables de la caída de los judíos; y de la continuacion de sus falsas interpretaciones. 120
- CAP. XXV. Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles. Profundo juicio de Dios en quererles convertir por la cruz de Jesucristo. Manera de discurrir de S. Pablo acerca del medio escogido por Dios para convertirles. 128

CAP. XXVI. De las diversas formas de la idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, un falso respeto á la antigüedad, la politica, la filosofia y las heregias fueron los auxillares que tuvieron: la Iglesia triunfa de todo.	140
CAP. XXVII. Reflexiones generales sobre la continuation de la religion, y sobre la relacion que tienen entre si los libros de la Escritura. .	168
CAP. XXVIII. Las dificultades que se forman contra la Escritura es fácil resolverlas por los hombres de buen sentido y de buena fé;	188
CAP. XXIX. Medio fácil para remontarse hasta el origen de la religion, y de encontrar en ella la verdad en su principio.	198
CAP. XXX. Redúcense las predicciones á tres hechos palpables; parábola del Hijo de Dios, que establece su enlace y relacion.	213
CAP. XXXI. De la continuation de la Iglesia católica, y de su manifiesta victoria sobre todas las sectas.	217

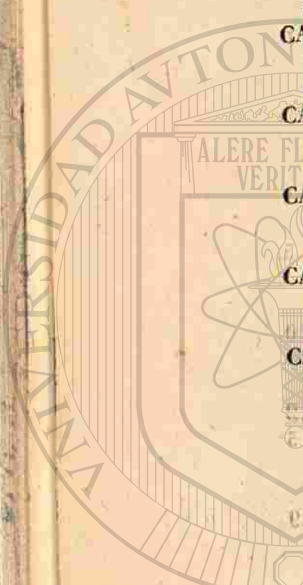
TERCERA PARTE.

LOS IMPERIOS.

CAP. I. Las revoluciones de los imperios son arregladas por la Providencia, y sirven para humillar á los principes.	228
CAP. II. Las revoluciones de los imperios son motivadas por causas particulares que los principes deben estudiar.	237
CAP. III. De los escitas, de los etiopes y de los egipcios.	241
CAP. IV. De los asirios antiguos y modernos, de los medos y de Ciro.	273
CAP. V. De los persas, de los griegos y de Alejandro.	282
CAP. VI. Del imperio romano; y por incidencia del de Cartago y de su mala constitucion.	308

CAP. VII. Explicacion de las causas que produjeron los trastornos de Roma.	350
CAP. VIII. Conclusion de todo el discurso precedente, en la que se manifiesta que es menester referirlo todo á una Providencia.	372

univer	univer	71	7
univer	univer	2	23
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13
univer	univer	13	13



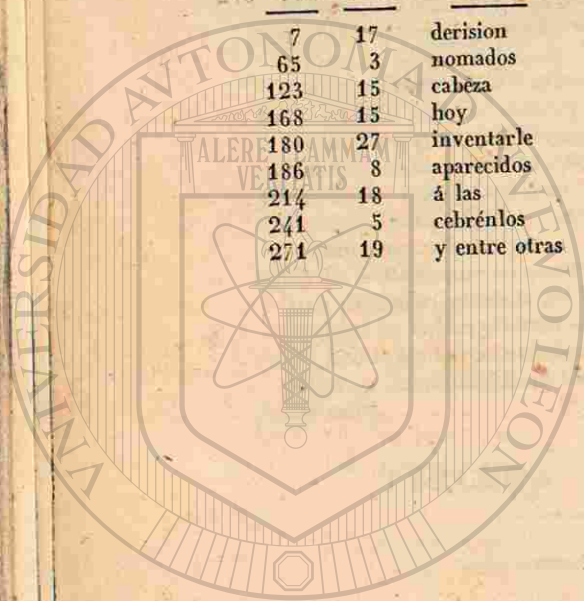
JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
7	17	derision	derrision
65	3	nomados	nomades
123	15	cabeza	la cabeza
168	15	hoy	hoy dia
180	27	inventarle	inventarse
186	8	aparecidos	esparcidos
214	18	á las	si las
241	5	cebrenlos	celébrenlos
271	19	y entre otras	y entre otros



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

